
¡No entrabas en mis planes!
YANIRA GARCÍA

¡No entrabas en mis planes!

YANIRA GARCÍA

¡No entrabas en mis planes!
Primera edición: septiembre 2025
© Yanira García, 2025
© Diseño de portada: Mireya Murillo Menéndez @wristofink
© Maquetación: Yanira García
© Corrección: Raquel Antúnez
© Imágenes del interior diseñadas por Freepik y Mireya Murillo.

Prohibida la reproducción total o parcial sin la autorización escrita de los titulares del *copyright*, en cualquier medio o procedimiento, bajo las sanciones establecidas por la ley.

PRÓLOGO
CAPÍTULO 1
CAPÍTULO 2
CAPÍTULO 3
CAPÍTULO 4
CAPÍTULO 5
CAPÍTULO 6
CAPÍTULO 7
CAPÍTULO 8
CAPÍTULO 9
CAPÍTULO 10
CAPÍTULO 11
CAPÍTULO 12
CAPÍTULO 13
CAPÍTULO 14
CAPÍTULO 15
CAPÍTULO 16
CAPÍTULO 17
CAPÍTULO 18
CAPÍTULO 19
CAPÍTULO 20
CAPÍTULO 21
CAPÍTULO 22
CAPÍTULO 23
CAPÍTULO 24
CAPÍTULO 25
CAPÍTULO 26
CAPÍTULO 27

CAPÍTULO 28
CAPÍTULO 29
CAPÍTULO 30
CAPÍTULO 31
CAPÍTULO 32
CAPÍTULO 33
CAPÍTULO 34
CAPÍTULO 35
CAPÍTULO 36
CAPÍTULO 37
CAPÍTULO 38
CAPÍTULO 39
CAPÍTULO 40
CAPÍTULO 41
CAPÍTULO 42
CAPÍTULO 43
CAPÍTULO 44
CAPÍTULO 45
CAPÍTULO 46
CAPÍTULO 47
CAPÍTULO 48
CAPÍTULO 49
CAPÍTULO 50
CAPÍTULO 51
CAPÍTULO 52
CAPÍTULO 53
CAPÍTULO 54
CAPÍTULO 55

CAPÍTULO 56
CAPÍTULO 57
CAPÍTULO 58
CAPÍTULO 59
CAPÍTULO 60
CAPÍTULO 61
CAPÍTULO 62
CAPÍTULO 63
EPÍLOGO
EPÍLOGO
AGRADECIMIENTOS
ENCUENTRA MIS OTRAS NOVELAS
ENCUÉNTRAME EN

Para Mireya.
Por ser la mejor ilustradora del mundo mundial. Por tu paciencia infinita. Por escuchar mis interminables audios, por darle vida a mis bocetos de palos y por subirte al carro con cada nuevo proyecto. Gracias por hacer que mis ideas vuelen y por ponerle corazón y alma a cada cubierta.
Este libro lleva un pedacito de ti en cada página.

PRÓLOGO



Imagino que es de lo más extraño sentirme como me siento. El pánico sí que debería estar presente, de la misma forma en la que lo están los nervios y la inquietud, sin embargo, ese sentimiento, ese pequeño pinchazo de ilusión, esa mezcla de anhelo y esperanza debería estar… Simplemente no debería estar.

Y, aun así, aquí me encuentro, observando con fijeza una casa de la que apenas guardo recuerdos, en un paraje que creía olvidado en lo más recóndito de Graymont, cerca de un lago en el que sé que me bañé desnuda y del que no llego a saber cuándo.

Inspiro hondo y doy un paso al frente. Siento esa leve punzada en la rodilla derecha y la ignoro, tal y como hago siempre que aparece. Es como si fuese su forma de recordarme quién soy o en lo que me he convertido. Su «Toc-toc. Estoy aquí. No te olvides de mí». Como si eso fuese posible.

No es que sea muy maduro por mi parte y me la juego a que June me daría una charla sobre eso porque mi amiga, esa que no tenéis el placer de conocer aún, es de las que, para bien o para mal, sueltan por la boca lo que tú no quieres escuchar. Es más, tiene el don de hacerlo en el momento menos indicado. A pesar de todo, sé que no lo hace con mala intención y también sé que lo hace por mi bien.

De nuevo, un paso al frente y mis pisadas resuenan con fuerza en el camino de grava de la entrada. Me agacho y dejo la pequeña maleta que he traído conmigo. La mochila que llevo a mi espalda cae al suelo y el sonido me hace apartar la vista de la casa que hay frente a mí.

Ya empezamos con los eufemismos, qué pronto, ¿no? Así, sin más. Si esto fuese una primera cita entre tú y yo, estaría abocada al fracaso solo por lo maleducada que he sido. En fin, no me lo tengas en cuenta, dame un poco de margen hasta que nos conozcamos.

La vivienda que hay frente a mí, esa de la que apenas guardo recuerdos, tiene poco de casa y mucho de ruina. No soy experta en estructuras, ni siquiera soy experta en reformas, pero me juego el sueldo de June a que esa cosa de ahí no es siquiera habitable. Y ya veis, a pesar de ello, aquí estoy, emocionada de una forma difícil de comprender y de explicar y con ganas de descubrir lo que me espera.

Alzo la vista cuando siento una bandada de gorriones sobrevolando por encima de mí. Diría que pasan demasiado cerca, como si ellos estuviesen valorando quién es la recién llegada y cuáles son sus planes. En esto tampoco soy experta.

Otro leve pinchazo me sacude y, en esta ocasión, hace que lleve la mano hacia la cicatriz que me recorre la rodilla derecha de arriba abajo. Ese recordatorio de lo que fui, de lo que toqué con los dedos. De lo que he dejado atrás.

«Toc-toc».

Trago con fuerza y sacudo la cabeza.

«No, Autumn, no te ha quitado nada, simplemente has evolucionado y te has convertido en otra versión de ti misma».

Eso me diría June, y yo tragaría con fuerza al saber que me gusta cómo suena en sus labios, pero no el impacto que causa en mi pecho.

—En fin…

Un par de pasos más y sí, no son imaginaciones mías. Esa casa de ahí, o lo que es el eufemismo del año, es más desastrosa cuanto más me aproximo a ella.

—Apuesto lo que sea a que ni siquiera tiene luz eléctrica.

Quizá debería haber esperado un poco. Tal vez tendría que haber hecho ese viaje en coche con un plan B en el bolsillo y no haberme lanzado al vacío sin más.

Los retos. Me gustan los retos. Al menos cualquiera que no tenga que ver con la sangre, las agujas y esa profesión que, de solo

imaginarla, hace que me tambalee y comience a verlo todo gris.

Echo un pequeño vistazo al camino de cascajos y me doy cuenta de que, a pesar de estar lleno de malas hierbas y que me tendré que encargar de eso también, no está tan mal. Es como si… Como si algún alma cándida se hubiese ocupado de mantener el camino de la entrada despejado por si alguien, alguien con poca cordura como es mi caso, decidiese plantarse aquí en algún momento de su vida a…, no sé, ¿intentar hacer de esto su hogar?, ¿rememorar lo feliz que fue en este claro en el pasado?, ¿disfrutar de la cabaña en la que sus padres vivieron su amor hasta que decidieron marcharse?

Mis cosas siguen estando apostadas no muy lejos de donde me encuentro. Observo de nuevo todo a mi alrededor como si fuese la primera vez. Esto sí que lo recuerdo de una forma muy vívida. La naturaleza en estado puro. Pinos que bien podrían tener más años que tú y yo juntas. ¿Qué digo? Que nuestros antepasados juntos. Secuoyas centenarias —si no milenarias—, robles y abetos hacen de este paraje cualquier cosa menos típico. Es la estampa de… de una postal de ensueño, de esas que ves expuestas en cualquier escaparate y de inmediato sabes que quieres transportarte a ese lugar, te visualizas viviendo ahí, rodeada de animales que no se acercan porque te temen más a ti que tú a ellos y de mosquitos molestos.

—Por favor, que no haya de eso aquí.

Hay un par de casitas de madera cerca. En la que está a mi derecha, se observa luz a través de las finas cortinas blancas. Sonrío, no sé por qué lo hago, supongo que es por las ganas que tengo de que esto que hay frente a mí se convierta en eso que hay al lado.

Tiene pinta de cómodo y confortable.

—En cambio… —Clavo la vista al frente y la morada parece reírse de mí. No conmigo, sino a mi costa—. No vas a salirte con la tuya, que te quede claro. Nadie me gana a cabezota, debes saberlo. —La señalo y la reprendo—. ¿Estoy hablando con una casa? El colmo de los colmos.

Me carcajeo al imaginar la cara de June cuando le explique la situación. Me tildará de loca, se abrirá una botella de vino y brindará

por mi demencia tras ofrecerme algún nuevo invento que patentar, algo menos típico que el último que se le pasó por la cabeza y con igual salida comercial: ninguna.

Quizá, y con suerte, algún día os deleite con sus ocurrencias. Necesitaréis vino para eso también. Y tiempo. En exceso.

La vivienda que hay a mi izquierda parece mucho más austera. No hay luz en su interior, al menos no de la misma forma en la que la hay en la cabaña de la derecha. Solo se atisba un pequeño reflejo como si…, como si hubiese encendida una triste y solitaria vela.

Ese tendría que haber sido mi plan B. Un par de lamparillas de gas por lo que pueda pasar y una dirección. La del hotel más cercano con agua caliente y electricidad a ser posible.

—No me la juegues. He conducido muchas horas hasta este lugar. Tantas horas que tengo el culo dormido. Me duele la rodilla y no tendrá punto de comparación con lo que me dolerá el orgullo si tengo que marcharme de aquí a ningún lugar, ¿me has entendido?

Los sermones siempre funcionan, ¿no? O, al menos, eso es lo que se rumorea por ahí.

Avanzo con cautela y poso la mano en la puerta. No hay conexión alguna. Me río de mí misma. Esto es de chiste, de chiste de los malos.

No sé qué esperaba, ¿un chispazo?, ¿una electricidad recorriéndome el brazo?, o una señal que me indicase que esta decisión ha sido la más acertada que he tomado en mucho tiempo.

No hay nada. Solo…, solo esas sensaciones de las que os hablaba en un principio: miedo, temor, nervios, ansia y ganas. Un verdadero cóctel explosivo.

Saco la llave del bolsillo de mi chaquetilla y la coloco en la cerradura. Giro y algo me aprieta el pecho cuando cede. Cierro los ojos esperando… No sé lo que espero. Observo que la maleta y la mochila sigan en su lugar y avanzo con cautela.

—Que no haya mosquitos. Que no haya ratas. Que ningún animal salvaje haya hecho un nido en esta casa, ahora la considere suya, y yo sea una invitada inesperada. Inesperada e inapropiada.

Vaya, que no van a salir con matasuegras y confeti a recibirme. Perdonadme, yo no lo haría si estuviese en su lugar.

A simple vista todo parece dentro de lo normal. Dentro de lo normal para una casa que lleva más de diez años vacía. Tal vez más de quince. No descarto los veinte. Vale, veinte se acerca mucho más a la realidad.

Un par de sábanas cubren lo que rezo para que sean los muebles y, conforme avanzo, esa esperanza se convierte en vértigo.

El plan B debería estar complementado con un plan C de copazo que tendría que tomarme para superar este desastre.

Me imagino el sermón de June.

«Autumn, te dije que te lo pensases bien. Que te planteases los pros y los contras y que te vistieses de color verde, por eso de que la esperanza es lo último que se pierde. ¡Los calcetines! ¡Esos sí que desaparecen sin dudar!».

¿Qué iba a hacer?, ¿quedarme sentada esperando a que mi vida terminase de convertirse en un caos?, ¿seguir esperando un milagro que, de antemano, sé que no va a llegar?, ¿regodearme en el desastre en el que se ha convertido todo?

O bien podría recorrer más de seiscientos kilómetros en coche sin apenas descansar, atraída por el destello de unos recuerdos pasados y por el cariño con el que mis padres hablaban de este lugar en el que se conocieron y se enamoraron. La decisión estaba tomada antes de planteármelo siquiera.

No había nada allí. No me quedaba nada allí. Tampoco tengo mucho en este lugar. Aun así…

Me acerco con reserva a un pequeño interruptor que hay al lado de la puerta de la entrada. Es antiguo y de inmediato sé que debería ponerme con esto. Lo añadiré a la lista de tareas que llevar a cabo cuando aprenda de carpintería, fontanería y electricidad. Tampoco me vendría mal un curso de albañilería. ¿Creéis que encontraré algo de eso en YouTube? Un vídeo corto de treinta segundos sobre cómo hacer de una ruina un hogar y no morir en el intento.

Tendría cientos de reproducciones. La mayoría mías, por la cantidad de veces que tendría que verlo hasta aprendérmelo de memoria.

Sacudo la cabeza porque no es un buen momento para el sarcasmo. ¿Para la autocompasión? El mejor de todos.

—Tú y yo nos vamos a llevar bien, ¿me entiendes? Voy a prender este botón, se va a encender la luz y mañana nos reiremos de este mal trago.

Presiono el interruptor y…

—¡Sí! ¡Sí! ¡Sí!

La luz se enciende. Parpadea en un par de ocasiones hasta que lo hace.

Es entonces cuando me doy cuenta de que he cantado victoria demasiado pronto y de que, en la oscuridad, todo parecía mucho mejor.

—¡No! ¡No! No, no, no, no.

Sacudo las manos y sé lo que tengo que hacer. Un par de pasos hacia atrás y la determinación es el sentimiento que toma peso y fuerza. Con más fuerza.

CAPÍTULO 1
Si me pinchan…
Autumn



—Así que…, ¿tu solución pasa por dormir en el coche?

Ahí está la dosis de sinceridad que tan poco echaba de menos y que tan real lo vuelve todo.

—¿Qué quieres que haga, June? Espera. —La detengo—. ¡Ya sé! Ahora mismo sacaré de mi mochila el chalet portátil que me he traído y lo instalaré en mi parcela. Problema solucionado. —Chasqueo los dedos como si de veras hubiese hecho magia.

Un milagro es lo que de verdad me haría falta.

Mi amiga gruñe con desaprobación.

—El sarcasmo te sienta de pena.

—Las reformas me sientan aún peor. —Sobre todo, cuando has buscado en YouTube el mágico vídeo utilizando los pocos datos que te quedan solo para comprobar que no existe. ¿De veras a nadie se le ha ocurrido esa idea?, ¿a nadie?

Escucho ruidos al otro lado y me separo el teléfono del oído como si con eso fuese a ser capaz de ver lo que mi amiga hace.

—¿Qué…?

—No quieras saberlo —profiere interrumpiendo mi siguiente interrogatorio. Su tono ha vuelto a ser divertido y eso no augura nada bueno… Nada bueno para mí.

—Quiero, claro que quiero.

—Estoy tumbándome de una forma poco ortodoxa en mi cama. Esa cama mullida que nada tiene que ver con el asiento incómodo

de esa carraca que llamas coche en ese lugar apartado al que te has tenido que mover para encontrar una triste raya de cobertura y poder llamarme.

A la enorme lista de asuntos pendientes y planes por llevar a cabo tengo que añadir lo de una instalación wifi de forma urgente, sí.

—Es una edición limitada —lo defiendo.

¿Qué? Tal vez tenga alma, como la casa que vislumbro a lo lejos y que todavía puedo ver desde este punto en el que me encuentro. Es el triste recordatorio de que no se va a mover de ahí y de que los problemas tampoco se van a solucionar solos.

—Ya era una edición limitada cuando los dinosaurios poblaban la tierra.

—Perdóname, señora «Me Encantan las Cosas Nuevas y Relucientes».

—Señorita.

—¿Qué?

—Señora no —me corrige—, señorita —agrega con desenfado. Y descaro, un puñado de eso también acompaña sus palabras.

—Te lo estás pasando bomba con esto, ¿verdad? —le recrimino.

—No fui yo la que decidió poner seiscientos kilómetros de por medio para ir en busca de algo que no llego a comprender. —Chasqueo la lengua. June tiene razón y, a su vez, no la tiene—. Te has quedado en silencio. ¿Eso que percibo es arrepentimiento? ¿Vas a regresar? Pondré vino en la nevera y cuando llegues, dentro de unas mil horas si conduces ese trasto, el vino estará frío. —Más ruido, más cama mullida y cojines cómodos y llenos de plumas amoldándose al contorno de su cuerpo. Al menos, eso es lo que imagino—. O puede que me lo haya bebido. —Un segundo de duda —. Me lo habré bebido. Ya sabes, borracha, pero buena muchacha.

Sí, ya sabemos de qué pie cojea mi amiga.

—June, hablo en serio… Necesito esto.

—¿Necesitas huir? —lanza la pregunta como si nada—. Autumn…

Guarda silencio unos segundos y la imagino llevándose los dedos a las sienes y masajeándolas con esmero. Esa es su manera de tomárselo con calma para no soltar lo primero que se le pasa por la cabeza y herir tus sentimientos. De ese pie también cojea.

—Suéltalo sin más, June.

Suspira como si le fuese a doler más a ella que a mí.

—Vayas donde vayas, Autumn, tu rodilla sigue estando ahí. El dolor sigue estando ahí. La pérdida seguirá estando ahí. —Lo sé. Vaya que si lo sé—. Y no me odies por darle voz a eso que ambas pensamos.

—No te odio, June, es solo que…

—Ya, eso también lo sé —me corta antes de que acabe mi propia frase. Si es que fuese capaz de terminarla.

Bajo la vista y me observo las piernas, esas que están apretadas dentro de este pequeño cubículo. Atisbo los pedales al final, no sin antes pasear la mirada por mi rodilla, esa que se encuentra cubierta por un pantalón de algodón oscuro que esconde los vestigios de mi nueva realidad.

Acabo por suspirar y tomo fuerzas porque esa también soy yo: la que no se da por vencida con nada ni con nadie, empezando por mí misma.

—Puede que haya sido una decisión poco meditada. Que me equivoque y tenga que regresar antes de tiempo. —Miro hacia el frente y observo esa misma calle por la que salí hace menos de una hora en busca de algo de cobertura para llamar a mi amiga—. Y tenga que darte la razón dentro de un par de semanas cuando regrese.

—O quizá tenga que ser yo la que te dé la razón a ti. Nunca se sabe.

—¿En qué quedamos? —Sonrío al imaginarla al otro lado.

—En que te echo de menos y apenas hace un par de días que te vi. No te perdonaré que me hayas abandonado a mi suerte.

Abandonado a su suerte, dice…

—Siento recordarte que soy yo la que está sola en un lugar que no conoce y con una casa que temo que se caiga a pedazos si respiro cerca de ella.

—Mientras que yo estoy tumbada en una cómoda y calentita cama, con luz eléctrica y agua potable…

—Problemas del primer mundo, ¿ehh?

June se ríe al otro lado.

—Sí, tu sarcasmo es de lo mejorcito que hay.

—Junto con el vino.

—El vino son palabras mayores. En una guerra nuclear, ya sabes, si a estos políticos se les va más la cabeza de lo que ya se les ha ido, el vino debería poder salvarse antes que las cucarachas. Explícame qué es lo que aportan esas cosas asquerosas a la humanidad. Explícamelo y que yo lo entienda.

—¿Nada?

—En efecto. ¿Y el vino? —Hace una leve pausa. Estoy casi segura de que está pensando en cuánto trabajo le llevaría caminar hasta la nevera y servirse una copa—. ¿Y el vino, Autumn?

—Suenas como esa clase de chicas —le advierto con ese buen humor que siempre consigue despertar en mí.

—¿Las molonas?

—Las borrachas.

Nos reímos las dos hasta que el silencio se apodera de la línea. Me echo hacia adelante y observo el mundo que se abre ante mí. La oscuridad me permite contemplar el cielo estrellado de una forma en la que no lo he hecho nunca antes.

«La magia reside en los pequeños detalles: una caricia robada, un beso inesperado, una sonrisa cálida, un abrazo reconfortante. No es lo material lo que nos hace felices, cariño, son las personas y lo que despiertan en nosotras a su paso».

Cuánta razón tenía mi madre.

—Sabes que estoy aquí, ¿verdad? —me pregunta al cabo del tiempo—. Que seguiré aquí vayas a donde vayas. Llegues a donde llegues. Hagas lo que hagas.

—Lo sé, June. Es recíproco.

—Lo sé, Autumn —sentencia a su vez y no hay ni una pizca de duda en su respuesta.

La vida no me dio hermanas, apenas hay un puñado de personas que me importan y algunas de ellas ya ni siquiera se encuentran entre nosotros. Salvo June. Ella ha permanecido a mi lado desde siempre. Cuando nadie más lo estuvo. Cuando no era nadie.

—Llámame mañana. Si es que puedes cargar el teléfono o si escapas de las fauces de… ¿Qué hay en ese pueblo perdido de la

mano de Dios?, ¿ratas chupasangres?, ¿lombrices mutantes?, ¿murciélagos transgénicos?

«Gracias, amiga, por esa imagen tan esclarecedora. No me costará nada conciliar el sueño».

—Te llamaré mañana —la corto antes de que siga mencionando cosas que solo me producen estremecimientos y no de los buenos, precisamente—. Ah, ¿June?

—¿Sí?

—Evermere, se llama Evermere.

Mi amiga cuelga intentando hacerse la ofendida, solo que ambas sabemos que no tardará mucho en coger ese teléfono y contarme algo nuevo sobre su profesor guapísimo e inaccesible de arte dramático o sobre alguna otra cosa rara que se le pase por la cabeza.

Tiro el móvil en el asiento de al lado y la pantalla se apaga por completo.

—Bien, justo lo que necesitaba. Un teléfono sin batería en un lugar que no conozco.

Me bajo del coche, rodeo la puerta del conductor y abro el maletero. Creo recordar que guardé un par de paquetes de galletas que compré en la última estación de servicio en la que reposté antes de recorrer el tramo final hacia Evermere. Esta será mi deliciosa e inesperada cena. Nótese la ironía.

Mientras abro el paquete, apoyo el cuerpo en la puerta del copiloto, cruzo las piernas y alzo de nuevo la vista. Esto es…

Frente a mí no se ve más que una extensión gigantesca de árboles y más árboles. No hay rastro de vida humana y si fuese una asesina en serie, un extraterrestre con ganas de conquistar a la humanidad o un zombi come almas, este sería un lugar adecuado para comenzar con mis fechorías. En fin…

Dejando eso atrás, la única claridad que me acompaña es la de la luna. En lo alto del cielo se encuentra. Mastico mientras observo encantada cómo es posible que resulte tan fascinante.

—Bienvenida a Evermere, Autumn.

Un pequeño ruido que proviene de entre los arbustos me hace ponerme en guardia.

Me resguardo dentro del coche, por si uno de esos murciélagos transgénicos tiene el honor de hacer su aparición estelar y, solo por si las moscas, bloqueo la puerta con el cierre anticuado, pero efectivo.

Va a ser una noche larga. Una noche de lo más larga.

CAPÍTULO 2
No todos los gatos son pardos
Autumn



A la luz del día parece que la situación no es tan nefasta como anoche. Tal vez sea lo pragmática que soy, que esa característica haya tomado las riendas y anoche se hubiese ido a dar un paseo sin más.

El caso es que sí, he tenido suficiente tiempo como para barajar mis distintas opciones y trazar una especie de plan. Algo sencillo y poco pretencioso.

A ver qué te parece: me quedo en Evermere, porque no tengo otro sitio al que ir —dato importante donde los haya— y porque necesito esto de una forma que quizá no te convenza del todo, porque ni a mí misma lo hace y, ya ves, aquí estamos. Insisto, me quedo aquí, intento adecentar la casa, ponerme manos a la obra, aprender un poco de todo, convertirme en una chapuzas de primera y hacer mío el hogar de mis padres, al menos por un tiempo. El tiempo que tengo antes de tener que enfrentarme a mi cita con el traumatólogo y que sea él el que tenga el poder de decidir lo que va a suceder de ahí en adelante.

Si lo piensas bien, es como Harry Potter: pequeño, pero matón.

Y para ello debo buscar ayuda. Buscar la forma de cargar mi teléfono, encontrar una ferretería o algún tipo de supermercado en el que vendan… ¿De todo? ¿Qué es necesario en estas situaciones? Apuesto a que esperanza lo que más.

Sonrío al pensar en ello porque… así, y de la nada, he puesto un plan en marcha y cuento con un propósito. Me gusta eso, ¿sabes?

Me gusta tener una meta a la que llegar, un objetivo que cumplir y, quizá y con suerte, sea capaz de disfrutar por el camino de todo esto.

Aparco mi coche frente a la propiedad y no me molesto en sacar la maleta y la mochila del maletero del mismo. Me juego lo que sea a que ahí estará mucho más seguro que en ninguna otra parte. Avanzo con paso decidido y vuelvo a abrir la puerta.

—Pues no está tan mal. —Hago una pausa y reformulo—. No estás tan mal —suelto llena de convicción y una pizca de energías renovadas.

Mi madre insistía en que todo en esta vida tiene alma. Que cada animal, persona y cosa está formada por partículas invisibles que llevan consigo una parte de la esencia del que ha estado allí. Del que ha paseado, tocado o sentido ese trozo inerte, ese animal salvaje y que nosotros mismos somos retazos de eso que no vemos y que sí sentimos. Porque les damos vida a nuestro paso.

Y esta cabaña tiene una parte del alma y del amor de mis padres. Este espacio está formado por pedacitos invisibles de lo que fueron, de los cimientos de su amor, del cosquilleo de sus dedos por tocarse, de sus miradas furtivas, de zapateos bajo gotas de lluvia o de sonrisas perennes bajo un cielo cubierto de polvo de estrellas.

Y, aunque parezca una locura o algo difícil de comprender, este espacio a medio derruir ahora forma parte de lo que yo soy y está compartiendo conmigo lo que en su día ellos fueron. Todo muy místico, ¿verdad? Bueno, es probable que esa también sea yo: la terrenal y la espiritual.

Con cada paso que doy la misma sensación y determinación de huir que sentí anoche se arraiga en el fondo de mi pecho, solo que esta vez toma un camino bien diferente, uno que no implica marcharse de este lugar ni mucho menos.

Salgo en busca de mi teléfono y del cargador que he guardado dentro de la mochila.

—Por el principio, Autumn, los planes hay que llevarlos a cabo por el principio.

Una vez encuentro todo, escudriño el espacio. Sigue siendo tan abrumador como lo fue anoche solo que de una forma bien distinta.

Los árboles resultan todavía más altos, aunque esta vez no tan intimidantes. El ruido del agua que corre por el lago sigue teniendo esa potencia abrumadora, sin embargo, y a pesar de ello, sientes que te llama, que te pide que te acerques y hasta que te sumerjas. Y no hay rastro alguno de esos mosquitos, tampoco de los murciélagos ni de las lombrices. Me maldigo por no poder sacar una foto y enviársela a June, apuesto lo que sea a que se tragaría sus propias palabras y tendría que darme la razón. Este lugar es impresionante.

No pienso demasiado en las consecuencias cuando tomo el camino que me lleva a la casa de la izquierda. La entrada es tan austera como la mía, eso sí, en ella no hay rastro de hierbajos o flores. Es austera sin más. Bien cuidada y simple.

Subo los escalones que me llevan hasta la puerta principal y observo que de sus ventanas cuelgan unas cortinas blancas sin floritura alguna en ellas. La entrada tampoco cuenta con nada más allá de la madera que parece mantenerse en perfecto estado. Ni punto de comparación con la mía, todo hay que decirlo.

«Qué suerte que tienen algunos».

Alzo la mano y toco en tres ocasiones. Tres escalones, tres toques. Qué ridículo suena todo y, a pesar de ello, se me escapa una sonrisilla sin más. Prometo que no he tomado nada extraño.

No hay rastro de sonido alguno que me proporcione pistas de que el dueño o la propietaria de esta cabaña se encuentre dentro. Aun así, toco de nuevo porque me van los retos.

Esta vez sí que se escucha un sonido, al principio distante hasta que comienza a aproximarse. Pasos. Unos pasos que parecen arrastrarse. Apuesto lo que sea a que es una tierna ancianita a la que le gusta tejer en su tiempo libre —y, por lo que parece, aquí tiene que haber demasiado de eso— y que prepara tartas y bollos o que hornea pan. Odiaré a esa ancianita si es de esa forma porque no hay nada que me guste más que comer y que peor se me dé que cocinar.

La parte positiva que hay en mí os diría que no se puede hacer bien todo en esta vida; cosa que es cierta. La parte realista me indica que hay talentos menos atractivos que no tienen el mismo uso

y que poseo como, por ejemplo… Déjame pensar, ah, sí, se me da bien hacer formas de animales con las sombras. ¿Habéis visto? Puestos a elegir…, ya sabemos con cuál nos quedaríamos. No os lo tendré en cuenta.

Volviendo a lo que nos atañe. Frente a mí aparece un hombre. Si fuese de noche, habría huido atemorizada. Le habría echado una charla a mi rodilla sobre poner un poco de su parte en eso de salir por patas y habría corrido en la dirección contraria. A la luz del día sigue pareciendo intimidante, sin embargo, también resulta otras tantas cosas que mejor me guardo para cuando tú y yo hayamos cogido algo de confianza, no sé si me explico.

Vale, no te pongas así: está cañón, ¿contenta? Porque sí, yo también lo estoy. Digamos que es la primera cosa buena que me sucede desde que llegué a Evermere. Porque tengo un carácter afable y en una balanza tiendo a ver la parte buena antes que la parte mala, de hecho, gracias a esa parte buena y al tiempo libre que tengo hasta saber qué va a ser de mí, es que estoy en este lugar. En busca de algo, aunque todavía no sepa el qué.

Alto, fuerte, musculoso. ¿Necesitas más? Seguro que sí. Tiene unos ojos verdes de revista. En el reparto de los ojos verdes sexis y apetecibles, este chico estaba en el primer puesto. El pelo es oscuro y sus facciones están medio escondidas bajo una barba de lo más apetecible… Seguro que… No, todavía no tenemos esa confianza como para hacer ese tipo de comentarios.

El caso es que no es una barba espesa y poblada, es algo descuidado y, aun así, le da un toque más sensual. Intento hacerle otro breve repaso, no sé, seguir hacia abajo. Sin embargo, se cruza de brazos y eso me hace percatarme de que no estoy comportándome como una buena vecina. Ni siquiera como una buena chica.

Extiendo una mano por educación y esbozo una sonrisa sincera. Rezo para que esta sonrisa le dé pistas a mi vecino de lo majísima que soy y de que me encantaría que me dejase cargar el teléfono móvil para hacer fotos de todo y enviárselas a mi amiga, esa que piensa que esto es un error garrafal.

—Buenos días. Acabo de llegar al pueblo y soy la vecina de al lado. —Muevo la cabeza hacia donde se encuentra ese desastre. Con alma, pero desastre, al fin y al cabo—. Mi nombre es…

No termino la frase porque, antes de poder siquiera hacerlo, me cierra la puerta en las narices.

¡En las narices!

Es decir, esto no es un eufemismo ni mucho menos. Le ha dado con tanto ímpetu a la puerta que al cerrarse mi pelo suelto se ha marcado un baile a causa del viento y estoy convencida, sin ser arquitecta ni mucho menos, de que las bisagras de esa puerta han tenido que sufrir de una forma catastrófica.

Pobres, espero que no tenga alma.

«Como su dueño», me reza una voz dentro de la cabeza.

Me planteo volver a tocar, por dos motivos, el primero es que me ha dolido en lo más profundo de mi ser que se haya comportado como lo ha hecho. Guapo será un rato, ahora bien, maleducado mucho más. Y el segundo motivo es por fastidiar, ¿qué? Tampoco me mires así. Me ha cerrado la puerta de una forma poco cortés y eso ha herido mi ego. O lo que queda de él.

En última instancia, retrocedo porque… no sería empezar con buen pie si a la primera de cambio molesto al vecino, ¿verdad? Tal vez tenga un mal día, ¡sí! ¡Eso es! Puede que se haya levantado con el pie izquierdo, haya pisado un martillo por la zona en la que tiene punta y se le haya quedado un dedo *salchichil*. No lo culparía si fuese de esa forma. Nadie en su sano juicio quiere un dedo con forma de morcilla.

No llegué a fijarme en su atuendo. Puede que fuese descalzo.

Da igual. Recorro el camino hacia la otra casa. Si me recibe alguien con el mismo entusiasmo que este chico, estaré jodida. Y no en el buen sentido, no.

El sendero es bien distinto. Hay flores, algunos arbustos bajos y muchos juguetes tirados a ambos lados del camino. Coches, pelotas, gafas de sol con forma de corazones y alguna muñeca a la que le falta parte de su brillante melena rubia. Esa ha pasado por una peluquera en prácticas.

Me acerco con ciertas reservas porque soy de las que aprenden rápido. Menos cuando se trata de arreglar cosas o de hacer de enfermera. Se me da de pena esto último. Tan de pena que suelo desmayarme y no quieras estar presente cuando lo haga.

El caso es que subo un solo escalón y me decido a tocar la puerta sin pensármelo demasiado. Todo sea por la batería del teléfono y por mi conexión con la civilización.

En esta ocasión sí que escucho pasos con rapidez y no solo unas pisadas.

El recibimiento es totalmente opuesto al de mi vecino de la izquierda. Ante mí me encuentro con varias cabecitas que me observan con fijeza.

—Guauuuuu —suelta una de ellas—. Mirad qué pelo tan rubio. —No me juzguéis cuando me atreva a afirmar que esta es la peluquera inexperta y en potencia.

El segundo niño ni siquiera me mira, está más pendiente de lo que hay fuera, detrás de mí, y solo espero que no sea nada que pueda perseguirme en mis pesadillas.

El tercer niño, que es un poco más grande que los demás, da un paso al frente y protege a sus hermanos de la vecina intrusa a la que no conoce. Me cae bien de inmediato.

—¿Quién eres y qué haces aquí?

—Guauuuu —repite de nuevo la niña.

Extiendo la mano, y el chico más mayor la mira sin saber bien qué hacer con ella. Rezo para que el mordisco no esté entre sus opciones.

—Soy Autumn, la nueva vecina de al lado. ¿Están tus padres en casa?

El niño se cuadra frente a mí. Y sus hermanos asoman la cabeza. Uno de ellos se echa hacia atrás y comienza a correr de puerta en puerta a la voz de: «¡Mamá! ¡Mamá! ¡Mamá!». Sí, sin lugar a dudas, es un buen recibimiento.

Siento unos pasos que se acercan y de pronto la figura de una chica no mucho mayor que yo llega por el pasillo. Tiene un bebé de poco más de un año apoyado en la cadera y un pequeño indicio de barriga.

Uno, dos, tres, cuatro… ¿cinco?
—Guauuuuu —insiste la pequeñaja.
Sí, guau. Me lo ha quitado de los labios.

CAPÍTULO 3
Intrusas a mí
Liam



—Veo que tu carácter sigue siendo tan agradable y apacible como lo ha sido siempre.

Me acerco arrastrando los pies hasta el sofá en el que está sentada Samira. Estar sentada es una forma bastante agradable de explicar que lo que realmente hace es estar tumbada ocupándolo al completo.

—Aparta. —Muevo sus zapatos, y ella los deja caer al suelo. Forma un puchero de lo más ridículo—. No me hace gracia que subas los pies al sofá. Tampoco a la mesa —advierto antes de que esa se convierta en su segunda opción.

—Uhhh —ironiza—. ¿Y qué es exactamente lo que te hace gracia, Liam? Espera, no me lo digas, tirarle la puerta en las narices a las personas que se atreven a acercarse a tu morada. Tal vez deberías colgar un cartel que ponga: «Perro suelto».

—No hay ningún perro suelto por aquí —contrataco.

—¿Estás seguro de ello?

Refunfuño porque Samira es experta en tocarme los cojones.

—De lo que estoy seguro es de que no me interesa nada de lo que sucedía ahí.

Samira frunce el ceño, y yo aparto la mirada. No tengo nada que esconder, al menos, no con ella. Siempre he podido ser yo mismo con Samira y eso es algo que valoro mucho. No es fácil tratar

conmigo. Nunca lo ha sido, pero las cosas se han complicado mucho más en los últimos tres años.

—¿Sabes siquiera lo que quería?

—¿Sabes lo poco que me importa? —Se la devuelvo sin tener que pensármelo demasiado.

Chasquea la lengua con desaprobación, sin embargo, deja el tema a un lado y no me molesta más con ese asunto. Cosa que agradezco porque la especialidad de Samira es no dejar pasar las cosas. Nunca.

—¿Qué planes tienes para este fin de semana? —me pregunta cambiando de tema. Alzo una ceja y aguardo a que mi respuesta no verbal sea todo lo que necesita—. Joder, Liam, en serio, eres insufrible. Ni siquiera sé por qué sigo viniendo a verte.

—Te abro la puerta.

—Tengo llave propia.

Vuelve a alzar las piernas y niego con la cabeza. Termina por quitarse las zapatillas y deja entrever unos calcetines llenos de pequeños agujeros.

—No los mires así, me gustan y no pienso tirarlos.

—No iba a hacer comentario alguno al respecto. —Por supuesto que pensaba hacerlo y uno lleno de mordacidad.

—Ya, estoy convencida de ello. ¿Y bien?

Aparto la mirada y busco mis gafas. Las encuentro sobre la repisa de la chimenea y hasta ella me encamino.

—Tengo un par de trabajos pendientes. —Me las pongo—. Jared me ha pedido que le suministre el doble de madera. Por lo que me ha explicado, tiene un par de construcciones y algunas reformas pendientes. Me ofrece un buen precio y he aceptado su oferta.

—Jared es un tipo de lo más extraño —concluye—. Me lo he cruzado en cientos de ocasiones en el centro y apenas me saluda. Muchas veces solo rezonga cuando pasa por mi lado.

—Puede que seas demasiado parlanchina y entusiasta cada vez que alguien se acerca y ese sea el motivo. No sé, piénsalo.

—Lo dice el que le acaba de cerrar la puerta en las narices a una mujer desvalida.

Observo esa misma puerta de la que habla, todavía con la mano apoyada en el marco de madera de la chimenea, y rememoro

durante unos segundos la escena.

No tenía pinta de chica desamparada. Parecía predispuesta a entablar una conversación que no tengo interés en comenzar, de hecho, ni siquiera me importa saber cómo se llama ni qué coño hace en este pueblo. Aparto la mirada antes de que esa pequeña punzada de culpabilidad se abra hueco en el centro de mi pecho y me afecte como he respondido ante su intento de presentación.

—Ha dicho que es mi vecina. —Muevo la cabeza hacia la casa de al lado, hacia esa que lleva abandonada toda una vida.

—¿Vecina? —Samira se incorpora y corre medio descalza hacia la ventana. Abre la cortina de par en par. Discreción ante todo, Samira, claro que sí—. ¿Puede alguien siquiera haberse planteado comprar esa cosa? Jared estará encantado de reformarla y sacarle un par de miles de dólares por el camino. También colarse bajo sus bragas.

—Suenas como si quisiese que se colase bajo las tuyas.

—¿Jared? Por favor. —Sí, sí que quiere que se cuele bajo las suyas. Se le da tan mal mentir que resulta patético—. ¿Tú me has visto? Puedo aspirar a mucho más que a un tipo amargado que tiene poco don de gentes. Sin ofender a los presentes.

Alzo las manos y me acerco hasta la ventana con cautela. Que quede constancia que lo hago sin curiosidad alguna, solo porque no me gusta que la cortina esté abierta y ya de paso…

—Sí que parece un desastre. Ni siquiera sé cómo se mantiene en pie. Apuesto lo que sea a que saldrá huyendo en menos de una semana.

—¿Menos de una semana? —formula Samira sin apartar la mirada.

—Menos de veinticuatro horas.

Mi amiga alza la mano y la extiende.

—Veinte pavos por eso.

—Los veo y los subo a cincuenta.

—Vaya, a alguien le va bien el negocio —constata ella llena de sarcasmo—. Y, hablando de ir bien un negocio, ¿sabes algo de Max?

—Puede que esté en la cárcel, ya sabes…

—No digas eso. —Pasa por mi lado de regreso al sofá no sin antes darme una palmada en el pecho—. No ha hecho nada malo.

—Me parece que estás utilizando el adjetivo equivocado.

Me dedica una mirada reprobatoria. Una a la que soy inmune.

—Lleva días sin pasar por la cafetería de Beth. Y eso es de lo más extraño. ¿Ha venido por aquí?

—Por suerte para las personas que lo encontramos molesto hasta decir basta, no, no he tenido el placer de contar con su visita.

—Porque sé que le tienes cariño, si no, es probable que te preguntase si en el centro de ese pecho sigue latiendo un corazón, Liam.

Su comentario me pilla desprevenido. Sé enfrentarme a la mordacidad de Samira, también sobrellevo su ironía y su sarcasmo, pero cuando se pone seria y profunda, cuando de sentimientos se trata, me pilla con los pantalones bajados y, a juzgar por la mirada que me dedica, es tan consciente como lo soy yo de ello.

—En fin. —Da un salto y se acerca hasta esas zapatillas rompiendo el momento de tensión que se ha instalado entre nosotros—. ¿Nos vemos para cenar? Es viernes y, antes de que protestes, los viernes se cena, al igual que el resto de los días. No me vale como excusa eso de: «Ya he comido».

—Ya lo veremos. —Nos acercamos hasta la puerta. Samira todavía lleva los cordones sin atar y tropieza cuando llega.

—Maldita sea.

Se agacha, se pone manos a la obra y de un salto abre y sale. Se acerca dando botes hasta el camino de entrada, y yo me quedo allí parado. Observando de nuevo la casa de al lado y preguntándome qué es lo que puede llevar a una chica como esa a adquirir una propiedad como la que se encuentra a mi derecha. Doy un paso hacia adelante y permanezco atento a todo, disfrutando de la soledad. Me gusta vivir aquí, me gusta el silencio apacible, me gusta hasta que el rumor de mi cabeza opaca todo y es entonces cuando necesito salir, correr. Huir de las voces que me persiguen, de los gritos que me resquebrajan el pecho en dos y de la culpabilidad que me hostiga y que muchas veces es más rápida de lo que lo soy yo.

Me retiro un par de pasos cuando la puerta de Hannah se abre y de ella sale esa misma chica. Me escondo entre la puerta y el recibidor. Agazapado en la oscuridad.

«Vaya, veo que ha encontrado ayuda».

No me extraña en absoluto que Hannah se la preste porque es de esa clase de mujeres que dejarían todo lo que tienen y te lo entregarían sin pedir nada a cambio. O quizá te pediría que te llevases a uno de esos renacuajos que en ocasiones son más malhechores que el propio Max.

La observo a escondidas unos segundos de más. Muestra la misma sonrisa que me dedicó cuando extendió la mano para presentarse. Ni siquiera dejé que me contase cómo se llamaba. Tampoco es que me interese en absoluto saber ese detalle en cuestión. Ni ningún otro, ya puestos a pedir.

El caso es que… Me quedo allí analizando a la que se supone que es mi nueva vecina y sonrío porque he ganado cincuenta pavos, estoy casi seguro de ello. Lleva en las manos un teléfono móvil. El mismo que tenía cuando se presentó en mi casa y todos los indicios me llevan a pensar que no tenía batería y necesitaba cargarlo. Seguro que es de esas que necesita comprarse alguna prenda de última moda o unos zapatos de lentejuelas que peguen con su modelito. La verdad es que la ropa que lleva en este instante, aunque deja entrever una figura esbelta y bien tonificada, no parece la de una chica de ciudad de las que se pasean por aquí en busca de unas vacaciones idílicas y llenar sus redes sociales de fotografías. He aprendido que las apariencias engañan y que no es oro todo lo que reluce. Para bien o para mal.

Camina con paso decidido y hay algo en ella que hace que sus movimientos sean delicados, elegantes y hasta se podrían tildar de exquisitos.

No es muy alta y, a pesar de ello, sus piernas son largas y delgadas. Hay una parte de mí, una parte en lo más recóndito de mi ser, que se las imagina rodeándome la cintura. Sacudo la cabeza de inmediato y la culpa me recorre de arriba abajo.

Entonces alza la vista y mira en dirección a mi casa. Sé que no me puede ver, sé que no lo hace porque me he colocado de esa forma en la que le resulta imposible de hacerlo. Su melena rubia se mece dejándose guiar por el viento. Forma una mueca de lo más extraña y contengo las ganas de sonreír. Baja de nuevo la vista y se gira, quedándose de frente al bosque.

—¿Qué coño haces? —murmuro en voz baja.

Ella se limita a extender los brazos, alzar la vista, mirar al cielo y gritar.

Me dirijo hacia la cocina sin entender por qué esa sonrisa que contenía se convierte en una realidad.

No me hace gracia.

No me hace maldita gracia.

Y, aun así…

CAPÍTULO 4
El lobo y caperucita
Autumn



Hannah no tiene nada que ver con el gruñón de la casa de al lado. Desde el mismo instante en el que su mirada y la mía se cruzaron, desde que esbozó esa sonrisa sincera y desde que me invitó a una taza de té —bendita sea Hannah—, sé que la adoro.

Puede que el té tenga algo que ver. O puede que no.

—Vaya, se escucha gruñir tu estómago desde aquí. —Me señala con la mano apoyada en la encimera de la cocina—. ¿Cuándo fue la última vez que probaste bocado? Uno decente, quiero decir.

La observo desde la mesa que hay un poco más allá, donde me ha invitado a sentarme.

—Anoche me comí un paquete de galletas, ¿eso cuenta como comida?

Me dedica una mirada reprobatoria, se acerca a mí y me tiende al bebé que todavía tenía apoyado en la cadera.

—Es Andy y es muy dulce. No llora con nadie y no me mires con esa cara de pánico —¿Tanto se me nota?—. Es un bebé de catorce meses, no una serpiente venenosa.

Andy alarga los pequeños bracitos hacia mí, y me deshago de inmediato ante sus carantoñas. Soy una chica fácil, ¿qué le vamos a hacer?

—Promete no pedirme indemnización si hago algo que no es debido —le indico.

Hannah se limita a mover las manos restándole importancia a mis palabras y comienza a sacar cosas de la alacena. Una sartén, aceite, leche, huevos, y dejo de contar porque mi gruñido tiene que escucharlo hasta June.

—No es tan complicado cuidar a un bebé, te lo dice una que ha pasado por eso cuatro veces y aquí está el quinto.

—¿En un niño? —Andy parece de lo más contento con mi pelo, se limita a enredarlo entre los dedos y llevárselo a la boca.

—Eso no deberías dejar que lo haga —me pide—, sobre todo si no quieres terminar con un pelo lleno de babas.

—Me da igual eso. —De veras que me da igual.

—¿Todo bien, mamá?

El mismo niño de antes, ese que se colocó en primera fila para defender a sus hermanos de una desconocida, hace acto de presencia y me observa de refilón. Me está evaluando. Si antes me caía bien, ahora me cae mejor.

—Todo bien, Cole. Autumn no parece una ladrona en potencia, tampoco una psicópata, y Andy quiere comerse su pelo, lo que quiere decir que todo está dentro de la normalidad. ¿Y Finn?

—Con Michelle. Están intentando armar un puzle, ya sabes, Michelle lo arma, y Finn tira las piezas y patalea cuando no consigue encajar una.

Hannah chasquea la lengua.

—Preparaos para el colegio. Asegúrate de que tus hermanos se cepillen los dientes y…

—Yo me encargo —añade él decidido antes de abandonar la cocina no sin antes dirigirme una mirada de advertencia.

—Creo que no le caigo bien. —Lo señalo.

—No le cae bien nadie. Cole es como su padre, todo corazón, pero reservado con los extraños. Ha adquirido un rol que no le corresponde para ser un niño de diez años —sentencia ella suspirando al mirarme de nuevo.

—¿Y tu marido?

Hago una pausa en la que Hannah sigue mirando por la ventana. Bajo la vista hasta su abultado vientre. Si he formulado una pregunta inoportuna me arrepentiré toda la vida, hablo en serio.

Porque Hannah me está tratando bien, ha dejado que cargue mi teléfono sin oponer resistencia alguna y es la persona más simpática y cercana que he tenido el lujo de conocer en este pueblo. Teniendo en cuenta que solo he conocido a dos personas, cuatro si cuento a Cole y a Andy…

—Neal trabaja fuera por temporadas. A veces está ausente durante días y otras, durante semanas. Es camionero, se encarga de transportar mercancías por el estado. Nunca pasa mucho tiempo en casa y bueno… Los niños lo echan de menos. Yo también —se apresura a añadir sonriendo—. Aunque tengo que hacerme la fuerte por ellos.

La entiendo. Sé lo que es tener que hacerte la fuerte para que los demás no se den cuenta de lo rota que estás. Trago saliva, y Hannah se acerca y me apoya una mano en el hombro. Os puede resultar una soberana estupidez, pero un gesto tan sencillo y simple, tan mundano como ese, es capaz de conseguir que el corazón se me caldee un poco.

—Con respecto a si es un niño… —retoma mi pregunta anterior. Alza los hombros—. No lo sabemos. Neal y yo nunca queremos conocer el sexo del bebé. Nos gusta que nos sorprenda.

Le pasa la mano por la mejilla a Andy antes de dirigirse de nuevo hacia la encimera. Dispone un par de tostadas, una naranja que ha partido en cuatro trozos, algo de queso y vierte dos enormes tazas de té. Lo coloca todo en la mesa y regresa. Mientras tanto, Andy sigue entretenido con mi pelo. Ha encontrado algo fascinante —y delicioso— en él.

—Toma, Andy, deja el pelo de Autumn.

El pequeñajo, al ver la galleta, se vuelve loco.

—Ya sé lo que hacer para la próxima. Galletas.

Y Andy me muestra una pequeña sonrisa en la que apenas se ven un par de dientes. Dos arriba y dos abajo, para ser exactos. Me recuerda a un castor y eso me hace sonreír.

—Puedes conseguir cualquier cosa a base de galletas y de chocolate. Recuérdalo en un futuro.

—Anoto tu consejo.

Ella cabecea afirmando antes de acercarse e intentar coger a Andy.

—No, está bien aquí, nos hemos hecho amigos, ¿verdad, pequeño castor?

Andy me sonríe como si hubiese entendido mi broma, y yo le devuelvo el gesto porque me parece monísimo.

—¿Quieres tener hijos? —me pregunta Hannah, que ha tomado asiento frente a mí.

Está poniéndose azúcar en la taza y la remueve con cuidado. Cuando termina, me la tiende. Esta mujer es una madraza en toda regla.

—Pues… no lo sé —finalizo con total honestidad—. La verdad es que no me lo he planteado.

—¿Hay alguien…?

Niego antes de que continúe.

—Hace mucho que no hay nadie —le cuento.

—¿Y qué haces aquí?, ¿en Evermere? Un pueblo perdido en las montañas no es el destino más acertado para una chica como tú.

—¿Una chica como yo?

Ella se ríe y no me lo tomo a mal, la verdad.

—Perdona, pareces una chica de ciudad.

—Soy una chica de ciudad —agrego sin perder el buen humor que me caracteriza—. No sé lo que busco, no sé lo que necesito, solo sé que no estaba allí.

—¿En la ciudad? —confirmo su pregunta—. Tampoco sé si estará aquí, es solo que…

—Lo necesitabas —finaliza por mí y eso me hace alzar la vista y clavar mis ojos en los suyos.

No me había dado cuenta de lo preciosa que es Hannah. Siempre sonríe, al menos desde que me abrió la puerta no ha dejado de hacerlo, solo que no es solo con su boca, es con su gesto, con su cuerpo, con todo.

Se lleva las manos a la barriga y las mueve sobre ella.

—Este bebé va para futbolista —me cuenta alargando la mano para darle otra galleta a Andy, que ya ha devorado la suya, y, de paso, me tiende un plato con dos tostadas, tomate y queso—.

Come. —Alzo una ceja—. Perdón, tiendo a dar órdenes, ya sabes… —Señala al pequeñajo—. Estar rodeada de niños es lo que tiene.

Y hablando de niños…

—Guauuuuu. —La pequeña se adelanta y se sitúa a mi lado.

Si me incomodase la situación, retrocedería unos pasos.

—Veo que te gusta mi pelo —le digo.

Ella asiente con efusividad.

—Michelle, ¿qué te he dicho sobre invadir el espacio personal de los demás?

La pequeña da un paso hacia atrás.

—¿Qué quieres ser de mayor? —Mi pregunta hace que vuelva a acercarse.

—Peluquera. Quiero ser como Samira.

Hannah se ríe.

—Samira es la peluquera del pueblo. Aquí nos conocemos todos, ya sabes…

—A veces me corta el pelo y otras lo hace mamá. ¿Quién te corta el pelo a ti? Puedo hacerlo yo —se ofrece.

—Venga, anda. —Hannah se levanta y los empuja hacia la puerta, les da un beso a todos y le susurra algo en el oído a Cole. Cuando toma asiento de nuevo frente a mí, suspira con fuerza—. Son todos un poco intensos —me explica—. No se los tengas en cuenta.

Es mi turno de mover las manos y restarle importancia.

—Al contrario, me encanta que así sea.

A Hannah le brillan los ojos tras mi comentario.

—¿Dónde te vas a quedar?

—Pues… soy tu vecina de al lado —le cuento.

Abre los ojos y se ríe. Se ríe muy fuerte.

—Esto va a ser muy divertido —explica mientras mastica una tostada y bebe té sin importarle que esté ardiendo.

—Para unos más que para otros, ¿no crees?

CAPÍTULO 5
El cerdito Flautista
Autumn



El plan inicial va tomando forma. Y un cosquilleo de lo más agradable me recorre el cuerpo cuando visualizo el final del túnel, metafóricamente hablando, y que todo saldrá como quiero.

Hannah me ha facilitado una dirección y me ha advertido que pregunte por Rhett, así que, tras salir de allí con la barriga llena y con una promesa de que regresaré y no solo por su comida y por su electricidad —¿qué clase de persona sería si fuese solo por eso?—, me encamino hacia el centro del pueblo.

Por si hay alguna duda, el centro del pueblo no es más que una calle principal que dudo que tenga más de dos kilómetros y a ambos lados de las mismas se encuentra todo. Y cuando digo todo es todo.

Una peluquería, una ferretería, un taller de coches, un supermercado, una cafetería —solo una cafetería—, una librería —bendito sea Dios—, un centro de salud o eso es lo que pone el cartel al que le faltan varias letras, una farmacia y un local que no tiene cartel por lo que no soy capaz de identificarlo. No sé dónde se compra esta gente la ropa, aunque eso tampoco es que me importe demasiado.

Con paso decidido me encamino hacia la ferretería de la que me habló mi vecina. Cuando entro, me cruzo con varias miradas que me recorren de arriba abajo. Siento un pinchazo en la rodilla en ese instante y contengo las ganas de llevarme las manos hacia la misma. Hoy no me he tomado ningún antiinflamatorio y ayer tampoco lo hice, es probable que esté forzando la pierna y ni siquiera quiero

pararme a pensar en lo mucho que lo haré si me pongo manos a la obra con la casa.

Porque eso es justo lo que pienso hacer.

—Siguiente.

Una voz grave me llama. Tiene ambas manos puestas en el borde del mostrador y me evalúa. Parece que en este pueblo todos lo hacen.

—Hola —saludo sonriendo. Ni rastro de un alzamiento en las comisuras de sus labios. Vale, este es otro hueso duro de roer—. ¿Rhett? —pregunto. Tal vez esa sea la baza que necesito para ganármelo.

—¿Quién pregunta por él?

—Soy Autumn. Autumn Vernieu —me presento—. Y Hannah, mi vecina, me ha aconsejado que pregunte por Rhett.

Un hombre, al final del pasillo, se levanta y se acerca. Podría ser mi padre. O mi abuelo. O mi tatarabuelo, ya puestos.

—¿Hannah?, ¿mi Hannah? —O su padre o su abuelo o su tatarabuelo.

—Mi vecina —finalizo como si me conociese de toda la vida o si ese fuese uno de los datos más importantes donde los datos como este importen.

El hombre se acerca y empuja al chico que hay a su lado, que da un pequeño traspié.

—Si vienes de su parte, te atenderemos con cariño, ¿verdad, AJ?

Este se limita a asentir sin más, a pesar de que noto su mirada examinándome de una forma que me incomoda.

—Tú dirás —suelta el famoso AJ.

—Necesito… —Vale, mi plan no era del todo perfecto, porque no he hecho un listado de cosas que necesite. Observo a un chico que hay situado a mi lado y que finge estar leyendo con interés desmedido un panfleto que hay sobre el mostrador, sin embargo, sé que está prestando atención, llamadlo sexto sentido—. Necesito de todo un poco —es lo que suelto. No es mentira—. ¿Un milagro?, ¿hay de eso por aquí?

Rhett se lleva la mano a su abultado vientre y la mueve como hacía Hannah, solo que ella tiene un motivo de peso. Uno que da

patadas, por lo que parece.

—¿Qué necesitas reformar, chica?

—Una casa.

Rhett se lleva la mano a la barba y guarda silencio durante unos segundos.

—¿Has dicho que eres la vecina de mi Hannah? —Asiento para confirmar sus palabras—. Así que has comprado esa ruina, ¿ehh?

—No exactamente —finalizo—. Quiero arreglarla y que sea… habitable.

—Eso te va a llevar tiempo.

—Bueno, tiempo es lo que más tengo.

—Y voluntad.

—De eso tampoco carezco.

No tengo que explicarle que me van los retos y esas cosas. Tampoco que, en el reparto de la cabezonería, yo me llevé la mayor parte.

—Me gusta esta chica. —Me señala y lo pronuncia en voz alta. El del panfleto de al lado sonríe, aunque disimula.

—AJ, ayuda a la muchacha. Quizá Jared pueda echarle un vistazo a esa casa y, además, Hunter vive al lado —cuenta—. Es el que mejor trabaja la madera de este pueblo —me explica dirigiéndose en esta ocasión a mí—. Y da la casualidad de que necesitas madera y mucha.

—Mucha —repito.

Me lo imagino y me estremezco. Porque parece que empiezo a ver la luz al final del túnel.

AJ se marcha por donde ha venido y nos quedamos Rhett, el cotilla y yo.

—Prepararemos todo lo que consideremos que es necesario, y AJ se pasará por tu casa. También mandaremos a Jared. Max, ¿vas a ver a Hunter? —Así que el cotilla tiene nombre y apellidos…

—Hacia allí iba.

—Ya me lo suponía. —Rhett hace una pausa y, por lo que intuyo, esa es su forma de expresarse. Habla. Para. Habla. Para—. En fin, nosotros nos encargamos de eso. —¡Aleluya! Unas palabras de aliento.

—Yo… Gracias —musito.

—Las amigas de mi Hannah son mis amigas —finaliza él antes de darse la vuelta y marcharse hasta ocupar el mismo asiento en el que estaba hasta hace nada.

—¿Y el dinero? ¿El pago?

No obtengo respuesta alguna.

Max, el famoso Max cotilla de primera, se sitúa a mi lado e invade mi espacio personal de veras. Doy un paso a mi izquierda, y él lo hace a su vez. Desisto.

—¿Qué? —pregunto.

Comienzo a caminar hacia la salida.

—Dinero… —repite él como si estuviese siendo presa de algún hechizo—. Interesante.

Camino hasta que me dirijo hacia mi coche intentando quitármelo de encima. Cuando me subo, la puerta del copiloto se abre y toma asiento a mi lado. Eso es, tranquilo, ¿quién necesita invitación?

—¿Se puede saber qué haces?

—Voy a casa de Liam, tú vas hacia allí. Podemos ayudarnos mutuamente.

«Ayudarnos mutuamente», bonita forma de definir esto.

—¿Quién es Liam?

—Tu vecino.

Me quedo petrificada con la mano puesta en la llave y esa, a su vez, en el contacto. Miro hacia el escaparate de la ferretería, llena de escaleras, tijeras enormes para cortar, guantes y gafas protectoras.

Todo encaja.

—¿Mi vecino?, ¿el chico amable y considerado de mi vecino?

—No, me temo que no estamos hablando de la misma persona —concluye él.

—¿No has percibido mi ironía?

—Ya decía yo… —Sonríe—. Entonces sí que hablamos de la misma persona. Ya sabes: alto, fuerte, ojos serios, cara seria, cuerpo serio, mirada de asesino en serie… Ni una sola palabra de esta forma en la que lo describo —me advierte y no parece que esté soltando un chiste, suena a súplica de veras.

Sonrío.

—Hablamos del mismo. —Con que Liam, ¿ehhh?

Arranco y me dirijo hacia mi casa.

—Tienes que coger por esa calle.

—¿No me digas? —Tiro de sarcasmo una vez más.

Tardamos apenas unos minutos en llegar. Cuando aparco justo frente a la entrada, Max se baja de un salto, y yo lo hago también, solo que con algo menos de entusiasmo.

—Dinero, ¿ehh?

—¿Se puede saber qué te pasa?

Se mete las manos en los bolsillos y se acerca. Se planta frente a mi casa —mi casa— y la valora como si fuese un perito especialista en estructuras o algo así.

—Puedo ayudarte con eso. Ya sabes, unas reformas por aquí, unas reformas por allá. Madera de la mejor calidad, muebles, suelo radiante, una bañera de cuatro patas en la que sumergirte. —Me mira de arriba abajo y me guiña un ojo.

—¿Estás intentando ligar conmigo a la vez que ofreciéndome ayuda?

Asiente.

—¿Funciona?

Niego. Forma un puchero y eso me saca una sonrisa.

—¡Max! —grita una voz al otro lado.

Mi sonrisa se borra de inmediato, y Max da un paso a un lado como si hasta hace nada no hubiese estado tocándome el brazo y tirándome los trastos de forma descarada.

—Pues… parece que ese es Liam y que me llama.

Clavo la mirada en mi vecino. Tiene todo serio, eso es cierto, y también parece tenerlo todo en su lugar, eso es otra verdad como la copa de esas secuoyas que se ven al fondo. Sobre su hombro reposa un hacha de dimensiones incalculables.

—Supongo que hasta luego, Autumn.

Se marcha de allí silbando, cruza mi parcela y se cuela en la del vecino, que no se digna a mirarme ni unos segundos. Soy invisible para él, por lo que parece.

Suspiro, avanzo y me cuelo en la casa. Tengo mucho que hacer.

—Por el principio, Autumn. Los planes por el principio.

CAPÍTULO 6
Insoportable
Liam



—¿Se puede saber qué cojones haces, Max?

El susodicho, para nada intimidado, un matiz que considero de lo más necesario, se acerca con las manos metidas en los bolsillos, la actitud de un tipo despreocupado que tanto le gusta mostrar y que tan bien se le da y, por si todo esto fuese poco, lo acompaña de un tarareo para nada molesto.

—¿Yo? Nada, no entiendo a lo que te refieres.

Abro la puerta de casa sin mirar hacia la parcela de al lado.

Solo quedan unas cuantas horas para que esa chica de ahí desaparezca por donde ha venido y todo vuelva a la normalidad. Ah, y seré cincuenta dólares más rico.

Escucho cómo la puerta se cierra y los pasos de Max acercándose a la cocina detienen mis pensamientos.

—Parece ser que tienes nueva vecina —matiza la obviedad.

Pongo el agua a calentar y saco un paquete de té verde. Max, como si tal cosa, toma asiento en la barra y acerca el bol lleno de manzanas que esta mañana recogí a la vuelta de mi carrera matutina.

—¿Crees que me importa mucho eso?

—Debería. —Comienza a silbar de nuevo, y llego al límite de mi paciencia.

—¿Dónde has estado metido? —le pregunto.

La imagen de una Samira preocupada regresa a mi mente.

—Haciendo negocios. —Pongo los ojos en blanco. Ni un solo negocio de Max me da buena espina—. A lo que vamos. —Sirvo dos tazas y le tiendo una. Rezo para que se queme la lengua y deje de molestarme con ese tono soberbio que tiene—. Como buen mejor amigo que soy… —Medita unos segundos—. Como único amigo que soy y que te soporta y por tu bien y sin pedirte nada a cambio —rectifica y añade. Sí, debería ahogarlo en el lago. Es más, debería hacerlo en este momento también—, es mi deber informarte de que me la he encontrado en la ferretería de Rhett. La ha mandado Hannah y te han mencionado.

¿Mencionado? ¿Quién me ha mencionado? Le cerré la puerta en las narices, joder.

—Parece ser que está dispuesta a reformar esa cosa. —Señala hacia allí—. Y que necesita madera. Asumo que al resto de conclusiones puedes llegar tú solito.

Vaya, sí que puedo llegar yo solito.

—Madera… —murmuro.

Jared estará más que encantado con ese trabajo también cuando Rhett se lo explique.

—Esa cosa es como la casa del cuento de los tres cerditos, la de paja. Pues esa —asevera—. No entiendo por qué quiere reformarla. Yo la tiraría abajo y la haría de nuevo, pero doña «Soy Guapa y Simpática», porque lo es —gruño sin más—, parece más interesada en solventar los desperfectos que en otra cosa. Ah. —Hace una pausa—. Y ha asegurado que tiene dinero.

Por el brillo de sus ojos sé hacia dónde se están yendo sus pensamientos.

—No, Max —le advierto.

—Es fácil y sencillo. Está chupado. Se va a largar en cuanto vea que la cosa no va bien. Según yo lo veo, no hay más que ventajas. Mis bolsillos…

—Max —le amonesto una vez más.

—Eres un aburrido, Liam. Tú vas a sacar provecho de ahí —señala antes de alzar la taza y darle un largo sorbo. Está ardiendo y para él es como si estuviese a la temperatura perfecta—. ¿Y yo no puedo? —Chasquea la lengua.

—Samira tiene razón, vas a terminar en la cárcel.

La puerta de mi casa suena, y Max se incorpora de un salto. Parece emocionado de que así sea. Lo dejo ir porque tal vez Samira se haya enterado de que está aquí y venga a echarle un rapapolvo sobre comportarse como una persona adulta y esas cosas. Me vendría bien su apoyo, no os lo voy a negar.

Escucho voces y alzo la vista cuando la persona que se cuela en la cocina junto a Max no es Samira. No tiene nada que ver con ella. Me pongo rígido de inmediato porque esto es lo que me faltaba: que mi amigo deje entrar a esa chica en mi casa. Sin invitación.

Aprieto la taza con fuerza y aparto la mirada. Me rechinan los dientes.

—Mira quién nos viene a ver. Resulta que Autumn… —explica, así que eso es lo que quería decirme cuando fui de lo más cortés con ella al invitarla a largarse y no volver jamás, joder— necesita un par de cosas.

—Solo quiero saber si podrías prestarme una caja de herramientas. He ido a buscar a Hannah, pero no estaba en casa, así que…

—Así que eres su segunda opción —manifiesta Max, que parece estar pasándoselo en grande con todo esto.

Lo voy a matar. Ahogarlo no será suficiente.

—También me vendrían bien un par de cubos.

—Yo puedo ayudarte con eso.

—¿Tienes una tienda o algo así? —pregunta ella esperanzada.

—O algo así —responde Max, que le regala la sonrisa más embaucadora del mundo, y ella parece creérsela.

Pobre ingenua.

—Max… —hablo alto y fuerte.

Entonces caigo en la cuenta de que no me importa en absoluto lo que Max quiera hacer con ella, que le venda lo que le dé la real gana, porque quizá de esa forma me deje en paz de una vez y no tenga que cruzarme con su mirada anhelante, con su pelo suave y sedoso y con esos labios que…, que utiliza para hablar. Fin.

Joder. Fin.

Me incorporo y salgo de allí. Me dirijo hacia el garaje y cojo un par de cosas que prestarle para que se largue de una puñetera vez de mi casa.

Cuando me acerco, escucho a Max preguntándole si está casada, si tiene novio o si alberga algún interés en las relaciones abiertas. Suspiro una vez más, me llevo los dedos a las sienes y me las masajeo porque Max tiene el poder de llevarme al límite de mi paciencia.

—No me interesa nada de lo que me propones. —Esa respuesta capta mi atención. ¿Está rechazándolo? ¿Es eso posible? No he visto a una sola mujer que le haya dado puerta a Max a la primera de cambio y, sin embargo, aquí estamos—. Solo quiero arreglar mi casa.

—¿Por qué?

—¿Y a ti qué te importa?

Sonrío. Parece mentira que lo haga porque…

—Me importa. Si eres nueva en el pueblo y voy a ayudarte en todo lo que pueda estaría bien que supiese cuáles son tus intereses. En general y en particular.

—Vale. Te lo pondré fácil, Max. Te llamas Max, ¿verdad? —Me juego lo que sea a que eso ha herido el corazón de mi amigo, aunque no lo muestre. Me acerco más sin que me vean y sin que me escuchen—. De todos mis intereses posibles, tú no te encuentras entre ellos.

Auuuuchhhh.

—Bueno, bueno, bueno. No nos anticipemos, antes deberías tener una cita conmigo. —Sí, ha conseguido despertar el interés de la bestia.

—Solo necesito saber si podrías suministrarme material para arreglar mi casa. Es lo único que me interesa.

—Por ahora.

—¿Cómo dices? —responde ella a su vez.

—Es lo único que te interesa por ahora —repite Max, que acompaña su respuesta con un alzamiento de cejas y entonces es el momento en el que decido entrar.

—Toma. —Le tiendo una caja de herramientas y un par de cubos que han visto mejores días, pero que le valdrán para lo que quiera que necesite.

—Oh, vaya —intercala un par de miradas entre mi cara y las cosas. Baja la vista y ladea la cabeza mirándome los pies. Sonríe unos segundos y no entiendo nada de lo que sucede aquí. Me muevo porque me siento incómodo. No me gustan las personas que no conozco y, desde luego, no me gusta ella—. Pues… yo casi que me voy.

Sí, pecosa, casi que mejor te vas.

Gruño como respuesta.

—Te lo devolveré —grita antes de salir de casa y tampoco respondo a eso.

Cuando Max y yo nos quedamos a solas, suspira, se coloca las manos bajo la barbilla y sonríe batiendo las pestañas.

—¿Has visto eso?

No he visto nada.

—Max…

—Liam… —Se pone en pie y ya me conozco esto—. Me he enamorado.

Agarro a mi amigo por el brazo y, a pesar de que Samira pueda colgarme luego por las pelotas por lo que voy a hacer, lo empujo y lo echo de mi casa. Cierro la puerta, y Max se acerca y le da un par de golpes.

—Serás mi padrino de boda —musita él al otro lado. Ya, eso se piensa él.

»Y mi primer hijo se llamará como tú porque has sido testigo de primera mano de cómo Cupido ha lanzado su flecha. Es perfecta —rumia.

Me alejo y lo dejo hablando solo. Ruedo un poco la cortina de la cocina y desde ella veo a la perfección a la chica.

Está señalando algo y… ¿está hablando? Está más loca de lo que pensaba.

Aparta la mirada y observa mi casa. Mueve los dedos y es en ese instante en el que me doy cuenta de que me ha visto. Joder, me ha visto.

Cierro la cortina y me tomo el té de un sorbo.

—Joder, quema.

Salgo de allí y comienzo a cortar madera. Esta noche se avecina tormenta.

CAPÍTULO 7
Gotas de lluvia
Autumn



No siento las manos. No siento las piernas y no siento ni siquiera las puntas del pelo.

Y, por si sacar escombros de una casa e intentar limpiar lo que sí que parece tenerse en pie no fuese tarea lo suficientemente complicada, sube la apuesta el hecho de que… ¡hay goteras!

Los cubos que me dio el vecino han pasado a mejor vida y ahora hacen las veces de barreños. De ahí que el suelo esté en tan mal estado.

El famoso Jared no ha pasado por aquí en todo el día, aunque Hannah sí que lo hizo y trajo consigo más tostadas y más té. Casi me echo a llorar cuando la vi aparecer con un pequeño cesto en la mano y Andy apoyado, de nuevo, en la cadera. El pequeño extendió las manitas hacia mí, y tuve que rechazar su oferta porque estaba hecha un completo desastre. No quería ser la culpable de que se llenase de polvo o que comenzase a estornudar.

—No me lo está poniendo nada fácil, June. Nada nada fácil.

Llena de polvo, tal y como salí, me voy directa al coche. Tiene pinta de que va a ser otra de esas noches largas en las que no podré pegar ojo.

—¿Ya estás lista para regresar? Puedo comprarte un billete de avión y en unas horas estarás aquí la mar de bien.

—No me tientes.

—Y tengo vino.

—June…

—Vale, vale, ya me callo. Así que… otra noche durmiendo en esa carraca, ¿verdad?

—Eso parece.

La lluvia golpetea contra el coche. Lo hace con fuerza y me estremezco. Esta noche incluso va a ser peor que la anterior porque adoro mi coche por encima de todas las cosas, pero lo querría mucho más si tuviese calefacción.

El suelo radiante que me propuso Max se me antoja lo mejor que he imaginado nunca y no hablemos de esa bañera de cuatro patas. Tenía que haber aceptado su oferta, esa que me lanzó antes de marcharse en la que me aseguraba que contaba con una habitación disponible para invitados en su casa y que estaba más que dispuesto a alquilármela por un módico precio.

Le dije que no. Qué imbécil que soy.

—Tengo que dejarte. No quiero que se me agote la batería de nuevo. Hannah ya ha sido suficientemente hospitalaria conmigo y tener que pedirle que me deje cargarlo otra vez en menos de veinticuatro horas me convierte en una caradura de manual.

June chasquea la lengua al otro lado, y me despido de ella prometiéndole que la llamaré mañana.

Cuando cuelgo, bajo la vista y la llevo hacia la rodilla. Apoyo la cabeza en el volante y suena el claxon. En medio de la noche. En un lugar apartado. Esto tiene que ser como lanzar fuegos artificiales en las fiestas de un pueblo.

Me aparto, no vaya a ser que la líe de otra forma y siento que comienzo a tiritar. La pierna me duele mucho más que antes, normal, teniendo en cuenta que todo el cuerpo comienza a enfriárseme y me arrepiento de no haberme tomado ese antiinflamatorio con el té que trajo Hannah y que casi bebí de un sorbo.

Me recuesto decidida a cerrar los ojos e intentar conciliar el sueño. Estoy muy cansada, de hecho, estoy agotada. Debéis saber que me siento satisfecha por los pequeños avances que he ido consiguiendo. Es probable que despejar un poco el salón de los trastos te parezca

una tontería, sin embargo, para mí ha sido como coronar una de las montañas más altas de Evermere.

Llevo la vista hacia donde se supone que se encuentran las mismas. Puede que no sean las más altas, pero sí que son majestuosas. Hoy apenas he reparado en ellas, no me ha dado tiempo de disfrutar del paraje, he tenido otras cosas mejores que hacer. O no mejores, sino más productivas.

Cierro de nuevo los ojos y me concentro en dormir. O, al menos, intento obviar los escalofríos que de pronto llegan para sacudirme todo el cuerpo.

Me concentro en cualquier cosa menos en la temperatura cuando escucho unos leves golpes en el cristal y doy un bote en el asiento. El primer pensamiento que pasa por mi cabeza es si mi sistema de cierre centralizado funciona ante malhechores.

Cuando clavo la vista en la portadora de los dedos, me cruzo con la mirada de una chica que ha dejado algo de vaho en el cristal. Mueve el dedo índice y me llama con él y, confiada que soy, bajo un pelín el cristal, varias gotas de lluvia se cuelan por él y me hacen estremecer de nuevo.

—He escuchado el claxon —suelta.

Lleva un chubasquero morado y un paraguas azul celeste.

—Perdona, siento haber interrumpido tu sueño. No pretendía...

—Anda, baja de ahí, tenemos comida, luz eléctrica y agua potable. Y, créeme, necesitas de todo eso y con urgencia.

No entiendo por qué lo dice, si por la capa de mugre que llevo encima, el pelo revuelto o las lágrimas que se me acumulan en los ojos porque todo eso me suena a música celestial.

Me bajo del coche sin oponer resistencia alguna porque puede que sea una asesina en serie, pero hasta eso me resulta más tentador que lo que tengo ahí dentro. Cojo mi mochila y me cuelo bajo su paraguas.

—Soy Samira —se presenta.

—Yo Autumn.

—Encantada de conocerte. —¿De qué me suena ese nombre? ¿Samira? Entonces caigo en la cuenta—. Eres la peluquera, ¿verdad? Hannah te mencionó esta mañana.

—Me sorprende que haya sido Hannah y no Michelle la que lo haya hecho —bromea.

Aprieta su cuerpo contra el mío, a pesar de que debo de oler como un establo lleno de mierda. Solo por eso, me casaría con ella y tendría cinco hijos.

A ver, no, tampoco te pases.

—Me temo que tienes una admiradora secreta —bromeo.

—Eso parece y no tan secreta. —Me sonríe con calidez, y yo, en fin, me gusta sentirme de esa manera.

Hasta que caigo en la cuenta de hacia dónde nos dirigimos y detengo mis pasos. Samira avanza un poco más por lo que me quedo durante unos segundos bajo la lluvia, lo que consigue que comience a temblar de nuevo. No pensaba que estuviese tan fría y, a pesar de todo, casi que prefiero el frío de la lluvia que el temple gélido de ese hombre.

—¿Qué pasa?

—No. No, no, no —niego, por si no lo pilláis.

—¿Qué?

—Tú no lo entiendes, no puedo ir ahí. —Señalo hacia la casa del vecino.

—¿Por qué?

No necesito ni pensar en la respuesta.

—Porque le caigo mal. Me odia, ¿lo entiendes?

—¿Liam? ¿Te refieres a Liam?

Ahora que sé su nombre, por supuesto que me refiero a él.

—Sí.

No sé lo que le hace tanta gracia a Samira, pero, vaya, que ella se ríe. Y mucho.

—Ese es su estado habitual. No te lo tomes como algo personal, Autumn. Liam se comporta así hasta con su sombra.

Pues vale.

—Genial. Sin embargo, no quiero que salga por la noche con su hacha mortífera y me despedace. No me ha invitado. Y donde no se me quiere…

Samira me tira de la mano, y yo intento forcejear. ¿Recordáis eso de que me duelen hasta las pestañas? Pues es cierto porque soy

incapaz de retroceder. Eso o que la peluquera levanta pesas en su tiempo libre. Pesas gigantes y no de plástico reciclado precisamente.

Abre la puerta, sacude el paraguas, se quita el chubasquero y, mientras tanto, yo me quedo quieta y no huyo porque me recibe un calor que hace que me tiemblen las rodillas de puro gozo. Y caer al suelo sobre una de ellas sería una opción que no me agradaría. A mi traumatólogo tampoco.

—Vale, me has convencido. —No es necesario que le explique que soy una chica fácil ni mucho menos.

Por si el calor no fuese suficiente, hay un olor a tomate frito en el ambiente que me hace cerrar los ojos y babear.

—Acompáñame —me pide.

—Iría contigo al fin del mundo —le confieso.

Ella suelta una risilla y me tira de la mano de nuevo. Me quita la mochila y me lleva hacia un baño. Compréndeme, no pienso oponer resistencia a nada de eso.

Es sencillo y poco pretencioso, como todo en esta casa. Tiene una bañera, una ducha que me llama a gritos y una lavadora en uno de los laterales.

—Si no tienes ropa, puedo buscarte algo y prestártelo.

—Oh…, no será necesario. —Entonces me doy cuenta de que no he llegado a preguntar por él—. ¿Seguro que a tu marido no le importa? —inquiero.

Samira se tensa, es la primera vez que lo hace desde que me sacó de mi coche. Ni siquiera cuando sufrió mi pestazo lo hizo.

—Liam no es mi marido. —Asiento y dudo entre disculparme o guardar silencio. Opto por la segunda opción—. Y sí, lo sabe, aunque tengo que advertirte que no le hace ni pizca de gracia el asunto.

—Yo… —No sé que decirle, ¿que me marcharé una vez me duche?, ¿que no necesito cenar?, ¿que no quiero abusar de su hospitalidad?

—Date una ducha y ahora hablamos.

Una ducha, esa ha sido la mejor propuesta que me han hecho en siglos.

Me desnudo, me meto bajo el chorro y me río a carcajadas.

¡A carcajadas!

CAPÍTULO 8
Beeeeee
Liam



—No puedo creer que hicieses eso a pesar de que te exigí que no. —Escucho el agua correr y también la oigo reír—. Está como una jodida regadera, ¿es que no te das cuenta? Has metido en mi casa a una loca de manual.

—Solo se está riendo. La risa es síntoma de felicidad.

—Y de enajenación.

Permanezco con los brazos cruzados unos segundos mientras cierro los ojos y sigo escuchando su risa. Es natural, sencilla, simple y maravillosa.

Me produce cierta nostalgia porque… no quiero pensar en eso.

Olvidad lo que he dicho.

—Tienes que llevártela de aquí y hablo en serio, Samira.

—Es tu vecina.

—¿Acaso me ves cara de alma caritativa? No me encargo de ese tipo de cosas.

—¿De ayudar a las personas que pasan frío metidas dentro de un coche en plena tormenta, Liam?, ¿hablas de esa clase de personas?

Vale. El tono de Samira no es agradable precisamente y me lo merezco.

—No la conozco de nada.

—No es necesario que la conozcas para que te apiades de ella. Joder, Liam, que es una puta noche, que está lloviendo y pensaba dormir en esa chatarra que tiene por coche.

—No está tan mal. —Samira alza una ceja—. ¿Qué?

—Es el primer cumplido que le haces.

—El primer cumplido que le hago a su coche.

—Me has entendido.

Chasqueo la lengua y sé que estoy perdido porque Samira tiene ese poder de convicción y termino cediendo siempre.

—Se va a quedar, va a cenar con nosotros y vas a dejar que pase la noche en la habitación de invitados porque no tienes el corazón de piedra. —Que no, dice—. Y lo harás por mí —sentencia.

Y hasta ahí llega la discusión, ese es el tipo de frase que odio. Esa y su mirada.

—Nada de pucheros —le advierto.

—Eres el mejor.

—Los cumplidos no te van a funcionar.

—Pues eres el peor —rectifica y me empuja para tomar asiento de nuevo en su sitio habitual.

El agua deja de correr y las risas cesan de inmediato. Poco después, la puerta se abre atrayendo nuestra atención y por ella se cuela Max. Parece no haber encontrado un paraguas.

Sacude la melena como si fuese un perro y estoy a nada y menos de amenazarlo de muerte cuando Samira se levanta, corre en su dirección y lo abraza sin importarle que esté chorreando. ¿Por qué tiene que ser tan cariñosa con todos?

—Oh, esto sí que es un buen recibimiento.

Max da un paso hacia adelante y la estrecha entre sus brazos.

Cuando se separan, se acercan y me dispongo a colocar la mesa. Tengo que mantenerme ocupado, aunque sea en algo tan estúpido como esto.

—¿Cuatro platos? Vale que traigo hambre, pero…

Me adelanto con la intención de responder con alguna frase poco apropiada cuando Samira toma carrerilla y lo hace por mí. Adiós al sarcasmo.

—Llevo días sin verte, ¿a quién has estado estafando en esta ocasión?

Max tuerce el gesto. No le gusta nada que se refieran a él de esa forma. Y a mí me encanta que lo hagan. ¿Qué? No me miréis así, es

una mosca cojonera.

—Preferiría que me llamases embaucador con clase. Señor Embaucador con Clase suena mucho mejor, sí —se corrige a sí mismo y alza la vista y observa el techo.

Apuesto a que está imaginando una placa dorada sobre la mesa de su despacho invisible en el club de los ladrones de poca monta.

—Eres un estafador, Max, no hay forma de edulcorar eso por mucho que quieras que así sea. —Me alegra que Samira sea la condescendiente de los dos. Al menos en esta ocasión.

Max se gira antes siquiera de tener tiempo de ofrecernos algún otro modo de definir su profesión. Y es entonces cuando seis pares de ojos se posan sobre la recién llegada.

Su pelo es más rubio incluso que cuando lo llevaba seco. No sé ni siquiera cómo es eso posible. Su forma de mirarnos de uno en uno demuestra prudencia y la pose indica que no se siente para nada intimidada. Y debería sentirse de esa forma porque se encuentra en la guarida del lobo.

Alzo la vista cuando me percato de que le estoy haciendo un barrido a su cuerpo y de que mi mirada se ha quedado clavada en zonas que no debería estar observando. Si ni siquiera me cae bien. ¿Qué coño hago comiéndomela con los ojos?

Me giro y miro por la ventana. La lluvia arrecia ahí fuera y de inmediato sé que la cosa se va a complicar cuando a lo lejos veo cómo se ilumina el cielo y el posterior estruendo del trueno.

—Puede que esta noche tenga que pasarla aquí, Liam —apostilla Max.

Y me juego lo que quieras a que no lo dice por la tormenta.

No me molesto en responder. Cualquier cosa que diga caerá en saco roto porque no me va a escuchar, no hay más que ver la forma en la que el recién llegado mira a la intrusa.

—De eso nada, vas a ser el mejor de los amigos y me vas a acompañar a casa —le aclara Samira, que parece ajena a todo—. ¿Qué te pasa? ¿Por qué la miras así? —Le da un codazo que me ha dolido hasta a mí y es entonces cuando cae en la cuenta de lo que sucede—. Vaya, vaya.

Sí, vaya, vaya, lo que tengo que soportar.

—Yo…, gracias por eso —murmura ella con la voz suave.

Parece mentira que sea la misma chica que esta misma mañana abría los brazos y gritaba al cielo o la misma que reía a carcajada limpia en la ducha.

—De nada —responde Samira.

Puede esperar sentada si cree que voy a aplaudir por esto.

—Se enfría la cena.

Las chicas cruzan una mirada cómplice, y se me eriza el vello de inmediato porque imagino a Samira organizando sus fiestas de pijama con ella, sus cumpleaños o las Navidades. La está incluyendo en sus planes, lo sé. Lo percibo desde aquí. Llamadlo sexto sentido.

Carraspeo y no me siento para nada culpable cuando rompo el momento.

Todos tomamos asiento y de pronto lo único que se escucha es la lluvia repiquetear contra los cristales. Me centro en mi comida y casi la engullo sin apenas saborearla.

Pasta fresca. La favorita de Samira.

—¿Qué tal te ha ido el día? —indaga mi amiga.

Yo sigo mirando el plato y comiendo sin apartar la vista de ahí.

—Bien, ya sabes…

—No te preguntaba a ti, Max. Hablo con Autumn.

Autumn. El repiquetear de la lluvia… Otoño. No me jodas, don Destino. No me jodas.

—Pues… supongo que podría ser peor. —Samira suelta una risilla.

—¿Peor que dormir en un coche en plena tormenta?

Escucho a Max masticar desde aquí. Si alzase la cabeza, me cruzaría con su mirada embelesada. No pienso comprobarlo.

Tampoco pienso fijarme en sus pecas.

—Créeme, ese chico de ahí fuera y yo hemos compartido más que eso.

Chico. ¿Llama chico a ese coche? ¿Habla con la casa? ¿Se ríe sola? Una. Loca. De. Manual. Y parece ser que tendré que cederle mi habitación de invitados.

—¿Y la casa?

Suelta un largo y pesaroso suspiro.

—Va ganando ella. —Se ríe—. Y por goleada.

—¿Has podido avanzar? Yo podría ayudarte mañana.

—Te lo agradezco —añade mirando a Max, que es el emisor de dicha frase—. Pero no me gusta que invadan mi espacio personal y está más que claro que a ti te encanta hacer justo eso —apunta.

No llego a alzar la vista, aunque sí que miro por encima del plato. Vale. Max la adora. Samira sonríe de medio lado, y la chica…, la chica me observa a mí. Aparto la mirada como si me hubiese pillado…, no sé, meando en el tobogán de un parque infantil.

¿Os habéis dado cuenta de la cantidad de pecas que tiene? ¿He sido solo yo?

—Si cambias de opinión…

—Gracias —añade ella antes de que Max suelte alguna de sus perlas.

—¿Y a qué te dedicas? —le pregunta Samira.

El ambiente se vuelve denso, raro, incómodo, y la miro de nuevo.

Se ha puesto tensa como la cuerda de un violín. Aparta la vista y se limita a observar el exterior. Puede que no sea consciente de que ha dejado los cubiertos a un lado y ha metido una de las manos bajo la mesa. ¿Por qué?

—Reformar una casa que se cae a pedazos es un trabajo a tiempo completo, ¿no crees?

Eso parece contentar a todos. A todos menos a mí.

—¿Jared ha pasado por tu casa? —indaga Max. Ella niega—. Lo llamaré mañana para que le eche un vistazo a todo.

—El tejado —apunta ella—. Hay goteras.

Así que ese es el motivo de que durmiese en el coche, ¿no? Entre otros tantos, imagino.

—Lo hablaré con él —se ofrece Max.

Me levanto, dejo mi plato en el fregadero y abandono el salón.

Me encierro en mi habitación tras haber dejado una almohada limpia y un par de mantas en la suya.

Esta va a ser una noche larga.

Muy muy larga.

CAPÍTULO 9
Más ancha que larga
Autumn



No me recriminéis que me haya levantado antes de que despunte el sol, si es que hoy se digna el señorito a salir, y que me haya escabullido de allí sin mirar atrás. Vosotras no habéis tenido que pasar por ese momento incómodo. La tensión se podría cortar con un cuchillo.

No le caigo bien a mi vecino y ni siquiera sé qué he hecho para que sea de esa forma. Tampoco pienso preguntarle.

Me da exactamente igual si Jared pasa por casa hoy o no lo hace, esta noche dormiré en esa casa esté como esté o bien lo haré dentro de mi coche, pero antes tendré la gran idea de cambiar de calle para que Samira no tenga que ofrecerme permanecer bajo el techo de ese hombre.

Muy guapo, muy intrigante y un borde de mucho cuidado.

Decido, antes de hacer cualquier otra cosa, acercarme al lago. Desde que llegué, apenas he podido verlo de cerca. El rumor del agua correr se distingue desde mi casa, incluso desde dentro de ella. Cuando no llueve, por supuesto. Me he enfundado unos *leggins* y una camiseta de deporte y me dispongo a hacer mis estiramientos.

Los he hecho durante tanto tiempo que se han convertido en una rutina para mí. Comienzo por lo más sencillo. Muevo los tobillos y las muñecas con rotaciones suaves, continuas y prolongadas, sin forzar mi cuerpo. Si antes no lo hacía, ahora mucho menos. Caliento también los hombros y basculo un poco las caderas. Tiro de los brazos, hundo la espalda y bajo la barbilla hasta el pecho. Avanzo

poco a poco, con los ojos cerrados, dejándome llevar por una suave melodía que me resuena en la cabeza. La misma melodía que Pippa ponía cada mañana cuando llegaba al estudio.

Me agacho y tomo asiento con cuidado. Intento, tal y como me recomendó mi médico, no forzar la rodilla derecha. Con suavidad, tomo la forma de la mariposa. El primer pinchazo lo siento cuando doblo la rodilla de más y sé que ese es el punto en el que debo parar.

Me dejo caer hacia atrás al darme cuenta de que el sentimiento que toma peso en mi interior es la frustración. Quiero ir más rápido de lo que puedo. Quiero correr antes de caminar. De hecho, Pippa me diría que quiero correr antes siquiera de gatear. Y esa parte racional que habita en mí sabe que tiene razón, pero eso no hace que se convierta en menos fracaso.

Inspiro, me llevo el antebrazo a la cara y me cubro los ojos con él.

—No pasa nada, Autumn, mañana lo harás mejor que hoy.

—¿Qué harás mañana mejor que hoy?

Una voz me trae de regreso al presente y poco a poco retiro el antebrazo. La pequeña Michelle está detrás de mí, por lo que veo su cabeza del revés y su sonrisa se convierte en una mueca curiosa al verla desde esta perspectiva.

—¡Buenos días! —la saludo.

—¿Qué estabas haciendo? Te he visto desde casa, ¿sabes? Y me he escapado para poder preguntarte lo que haces. Finn lleva un rato molestando y he huido.

Me incorporo y me masajeo la rodilla. Muevo de nuevo un poco el cuerpo para hacer unos últimos estiramientos, y Michelle me mira con atención.

—En el cole nos hacen hacer esas cosas. Es divertido. ¿A ti te divierte?

Suelto un suspiro.

—Algo así.

Cuando termino, le tiendo la mano, y ella la coge.

—Si te has escapado, debemos regresar porque tu madre tiene que estar preocupada.

—Más que mamá, es Cole el que lo está. Desde que papá se fue, Cole se ha vuelto un gruñón y un aburrido. No nos deja hacer nada, está todo el día dándonos órdenes. No sé quién se cree que es.

Me agacho un pelín y me coloco a su altura. Le doy un golpecito en la nariz, y ella me sonríe con cautela.

—Tu hermano solo quiere ayudar, Michelle. Seguro que no es para tanto —lo defiendo.

Además, no sabe ella lo que es ser gruñón.

Observo la casa de al lado y siento que, cuando clavo la vista en ese lugar, una de las cortinas se mueve. Tal vez sean imaginaciones mías y no tenga nada que ver con que ese gruñón del que os hablo haya estado espiando por la ventana. Apuesto a que no ha sido de esa forma.

—Tú no conoces a Cole. —Parece realmente decepcionada cuando lo dice.

—Bueno…, en eso tienes razón, no lo conozco, pero sí que sé que os adora y que no haría nada malo, cualquier consejo que os dé o cualquier petición que os haga será para ayudar a tu madre.

—Mamá es como una heroína. Puede con todo.

Me gusta la forma tan bonita en la que la describe.

—Por supuesto que lo es. —Imaginaos tener cuatro hijos y uno en camino—. Y ayuda el que vosotros os portéis bien y que Cole le eche una mano.

—Valeeeeee —concluye alargando la vocal final.

Cuando nos acercamos a su parcela, Hannah sale, esta vez sin Andy en los brazos. Michelle se lanza contra ella y la abraza con fuerza. Se sonríen antes de que la pequeñaja entre en casa.

Me saluda con la mano, y yo continúo mi camino mientras alzo el pulgar para explicarle, con ese sencillo y universal gesto, que todo está bien.

Me meto de nuevo en la casa y comienzo a sacar muebles que no están en buen estado. No sé siquiera cuánto tiempo paso haciendo eso, hasta que el jardín, o lo que hace las veces del mismo si no tenemos en cuenta la cantidad de malas hierbas que hay ahora mismo en él, está atestado de trastos que no sirven para nada.

Una camioneta aparca detrás de mi coche cuando estoy arrastrando un cubo lleno de polvo y trozos de madera roídos por algo que no quiero saber.

—Veo que eres la nueva vecina —me suelta—. He oído hablar mucho de ti desde que has llegado.

Alzo la vista y me encuentro a otro hombre grande y fuerte. Aquí el agua tiene que estar contaminada con algunas partículas que hacen que los hombros se ensanchen y que los chicos se vuelvan sexis a rabiar. A June le encantaría esto.

Me acerco con cautela hasta él y le tiendo la mano. La mano sucia. Me sonríe y me la limpio en el pantalón de deporte. Ese que esta mañana era negro y…, bueno, no quieras saber el color que tiene tras horas de trabajo.

—Autumn.

—Jared.

—Mi salvador —suelto sin pensar.

Mi respuesta provoca una carcajada en él.

—Veo que de mí también te han hablado.

—Mi casa es un desastre y se supone que tú eres como un dios de las reformas y de la madera, ¿no?

Jared niega.

—El dios de la madera es él. —Señala hacia la casa de al lado y, por si no tuviese suficiente dosis de chicos guapos, el susodicho lleva de nuevo esa maldita hacha en el hombro y se dispone a…, a… ¡Joder!

¿Cuánto tiempo he estado sumida en sacar basura como para no darme cuenta de que el vecino de al lado lleva una camiseta de algodón ciertamente pegada a su torso —no queráis saber cómo está dicho torso— y corta madera de forma mecánica?

Jared debe darse cuenta de la forma en la que boqueo y me deja hacerlo sin que parezca del todo ridícula. A lo mejor está acostumbrado a que las mujeres se queden lelas al contemplar ese tipo de escenas. Porque esta es mi casa, si hubiese sido alquilada me preguntaría cuántas mujeres han actuado de la misma forma en la que lo estoy haciendo yo.

Me giro, salgo de mi trance y camino hacia la cabaña, esa en la que Jared ya se ha colado.

—Parece que has hecho avances. —Señala el espacio vacío—. Max me ha contado que tienes goteras.

—Muchas goteras.

—Deberíamos empezar por ahí. Rhett me ha explicado que eres amiga de Hannah.

Suelto el aire.

—Se porta muy bien conmigo, es maja y no se ha vuelto loca con tanto niño.

Se ríe a la vez que se toca la barba. Es más larga y poblada que la de mi vecino. Parece un vikingo.

—Eso es suficiente en este pueblo para que se te considere amiga. Estás a tres tazas de té de que seas su hermana —bromea.

A Dios doy gracias. Por todo.

—Tengo un par de horas libres, y Liam seguro que tiene madera en ese garaje. —Yo ni siquiera he sido capaz de abrir el mío—. Voy a pedirle que me eche una mano y a intentar hacer los remiendos para que puedas pasar la noche en este sitio. ¿Hay luz?

Alzo los hombros.

—La última vez que probé encendía. Parpadeaba, pero encendía. Los enchufes no es que estén bien. Ah, y no hay agua caliente. Ni siquiera hay agua fría. A menos que use la de la lluvia. O la del lago.

—No hay nada mejor que un buen baño en ese lago para que pilles una pulmonía —bromea.

—No entra en mis planes eso, no. —La pulmonía, lo del lago ya lo iremos viendo.

—Lo suponía.

Jared sale de allí sin añadir mucho más y cruza el jardín —nótese la ironía— hasta la casa de al lado. Me escondo entre la ventana y la pared para ver cómo Jared y Liam se estrechan la mano con fuerza e intercambian un par de frases. Liam niega. Jared sonríe. Y así durante un rato.

Negación. Sonrisa. Negación. Fruncir ceño. Negación. Dedo señalándome. Negación. Afirmación. Suspiro. Suspiro. Maldición.

Muy divertido todo.

Mi vecino abre el garaje y saca un par de maderas enormes. Son más grandes que él y, a ver, no me juzguéis, sin embargo…, ¿cómo es posible que logre levantar todo eso?

Retrocedo cuando Jared se gira y camina en mi dirección, y Liam carga su camioneta también.

De un par de zancadas se cuela de nuevo en mi casa.

—Pues parece que nos vamos a encargar de eso. —Señala hacia el techo—. ¿Has desayunado?

CAPÍTULO 10
Pastillas de la invisibilidad
Autumn



No es que saliese huyendo de allí tras la pregunta de Jared, simplemente decidí dejarlos trabajar porque estaba más que convencida de que no era bienvenida en ese momento.

Qué triste, ¿no? No ser bien recibida en tu propia casa debería considerarse el colmo de los colmos.

El caso es que Jared apuntó mi número de teléfono, me pidió de forma educada que lo dejase en sus manos y que me marchase a comer algo. Al menos tuvo la decencia de no mencionar que ese «comer algo» no fuese el predecesor de darme una ducha. No hacía falta que él lo dijese para que yo entendiese lo que escondía su mirada. Y era tan magnánimo como esos dos hombres juntos.

—En vez de constructores bien podrían ser luchadores.

—¿Cómo dices?

Aparto la mirada del segundo café del día cuando una señora mayor pasa una vez más el paño sobre la barra de la cafetería y, tras eso, apoya la mano en la misma.

—Tiendo a hablar sola. Y a reír sola. Sobre todo, cuando estoy muy nerviosa. —Omito que, últimamente, la soledad se ha convertido en mi mejor aliada.

Ella alza los hombros, no sé si ha sido una información de su agrado o no. De todas maneras, me sonríe.

—No te había visto nunca por aquí —sentencia—. Y créeme, yo siempre sé quiénes se pasean por este pueblo.

—Es la periodista de la zona.

La señala un señor que tiene que tener más o menos su misma edad con un bigote grueso y poblado que le recubre todo el labio superior. Apuesto lo que sea a que estaba de moda en los ochenta porque es el mismo que llevaba Freddie Mercury y Tom Selleck por aquella época.

—¡Ah! —respondo ilusionada—. ¿Eres periodista?

—No lo has entendido —sentencia el hombre sentado a mi lado moviendo la cabeza con resignación.

—No le hagas caso a Moses, es un viejo amargado que pasa su día aquí porque no tiene nada mejor que hacer.

Esa me ha dolido hasta a mí.

—Tiene razón —aplaude él—. Además de que paso el día aquí porque resulta que la periodista es mi mujer.

—Minucias. —Mueve ella las manos restándole importancia al asunto—. Es mi marido porque lo pone un papel. En realidad… —Hace una breve pausa—. Ni siquiera nos queríamos casar. Lo hicimos porque en este pueblo perdido de la mano de Dios no hay mucho donde elegir. Era él o los gatos. Tenía que haberme quedado con los gatos.

—Tenías que haberlo hecho y haberme ahorrado este sufrimiento.

Permanezco expectante sin saber bien cómo tomarme el asunto. ¿Se odian? ¿Se quieren? ¿Se quieren bien lejos?

Moses le lanza un beso, y la señora le guiña un ojo. Vale. La sangre no llegará al río, al menos eso es lo que parece. Cosa que agradezco teniendo en cuenta mi animadversión por la misma. No quisiera desmayarme frente a un puñado de desconocidos. Ya habrá tiempo para hacer el ridículo.

—Soy Beth. —Extiende una mano y me la ofrece.

—Autumn.

—¿Y qué hace una chica como tú en un lugar como este?

Esa es una buena pregunta. Teniendo en cuenta que es la periodista y que no quiero darle carnaza para estar en boca de todos, casi que mejor le doy la versión edulcorada. La que no me importa que conozcan. La que no implique mi huida.

—Estoy reformando una casa. —Esto sí que es de chiste. Reformando. Yo. Moses se levanta y acerca su butaca a mi lado y

trae consigo una cerveza. Una a la que le falta bastante contenido. No seré yo la que haga comentario alguno sobre beber muy temprano porque juzgar no me va en absoluto y porque puede que Moses también tenga goteras y un día de mierda. Como yo—. Mis padres se conocieron y se enamoraron aquí…

—Ohhhh. —Dulcifica el gesto Beth—. ¿Has escuchado eso, Moses? Enamorados. No estuvieron tan desesperados por casarse como nosotros. —Se dirige a él—. Y ahora no se ven obligados a soportarse y verse la cara cada día —eso me lo susurra a mí.

Sé que su marido lo ha escuchado.

—¿De qué casa hablas? —me pregunta él.

—Está en Whispering Hollow Lane…

—¿Estás hablando de la casa que está al lado de Neal?

Mmmmm, dudo unos segundos. Neal es el marido de Hannah.

—La misma —sentencio y afirmo a su vez para darle más énfasis.

—Esa casa es una ruina. —Ah, ¿sí? No me digas. No me había dado cuenta, lumbreras—. Lleva deshabitada…, ¿desde hace cuánto? —Se toca el bigote—. ¿Quince años?

Pues puede que sean unos pocos más.

—Yo diría que veinte —apunta Beth, que se acerca más a la fecha exacta.

—No importa. Va a quedar bien.

—Yo la tiraría abajo y la construiría de nuevo. No hay nada que sirva ahí.

—No le hagas caso, si yo hubiese tirado cosas inservibles —apostilla Beth—, ese hombre de ahí se habría convertido en compost hace tiempo.

Me río. Ellos parecen llevar más que bien ese pique sano que se traen. De hecho, se ríen y se guiñan el ojo de forma constante.

—Eso asegura ella. —Moses la señala y soy incapaz de dejar de mirarle el bigote. De hecho, está en mejor estado que mi pelo, todo hay que decirlo—. Sin mí no podría vivir. —Sonríe con suficiencia.

—Créeme. —Lo señala Beth a su vez—. Con él tampoco me va mucho mejor.

Vuelven a enzarzarse en una conversación, si es que se puede llamar de esa forma, de lo más entretenida y dejo de ser importante,

cosa que me alegra porque mi situación es del todo menos divertida, salvo que seas de esos a los que les encanten las desgracias ajenas, entonces esto será de lo más tronchante para ti. Sin acritud, ¿ehh?

Bebo y me termino mi segundo café, dispuesta a pedirme un tercero. Beth, que no sé cómo lo hace, se percata del asunto y me rellena la taza.

—Si necesitas algo más fuerte, solo tienes que guiñarme un ojo.

Asiento agradecida y me planteo hacer justo eso cuando alguien toma asiento a mi lado. Mis pensamientos destructivos y yo no tenemos nada de intimidad. La rodilla me da otro pinchazo y reniego de pura frustración.

—Dos desayunos completos por aquí —pide el recién llegado.

¿Desayuno? Son más de las doce del mediodía.

—No tengo hambre —respondo arisca.

Que conste en acta que soy positiva, al menos, hasta que te das cuenta de que tienes a dos hombres trabajando en tu casa. Uno de ellos va a desplumarte sin ponerse siquiera colorado y el otro es probable que quiera asesinarte y enterrarte bajo los cimientos de esa casa en ruinas para que nadie te encuentre. Todo sumado a que me siento la mar de inútil, cosa para nada agradable.

El caso es que mi estómago no parece estar en la misma onda que yo porque decide rugir a modo de protesta.

—Eso es justo lo que parece —apunta Max con desenfado.

Todo hay que decirlo, este chico es persistente y no me cae del todo mal.

—Vale —acepto—, me muero de hambre. Dos días llevo en este pueblo y apenas he comido en condiciones.

—Y aquí está tu hombre para ponerle remedio a la situación. A cualquier situación. —Alza las cejas en repetidas ocasiones y me muestra una sonrisa embaucadora. Suspiro.

—¿Me estás tirando la caña a pesar de que te expliqué cómo van las cosas?

—Me gustan los retos —esa es su respuesta y la formula de una forma bastante convincente—. Soy un hueso duro de roer y me empleo a fondo en eso que quiero.

Me dispongo a abrir la boca para indicarle que me gusta su filosofía de vida siempre y cuando no entre yo en su radar, pero es Moses el que se adelanta.

—El dinero es lo que le gusta de veras a Max.

—Me ofendes, Moses —replica el otro y no parece resentido en absoluto.

—Seguro que sí —apunta llevándose la cerveza a la boca y tragándose el contenido de la misma.

Si en este pueblo diesen un premio al que bebe sin respirar, Moses sería el ganador por goleada.

Beth coloca frente a nosotros dos platos llenos a rebosar de huevos, beicon, judías, patatas fritas y una carne de hamburguesa con tres lonchas de queso por encima. Sí, estoy tan entusiasmada que me entretengo contándolas en vez de asaltarlas como una muerta de hambre.

—¿A que ahora mismo soy tu hombre ideal? —me pregunta Max.

—Ese… —Señalo el plato, llena de convicción. Y de hambre, de hambre también—. Ese es mi hombre ideal.

—Esta chica es lista —apunta Beth—. Tendría yo que haber aprendido de ti.

Moses le tiende la mano y sus dedos se unen unas décimas de segundo.

—No les hagas caso, están así todo el día —me explica Max, que tira de su plato sin dudar y comienza a engullir sin miramiento—. ¿Y bien? ¿Jared se ha pasado por tu casa? Porque hemos tenido una charla esta mañana de lo más interesante.

Me meto una montaña de comida de lo más apetecible en la boca. Y en orden. Es una obra de arte culinaria que me voy a zampar sin dudar.

Chorrea, eso es lo único que sé cuando doy buena cuenta de ella.

—Está allí en este instante. Me ha asegurado que podré pasar la noche dentro.

—¿Ves? Yo que tú me mantendría cerca porque soy un tío con influencias en este pueblo…

—Y en los cercanos también —añade Moses, que parece ajeno a todo y no lo está para nada.

Empiezo a tener dudas de quién es el verdadero periodista de este lugar.

—¿De qué habla?

—No le hagas caso. —Bate las manos frente a mis ojos—. El caso es que me deberás una…

Ruedo los ojos.

—No pedí tu ayuda.

—Explícitamente —agrega con desenfado—. Tu mirada me decía otra cosa.

—Ah, ¿sí? —Dejo escapar el aire de forma sonora por la nariz—. ¿Y qué te dice mi mirada en este momento? —«Tengo hambre, quiero comer y no quiero citas contigo». Eso es lo que manifiesta.

—Que soy el hombre de tus sueños.

Abro la boca con la intención de… ¿Matarlo en este condado conlleva pena de muerte? Es para una amiga.

—Max… —Sonrío—. Me caes bien —finalizo.

—Por ahí se empieza, querida Autumn, por ahí se empieza.

CAPÍTULO 11
Encerrona
Liam



—Entonces… ¿Es tu nueva vecina?

La pregunta que formula Jared mientras ambos intentamos llevar varios tablones de madera a la vez, y sin pensar ni valorar el peso que asumimos entre los dos, casi me hace tropezar.

Casi.

—Jared —gruño a modo de advertencia.

—Vale, vale. Joder, Liam, qué de buen humor, ¿no?

Maldice cuando los tablones caen al suelo justo en el salón de su casa. Hemos cambiado parte del tejado en unas cuantas horas, pero esto va a llevarnos más trabajo del que esperaba. Y no me gusta trabajar con nadie. De hecho, me gusta estar solo, me gusta el silencio. Adoro la soledad. Y Jared es como una jodida mosca pegada a mi culo.

Además de que le ha hecho promesas que los dos sabemos que no va a cumplir… Cosa que no me importa una mierda.

—Recuérdame por qué estoy haciendo esto contigo cuando tengo leña que cortar —le pido.

Si nota o no nota la acidez en mis palabras, lo dejo a su elección.

—Porque eres un buen trabajador. Porque tienes mano con la madera. Porque se te dan de lujo las reformas y la construcción en general y porque trabajar conmigo, codo con codo, siempre ha sido uno de tus mayores sueños. —Chasqueo la lengua con desaprobación.

—Inténtalo de nuevo —le pido.

Le lanzo una bolsa llena de herramientas para que se las coloque en la cintura y volvamos a subirnos a ese tejado. Tejado. ¿Se puede llamar de esa forma a esto?

—Porque te pago por hacerlo.

—Eso ya suena mucho más convincente —concluyo.

Me gano una sonrisa por su parte y me coloco la gorra hacia atrás.

Nos ponemos manos a la obra de nuevo. No es nada complicado lo que hacemos, salvo por la incomodidad de no querer hacerlo en absoluto.

Intento no refunfuñar, ni siquiera sé por qué he terminado haciéndolo. Jared me lo pidió, y yo…, en fin, es obvio que mi respuesta fue negativa, ¿verdad? Porque lo fue. Y no solo en una ocasión, sino en varias hasta que tuve la grandiosa idea de mirar en su dirección y verla allí, plantada, por fuera de esta maldita casa y con esa mirada que encerraba muchas cosas: pánico, nervios, tensión y esperanza. Sobre todo, esperanza.

Me pegué toda la noche dando vueltas en la cama imaginando los cientos de escenarios que podían haber conseguido que una chica como ella acabase en un pueblo como Evermere. Un pueblo con alma y corazón, pero carente de todas esas cosas que se encuentran en la ciudad.

Me ha robado el sueño a pesar de que os dije que no me interesaba y que no quería saber nada de ella. Ya veis, la hipocresía es un rasgo que, por lo que parece, sigue estando ahí.

No hay ni una sola de mis propuestas que logren convencerme. Tal vez necesita ser como esas chicas que se acercan en busca de una historieta que publicar en redes sociales, de esas que se inventan una leyenda grandilocuente que convence a un público con cabeza de chorlito. Un par de frases emotivas, corazoncitos y flechas, estrellas por aquí, abrazos por allá, y esos seguidores conquistados sin más.

No, no tiene pinta. Lo descarté de inmediato al darme cuenta de que nadie en su sano juicio estaría dispuesto a pasar la noche en un

coche viejo y destartalado en medio de la nada por un motivo como ese.

También pensé que podría necesitar un respiro. Un ex que la atosigó para ponerle un pedrusco del tamaño del Gran Cañón en el dedo y, tras arrodillarse ante ella con la mejor propuesta de matrimonio que tendrá en su vida, ella huyó.

Tampoco. Esa idea fue descartada cuando me di cuenta de que, sus dedos, esa misma mañana mientras hacía estiramientos en el lago, estaban desprovistos de joya alguna. De hecho, no había rastro de ninguna pieza de esas.

O quizá la han despedido, ha aprovechado sus ahorros y los ha decidido invertir en una casa como esta. Está claro que esa es la peor de mis ocurrencias, por muy loca que piense que está, eso es dar un paso más allá en el camino hacia el manicomio.

—¡Tabla va! —grita Jared a la vez que deja caer el último listón de este salón.

Me saca de mis pensamientos y alzo la vista para darme cuenta de que esta noche dudo que pueda dormir aquí y de que, de nuevo, no tiene que importarme lo más mínimo.

Suspiro, me paso la mano por la frente y limpio las gotas de sudor en la manga de mi camiseta.

—Los he visto más rápidos, Hunter. —Alza la voz desde el otro lado mientras arranca los trozos de clavos en mal estado que se han quedado pegados a las vigas.

—Y yo los he visto muertos por comentarios menos ofensivos que ese —contrataco.

Jared se carcajea al otro lado, incorporándose y secándose el sudor también.

—Maldita sea, es imposible que anoche hubiese una tormenta como la que hubo y que a estas horas ya estemos rozando los veinticinco grados.

Si él supiese la tormenta que hubo dentro de mi casa…

—Esta noche lloverá.

—¿Ahora eres meteorólogo además de leñador?

Dejo su pregunta sin responder sabiendo que tengo razón. Estamos en otoño, no hay que ser demasiado inteligente para saber

cómo son los días en Evermere cuando esta estación hace acto de presencia.

Jared es el primero en apartar la vista de sus quehaceres, como si notase su presencia, yo, por el contrario, continúo a lo mío buscando esa parte buena que se supone que sigo teniendo y que ha conseguido que me encarame a lo alto de este tejado para ponerlo a punto.

«El dinero, Liam, es cosa del dinero».

—¿En qué puedo ayudar? —Escucho el tintineo de su voz y el vello de la nuca se me eriza. Me está mirando. No me molesto en comprobarlo.

—No es necesario, tesoro —responde Jared.

No me gusta nada el tono de su voz, de hecho, odio su tono de voz más que nunca.

—Ah, ¿sí? No me digas —alega ella y ese deje soberbio hace que las comisuras de los labios se me alcen. Puede que haya escapado de la ciudad porque sea una multimillonaria a la que sus papaítos la hayan consentido toda la vida y le hayan puesto un ultimátum antes de cobrar su fondo fiduciario, ya sabéis: «O espabilas, Autmun, y demuestras que eres merecedora de esa cuenta bancaria llena de ceros o te buscas la vida solita»—. Por si no te has dado cuenta, es mi casa y me juego el cuello a que vas a cobrar por hora trabajada, tesoro —remarca. Joder con la loca—, por lo que dos manos más serán unos dólares menos. Y te garantizo que los dólares no me sobran, pero la fuerza de voluntad y la cabezonería sí —sentencia.

En otro momento de mi vida, esa forma de responder, esa seguridad en sí misma, habría hecho que me pusiese de rodillas ante ella y quizá le hubiese pedido una cita.

Por cierto, mi última teoría de por qué está en este pueblo también queda descartada.

—Vale, vale… —Jared sonríe con suficiencia—. Puedes ponerte los guantes que encontrarás en la parte trasera de mi camioneta y sacar esos tablones podridos. Hunter y yo vamos a comenzar a colocar los nuevos.

Ella asiente satisfecha y sé que se siente útil.

Me permito unos segundos de distracción y la observo seguir las órdenes de Jared. Se coloca los guantes, que le bailan en los dedos, y habla sola mientras se acerca hasta el salón de su casa. Si es que a esto se le puede llamar salón. Y si es que esto se le puede llamar casa.

Apila las maderas y los trozos que se han partido y hace una fila con ellos. Es pragmática e inteligente.

—Y dime, Autumn, ¿qué es lo que te trae hasta aquí? —Sé que Jared no ha formulado la pregunta porque quiera camelársela como Max.

O sí, no lo sé, porque la reputación de nuestro constructor le precede allá a donde va. El caso es que el tono más que de coqueteo es de curiosidad. Y una muy sincera.

—No me gusta hablar mientras trabajo —le responde ella. Sonrío. Es imposible no hacerlo. Tiene un no sé qué que qué se yo que hace que se me escape esa sonrisa. Hasta que me doy cuenta de que lo estoy haciendo—. Además, me has prometido que dormiré esta noche aquí…

—Ah, sí, con respecto a eso…

Deja caer uno de los tablones y el polvo se levanta rodeándola. La nube es densa y ella no se estremece en absoluto por estar hecha un desastre.

—No —zanja resuelta.

—Sí —responde Jared.

Y ahora es cuando viene el lloriqueo y sí, soy cincuenta dólares más rico. Samira, cero; Liam, veinte mil.

Dejo de martillear solo para vanagloriarme en mi victoria, una de la que ella no es consciente y no hace falta que lo sea. Estoy convencido de que tiene el ego bastante jodido como para regocijarme explicándole que puede irse por donde ha venido y que ha estado bien ver cómo pretendía demostrar que era una chica con agallas. Una lástima. Esta noche me beberé una cerveza en su honor mientras veo cómo sale el humo negro por el tubo de escape de esa camioneta destartalada.

«Y así dejarás de pensar en ella y en los motivos que la han traído aquí. Tampoco en sus piernas firmes y torneadas y no espiarás tras

la cortina de la cocina cómo hace ejercicios en la orilla del lago».

Qué bonita forma de darme cuenta de lo capullo que soy.

—Pues me da igual todo. —Ya llega—. Así que ponte las pilas porque esta noche la pasaré en mi coche, pero mañana, como Autumn Vernieu que me llamo, dormiré bajo ese techo y sin mosquitos ni ningún otro animal que quiera devorarme.

Jared se carcajea, y yo parpadeo estupefacto. Gruño, lo hago, porque le debo cincuenta dólares a alguien.

Liam, cero; Samira, veinte mil.

—Por cierto —añade mientras se carga una madera casi tan grande como lo es ella—, gracias por hacerle caso a la petición de Max y venir.

Cruzo una mirada con el hombre que está al otro lado del tejado todavía quitando clavos oxidados.

—¿Max? —cuestiona sin entender nada. A saber en qué lío se ha metido mi amigo—. ¿Qué tiene que ver Max con esto? —señala Jared al tejado. O al vacío. O lo que sea.

—Me dijo que… —Autumn guarda silencio, frunce los labios, cierra los ojos y aprieta la madera como si estuviese asfixiándola—. Nada, debo de haber malinterpretado las cosas. Eso es…

Refunfuña mientras sale, y Jared alza las cejas, me observa y vuelve a mirar en su dirección.

—Menudas piernas tiene —finaliza.

Gruño. Principalmente por su comentario y, en segundo lugar…, porque ya me había fijado, joder.

CAPÍTULO 12
La triste vida de una chica más triste aún
Autumn



Mi vecino desapareció desde que puso un pie en el suelo. No se despidió de Jared y, para sorpresa de nadie, tampoco lo hizo de mí, se limitó a caminar en dirección a su casa sin mirar siquiera atrás. Es como si de pronto nos hubiésemos vuelto invisibles para él.

Jared fue mucho más educado. Me tendió una tarjeta con su número de teléfono e insistió en que lo llamase si necesitaba algo. ¿Una pistola? ¿Cianuro? No me vendrían del todo mal.

Sonrío ante mis pensamientos mientras recorro los pasillos del pequeño supermercado del pueblo metiendo cosas del todo insanas dentro de una cesta de un color verde fluorescente que es horripilante.

Cuando coloco la cesta en la cinta para pagar, el chico que hay al otro lado ni siquiera levanta la vista para dedicarme una mirada. De forma mecánica y como un autómata pasa las galletas, la barra de pan, el chocolate de untar y los cubiertos plásticos. Los refrescos sustituyen una botella de vino, porque tomarlo caliente no es una buena idea salvo que quieras terminar haciendo ciertas cosas detrás de un árbol. Que conste que lo he pensado, haciendo un cálculo mental de las ventajas y desventajas de cagar en el bosque en mitad de la noche.

Ganó el miedo a que algún animal saliese a darme caza. Imaginaos la escena. O no, mejor no lo hagáis…

Me subo en el coche y me dirijo de nuevo hacia mi calle. A lo lejos observo cómo el cielo se ilumina por culpa de los relámpagos y ya sé lo que se avecina.

—Qué divertido todo. Otra noche maravillosa en el hotel Ritz —bromeo conmigo misma.

En realidad…, si miro la parte positiva de todo esto, no está tan mal. En unos meses podré reírme del desastre en el que se ha convertido mi vida y quizá algún día pueda contarles a mis hijos que hubo una época en la que decidí reformar la casa en la que sus abuelos se enamoraron, tal vez, incluso podamos pasar los veranos aquí, dándonos baños en ese lago que hay justo a la derecha. ¿Quién sabe? La vida te quita y la vida te da.

Aparco en la entrada de mi casa y apago el motor. Saco un refresco y lo pongo sobre el salpicadero mientras elijo cuál será mi primera víctima.

—Chocolate con leche, chocolate con avellanas o chocolate con caramelo salado. Mmmm, o un poco de cada.

Mi móvil suena y la pantalla ilumina el interior del vehículo. El nombre de mi amiga aparece reflejado y sonrío justo cuando descuelgo.

—Autumn Marie Vernieu, no me has llamado desde hace veinticuatro horas y eso es inadmisible. —La reprimenda que June pretende darme no suena para nada de esa forma, sobre todo, porque percibo el deje divertido al otro lado—. ¿Ha sonado creíble? —Os lo dije.

—No demasiado. —June bufa al otro lado—. Tu tono de fastidio sí que ha sido de lo más verosímil —la animo.

—Leon me ha pedido que practique ciertos tonos para que mi puesta en escena sea real. Hoy me ha explicado que me falta credibilidad a la hora de expresar mis emociones. —Trago con fuerza. June se toma su carrera profesional muy en serio, más ahora que ha decidido dejarlo todo por ella a sabiendas de que sus padres no están de su lado.

—¿Quieres que practiquemos juntas? —tanteo—. O, mejor aún, ¿quieres que hablemos de ello?

Le tiendo la mano porque sé que se siente del todo hundida tras ese comentario e imagino que su estado de ánimo no tiene que estar pasando por su mejor momento.

—Leon es duro conmigo, Autumn —suelta. Veo que toma la segunda vía, la de sincerarse y hablar las cosas. Eso es lo que más me gusta de mi amiga, no se esconde ante nada, no encierra sus sentimientos, es honesta y sincera cuando tiene que decirte algo, pero también lo es cuando se trata de ella misma. Y eso es admirable porque no es nada fácil expresarte cuando algo te duele o cuando sabes que lo que tienes que exponer frente a otros son tus defectos. O lo que otros piensan que lo son—. Y me jode que tenga razón, eso es lo que más me fastidia. Quiero actuar, quiero subirme a un escenario y dar lo mejor de mí, transmitir con la voz, con la postura, con la mirada, quiero ser capaz de hacerlo —sentencia llena de convicción y…

—¿Ves? Ese ha sido un discurso en el que tu garra ha sido convincente.

—Estoy hablando contigo, Autumn, es normal que suene categórico cuando te estoy explicando cómo me siento ante un fracaso y de los chungos.

Sonrío de forma involuntaria porque es de lo más coloquial cuando quiere, y quiere siempre.

—No soy especialista en estos temas, June, aunque sí que creo que para poder expresar sentimientos tienes que sentirlos —apunto siendo un tanto redundante.

—Leon ha dicho justo eso. ¿Acaso habéis hablado?

—Por supuesto, ha venido a hacerme una visita a Evermere. Un trayecto de seis horas de ida y otras seis de vuelta —ironizo.

—No me gusta tu tonito —me recrimina. Al menos he conseguido que June esté algo más calmada—. ¿Cómo lo hacías tú? —me pregunta y esa cuestión me deja descolocada.

Suspiro con tanta fuerza que mis pulmones arden cuando se sienten un tanto vacíos. Esta explicación implica traer de vuelta los recuerdos, eso que fui y que estoy casi convencida de que no volveré a ser. Es una dosis de realidad que me pone el vello de punta.

—Supongo que tuve mucho tiempo para aprender. Crecí en un escenario. Maduré en él. Le dediqué muchas horas a trasmitir. Encontré mi lugar en el mundo ahí.

Observo a través del cristal por primera vez desde que aparqué. Lo hago de verdad, fijándome en los detalles, en la lluvia que ha comenzado a caer y en mi casa, esa que tengo frente a mí y que en este momento se ha convertido en mi ancla. Porque lo otro…, lo otro es una decepción a la que no estoy preparada para enfrentarme.

—Así que es cuestión de eso, ¿no? De trabajar duro —medita al otro lado.

Asiento, a pesar de que sé que no me puede ver, y muerdo una tableta de chocolate al azar. Caramelo salado.

—De trabajar duro y de amar lo que haces, June.

—Suena fácil, la verdad. Es una jodida mierda que no lo sea en absoluto. ¡Me cago en todo! —grita al otro lado.

—¿Te has golpeado el dedo pequeño contra la pata de la cama?

—Sí —lloriquea—. ¿Cómo…? ¿Has dejado cámaras puestas en esta casa antes de abandonarla solo para saber si me pongo tu ropa? Esa que es bonita y elegante —me explica sin más.

Y me la imagino observando cada esquina de la casa por si fuese cierto.

—No. —Me carcajeo mordiendo otro trozo de chocolate—. Conozco tus gimoteos cuando te golpeas. Muchos años juntas.

Mi amiga exhala al otro lado.

—Y ahora has tenido que marcharte. Y sí, no hace falta que me lo recuerdes, ¿vale? Me ha quedado más que claro que lo necesitas. ¿Y sabes qué?

—¿Qué?

—Que estoy a favor. Debería haberme ido contigo. Tras haberle pedido una cita a Leon y que la rechazase, por supuesto.

—No sabes si te va a rechazar.

—Créeme, el tono con el que me ha hablado hoy no deja duda de su rechazo. Él sí que sabe transmitir sus emociones, ¿lo pillas?

—No seas melodramática.

—Señorita melodramática —me corrige para variar—. ¿Y tú? ¿Qué has hecho? ¿Y la rodilla?

Bajo la vista y llevo la mano hasta ella, hasta donde se encuentra mi reciente cicatriz, y decido que no quiero hablar de cómo he intentado que no se me note el dolor hoy mientras cargaba esas maderas podridas y tampoco el malestar que siento ahora que el cuerpo se me ha enfriado y ha entrado en modo reposo.

—Empiezo a tener tejado —le cuento en cambio.

—¿Empiezas? ¿Cómo que empiezas?

Le hago un breve resumen de la situación. Omitiendo ciertos detalles, sobre todo los relacionados con beberme una botella de vino caliente y los escatológicos concernientes con ese asuntillo en concreto. También le hablo de mi vecino. La escucho masticar al otro lado en silencio. Está recopilando información solo para hacerme un interrogatorio posterior.

—Vale, en una escala del uno al diez, ¿cómo de cañón está ese vecino? Recuerda que el uno es Quentin Tarantino y el diez es Tom Hardy.

—Insisto, Quentin no es tan feo como dices.

—No, claro… —musita ella al otro lado—. Digamos que no es el tipo de ninguna mujer.

—Está casado —le recuerdo—. Y su mujer es preciosa.

—Lo que me lleva a pensar que tiene algún problema y serio —acota al otro lado.

—June…

—¿Qué? —protesta y no hay ni una sola pizca de arrepentimiento en su tono.

—No seas tan superficial —la reprendo. Y todos sabemos por dónde se va a pasar mi amiga esta petición. Sí, sí, por ahí justamente.

—Entonces…

—Es un Tom Hardy —concluyo porque puede que Quentin no sea difícil de mirar, pero es que Tom…, tú me entiendes, ¿no?—. De hecho, subo la apuesta porque tiene algo que lo hace mucho más atractivo.

Escucho la bolsa caer en algún lado entre lo que supongo que es el sofá y la mesilla de centro. Se ha golpeado el meñique yendo a buscar comida basura.

—Necesito una foto de ese ejemplar, Autumn, y es para ayer —me pide.

—Es un borde y me odia. Ni siquiera me mira a los ojos.

—Lo intimidas con tu sexapil —responde convincente. Si me lo creyese, claro.

—Mide lo mismo que tu armario, June. En cuestión de amedrentar, creo que se lleva la palma —asevero.

Me estremezco al rememorar la forma en la que sus hombros se le tensaban cada vez que abría la boca. Y cada vez que no la abría también. Nadie puede culparme de que haya huido por la mañana antes siquiera de que se despertase, no quería ser pasto de los animales salvajes cuando me cortase en pedacitos con esa hacha que parece manejar tan bien.

—Me gustan los hombres con ese puntito de oscuridad. Los hace mucho más sexis.

—Pues, ea, todo tuyo. Te llevaré flores a la tumba. Si es que la encuentro —bromeo. O no, no bromeo—. Y, como no quiero hablar más de ese tema, vamos a practicar, June. Porque cuando de cotilleos se trata, entonas con facilidad —inquiero.

—¿Harías eso por mí? —me pregunta al otro lado y sé que si la tuviese frente a mí conseguiría lo que quisiese con ese tono lastimoso con el que ha formulado la cuestión, eso sí, sería mucho más convincente si le sumamos la mirada de cordero degollado que apuesto que me está dedicando a pesar de que no la vea.

—Gastaré toda mi batería por ti —le aseguro.

Y nos pasamos horas interpretando su papel, hasta que mi teléfono se apaga.

Al menos me he distraído de la tormenta. De una de las tormentas.

CAPÍTULO 13
Tropo tripi, tripo tropo
Autumn



Me planto en casa de Hannah antes de hacer mis estiramientos matutinos. Sí, me he convertido oficialmente en una caradura. Ya sabéis, reconocerlo es el primer paso.

Cole me abre la puerta con el pelo revuelto y la mirada turbia.

Me agacho y me apoyo las manos sobre las rodillas para situarme a su altura.

—Veo que alguien acaba de despertarse. —Le regalo una de mis mejores sonrisas, y él no me la devuelve siquiera. ¿Qué es lo que les pasa a los hombres de este pueblo? O a algunos de ellos…—. ¿Eres familia de ese de ahí? —lo suelto sin más, sin valorar las consecuencias porque ser una kamikaze de las palabras es otra de mis virtudes.

Observo la casa que señalo y veo que las cortinas están abiertas. No distingo nada desde aquí, ni rastro de mi vecino, tampoco de su hacha y no sé si eso me alegra o me atemoriza.

—¿De qué hablas? —responde Cole trayéndome de vuelta.

—¡Ah! Autumn. —Hannah camina con paso firme y la admiro por ello—. Pasa, pasa, iba a ir a buscarte después de que los niños se fuesen al colegio. Mi padre me ha puesto al día con los cambios. Me contó que te pasaste por allí…

Entro en su hogar porque sí, eso que se abre frente a mí, a pesar de que esté abarrotado de juguetes, algunas prendas de ropas y un puñado de pañales ordenados sobre un mueble, es un hogar. Tiene alma. Mi madre diría que tiene alma. Empiezo a entenderlo.

Le sonrío de forma cándida y al menos con ella sí que surte efecto.

—Te he leído la mente —suelto sin más—. Además de que necesito de tu electricidad. —Le muestro mi teléfono apagado.

Me tiende la mano y tira de mí para llevarme hacia la cocina. Me rugen las tripas a pesar de la cantidad ingente de azúcar que he ingerido. Se ve que es tan poco conformista como lo es el resto de mi cuerpo. Al menos estamos en sintonía.

Hannah me empuja hacia una de las sillas y comienza el alboroto.

Michelle entra y comienza a parlotear sin cesar enlazando un tema con el siguiente y, a su vez, con el siguiente, es como si hubiese desayunado un periódico. O quince.

Cole trae a Andy y lo coloca con sumo cuidado en una trona de madera. De madera. Se ve que la observo con fijeza.

—Nos la hizo Liam. Fue su regalo cuando Cole nació. Ese hombre tiene mano para la madera —cuenta mi vecina.

No quieras imaginarte las manos del vecino que no te soporta cuando todavía te ruge el estómago. Y no quieras imaginártelas paseándose por tu cuerpo. Todavía tengo demasiado fresca la conversación con June de anoche, sobre todo la parte en la que hablé de él.

—Ajá. —Es la respuesta esquiva que doy.

—Así que, cuando sea mayor, pienso ponerme el pelo de todos los colores posibles y seré la chica más guapa de Evermere. Todos los chicos, y cuando digo todos quiero decir todos, caerán rendidos a mis pies. Trabajaré con Samira… —insiste Michelle, y admiro no solo su don de conversación, porque es evidente lo parlanchina que es, sino la cantidad de palabras que suelta por segundo.

—Vete a buscar a Finn —le pide Hannah a Cole, que responde con un leve asentimiento.

Mi vecina, a la que sí parece que le caigo bien, toma asiento frente a mí. Andy extiende las manitas hacia donde me encuentro y me derrito por dentro.

—Alguien quiere comerse tu pelo —bromea Hannah.

—Porque es un pelo precioso —murmura Michelle, que está en todo.

—Señorita, deja de meterte en las conversaciones de adultos, tómate la leche y a lavarse los dientes, que hay colegio —la apremia su madre.

Cole entra con Finn de la mano, y el niño no pierde el tiempo en soltarlo y dar un par de vueltas alrededor de la mesa. Justo cuando pasa al lado de su madre, ella extiende la mano y lo frena en seco. Finn alza la vista unos segundos, y Hannah le sonríe y lo sienta a su lado.

A Finn le falta tiempo para levantarse y volver a dar vueltas.

—Y es así todo el día. —Hannah se lleva las manos a la cabeza y se masajea las sienes—. Me está causando muchos quebraderos de cabeza que se centre en el colegio. Le cuesta mantenerse sentado en un sitio y le cuesta mucho más atender a las explicaciones del profesor —me cuenta—. Finn, por favor, tómate el desayuno, cariño, no puedes ir al colegio sin comer algo.

Observo la escena entre pasmada y aturdida. Si yo me siento de esta manera, no sé cómo Hannah no se ha vuelto loca.

—Y quiero hacer estiramientos contigo por las mañanas. Mamá, ¿puedo hacer estiramientos por las mañanas con Autumn? Seguro que a ella no le importa, así no está tan sola. Porque siempre estás sola —afirma y algo brilla en su mirada—. ¿Por qué siempre estás sola? —reformula su anterior frase y la plantea como una cuestión.

Se me escapa una risilla sin pensarlo, no solo por la cara de Hannah, que no sabe dónde meterse, sino por la mirada que me dedica Michelle. Sus ojos grandes, enormes y expresivos, reflejan toda la curiosidad que me encanta ver en los pequeñajos.

—Puedes hacer estiramientos conmigo siempre y cuando tu madre te lo permita y hagas los deberes y te tomes el desayuno. —Señalo su cuenco de leche donde unos cereales bailan sin ton ni son.

Bailan…

Michelle hace justo lo que le pido, distrayéndome de mi momento de autocompasión. Me cuadro en el asiento y no me permito pensar en eso.

—¿Así? —me pregunta de nuevo cuando me muestra su cuenco vacío y el rastro que ha dejado la leche en su bigote.

—¿Te los has tragado enteros? —cuestiona Hannah que parpadea entre la estupefacción y el asombro. No la culpo—. Alguien va a tener problemas para ir al baño luego —rumia para sí misma. Tengo la ligera sospecha de que eso no le hace mucha gracia—. Finn, necesito que te tomes la leche, por favor.

Total, que Hannah se levanta y eso me hace sentir un poco… Hannah necesita ayuda.

Coloco a Andy en la misma trona de madera que ocupaba antes y sujeto a Finn de la mano como hizo su madre. Me observa unos segundos sin entender qué hago hasta que le sonrío, y él no me devuelve el gesto. Quiere volver a correr por la casa, lo leo en su mirada y eso que no soy nada experta en lecturas de rostros ni semblantes, salvo que sea de lo más obvio, como es este caso o el caso de mi otro vecino.

Lo subo sobre la encimera de la cocina sin medir las consecuencias. Vale. Si se lanza, no puede ser muy grave, aunque su madre no pensará lo mismo y eso acabará con la relación que comenzamos a entablar, cosa que es evidente que no será bueno porque ahora mismo esa mujer es la única persona que me trata como una amiga y no como una extraña con tres cabezas y cientos de ojos.

Sujeto el vaso de leche y cojo un par de galletas del plato que hay sobre la mesa, bajo la atenta mirada de todos. De todos los que no hablan porque Michelle ha desayunado, pero sigue parloteando sin cesar, algo sobre una exposición de un Sistema Solar que ha hecho con cartón.

—¿Sabes? —le cuento a Finn, que me mira y a la vez evita hacerlo. Hasta que se centra en mis manos. Al menos no se ha lanzado. Todavía—. Cuando yo era pequeña, mi madre me mojaba las galletas en la leche porque decía que de esa forma me dolerían menos los dientes que se me movían—. Finn se lleva la mano hasta un incisivo y se lo toca con los dedos. Sonrío. Meto la galleta dentro del vaso y la empapo justo antes de tendérsela. Alarga la mano y la coge con mucho cuidado y en completo silencio. Se preocupa de no rozar mis dedos en el proceso. No se lo tengo en cuenta. Soy una desconocida que invade su casa y no solo eso, sino que ha evitado

que siga corriendo por la cocina, cosa que es evidente que le encanta hacer. Se la mete al completo en la boca, mastica y traga—. ¿A que mi madre tenía razón?

No me responde, solo alarga la mano y mete la galleta dentro del vaso. Se le cae y me salpica. No me importa en absoluto, total, estoy llena de mugre y me paseo por el pueblo de esta forma. Cosas de no tener agua potable y eso. No quiero pensar en que es probable que huela a culo de mono. Me centro en que Finn está desayunando y que al menos estoy ayudando a Hannah con algo.

Cuando se me acaban las galletas, le tiendo el vaso y se lo bebe de un trago. Salta de la encimera con gracilidad y mi cara de pasmo tiene que ser épica porque, bueno, en fin, hasta hace nada estaba pensando que podría matarse. Cosa que está claro que no. Y, bufff, respiro por ello.

Corriendo sale de la cocina y me giro para encontrarme con el cuerpo de esa mujer embarazada con una sonrisa en su semblante.

—Creo que es la primera vez que veo a Finn tanto tiempo sentado. —Dirige la vista hacia la puerta por la que ha salido—. Gracias —susurra.

—¿Cómo…? —Me acerco, le paso las manos a Andy por debajo de las axilas y me lo llevo de nuevo conmigo—. ¿Cómo puedes con todo?

Ella suelta una risilla nasal, como si no entendiese bien mi pregunta o no supiese cómo responderla. O un poco de ambas cosas.

—¿La verdad? —Asiento y le golpeo la nariz a Andy con el dedo índice. Se ríe y me enseña sus dientecitos de castor—. No tengo ni la más remota idea. Supongo que en situaciones extremas te haces a todo. Eso o te tiras por la ventana. —Suspira y aparta la vista, llevándola hacia el lago—. Tengo cuatro hijos… Cinco —se corrige al final—. No puedo tirarme por la ventana, Autumn. Dependen de mí y, cuando alguien depende de ti, simplemente no piensas, solo actúas.

Entiendo lo que quiere decir. Por supuesto que lo entiendo.

—Bueno… —Le tiendo la mano, y ella la observa unos segundos—. No me la he lavado desde ayer, no te lo tendré en cuenta si no me la

sujetas.

Deberíais ver la cara que acaba de poner mi vecina.

Exvecina.

—¿Le has mojado galletas en leche a mi hijo con las manos sucias?

Es probable que no le guste mi respuesta afirmativa.

—Pues…

—Bah, come hormigas. No puede haber nada peor que comer hormigas —bromea ante mi cara de pánico.

Ya me veía haciendo las maletas. Puedo soportar que un vecino me odie, dos es demasiado para mi maltrecho corazón.

Me estrecha la mano y no solo eso. Deja que me duche, me da un desayuno increíble y me deja contarle cómo de mierda fue mi día ayer.

Si eso no es amistad, está muy cerca de serlo.

CAPÍTULO 14
Un traspié y un *tres pie*
Autumn



—Y de esta forma es como se consigue que el techo cubra el salón de tu casa —apunta Jared, que me está dando nociones de carpintería. Juro que las estoy intentando memorizar, tomo notas mentales y todo, lo que sucede es que… A ver, nunca he sido una estudiante de diez, ¿vale? Lo mío ha sido la danza. La danza.

¿Recordáis cuando quise sonar del todo positiva y explicar que pasaría una noche más en mi coche y que, tras eso, dormiría en esta cabaña pasase lo que pasase? «Como Autumn Vernieu que me llamo», si mal no recuerdo…, creo que ese fue mi juramento. Vale, pues espérate, que te vas a reír… Ya llevo casi una semana sin poder pasarlas aquí. Y mi coche ya no me gusta tanto como antes…

He llegado a ese nivel.

—Ajá —respondo.

Pienso en June e imagino que tengo que sonar asertiva y convincente. Sobre todo esto último, porque si ese hombre de ahí decide marcharse y no terminar de solventar mis problemas estructurales, lloraré, ¿vale? Y lo haré con tanta fuerza que eclipsaré los llantos de Andy tras obligarle a soltar mi pelo o quitarle las galletas de su dieta.

—No te estás enterando de nada, ¿verdad?

—No he pillado una mierda —confieso. Ser honesta es bueno.

—Vale —comienza de nuevo. Me señala un tablón al azar, un martillo y algo que hace que esas maderas se igualen. No me hagáis preguntas que no sé responder, por favor y gracias. Es algo que

sirve para que las tablas se nivelen, si queréis más datos…, buscad el vídeo en YouTube y, de paso, enviádmelo—. Esto se coloca de esta manera. Cada tabla tiene que encajar con la anterior para que…

—He desconectado de la información que me está dando porque yo lo sé, tú lo sabes y Jared no tardará nada en percatarse de que no me apetece en absoluto aprender.

—Prefiero pagarte por ello —murmuro cortando su discurso sobre lo que sea que me esté dando un discurso.

—Entendido —resopla y sí, es frustración lo que percibo.

—Pero eso no quiere decir que no pueda ayudar. —Muevo frente a sus ojos un par de guantes nuevos que me he comprado—. Y de mi talla. —Alucina pepinillos.

Jared suelta una sonora carcajada y se lleva las manos a la enorme barba. Me pregunto si se la peinará o si usará algún producto para mantenerla tan brillante. A lo mejor es un superpoder que tienen los vikingos como él. Un par de carraspeos interrumpen mis cavilaciones y me giro para cruzarme con la mirada curiosa de Samira, que se ha quedado en la puerta de mi casa.

—¿Se puede?

—Si la puerta está abierta, es que eres bienvenida —bromeo.

—Bueno, ya…, ¿y si no hay puerta? —Mira hacia ambos lados.

—Mecachis, ¿qué ha podido pasar?

—Me alegra que seas capaz de bromear con esto. —Jared señala en todas las direcciones, y cuando digo todas me refiero a todas, y cada cual es más desastre que la anterior.

Alzo los hombros a modo de respuesta.

—Una casa destartalada no va a acabar con mi buen humor. Hace falta algo más chungo. —June estaría orgullosa de mi riqueza léxica.

—Eso, tú invoca a las desgracias. —Se santigua el constructor.

¿Hay algo más surrealista que un vikingo persignándose? Ya te lo digo yo: ¡no!

—He pensado que podríais tener sed. Y hambre.

Mueve una bolsa de papel con el mismo dibujo que tenía la cafetería de Beth. Se me hace la boca agua solo de imaginar que haya una hamburguesa con patatas fritas dentro de ella. Poco se

habla de lo estricta que es la alimentación de una bailarina y…, en fin, no sé si soy nada de eso ya.

—Si ahí dentro llevas…

—Por favor, dime que te casarás conmigo. —Corto lo que quiera que fuese a soltar Jared y doy pasos en dirección a Samira. Creo que en el proceso lo empujo y todo. Entiendo que Michelle la adore, estoy dispuesta a ser su siguiente fan.

—Espero que te guste el queso.

—Pon fecha y hora, Samira.

Abre los ojos porque es la primera vez que la llamo por su nombre. Jared no se da cuenta de nada, pasa por su lado, agarra la bolsa y se va fuera. No entiendo por qué tiene que salir con lo bien que se está aquí rodeado de polvo y escombros. Tiene pinta de que esta noche tampoco voy a poder dormir en esas cuatro…, tres paredes.

Y ya a casi una semana.

No sé si es mejor enfrentarme a la realidad o no hacerlo.

Samira se gira y suspira abiertamente cuando ve que Jared toma asiento sobre un tronco plano que hay entre mi casa y la de mi vecino, ladeo la cabeza y me puede la curiosidad.

—¿Jared y tú…? —Los señalo con mi dedo índice de forma alternativa.

—¿Qué? ¡No! Claro que no —agrega y la voz le sale tan chillona que suena a sí desde aquí. Puede que el bricolaje y la construcción se me den de pena, pero en las emociones soy un hacha—. Y ni siquiera te conozco tanto como para hablar de esto, ¿no crees?

Marcando distancia, sí, señor.

—Por supuesto —respondo sin perder el buen humor.

¿Qué le vamos a hacer? Hoy me he bajado del coche con el pie bueno. Y no es mentira.

Me dirijo hacia afuera con mi comida y tomo asiento en el suelo de cualquier manera. Jared me tiende una hamburguesa y una botella de agua bien fresquita, y estoy a nada y menos de hacerle una propuesta de matrimonio a él también. Me pregunto cómo le sentaría eso.

—¿Cuánto tiempo piensas quedarte? —indaga de nuevo.

—¿Por qué quieres saberlo?

Observo mi almuerzo o merienda, lo que sea, y evalúo por qué parte darle el primer bocado. Estoy entre comerme todo el queso de una sola mordida o tomármelo con calma.

La segunda opción es la mejor.

Me llevo la mano a la rodilla y extiendo la pierna frente a ellos. Muevo los dedos sobre el *leggins* que llevo puesto y casi percibo el contorno de la cicatriz bajo los mismos. Alzo la vista cuando me doy cuenta de que se ha establecido un silencio sepulcral entre nosotros.

—Jared. Samira.

Agradezco la interrupción porque dar explicaciones sobre mí misma no es algo que entre en mis planes. Mi mirada se cruza con la de mi vecino, que, resulta de lo más obvio, no piensa saludarme a pesar de que sé que sabe mi nombre.

Podría hacerme la ofendida y girar la cara. También podría actuar como si nada pasase o bien…

—Hola, Liam —lo saludo yo a él.

Casi escucho el jadeo que se le escapa de entre los labios a Samira cuando pronuncio su nombre. A ver, no es su novio, pero… ¿y un rollete? Lo descarto de inmediato, el suspiro iba dirigido al vikingo, no a mi vecino.

Me regodeo en observar cómo frunce el ceño, cómo entrecierra los ojos y cómo se le marcan esas arrugas monísimas en la comisura de los labios. Labios. Labios que, por cierto…, ¿por qué tienen que ser tan apetecibles?

Muerdo la hamburguesa porque no hay nada que me apetezca morder además de eso, ¿no? No, claro que no.

Sí que lo hay.

Por si os lo estáis preguntando, no me devuelve el saludo, aun así, habla. Estoy tan hundida en la mierda y tan feliz con mi comida basura que no me importa que me ignoren. Sí, he llegado a ese nivel.

—La madera que me pediste —dice dirigiéndose a Jared, lo que confirma mis sospechas de que no le ha comido la lengua un gato— estará lista este fin de semana, tal y como acordamos. —Jared asiente sin más—. En cuanto a lo otro… —Señala mi casa, así que,

oficialmente, soy «lo otro», en fin, me lo tomo bien porque podría ser peor. Hay adjetivos mucho más despectivos en el diccionario y yo me conozco algunos—. También está listo.

—Sin pecar de entrometida ni nada por el estilo —ironizo mientras mastico—, ¿qué es lo que está listo? —Me fijo en mi vecino por el simple placer de mirarlo porque tengo más que claro que no va a ser el portador de la respuesta.

—Tu tejado da pena, tesoro. Y ahora es el momento en el que te explico que el resto de la casa no anda mucho mejor —asegura Jared.

Adiós a mi positividad. Bienvenida la autocompasión.

Las palabras de Moses acuden a mi cabeza. «Yo la tiraría abajo y la construiría de nuevo. No hay nada que sirva ahí». Pues parece que eso es justo lo que va a pasar.

—Vale. Entonces, ¿cuál es el plan? —pregunto sin saber bien qué hacer.

¿Buscar un empleo? ¿Regresar por donde he venido? ¿Aguardar a que me coma un animal salvaje y acabe con mi sufrimiento? ¿Pillar cianuro en el pueblo de al lado?

—¿De cuánto dinero dispones?

—Esa no es una pregunta para responder sin una copa de vino, ¿no crees?

La sonrisilla de Jared se amplía y el gruñido que suelta don «Soy el Alma de la Fiesta» deja mucho que desear como respuesta que me ayude.

—Vale. Voy a serte sincero. Esa casa tiene muchos problemas que ser resueltos. Yo me encargo de resolverlos, pero tienes que saber que tu bolsillo va a resentirse y te va a hacer pupita.

Observo la casa que hay justo frente a mí y me abstraigo de la conversación, si es que siguen manteniéndola. Me fijo en los detalles, en los que no se ven, y me imagino a mis padres en ella. Bailando en ese salón tras haber rodado la mesa del comedor, cogiéndose de la mano mientras bebían una taza de chocolate caliente, un té o una cerveza viendo cómo la lluvia arreciaba o simplemente jugando al *Scrabble* para matar el tiempo muerto antes de meterse en la cama y dormir a pierna suelta.

Alma, estoy convencida de que esa casa que se abre paso frente a mis ojos tiene alma, solo hay que tener confianza ciega y apostar por un imposible. Y a mí siempre me han ido los retos.

—Solo tengo una condición, Jared. —Giro la cabeza, ya se ha terminado su hamburguesa y le ofrezco la mía. No tengo apetito.

—Tú dirás —me alienta.

—Quiero ayudarte.

La sonrisa de satisfacción que me regala me relaja de inmediato.

—Eso está hecho, tesoro.

Me incorporo, vuelvo a hacer caso omiso a mi rodilla y a su famoso «toc-toc» y me sacudo los pantalones antes de volver a ponerme los guantes.

—No te vas a salir con la tuya —expongo señalándola y es como si ella me respondiese a su vez.

«¿Cómo que no?».

CAPÍTULO 15
La probabilidad de que todo salga mal
Liam



Observo cómo se lleva la mano derecha a la rodilla y pasea por ella los dedos con movimientos erráticos y, a su vez, definidos y me limito a observar cómo sigue ese recorrido al mismo tiempo que pronuncia las siguientes palabras.

—No te vas a salir con la tuya.

Jared la observa con ojos imperturbables y sé que está admirando su actitud inflexible y la tozudez que emana por cada poro de su piel. Cualidades en las que, como podéis comprobar, también me he fijado.

Sin añadir nada, saco un billete de cincuenta dólares y se lo tiendo a Samira, que se lo guarda en el canalillo tras guiñarme un ojo con suficiencia.

—Puestos a repartir…

Jared me tiende la mano, y le regalo una peineta a modo de respuesta. Su carcajada es lo que me acompaña en el camino de regreso a mi casa.

O no, porque las pisadas de Samira opacan cualquier otro sonido que pueda haber.

—Esa chica me cae bien. —La señala mientras se cuela dentro y cierra la puerta tras de sí.

—¿Quieres una medalla por eso? —le respondo con toda la mordacidad que me cabe en el cuerpo y te garantizo que es mucha.

—¿Por qué no has ido a ayudarla hoy? —me pregunta plantándose frente a mí.

Miro hacia la casa. Queda poco para que el tejado esté terminado y apuesto lo que sea a que habrá que cambiar la electricidad, la fontanería y el suelo. Míralo por el lado bueno, mi cuenta bancaria lo va a agradecer.

—No se me ha pagado por mi trabajo de hoy —respondo alzando los hombros y poniendo agua al fuego para hacer un par de tazas de té.

Samira da un salto a una de las butacas y chasquea la lengua.

Yo sigo mirando por la ventana.

—Siempre tienes las cortinas cerradas —anuncia como si tal cosa —. Menos hoy.

Me giro sin entender cómo ha podido darse cuenta de ese detalle. La encuentro evaluándome. Todos sabemos que Samira es muchas cosas, pero perspicaz la que más.

—Hace un buen día. Necesito vitamina D.

Como excusa ha sido la peor que le he dado en la vida. Y lo sabe. Yo también.

—Claro, por supuesto —sentencia sin creerse nada de lo que le he soltado—. Al hilo de ese asunto, deberías dejar que se quede en tu casa esta noche. No tiene dónde dormir. Y lleva días haciéndolo en ese coche.

—Lo que deja a la vista lo evidente: sí que tiene dónde hacerlo —expongo. ¿Qué? Es un hecho constatado que he tenido a bien señalar.

—Es un puto coche. No eres tan malo como para permitir eso.

Que no, dice.

Suspiro y me llevo los dedos al puente de la nariz. De pronto tengo una jaqueca horrible provocada por esta mujer, que no deja de formular cosas que no me agrada escuchar.

—Samira…

—Por mí —finaliza.

Maldita sean ella y sus palabras.

—¿Por qué no la llevas contigo? A tu casa. Es probable que esté más cómoda a tu lado que conmigo.

—Seguro que sí. —No es una frase llena de sarcasmo, es una afirmación como la copa de un pino—. Solo que da la casualidad de que esta noche Max se queda en casa. Ya sabes.

—¿En qué lío se ha metido esta vez?

—No lo sé. —Alza los hombros—. Supongo que nos lo contará pronto.

Con un salto se baja de la encimera y me da un par de palmadas en el hombro antes de marcharse por donde ha venido.

—¿Y el té?

—Guárdalo para esta noche.

Lo que quiere decir que esta noche habrá reunión familiar: Samira, Max, la vecina chalada y yo. Todo mal. Todo mal.

Observo la casa de al lado a través del cristal. Sí, esta mañana cuando me desperté me planté frente a esta misma ventana e hice eso de lo que tanto me avergüenzo. Abrí la cortina. La cerré de inmediato. La volví a abrir y repetí ese proceso durante más veces de las que me gustaría admitir, hasta que decidí darme la penosa excusa de que me apetecía mirar el paisaje y ver qué tal estaba el lago.

Nada tenía que ver con la recién llegada. Tampoco con que saliese del coche. Hiciese un par de estiramientos. Se tocase la rodilla, frunciese el ceño y sin más se dirigiese a la casa de Hannah con el móvil y el cargador en la mano. Me pregunté por qué no ha venido a pedirme ayuda hasta que entendí que cerrarle la puerta en las narices a alguien es lenguaje universal. Y esa chica está loca, pero no es tonta.

Mientras muevo la bolsita de la infusión arriba y abajo, observo cómo Jared le está contando algo, y ella sonríe. Lo hace con ganas, con sinceridad, le dedica una sonrisa que es del todo honesta y que le nace de veras. Jared gesticula, y ella se lleva las manos a la barriga. No entiendo qué puede hacerle tanta gracia, su casa se está cayendo a pedazos, es una auténtica mierda, y se empeña en reírse y en hacerme cincuenta dólares más pobre.

Gruño con frustración.

—Me cago…

Me quemo los labios al llevarme la taza a la boca y la dejo a un lado con malos modos. Salgo de la cocina, sujeto el hacha que he colocado a la derecha de la puerta de la entrada y dedico horas y horas a cortar leña.

No escucho nada. No siento nada. Mecánico. Instintivo. Espontáneo. Involuntario. Mi cuerpo sabe lo que tiene que hacer y se limita a seguir el patrón que tan bien ha aprendido. Un último hachazo hace que un tronco de aproximadamente treinta centímetros se parta en dos antes de ver unas zapatillas de deporte frente a mis ojos, llenas de colores y de mugre.

Frunzo los labios. Quiero alzar la vista. Quiero recorrer sus facciones. Quiero contar sus pecas. Tiene muchas alrededor de la nariz y en las mejillas. Quiero hacerlo.

Carraspea.

Me niego a hacerlo.

—Tranquilo, Liam, no la he envenenado.

Punta de los pies. Pierna. Rodilla. Rodilla. Rodilla. Muslo. Caderas. Abdomen…

Suspiro con fuerza al saltarme esa parte de su cuerpo y entonces clavo la mirada en la suya. No encuentro ni un rastro de pánico en sus ojos, solo una curiosidad insana. Una curiosidad que hace que se me estremezcan las entrañas.

«¿Qué haces aquí, pecosa?».

Esa es la pregunta que no deja de rondarme una y otra y otra vez. Y sí, ya sabemos lo que dije. Ya sabemos que era mentira y estoy masticando mis propias palabras.

Me planteo abrir la boca por primera vez y formular la pregunta con sinceridad.

No puedes hacerlo.

Mueve la botella de agua frente a mí y me la tiende.

La sujeto entre los dedos, y ella aparta los suyos cuando nos rozamos. Abre los ojos y clava la vista en mi mano de nuevo. Tras eso, sube la mirada otra vez y entreabre los labios.

Retiro el tapón y lo lanzo hacia cualquier parte. Frunce el ceño de inmediato y me gusta que reaccione a cada cosa que hago. De

hecho, me he dado cuenta de que reacciona siempre a cada estímulo y no es siquiera consciente de ello.

Me bebo la botella de un trago, y ella le da pequeños sorbos a la suya. Una chica dulce y delicada frente a un tipo rudo y basto.

Se lleva de nuevo la mano a la rodilla y entonces toma asiento sobre la hierba, alarga las piernas, coloca las manos detrás de la espalda y alza el rostro hacia el sol, permitiendo que incida en sus facciones.

Está… cómoda. Está tranquila y en paz, a pesar de que no he abierto siquiera la boca y de que soy consciente de que mi actitud intimida a cualquiera.

Hace mucho que no comparto un momento en silencio con nadie. Todos intentan llenar la ausencia de palabras con temas de conversación insulsos y me agrada que Autumn no forme parte de esa clase de personas sin más.

—Deberías probar a tumbarte aquí. Es agradable sentir la brisa fresca después de un día agotador de trabajo.

«No hago esa clase de cosas», quiero responderle. Me limito a guardar silencio.

Aparta la mirada y la fija de nuevo en la mía.

—Y tienes pinta de que has tenido un día horrible. —Luego se mira a sí misma—. Y yo también. —Se carcajea.

Vuelve a alzar la mirada y se dedica a cerrar los ojos e inspirar. Su pecho se hincha con cada respiración profunda y me quedo embelesado mirándola. Sacudo la cabeza cuando me doy cuenta de lo que estoy haciendo.

No puedes hacerlo.

Y entonces sonríe. Con los ojos cerrados sonríe y por primera vez en mucho tiempo quiero saber qué se siente cuando las voces de tu cabeza también callan, cuando miras el cielo y dejas que él te mire a ti, cuando no escuchas los gritos y la culpa resonando en tu interior.

Lanzo la botella hacia cualquier parte y eso hace que mi vecina se distraiga y me eche un vistazo.

—¿Qué…?

No permito que responda.

—Esta noche. —Mi voz suena fuerte, potente, regia—. A las nueve.

Suelto el hacha y me dirijo hacia la carretera. Mis pies saben el camino que tienen que tomar y entonan una música ya conocida. La de huir mientras corro.

Solo que las voces siempre me pillan.

CAPÍTULO 16
La invitada de ~~culo~~ lujo
Autumn



Los ojos de Michelle escrutan todos y cada uno de mis movimientos mientras caliento tobillos, rodillas y caderas. Los muevo en círculos y cuento las repeticiones en voz alta para que la pequeña siga mi ritmo.

—Esta es la forma más sencilla de preparar nuestro cuerpo —le explico—. Luego podemos ir un paso más allá y llevar a cabo algunos estiramientos laterales, torso *twist*, elevaciones de rodillas y patadas hacia atrás. —Omito a conciencia que solo podré dar esas patadas con una de mis piernas.

Ella sigue analizando mis movimientos sin interrumpirme y, cuando el silencio se abre entre las dos como una losa fría, freno.

—¿Qué pasa? —Forma un puchero con la boca y me agacho con cuidado de no apoyar el peso sobre la rodilla derecha—. ¿Estás bien?

—Es que eres tan… —Deja la frase en el aire.

—¿Tan qué, Michelle?

—Delicada —finaliza—. Y yo parezco un pato mareado. Mírame. —Y comienza a hacer los mismos calentamientos que hasta ahora estaba haciendo yo, solo que ella los lleva a cabo de forma brusca.

Recuerdo de inmediato los comentarios de Pippa y sus continuas correcciones.

«Cabeza erguida, tronco y caderas alineadas, espalda recta y relajada, rodillas en línea recta con pies y caderas, dos tercios de tu

peso sobre las puntas de los dedos y un tercio sobre los talones, Autumn».

Y, sin apenas darme cuenta, esas mismas palabras las repito en voz alta como si Michelle fuese mi alumna, y yo, su profesora.

—¿Cómo…? ¿Cómo puedo hacerlo? —Su voz y la curiosidad innata que destila cada una de sus palabras me hace sonreír de nuevo. Me incorporo e intento mostrarle la postura adecuada, ella me imita, aunque no lo consigue del todo.

—Lo estás haciendo muy bien, Michelle. Atiende. —Me coloco de nuevo en la misma posición, cuando mi cabeza se yergue, obtengo una panorámica del lago, las montañas y las cumbres nevadas que hay al fondo. La tarde ha comenzado a dar paso a la noche y en breve no veremos nada de lo que aquí sucede. Me pregunto si a Pippa le gustaría impartir clases con estas vistas. Conociéndola, estoy segura de que no—. Es cuestión de práctica y de ganas. De amar lo que haces —le cuento tal y como hacía Pippa conmigo y como yo hice con June.

Recuerdo que me limitaba a asentir como si entendiese lo que me contaba y la realidad era que no lo hacía en absoluto. Era demasiado pequeña para saber lo que ella quería explicarme con palabras de adulta.

Y, por la mirada confusa que me dedica la niña que se encuentra a mi derecha, sé que le está sucediendo lo mismo.

Me coloco tras ella y comienzo a colocar su cuerpo, a darle forma. Escucho un par de pasos tras nosotras y, cuando me giro, no encuentro a nadie allí.

Por favor, que no sea ningún animal salvaje. Si no soy capaz de salvarme a mí misma, imaginaos cómo podré salvar a Michelle.

—¿Lo notas? —le pregunto y me abstraigo.

—¿Te refieres a que se me van a romper los músculos? —me devuelve ella la pregunta en forma de otra.

Me río, porque si siente eso es que vamos por el buen camino.

—Sí, exacto.

—Entonces sí que lo noto. —Aplaude y, cuando lo hace, pierde la concentración y también la postura.

Una rama se parte y al girar la cabeza encuentro a Finn intentando esconderse tras una enorme secuoya. Sonrío en su dirección y se esconde de nuevo cuando asoma parte de la cabeza y se percata de que lo he visto.

Silbo restándole importancia y decido que, si quisiese unirse a nosotras, lo haría sin más.

—¿Volverás mañana? —Noto la súplica en su voz.

—Volveremos mañana.

Ella asiente y corretea hasta su casa mientras me grita un: «Hasta mañana, Autumn». Finn sale de detrás de la secuoya y corre tras ella sin importarle que ahora sí que sea plenamente consciente de su presencia.

Hago un par de estiramientos más y me centro en mi rodilla. Llevo a cabo los movimientos que me pidieron que hiciera a diario para desentumecer las articulaciones y la masajeo.

Me atrevo a ir un paso más allá y siento de manera innata cómo las puntas de mis dedos se preparan para soportar el peso del resto del cuerpo. Subo el pie de manera controlada y suave utilizando la fuerza del empeine y de los dedos de los pies. Siento que me levanto, casi saboreo la victoria. Casi.

El tirón en la rodilla me impide continuar y me resbalo hacia un lado.

—Esto sería mucho más fácil con una barra —me reprendo en voz alta—. Y sin esta cicatriz —hablo para mí misma.

Me doy el lujo de sentarme unos minutos frente al lago y observar cómo corre el agua. Cómo salpica en el punto en el que choca contra el árbol caído que hay un poco más allá y, aun así, es capaz de continuar su camino sin que le suponga mucho más que una interrupción de nada.

Inspiro y espiro durante mucho tiempo. Cuando abro de nuevo los ojos, la tarde ha dado paso de forma oficial a la noche y algunas estrellas ya se asoman tímidas al cielo.

Al menos esta noche no parece que vaya a llover.

Me levanto y me sacudo los pantalones. Camino en dirección a mi coche descalza sobre la hierba fresca y me regocijo en las sensaciones de paz que siento. Es maravilloso darte cuenta de con

qué poco te sientes bien. Abro el maletero, cojo mi mochila y por unos segundos decido abrir la maleta y sacar mis zapatillas de punta. Las últimas que utilicé. Las que llevaba puestas cuando mi carrera se fue al traste antes de que todo se volviese incierto.

Paso las yemas de los dedos por ellas y rememoro los momentos buenos. Los aplausos, la música y las notas altas cada vez que daba un salto y lo unía con el siguiente, la sonrisa que June siempre decía que bailaba en mi cara cada vez que me subía al escenario.

Cierro el equipaje y el maletero antes de girarme y apoyar el cuerpo sobre él. Tal vez nunca pueda volver a calzarlas. Tal vez nunca vuelva a sentir la euforia y los nervios bonitos que me recorrían cuando me las ponía.

Y, si es así, ¿qué será de mí?

Observo de nuevo la casa, y ella me responde. Clava su mirada en mí y me reta a hablarle de nuevo. Alzo los hombros y me dirijo hacia la casa de al lado.

«Esta noche. A las nueve».

—No podemos llegar tarde —susurro dando pasos en su dirección.

Me planto frente a la puerta con una tableta de chocolate a medio comer. No podéis culparme, al menos no he venido con las manos vacías.

Toco tres veces, tal y como hice el primer día, y aguardo hasta que escucho unos pasos arrastrase como si soportase sin siquiera saberlo una carga invisible.

Quizá todos en esta vida llevamos a nuestras espaldas una losa que nos oprime sin ser consciente de ello.

Unos ojos de un tono verde esmeralda rodeados de unas pestañas negras y turbias me escrutan cuando nuestras miradas conectan. Sus ojos se entrecierran cuando me repasa de arriba abajo, si busca un atuendo digno para una cena de gala, lo siento por mi vecino, pero no es aquí. No va a encontrar eso conmigo.

Se hace a un lado cuando finaliza su escrutinio y siento el vacío de esos ojos de inmediato. Sé que esta mañana me observaba, pude notarlo en la piel, en la forma en la que se erizaba con cada paseo que daba por ella y mientras alzaba la vista hacia el cielo de forma despreocupada me imaginaba cuáles podrían ser sus pensamientos,

qué le rondaría por la cabeza a este hombre hermético del que apenas he visto nada que no sea esa carga invisible de la que os hablo.

—Buenas noches.

Le tiendo la tableta de chocolate o lo que queda de ella. Es mi favorito, el de caramelo salado, y lo había reservado para ahogar mis penas esta noche en la intimidad de mi coche. Una cita que no hacía aguas por ninguna parte.

—Buenas noches —me responde aceptando mi ofrecimiento.

Abro los ojos de par en par porque… ¡no entiendo nada!

—¡Anda! ¡Si hablas! —exclamo turbada.

Y lo hago porque esa mirada, una vez más, se posa en mis ojos, en mis mejillas y en mis…, mis labios.

Trago con fuerza y me sonrojo. Es una suerte que avance un par de pasos y lo deje atrás.

—Eso parece —agrega.

Podría contaros que lo hace con desenfado. Sería una soberana mentira. Vuelve a sonar circunspecto y severo. Liam, el ceñudo, ha regresado.

No me importa, si tengo que ser yo la que consiga que este hombre hable a base de comentarios mordaces, conversaciones del todo innecesarias y anécdotas que me ridiculicen, ¿cuál es el problema?

Encabeza la comitiva y se dirige hacia la cocina, no me lo dice, pero lo interpreto como una señal de que lo siga, así que eso es lo que hago.

Se sitúa detrás de los fogones y me ignora.

¡Qué divertido! Es la monda.

Así que, mientras Liam actúa como si no existiese, yo me limito a dar vueltas por la estancia y pasar los dedazos por todas las superficies. Sonrío al pensar en lo mucho que debe de molestarle que haga eso y en si quizá se está conteniendo para no pedirme que pare. Que no me apropie de su espacio, sobre todo, teniendo en cuenta que esta casa puede ser bastante adusta, sí, sin embargo, está limpia y tiene todo lo necesario para ser habitable. Desvío la

vista y clavo los ojos en la ventana, desde allí me recibe el recordatorio de que mi casa no es nada de esto.

Aún.

—¿Y bien? ¿Cómo es que decidiste ser… leñador? ¿Eres leñador? —Muy bien, Autumn, claro que sí, traerte el discurso preparado es una de tus virtudes. De las virtudes de las que careces, quiero decir. Las conversaciones insulsas son una forma de empezar, me recuerdo.

Liam se gira en ese instante, y me fijo en que tiene varias bolas de harina de un tono marrón sobre la encimera. Colocadas de forma meticulosa y metódica, ¿acaso ha usado esa cosa con la que Jared alinea el tejado de mi casa?

—¿Para qué quieres saberlo? —me pregunta.

—Soy curiosa. —Alzo los hombros. Por todos es bien sabido que un buen ataque es la mejor defensa.

—No me gustan las curiosas.

Vale, ese ataque ha superado el mío. Tocada.

Tocada y hundida.

CAPÍTULO 17
La curiosidad mató a Autumn
Autumn



Me juego lo que sea a que no solo no le gustan las personas curiosas, sino que tampoco le gusto yo. Ya ves, dos cosas que sumadas hacen un todo.

—Sí, me dedico a trabajar con la madera, en todas sus vertientes.

Le observo las manos por primera vez. La semana pasada, mientras estaba encaramado a eso que se llama tejado, llevaba guantes y esta mañana estaba demasiado aturdida intentando pensar en cómo podía conseguir que mi vecino no me odiase y, ya puestos, en cómo era posible que esa camisa se ajustase tan bien a su pecho y no salivar por ello, que no tuve el lujo de examinarlas.

Y soy de lo más analítica.

No os hacéis una idea de la cantidad de información que se puede obtener de una persona solo con fijarse en su lenguaje no verbal.

Son grandes, ¿a que eso no te sorprende? Porque a mí en absoluto. Grandes y fuertes. Los dedos son largos y las uñas están bien cuidadas. Alzo la vista solo para comprobar que me está mirando. Fijamente. Y no aparta sus ojos de los míos, al menos, no lo hace hasta que, una vez más, bajo la mirada y me recreo en lo morena que tiene la piel. Puede que sea por culpa de la luz tenue de su lámpara de cocina. Muy bonita, si te gustan las antigüedades, claro. O puede que sea fruto de trabajar al sol durante horas y horas.

Estoy casi segura de que es por la segunda opción. Y me sobra el casi…

Me jugaría mi casa en ruinas a que es por eso.

—¿Qué? —me pregunta, evaluándome.

Esta es la conversación más larga que hemos mantenido y no es momento de pifiarla, me recuerdo.

—Es solo que… siento curiosidad —repito una vez más.

Y no es mentira, solo que esta vez la curiosidad no gira alrededor de su profesión, sino más bien en qué hace un chico tan guapo como él soltero en este pueblo.

Suspira como si estuviese llegando al límite de su paciencia y no lo culpo en absoluto.

—Escúpelo —me pide.

Y casi me atraganto con su palabra.

—Seguro que tampoco te gusta que se anden con rodeos.

Apoyo la cadera en la encimera y llevo uno de los dedos hacia la masa que hay alineada. Hay algo insano que me pide que hunda el índice en ella solo para comprobar si es tan suave como parece. La parte sensata sabe que, si hago eso, soy mujer muerta.

Y romper la tregua que estoy teniendo esta noche con mi vecino… Guardo el dedo en el bolsillo con rapidez antes de que cometa una insensatez.

—No. —Una respuesta clara y concisa.

—¿Te…? —titubeo. Observo cómo aprieta la mandíbula—. ¿Te gusta lo que haces?

Mi pregunta lo pilla desprevenido porque sus ojos, antes entrecerrados, se agrandan unas décimas de segundo. Si no fuese porque estaba siendo plenamente consciente de sus facciones, me lo habría perdido.

—Sí —finaliza. Y, cuando creo que se ha terminado la conversación, continúa—. Me gusta trabajar la madera. Me gusta… —Hace una breve pausa y observa su encimera—. Me gusta que algo que *a priori* parece común y corriente pueda tener muchos usos y se convierta en más.

En más. Se convierta en más.

—Es una buena forma de definirlo.

—Es la única que hay —concluye y suena contundente—. Y a ti, ¿te gusta lo que haces? —tantea.

Y, tras soltar su frase, carraspea como si le hubiese quemado la garganta al hacerlo. Como si sus dos mitades luchasen la una con la otra, la que también es indiscreta con la circunspecta. La que le pide que indague más con la que quiere que se meta en sus asuntos.

—Depende —respondo con solemnidad y vuelvo a sacar el dedo con la intención de hacer alguna maldad. Por su ceño fruncido, creo que sabe lo que pretendo hacer. Y me lo arrebata de las manos—. Si hablas de una casa que se cae a pedazos, pero que en este momento es todo lo que tengo —añado y suspiro con fuerza—, sí, me gusta lo que hago.

Mi voz sale cantarina y sé que June se reiría a mi costa, no solo por la forma en la que lo he expresado, sino por el tonito que le he puesto. Ha sido una buena forma de evitar un tema del que a día de hoy no soy del todo capaz de enfrentarme.

—¿A qué te…?

—¡Hemos vuelto! —grita Max desde la puerta. La madera choca contra la pared y resuena con fuerza en la estancia. Observo a los recién llegados unos instantes mientras me recupero del sobresalto —. ¿Me echabas de menos?

Y esa es la forma en la que se rompe una conversación entre dos personas. Una que quiere conocer al otro y otro que quiere perderme de vista. Sabéis quién es el portador de cada título, ¿no? Pues eso.

—No —resuelve Liam, que se gira y se centra en sus bolas. En las bolas de harina, quiero decir.

No quiero pensar en otras bolas. Soy una marrana, joder.

—¿A que tú sí que me echabas de menos, Autumn? —bromea Max acercándose a mí.

Es una buena forma de distraerme. Un coqueteo de los de Max y adiós a las bolas.

—Aparta. —Samira lo empuja al pasar por su lado, y este choca contra la mesa de madera. Se ríe, y Samira me guiña un ojo—. Buenas noches, Autumn. —Coloca un par de bolsas sobre la encimera y comienza a sacar refrescos, agua, cerveza y vino—. No sé lo que te gusta, así que he traído un poco de todo.

Boqueo porque… Joder, con qué poco se me ablanda el corazón. Y ella lo nota de inmediato.

—Oye, ¿todo bien? —Frunce el ceño cuando mira a Liam. Creo que está pensando que me estaba tratando mal y por eso estoy así.

Asiento.

—Es que… mi vida se ha convertido en una sucesión de catástrofes y que alguien me traiga vino —añado. Llorar por el vino, eso sí que es el colmo de los colmos—, hace que mi corazón se acelere como un tren —le respondo.

—Joder, pues sí que eres fácil de contentar —ironiza ella, cosa que le agradezco.

—Tendría que haber pensado en eso —masculla Max, que se lleva la mano a la nuca.

Y hablando de Max…

Doy pasos en su dirección, extiendo la mano, lo interpreta como que quiero acariciarle vete a saber qué y entonces le propino una colleja.

—Eso por embustero. —Y le doy otra.

—¿Y esa?

—De regalo.

Max suelta un gorjeo, y Samira se parte de risa. Lo señala con el dedo índice en alto y todo.

—Y llega el día en el que una mujer te pone en tu lugar —bromea Samira, que se limpia una lágrima de risa—. Y yo que pensaba que la lección de tu vida te la daría alguno de tus clientes insatisfechos —insiste.

Me acerco hasta la encimera y me dispongo a ayudar a Samira a colocar las cosas que ha dejado dentro de la bolsa para reírse. Liam no ha abierto la boca, ni siquiera se ha girado para dedicarme una media sonrisa satisfecha por mi acto de valentía.

—¿Has engañado a más personas? —pregunto sin girarme.

Escucho una de las sillas moverse y no es necesario más para saber que Max se ha sentado en ella.

—¿A quién no ha engañado Max? —responde Liam y lo hace con un tono tan suave que pienso si no lo he imaginado.

—¿Qué te ha hecho a ti? —me pregunta Samira sin andarse con rodeos.

Llevo la botella a la nevera y, de paso, sacio mi curiosidad por saber qué esconde un leñador dentro de ella.

Para mi sorpresa, no hay ningún cadáver. Tal vez en el congelador…

—Salvando el discurso que me soltó sobre sus influencias con las personas del pueblo en general, y Jared en particular…, nada —explico y sé que estoy siendo muy críptica.

—¿Qué? ¿Qué clase de influencias? Porque Max es muchas cosas, pero una persona con mucha credibilidad no es una de ellas.

—¿A qué te refieres? —pregunto llena de curiosidad.

Busco por toda la estancia la tableta de chocolate con caramelo que traje, necesito cotillear comiendo algo insano y lleno de azúcar. Es una de mis primeras normas en la vida. «Chuches y vino, cotilleo divino».

—Ahhh, ¿no le has contado esa parte de ti, Max? —inquiere Samira, que abre otra de las sillas vacías y toma asiento en ella. Tengo la ligera sospecha de que cada uno de ellos tiene un asiento ya asignado y me recuerdo que es de lo más normal porque se supone que son amigos. ¿Liam también les gruñirá a ellos? A Max seguro.

—¿De qué parte hablamos? Porque de esa que es un mentiroso y se hace pasar por alguien que no es… —Dejo en el aire.

—Por ahí van los tiros —añade Liam, que parece un ser omnipresente, pero, vamos, está pendiente de todo. Me gusta que participe en la conversación.

—Max es un experto en la mentira —agrega Samira.

Se deshace la coleta alta que llevaba y vuelve a encajar todos sus mechones de nuevo para rehacerla.

Si yo fuese Michelle ahora mismo estaría soltando uno de sus famosos «guauuuuu». Qué guapa es esta chica, joder.

—¿A qué se refiere? —inquiero observando a Max.

Sonríe con presunción, no se siente para nada turbado ni ofendido, esto le divierte.

—Es un estafador —responde Liam sin andarse con rodeos.

Abro la boca con la intención de agregar algo, lo que sea, o mejor, mejor aún, reírme, porque esto es una broma de lo más tronchante.

—En realidad, soy un poeta del fraude —corrige—. Señor Poeta del Fraude —apostilla.

Y me río, me río con fuerza, porque…, joder, a June esto le va a flipar.

CAPÍTULO 18
Me importa que me importe
Liam



Me giro cuando escucho su risa envolver toda la estancia. Max está embelesado mirándola, es como si hubiese encontrado la mentira perfecta con la que ganar pasta sin tino, y Samira, Samira la observa entre atónita y desconcertada. Es tan sincera y natural que termina contagiándonos a todos.

Cuando los ojos de mi amiga se clavan en los míos y ladea la cabeza, sé que es el momento de dejarlo estar y centrarme de nuevo en las *pizzas* que voy a preparar.

—Vale, vale. —Sorbe por la nariz y miro el cristal de la ventana para comprobar que tengo un ángulo perfecto para verla sin ser visto. Es el escondite emocional perfecto—. Ya podéis reíros todos, casi me lo trago —sentencia ella limpiándose las lágrimas que recorren sus mejillas—. Casi.

Extiendo la masa con el rodillo por la superficie ya salpicada de harina e intento que quede tan fina como le gusta a Samira.

—¿Por qué no decís nada? —agrega de nuevo cuando aprecia que nadie está sacando el confeti y los matasuegras para celebrar la broma.

—Porque es real —apunto sin girarme—. Max es un ladronzuelo de poca monta.

Sé que no le va a gustar nada que me dirija a él de esa manera. Preguntadme si me importa.

—¡Oye! —protesta el susodicho. Me fijo de nuevo en el cristal para comprobar que Autumn se ha movido y camina hacia donde me

encuentro. Se sitúa a mi lado y evalúa lo que hago—. Este chico de aquí —acota Max refiriéndose a él mismo— ha creado un imperio de la nada. Hasta tengo mi propia oficina.

—Y ahora huyes porque unos tipos te han amenazado con darte una paliza —cuenta Samira, que vierte vino en una copa. Y ya sabemos cuál es el motivo para que Max pase la noche en casa de Samira y no en la suya propia.

Mi vecina se dirige hacia el fregadero y se lava las manos. La estoy observando, sí. Eso sí que me importa y mucho. Y me importa mucho más que me importe.

—Te ayudo —se ofrece. Y no espera respuesta por mi parte, se remanga y comienza a extender la masa que hay al lado, no sin antes meter el dedo índice en ella y suspirar de satisfacción—. Cómo mola esto —apunta sin más.

Podría gruñirle y pedirle que se aparte, pero hago todo lo contrario. Me repito que es porque quiero que tengamos una noche pacífica después de lo que ha sido un día de mierda de veras. También me recuerdo que lo hago por Samira, porque me lo ha pedido y porque por ella haría casi cualquier cosa: como acoger a la vecina chiflada con una sonrisa que deslumbra a cualquiera que sepa verla.

Que quiera verla.

Y yo no quiero en absoluto.

Lo que hago es permitir que se haga hueco a mi lado y dejarla trabajar.

—Así que… —Interrumpo el silencio que se ha instalado entre nosotros—. ¿Te están buscando unos tipos porque los has engañado? —Es un cagueta.

—Yo no tengo la culpa de que el aparato de osmosis no cumpla las expectativas. Les he vendido un producto que cumple con todos los requisitos para depurar el agua. Lo instalaron y funcionaba.

—¿Durante cuánto tiempo funcionó? —inquiero girándome unos segundos para mirarlo a la cara.

—Durante unas cinco horas —sentencia él.

No hay nada de arrepentimiento en su tono y no sé si me saca de mis casillas o me hace gracia.

—Y digo yo… —interviene mi vecina. Me arrepentiré de lo que voy a contaros, aun así…, está dejando la masa tan fina como nos gusta a todos—. ¿No crees que deberías cambiarlo por uno nuevo? ¿No tiene garantía o qué?

Samira se ríe bajito.

—Los productos de Max —dice e imagino unas comillas del todo invisibles mientras pronuncia la palabra «productos»— nunca tienen garantía.

—Porque nunca se estropean —se defiende él del ataque.

—Nunca se estropean contigo en el pueblo. Esta vez estaba por allí vendiendo otros aparatejos de esos que todos sabemos que no funcionan.

—Sí que funcionan —insiste Max.

—Funcionan todos menos los tuyos.

—Vale, recordadme que jamás le compre nada a ese ladronzuelo. —Lo señala Autumn, que vuelve a acercarse al fregadero para lavarse las manos y quitarse los restos de masa y harina.

Max resopla frustrado desde su asiento. Apuesto a que no le está gustando que seamos tres contra uno, hasta ahora ha podido soportarnos a Samira y a mí, pero la cosa aumenta y…

—Soy un caradura encantador —se define de nuevo.

Y agradezco que lo haga porque no somos cuatro, seguimos siendo tres. Todavía no tengo claro que esta chica vaya a soportar la presión de una casa que se cae a pedazos sumado a estar en un pueblo en el que apenas hay una ínfima parte de las comodidades que ofrece la gran ciudad.

Autumn chasquea la lengua, nada convencida.

—Si escapas de la paliza prometida, yo te la daré si me vendes algo…, alguna cosa de esas tuyas.

—Mañana ya lo habrán olvidado —asegura Max defendiéndose—. Además, a ti te vendería todo de primera calidad, Autumn, porque eres ciertamente adorable.

Y se la quiere camelar.

Chasquea de nuevo la lengua y se gira con la intención de…

—Auuu —protesta Max—. Pero ¿qué mosca te ha picado?

—Me juego lo que sea a que Autumn quería darte otro coscorrón y, como está ayudando a preparar nuestra cena…, lo he hecho por ella —apunta Samira con desenfado y un deje de diversión en su tono.

—Gracias, ha sido un gesto muy bonito por tu parte. —La ironía en la entonación de mi vecina es palpable.

—La mía con doble de queso. O triple —sentencia.

—En esta casa nos encanta el queso, A. ¿Puedo llamarte A?

—¿Quieres perder los piños? —le responde ella.

Sonrío. De forma sincera. Y Samira se carcajea.

—Joder, sí que me cae bien esta chica. —La señala antes de abandonar la estancia para irse.

Max no parece tomarse a mal su amenaza y se limita a sacar el teléfono y abstraerse.

—Seguro que está buscando a su siguiente beneficiario —susurra Autumn a mi lado—. Tal vez tenga un rastreador en ese teléfono con posibles víctimas del engaño que no tengan músculos y carezcan de velocidad y así poder salir de esta sin meterse en otro lío.

—O bien tiene una lista de mujeres viudas con una cartera llena de billetes y dispuestas a comprar cualquier mierda a un tipo con una cara bonita —contrataco.

Me lavo las manos y saco de la nevera los condimentos fríos y de la alacena los enlatados y conservas.

—¿Estás…?, ¿me estás siguiendo la broma? —pregunta titubeante.

—No —niego con rotundidad—. Yo no bromeo —sentencio.

—Liam es un témpano de hielo —intercede Max, que está pendiente de todo y a la vez de nada.

No respondo a su comentario porque en cierto modo tiene razón. He bajado la guardia y sí, he hecho una broma o lo que puede considerarse como tal y resulta que eso no me va en absoluto.

—¿Sabes? —Mi vecina comienza a sacar el jamón y a trocearlo en tacos, a pesar de que nadie le haya explicado que tiene que hacerlo de esa manera. No pienso abrir la boca para explicarle que a Samira no le gusta de esa forma. Se acabó la tregua y el buen humor. Si es que alguna vez lo he tenido—. Creo que en el fondo sí que lo tiene, solo que prefiero reservarlo para esos que de verdad lo merezcan.

Su confesión me pilla desprevenido y casi consigue que un paquete de champiñones acabe rodeando mis botas. Bajo la vista y me concentro en el contenido, todavía aturdido por sus palabras porque… ¿Hasta qué punto puede ser eso cierto? Está claro que ya no soy el Liam que fui. No queda apenas rastro de ese chico que sonreía, que hacía bromas y que tomaba cervezas en el bar de Beth y Moses, el que jugaba al billar con sus amigos, el que planeaba reuniones familiares más allá de preparar unas *pizzas* para un círculo cerrado de tres. No, de ese Liam no queda nada y no lo echo de menos. Supongo que es el castigo que me merezco: haberme perdido tras haberlo perdido todo.

Me limpio las manos y abandono la cocina yo también. Confuso, rabioso y acojonado por sus palabras. Porque no me conoce en absoluto y, a su vez, he sentido como si lo hiciese. Me permito darme la vuelta unos segundos antes de mirarla de nuevo. Tiene la vista clavada en el cristal y a través de él me está observando. Lo percibo como si nuestras miradas hubiesen conectado sin un intermediario. Max sigue ajeno a todo, ensimismado, y agradezco que no sea consciente de la marabunta de emociones que me sacude las entrañas.

Abandono la estancia y me dirijo hacia la puerta.

—¿Liam? —me pregunta Samira cuando se cruza conmigo.

—Dame unos minutos —le pido—. Solo unos minutos —aseguro.

Para que las voces se acallen.

Para que la tormenta se vaya.

Para respirar.

CAPÍTULO 19
Echar a correr
Autumn



Liam no se presenta esa noche a la cena, a pesar de que se ha esmerado en preparar *pizza* para todos. Samira y Max intercambian miradas y sé que en ellas hay conversaciones y respuestas que yo no logro interpretar. Tampoco intento formular pregunta alguna porque hasta una bocazas como yo sabe que hay líneas que no se deben cruzar y esta es una de ellas.

Para cuando me dispongo a irme con lo que queda de mi tableta de chocolate a pasar la noche a mi coche, Samira me sujeta la muñeca y niega.

—Hasta que tu casa esté en mejores condiciones, te quedarás aquí.

Ladeo la cabeza como si pudiese ver a través de las paredes y la cabaña, la famosa cabaña, me devolviese la mirada y me sonriese con suficiencia.

Puede que las cosas tengan alma y me juego lo que sea a que la de esa casa es insensata hasta decir basta.

—¿Y él? —pregunto.

—Liam está de acuerdo —es toda la respuesta que me da.

No quería saber eso con exactitud, quería saber… ¡Bah! Nada.

Asiento.

Me da un par de indicaciones, me recuerda dónde está el baño y la habitación que ya ocupé hace casi una semana. Tras eso, me da un abrazo y sale de la casa dejando la puerta entreabierta.

—Hasta mañana, Autumn —susurra Max al pasar por mi lado—. Sueña conmigo.

Le enseño la lengua y, cuando la puerta se cierra, el silencio de la casa me aplasta como si alguien hubiese dejado caer una manta de plomo sobre mi cuerpo.

Me muevo como una autómata. Ducha, pelo, dientes, ropa y abandono el baño dejando atrás un manto de vapor que me persigue mientras cruzo el dintel. Observo las escaleras que suben hacia la planta superior y luego miro en dirección a la puerta. El hacha que le he visto usar está en la entrada, a la derecha de la misma.

—Al menos no se ha ido a cometer un asesinato —rumio.

Descarto la idea de subir hasta la que esta noche será mi habitación y me encamino hacia el sofá. También desecho la idea de subir a la suya y fisgonear, sobre todo, porque todavía me queda algo de decoro y porque esa hacha es amenaza más que suficiente.

El salón se abre paso ante mis ojos. Paseo de nuevo los dedos por todas las superficies que decoran la estancia. Todas —¡cómo no! — de madera. Suaves, cálidas y con vida a pesar de no ser más que algo inerte.

La vida de la persona que las ha moldeado hasta que se conviertan en más.

Suspiro y avanzo.

Sobre la chimenea encuentro unas gafas con una moldura de pasta negra y seria. Sonrío al imaginar a Liam con ellas puestas y un estremecimiento me sacude por dentro. Tiene que estar de lo más sexi.

—Así que… un leñador intelectual, ¿ehh?

Que alguien me explique dónde quedaron las camisas de franela de cuadros, tal vez sea uno de esos mitos que nos empeñamos en dar vida porque nos gusta la fantasía. Nadie en su sano juicio usaría esas camisas en pleno verano.

Avanzo un par de pasos más hasta llegar a unas estanterías repletas de libros. Justo frente a ellas, y a la izquierda de la ventana, hay un sillón de piel marrón que tiene pinta de estar celebrando su sexagésimo cumpleaños o quizá me quede corta.

Extraigo un libro al azar del estante y lo abro por una página cualquiera, sin prestar atención al título, a la cubierta o a la temática. Las hojas tienen ese tono amarillo que me hace pensar que comparte cumpleaños con el sillón sobre el que me dejo caer. A pesar de todo, apenas noto los muelles y es cómodo en exceso.

Paso hojas y hojas sin leer lo que encierran, las historias que cuentan, solo por el placer de hacerlo. Por el placer de mantenerme ocupada con algo.

Me levanto y saco otro y otro y otro hasta que me canso y desisto. Así que me dedico a contemplar por la ventana la noche que se abre paso ante mis ojos. No llueve, el cielo está despejado y lleno de estrellas. Tal vez si extendiese las manos podría tocar alguna. Robar alguna.

—¿Sigues despierta?

Me sobresalta su tono de voz y alzo la mirada para encontrarme con la del dueño de la casa. La única luz que baña la estancia proviene de la lámpara encendida en la cocina, por lo que desde aquí el tono de sus ojos bien podría ser negro como el carbón.

—Estaba…

—¿Saciando tu curiosidad? —completa mi frase a modo de pregunta.

Se me escapa el aire por la nariz en forma de risa mecánica.

—Matando el tiempo —concluyo solo por el placer de no darle la razón cuando ambos sabemos que es eso justamente lo que hacía—. Puedes estar tranquilo, no he rebuscado en los cajones de tu habitación. Tus oscuros secretitos siguen estando a salvo contigo —canturreo para romper la tensión sin valorar las consecuencias. Sin pensar en la actitud del hombre que está frente a mí. Si ha vuelto el chico que mantiene la barrera alzada o el que deja atisbos de que hay algo más tras esa pared de acero.

Él se limita a asentir y sé que con ese sencillo gesto ha dado por concluido el intercambio de información.

Me levanto y trastabillo. «Toc-toc», susurra mi rodilla, pero me recompongo antes de que Liam extienda la mano y… termina sujetándome por el codo. Jadeo y nada tiene que ver con el pinchazo.

Ni con la terquedad de no haberme tomado los antiinflamatorios, tal y como aseguré que haría.

—Gracias —musito apartando la vista.

De pronto, el cuerpo me arde como si llevara guardado un verano entero bajo la piel.

Sus dedos se abren de forma delicada sobre mi brazo. Y me reiría por el contraste entre lo morena que es su piel y lo pálida y blanca que es la mía. Sobre lo delicada que parezco en comparación con la rudeza que exuda todo su cuerpo.

Me reiría si no me hubiese visto atrapada por su mirada. Ni oscura ni tenebrosa. Verde. Con ese brillo que parece ser reflejo de la naturaleza que nos envuelve. Profunda e hipnótica, de esas que sabes que guardan secretos antiguos y emociones contenidas. Y de las que eres consciente de que quieres descubrir.

Aparta la mano, y yo retiro mi cuerpo. Carraspeo para romper el momento y para darme un par de golpecitos mentales sobre mantener ese tipo de pensamientos alejados de mi vecino.

De espaldas a él formulo la pregunta que me quema en la lengua. La que ha hecho que me quedase despierta aguardando su llegada. Reúno el valor al no verlo, pero siendo plenamente consciente de que me está observando. Lo percibo de nuevo. Esa picazón de su mirada sobre mi piel, ese latido que me estremece cada vez que sus ojos se pasean por mi cuerpo.

—¿Estás…? —titubeo. Coloco el libro en su hueco. No me giro—. ¿Estás bien?

Escucho su exhalación y me muerdo el labio en consecuencia. Quizá me he excedido. Quizá he sido demasiado atrevida y he ido un paso más allá. He sido imprudente. Para variar, he caminado antes de gatear.

Me enfrento a la situación porque nunca he sido de las que huyen, al menos, de las que huyen porque sí. Me giro y camino en dirección a la salida.

Un paso. Dos. Tres. Su brazo y el mío se tocan y es…, es inesperado.

Cuatro. Cinco. Seis.

—¿Y tú? ¿Estás bien tú?

Suelto el aire sin saber que lo estaba conteniendo y me doy la vuelta solo por el placer de ser la kamikaze de siempre y observarlo a mi antojo. Da igual si camino antes de gatear. Además, soy experta en bromear y destensar el ambiente, ¿no? Eso siempre se me ha dado de lujo.

«Y evitar respuestas a preguntas incómodas también».

—¿Te he contado alguna vez que fui a una clase de yoga con cabras? Por supuesto que no te lo he contado. —Hago una pausa y rememoro la escena. El escalofrío no tiene nada que ver con la temperatura de la habitación. Tampoco con los ojos gélidos de Liam, que se posan sobre mí, ni con su ceja alzada por mi cambio inesperado de tema. Ah, bueno, debo añadir que Liam me mira como si le estuviese hablando en otro idioma, cosa que, dadas las circunstancias, tampoco me sorprende—. Con cabras de verdad. Se suben encima de ti mientras haces las posturas. June me dijo que estaba chalada. —Otro alzamiento de cejas y ¿eso es un atisbo de sonrisa? Tienen que ser imaginaciones mías.

»Creí que sería una experiencia espiritual. —Me coloco las manos tras la espalda y balanceo las puntas de los pies ejerciendo presión para ponerme de puntillas y volver a bajar al suelo—. Hasta que una de las cabras decidió que mi coleta sería su cena. Me pasé media clase escapando de una cabra hambrienta con complejo de estilista. —Me río al recordarlo. O no, no tanto como pensáis.

»Lo peor es que me caí mientras intentaba llevar a cabo la postura del árbol y la maldita cabra se cayó conmigo y… ¡nos aplaudieron! La profesora me felicitó por haber conectado con la naturaleza.

Liam se guarda las manos en los bolsillos y entonces caigo en la cuenta de su indumentaria. No hay rastro de las botas, está…, está descalzo.

Leñador sexi. Es un leñador sexi.

—¿Pagaste por eso? —me pregunta.

Intenta entenderlo.

Yo sigo intentando entenderlo.

—Era una experiencia espiritual, Liam —paladeo su nombre y la forma en la que mi boca se mueve al pronunciarlo—. En la ciudad se paga por esa clase de cosas. Te sorprendería lo que cuesta que te

pongan dos rodajas de pepino en los ojos porque te desinflaman los párpados y reduce las ojeras.

—Ya —murmura y observa todo.

Busca respuestas o puede que… Solo quiera entender qué hace hablando con una chica como yo sobre cabras y pepinos. No lo culpo, que conste.

Doy un paso al frente y me gustaría tener bolsillos en este pantalón de pijama para poder esconder las manos en ellos también. De pronto me siento… fuera de lugar. Siento que invado un espacio que no es mío.

—Gracias por esto, Liam. Gracias por dejar que me quede.

Un paso. Dos. Tres.

Cuatro. Cinco. Seis.

Y abandono la habitación siendo consciente de que esta vez no me ha respondido, aunque… yo tampoco lo he hecho, ¿no?

CAPÍTULO 20
Si lo supiera, te lo diría
Autumn



Tened en cuenta algo. Un consejo de amiga a amiga si preferís colgarle una etiqueta a lo nuestro: trabajar en la reforma integral de una casa sin haber dormido es cosa mala.

Mala de cojones.

Y no es que me haya sucedido a mí en concreto… Sí me ha sucedido a mí en concreto. Me caigo por las esquinas y me duermo por los rincones y nunca he sido una de esas chicas que necesitan horas y horas de sueño reparador para no cargar con un humor de perros. Joder, que una cabra casi me come el pelo y, aun así, me aplaudieron.

—Más despacio, Jared —le pido.

No me importa reconocer que me pondría de rodillas si supiese que de esa manera el vikingo engreído que hay frente a mí va a dejar de darme órdenes sin ton ni son.

—Tesoro… —¿Cuál es la probabilidad de que le lance el metro desde el suelo, en el que por supuesto estoy tirada y jadeante, y le acierte de pleno en medio de la frente?—. ¿Quieres o no quieres dormir en esta casa lo más pronto posible?

—¿Cómo de pronto estamos hablando?, ¿hablas de esta noche o de un futuro cercano?

Chasquea la lengua, lo que solo constata lo inevitable: estoy consiguiendo que mi contratista pierda los papeles y me abandone. Es una lástima que no me pueda permitir eso.

—De un futuro cercano.

—Especifica.

—Dos o tres días, con suerte. —Estas últimas dos palabras las pronuncia en un tono más bajo.

Maldita sea la suerte porque nunca ha estado de mi parte.

—Vale —me incorporo.

—Solo tengo una mala noticia.

Si es que… se me escapa una risilla porque tirarme de los pelos solo conseguiría alejarlo de mí y ya os he dejado claros los motivos por los que no me puedo permitir que eso suceda.

—Quita la tirita, tesoro. —Tiro de sarcasmo.

—Tengo un trabajo urgente del que me tengo que ocupar y no podré venir en un par de días.

¿Un par de días? ¡¿Un par de días?! Leedlo a voz de grito neurótico, por favor.

Os lo dije: la suerte nunca está de mi parte. Si esto fuesen los Juegos del Hambre, habría muerto dentro del tubo que me lleva hasta la arena.

—¿Y si te pago el doble? —Aunque no me lo pueda permitir.

—Escucha… —Se acerca y se arrodilla, yo, en cambio, me dejo caer hacia atrás y me coloco un antebrazo sobre los ojos para no lloriquear frente a mi contratista. Puede que sea la falta de sueño, que me hace ponerme melodramática, o quizá tenga algo que ver con la frustración porque la vida solo me da cachetadas. Algún besito no estaría mal, ¿no? Una voz me susurra que al menos respiro y sí, me vale de consuelo. Insisto, soy una chica fácil de contentar—. Tres días no es tanto. Hannah seguro que tiene alguna habitación libre y, desde luego, Hunter tiene habitaciones libres —gruño de pura frustración.

—A Liam ni siquiera le caigo bien. —Suspiro.

Porque salió huyendo la otra noche. Y luego volvió. Y me tocó. Y dejó de hablar.

—A Hunter no le cae bien nadie. —No me pasa desapercibido que no es la primera vez que Jared se dirige a Liam por su apellido. ¿Será algún tipo de código de machos fornidos? Podría ser.

Un carraspeo me saca de mis ensoñaciones. Un carraspeo brusco que me eriza la piel a su paso.

Cuando me retiro el brazo de la cara, me encuentro con la mirada ceñuda de mi vecino. Lo que me faltaba.

Vale, ¿qué probabilidades existen de que haya escuchado la conversación?, ¿o solo la parte en la que explico que no le caigo bien?

—Tú, desde luego, no —apunta el recién llegado.

Lo veo del revés. Y es divertido. No sabía que podía tener un mentón tan grande. Aunque es obvio, teniendo en cuenta que su cuerpo no es precisamente menudo. Desde aquí su piel parece aún más morena que la otra noche y… no le estoy haciendo ningún tipo de repaso a su cuerpo. Tampoco a esa maldita gorra que se ha puesto hacia atrás ni a esos mechones que salen por los lados y que le dan un aire de macho alfa sexi.

Lo juro por la cabra comepelos.

Baja la vista y me mira desde arriba. Su mirada resulta tan intimidatoria como el ojo quieto de una tormenta que espera para desatarse. Lástima que no funcione del todo conmigo porque estoy hundida en la mierda. Pero ¡oye! Respiro y eso es mucho más de lo que pueden decir los que no lo hacen.

Sí, ha sido un chiste negro. *Mea culpa*.

—Autumn… —Al menos ya no soy «tesoro»—. Tres días y regreso. Cumplo con mis obligaciones y seré todo tuyo.

Me sonríe. O eso es lo que creo que hace porque su barba sigue siendo espesa y le sigue ocultando todo el rostro y eso que yo sigo tumbada y él de rodillas.

—Vale —concedo.

Me tiende la mano para que me levante y lo hago como si fuese un peso muerto.

Me duele la rodilla y me prometo que hoy sí que me tomaré ese antiinflamatorio tras haberme zampado una tableta de chocolate al completo.

Jared se sacude los pantalones y me giro para saludar a Liam.

—¿Quieres que te haga un resumen? —le pregunto ante su mirada incriminatoria.

Sí, he cometido el delito de hablar. Esta pregunta es mi bandera blanca o mi pipa de la paz.

Solo niega en repetidas ocasiones y se marcha por donde ha venido. Arrastra el hacha unos metros, luego lo alza y se lo carga al hombro sin más. Me pregunto si alguna vez se ha cortado mechones de pelo haciendo eso.

Se acerca a una pila de madera y ya sé lo que viene a continuación porque tuve horas y horas para verlo trabajar el otro día. Coloca, corta, aparta. Coloca, corta, aparta.

Ni confirmo ni desmiento que me quedo unos segundos plantada mirándolo. Más que mirándolo, comiéndomelo con los ojos. Sacudo la cabeza y vuelvo a observar mi casa.

Todo va tomando forma, al menos, una forma que ya no hace que quiera tirarme al lago y dejar que me arrastre la corriente, aunque con la suerte que tengo, chocaría contra el árbol caído y me quedaría ahí enredada para convertirme en el hazmerreír de Evermere. En cambio, el garaje sigue estando cerrado a cal y canto.

—¿Crees que podemos echarle un vistazo a eso de ahí? —Lo señalo.

Jared se mesa la barba como si le estuviese pidiendo que se coma al bebé de un gatito.

—Podemos, pero tendrá que ser otro día. —Observa su reloj de mano. ¿Cómo puede trabajar con eso? ¿Acaso no sabe que podría trabarse en alguna tabla y perder el antebrazo?—. Tengo que irme. Necesito cargar la madera que Liam me ha preparado. Tres días y vuelvo a ser tuyo.

Sonrío, aunque por dentro no esté del todo contenta por esta interrupción. No tengo que explicarle que estoy invadiendo el espacio de un hombre al que a veces le caigo bien y otras tantas no me quiere cerca. Más bien lo segundo siempre.

—Claro, tesoro —le respondo.

Lo último que escucho es la carcajada de Jared, al que parece que ya se le ha pasado ese momento de tensión para con mi persona. ¿Quién sabe? Tal vez le vengan bien tres días para que se desintoxique de mi personalidad arrolladora. Y no, no es arrolladora

en el sentido coqueto, hablo de atropellarte con mi verborrea y mi cabezonería.

—Volvemos a estar tú y yo solas. —La señalo.

Me acerco unos pasos y comienzo a recoger las herramientas que hemos dejado desperdigadas. Mis guantes, un martillo y algunas cosas que he comprado para limpiar escombros. Jared ha colocado una especie de bañera gigante en la que va vertiendo las cosas inservibles. Y, créeme, en esta casa de eso hay mucho.

Estoy por meterme dentro yo también…

Aparto la vista y la centro en él, cosa que no me cuesta en absoluto hacer. Me fascina la forma en la que se le mueven los músculos bajo esa camiseta negra que lleva hoy. Negra como su humor. Mi propia broma consigue hacerme sonreír y decido dirigirme hacia donde se encuentra Liam.

Coloca, corta, aparta. Coloca, corta, aparta.

Los pedazos de madera se amontonan a ambos lados del tronco. Está lleno de hendiduras y me planteo qué pasará con él cuando ya no quede ningún espacio que no esté astillado.

Un poco más allá, hay una pila de ellos y comienzo a recogerlos y a llenarme los brazos con ellos.

—¿Qué haces? —me interroga como si se le hubiese aparecido un fantasma.

Alzo la mirada y me quedo parada observando sus mejillas sonrosadas, el sudor que le baña la frente y lo bien que le sienta esa maldita gorra que lleva puesta del revés.

—Recoger madera y colocarla. Llámame intrépida porque estoy segura de que es bastante obvio, ¿no?

—¿Quién te ha pedido ayuda?

Se pasa la mano por la frente y tras eso la limpia en los vaqueros. Vaqueros que, por cierto, también le sientan de muerte.

Muevo los hombros mientras me agacho y sigo llevando a cabo mi tarea. No está tan mal, al menos, estoy ocupada haciendo algo. Algo que no sea lamentarme por todo lo que me ha pasado en estos últimos meses. Por el futuro incierto que me espera.

—No hace falta que pidas ayuda, Liam.

—Puedo hacerlo solo —concluye.

Su tono es duro e inflexible. Pretende acojonarme y está a nada y menos de conseguirlo. Lástima que tenga un día de perros y que mi falta de sueño vaya a la carrera con mi falta de cordura.

—Sé que puedes, Liam, pero quiero ayudarte —sentencio y le regalo una sonrisa enorme por el simple hecho de fastidiarlo.

Seguro que es de esos a los que le reconcome el buen humor ajeno. Y de eso tengo bastante.

Gruñe en respuesta y me empiezo a acostumbrar a que esa sea su forma de contestar. De hecho, estoy empezando a indagar sobre los tipos de gruñido. Algunos son más toscos y ásperos, otros son como un murmuro bajo y gutural y la mayoría son cortos, rápidos y como si enmascarasen un insulto. En breve podré daros una disertación sobre asociar cada farfullo a un estado anímico.

Tal vez se pueda gruñir mientras te llamen mierdecilla. Quién soy yo para negar la riqueza de los bufidos.

Lo que es tener mucho tiempo libre, ¿ehhh?

—¿Cuántos años tienes? —le pregunto mientras recojo madera. Una pregunta aleatoria e intencionada, claro.

Liam no responde. Se limita a colocar, cortar y apartar. Ni siquiera me dedica una mirada airada, es como si volviese a ser invisible para él.

—Vale. —Me adelanto porque odio los silencios largos—. Yo tengo treinta y tres y ni una sola broma con ese número. —Para tu información, lo de la edad de Cristo está pasado de moda.

Suelto una risilla nasal al pensar en que le acabo de pedir a la persona menos bromista de la faz de la tierra que no emita chiste alguno. Sí, se me están dando de lujo las interacciones sociales.

Sin previo aviso, Liam suelta el hacha y la deja caer al suelo. Se da la vuelta y escucho el portazo retumbar tras de sí. Los árboles han notado el cambio en él y hasta los animales salvajes se han escondido en sus madrigueras.

Yo me limito a recoger la madera y a taparla con un plástico que he encontrado en un lateral doblado de forma perfecta. Cuando lo he cubierto me sacudo las manos y me las termino de limpiar en los pantalones. Clavo la mirada en la ventana delantera de su casa y me parece observar cómo la cortina blanca se mueve.

Llego a una conclusión que me asusta… No sé qué le sucede, pero estoy dispuesta a averiguarlo.

CAPÍTULO 21
El problema de no entenderme ni yo
Liam



¿Crees que puede ser normal sentir ganas de entablar conversación con una persona y que, en vez de eso, huyas para no hacerlo?

Pues es exactamente lo que me ha sucedido esta tarde.

Hace mucho tiempo…, mucho tiempo que nadie que no sea Samira y, en ocasiones, Max piensa en mí. Quiero decir, es una chorrada, un gesto sin importancia, algo que es probable que para los demás pase desapercibido, pero no para mí. ¿A dónde hemos llegado? Que alguien recoja madera y la apile en una montaña es una soberana estupidez, y ya me veis, aquí estoy, intentando restarle importancia a algo que hizo que la tierra bajo mis pies se estremeciera como si un terremoto pudiera ignorarse por parecer educado.

¿Se puede caer más bajo todavía?

Así que, sí, salí huyendo, con la rabia carcomiéndome las entrañas porque tenía ganas de quedarme allí con ella, porque quería saber por qué hace tres noches me esperó despierta en el salón de mi casa, por qué recoge leña para un desconocido que no la trata bien y, peor aún, por qué piensa que me cae mal.

Aunque teniendo en cuenta mi mierda de actitud… esto último tiene justificación.

Samira ya me hizo hace días un comentario sobre ese asunto, sobre lo reacia que estaba la noche de la tormenta a venir a casa y, siendo honesto, me importaba un cojón y parte del otro lo que ella

pensase. Lo que no entiendo y lo que ni siquiera sé si quiero averiguar es el motivo por el que hoy sí que me han dolido sus palabras. Y a ella ha tenido que dolerle mi respuesta.

¿Qué es lo que ha cambiado?

Y, tras eso, me limité a observarla agazapado tras la cortina del salón. Deleitándome en la forma en la que apilaba la madera, a pesar de mi huida, en cómo sus dedos recorrían el plástico que la protege contra las lluvias otoñales y en cómo sonreía mientras lo hacía. Y no solo con los ojos, sonreía con todo su cuerpo. ¿Acaso eso es posible? Sí, sí que lo es. Ella es la muestra de ello.

Me paso la mano por la cara mientras sigo analizando sus gestos, cómo actúa, cómo se relaciona, lo que muestra. Y, sobre todo, intentando averiguar lo que esconde.

Hace dos semanas que hace esto. Se acerca a la orilla del lago, no lo toca, no se adentra en él. Solo se limita a mirarlo, a extender los brazos y a hacer unos movimientos que parezca que tenga ensayados. Fluyen de ella sin más.

Estira brazos, piernas, hombros, el cuello… No hay una sola parte de su cuerpo que no reciba atenciones. Y no hay una sola parte de su cuerpo que yo no recorra con la mirada.

Y, durante estas semanas, siempre siento la misma reacción: me odio por observarla, me repito que no lo haré más, que no está bien y al día siguiente busco cualquier nueva excusa para hacerlo una vez más.

Loza que colocar, cena que preparar, cristales que limpiar y hasta me he planteado tocarle a Hannah para saber cómo se encuentra en estos últimos meses de embarazo solo por poder deleitarme de sus movimientos y de la cercanía de los mismos.

«¿Será igual de sensual en la cama?».

Emito un sonido de frustración y me prometo que no lo volveré a hacer. Este será el último segundo de debilidad que me permita y no habrá más de esos. Porque esa chica no me interesa lo más mínimo. Porque a ella es imposible que le interese un imbécil como yo.

Escucho la puerta de casa sonar y de nuevo siento ese doble rasero haciendo acto de presencia. Esa parte que me susurra que ya

era hora de que retirase mi sucia mirada de ella contra la otra parte que quiere gritar al que osa interrumpirme las vistas.

Con renuencia, me dirijo hacia la entrada, abriendo de mala gana.

La sonrisa perenne de Hannah hace que me sienta mal de inmediato porque podría gritarle a cualquier persona, menos a ella. Tampoco a Samira. A Max, a él seguro que sí.

Todavía recuerdo los coscorrones, joder, ¿cuánto hacía que no sonreía así? Aunque fuese sin ser visto. Aunque utilizase las sombras de la cocina para agazaparme tras ellas.

—Hola, Liam, ¿estás ocupado? —me pregunta al otro lado.

Lleva a Andy apoyado en la cadera y, desde que me ve, extiende las manos hacia mí para que lo coja.

—Ey, campeón, ¿cómo va eso?

Trago el nudo que se me forma en la garganta al pensar en la vida que podía haber tenido si no se hubiese ido todo a la mierda.

El calor me sube por el cuerpo y cierro los ojos unos segundos.

Los dedos regordetes de Andy se pasean por mi barba incipiente.

—Siempre le ha gustado tu barba —me suelta Hannah ajena a la marabunta de pensamientos y de caos que me sacude por dentro.

—Y mis gafas —suelto cuando deja la huella de sus dedos en el cristal derecho—. ¿Todo bien?

Bajo la vista hacia su barriga. Le he dicho en cientos de ocasiones que, cuando tenga un problema, acuda a mí. Neal es un buen tipo y es querido en el pueblo, pero Hannah… Todavía recuerdo cómo bromeábamos antes de casarse sobre la suerte que había tenido de cruzarse con ella.

«Amores como este solo se encuentran una vez en la vida». En aquel momento no supe valorar la suerte que tenía.

—Ehh, sí, todo bien, es solo que…

—¿Qué? ¿Quieres pasar? —Me hago a un lado. Hannah niega en un par de ocasiones.

—Se me ha fundido una bombilla… —Señala su prominente vientre—. Y yo soy incapaz de subirme a una escalera. Sabes que odio las alturas y no quiero que Cole lo haga, porque se ha ofrecido.

—¿Sin saber? —inquiero mordiéndole los deditos a Andy, que se carcajea ante mi gesto.

Vuelvo a mordisqueárselos porque me encanta ese niño. Los hijos de Hannah y Neal son un rayo de sol en una semana de niebla continua.

—Ya sabes cómo es de protector.

Salgo al exterior, sin molestarme siquiera en cerrar la puerta, y camino al lado de Hannah en dirección a su casa. Intento no pensar en la chica que sigue en el lago, en por qué cada día hace lo mismo o qué la ha traído a este pueblo.

Todo eso cae en saco roto cuando la escucho reír a carcajadas y también noto las risas de Michelle, que corretea a su alrededor dando saltos, intentando imitar a… ¿un potrillo recién nacido?

—Estoy preocupada —me cuenta Hannah, consiguiendo que mis pensamientos se centren en ella.

—¿Qué sucede? —Hannah se toca el vientre, se lo masajea—. Otro futbolista, ¿ehh?

—Es eso o un caballo desbocado —gruñe y me hace gracia que alguien que no sea yo emita esa clase de sonidos.

—Cuéntame —le pido con dulzura.

—Es todo, Liam. —Exhala con fuerza y estamos a nada de llegar a su casa. Pasamos por delante de la vivienda a medio derruir de Autumn y me fijo en que el tejado está casi acabado. Jared está haciendo un buen trabajo—. Estoy obligando a Cole a crecer antes de lo que debería. Ha adoptado un rol que no le corresponde a un niño de diez años. Por otra parte, está Finn. Tiene problemas en el colegio. No es capaz de concentrarse, tampoco de mantenerse sentado, no atiende órdenes simples y a veces actúa por impulsos. No le va bien en clase y recibe constantes burlas de sus compañeros por eso. Siento que cada vez se aísla más de todo. Hasta de nosotros —expone sin andarse con rodeos, cosa que agradezco.

Chasqueo la lengua.

—¿Y? ¿Qué hay de malo en eso? —pregunto yendo un paso más allá—. Es un niño, Hannah, solo eso. —Me siento más Finn que nunca porque yo también me he aislado de todos y de todo.

Lo señala. Está escondido detrás del árbol, observando lo que Michelle hace con Autumn, sus movimientos, explicaciones y correcciones de postura. Y me siento un poco como él hasta hace

nada, observando a hurtadillas tras la cortina, escondiéndome tras un trozo de tela.

Si no fuese porque tengo a Andy en brazos, me estaría dando de hostias contra ese mismo árbol en el que se refugia Finn.

—¿Y si no es solo eso? —Lo observa desde la distancia unos segundos de más—. ¿Y si le sucede algo y no estoy haciendo todo lo que está en mi mano por ayudarlo?

Siento su temor, percibo el miedo en su voz y me aterroriza que se sienta de esa forma porque no hay una madre mejor que ella.

Poso la mano libre sobre su hombro. Andy sigue manchando mis gafas, ahora con saliva, Hannah sonríe sin más.

—Lo estás haciendo bien. Lo estás haciendo tan bien como puedes y, si pasa algo, buscaremos una solución juntos, ¿me escuchas?

Ella no me mira, su mirada se pierde en el horizonte y, cuando la sigo, me encuentro con el ceño fruncido de Autumn.

Da un paso hacia adelante y uno más y más y me recuerda a la otra noche, cuando le pregunté cómo estaba y me contó una historia para no responder a mi pregunta y, aun así, la dejé irse sin responder.

Inspiro.

Se acerca con paso firme y sin dudar y me fascina la tozudez que emana de ella.

La siento cada vez más cerca. Lo sé, porque, cuando lo está, todo a mi alrededor se electrifica.

—¿Qué pasa? —pregunta cuando se sitúa a nuestro lado.

No me molesto en mirarla a pesar de que nada me apetece más que eso. No hay una cortina tras la que escudarme, me centro en Hannah y en su postura.

Posa una mano sobre la mía y me la aprieta dándome las gracias de forma silenciosa.

Andy comienza a mover los brazos cuando ve a Autumn, y ella los extiende para cogerlo sin dudar. Para robármelo de las manos.

—Eres un traidor, colega —murmuro entregándoselo.

Y ella se limita a reír, hasta que esa risa se le corta cuando nuestras miradas se cruzan.

Me cuelo en la casa de Hannah con la firme convicción de que esa chica me va a robar muchas cosas. Muchas muchas cosas.

CAPÍTULO 22
Como la que más
Autumn



Tengo varios mensajes de June sin responder y me prometo que, en cuanto me centre, seré una buena amiga. Y esto lo cumpliré de veras. Mi caja de antiinflamatorios me mira de soslayo cuando abandono la habitación en la que he pasado la noche. Otra noche más.

Cené con Hannah y los niños y regresé antes de que comenzase a caer el diluvio universal. Cosa a la que empiezo a acostumbrarme.

Bajo las escaleras con cuidado. Por las mañanas es cuando más se intensifica el dolor de rodilla, tras una noche de descanso, mi cuerpo parece haberse acostumbrado a las comodidades de un colchón mullido y del calor de unas sábanas que huelen a petricor, para comenzar a protestar en cuanto abandono todas esas comodidades del primer mundo.

A ver cómo me enfrento al día de hoy sin Jared, porque lo que tengo claro es que no pienso quedarme de brazos cruzados.

Me encuentro a Liam de espaldas cuando entro en la cocina. He estado a nada y menos de escabullirme como hice hace casi dos semanas, como hice la primera noche en la que dormí aquí, sin embargo, huir es de cobardes y no seré yo la que vuelva a hacerlo.

—¡Buenos días! —saludo captando su atención.

La rigidez de su postura me indica que ya sabía que había entrado en la habitación. ¿Este hombre tiene superpoderes o qué?

Se gira despacio. Muy muy despacio o al menos, así es como lo visualizo yo.

Lleva una camiseta gris monocolor, cosa que no me resulta sorprendente. Apuesto a que si rebuscase en su habitación, cosa que no haré porque violar la intimidad es mucho hasta para mí, solo me encontraría con ropa oscura. Me juego lo que sea a que ordena las prendas por tonalidad, tela y época del año, mientras que yo… En fin, dad gracias porque la mantengo limpia.

—Buenos días —susurra. Casi me cuesta escucharlo.

Alzo la mirada y maldita sea la hora en la que lo hago.

El leñador sexi, con esas gafas de pasta que le sientan de lujo, me observa sin entender por qué me he puesto tensa de inmediato.

Y digo yo, ¿no era posible que me tocase un vecino feo y desdentado? No, claro, era mejor tener que apreciar las vistas. Y no hablo del paisaje precisamente.

—Llevas gafas —susurro lo obvio.

¡Muy bien, Autumn! Entre esta pregunta, y la de si es leñador, estás que lo bordas, chica. En mi defensa diré que ayer vi que las tenía puestas, pero estaba tan tensa y nerviosa al ver a Hannah con la cara descompuesta mientras hablaba con Liam sin saber si sucedía algo que no pude recrearme. Cosa que enmiendo en este instante, claro.

—Muy bien. Estoy casi seguro de que tú no las necesitas.

Abro la boca y…

—¿Estás haciendo una broma? —pregunto de nuevo.

Sé que no hace mucho que le formulé esa misma pregunta en este mismo espacio. Permitidme que me quede perpleja porque, en fin, el leñador sexi tiene doble personalidad o algo.

—No —responde tajante—. Ya te expliqué que yo no bromeo.

Se gira de nuevo y saca una taza de color rosa de lo alto del mueble. Rosa. Esa tonalidad no entra dentro de la gama monocolor que pensaba que usaría él.

Todavía en el sitio, todavía sin entender nada, la rellena y me la tiende.

—Solo —susurra.

Parpadeo atónita.

—¿Cómo…? ¿Cómo lo sabes?

¿Cómo sabe que me gusta el café solo? El primero de la mañana, porque cierto es que no le hago ascos a un espumoso con crema de leche. Eso sería de loca de manual.

No responde a mi pregunta y me doy cuenta de que Liam y yo hemos entrado en esa dinámica. Sobre todo, él. Le pregunto algo y sale huyendo sin más. Luego bromea o eso parece y, en fin, hasta resulta tierno en otras ocasiones. Tierno con los que quiere. Cosa que me recuerda que yo no formo parte de esa lista y sí, la punzada que siento en el centro del pecho me reconcome unos segundos. Lo importante no es la cantidad, sino la calidad, me recuerdo.

Abandona la cocina tras haber dejado su taza en el fregadero y se dirige al exterior. Lo observo por la ventana sin remordimiento alguno. Las piernas fuertes y torneadas bajo esos pantalones vaqueros desgastados, la camiseta ajustada que se ciñe a la perfección a sus músculos, los antebrazos fuertes, expuestos, bronceados y me pregunto cuántas horas deberá pasar bajo el sol para tener ese tono de piel tan bonito. El pelo revuelto que se mueve a sus anchas cuando el viento lo mece sin más y las pisadas enérgicas y seguras mientras cruza su jardín para ir en dirección al… Espera. ¡Espera!

Dejo la taza sobre la encimera de la cocina sin apenas haberle dado un sorbo. Corro descalza sin ser consciente de que la gravilla…, la gravilla nunca es buena aliada. La rodilla me da un leve pinchazo y me llevo la mano hacia ella de inmediato.

No he llegado a adentrarme en mi casa cuando grito.

—¿Qué crees que estás haciendo?

Liam ha decidido que ignorarme es una buena forma de responder. Pongo los ojos en blanco, ¿a quién pretende sorprender?

—¿Me estás escuchando? —Tanteo de nuevo.

Doy otro paso y me pincho con otra piedra. Las sacudo por inercia a sabiendas de que, una vez apoye la planta en el suelo, volverá a llenarse de ellas.

—Yo diría que es obvio, ¿no? —responde sin girarse—. Tal vez sí que necesites esas gafas.

Me cruzo de brazos.

—¿Es esta otra de tus bromitas?

Se gira y ya no hay rastro de la montura sexi, pero ¿sabéis lo que sí que hay? La maldita gorra girada hacia atrás. Esa gorra podría activar mi reloj biológico y parece que grita a lo lejos. «¡Socorro! Necesitas bebecitos de ese hombre». Me maldigo por el giro de mis pensamientos y la indecencia de los mismos.

No necesito nada de eso.

—Yo no hago bromitas —refunfuña y su mirada verde, tan verde como los árboles que se visualizan desde aquí, impacta contra mí como un rayo que atraviesa el cielo sereno, hermoso y aterrador a la vez.

Es profunda y visceral y me encantaría poder analizar cada pequeño detalle. Las motas de sus iris, el negro de su pupila y sus pestañas, espesas y densas, que construyen una celda suave, donde uno entra voluntariamente y se olvida de cómo salir.

—Pues esta parece una de ellas.

Refunfuña algo por lo bajo mientras extiende ante sí de forma meticulosa las herramientas que coloqué ayer. Colocar es un eufemismo para explicaros que las lancé sin más porque estaba frustrada por el abandono de Jared y porque, en fin, lo mío no es precisamente el orden. Tampoco las normas. Mucho menos achantarme ante la actitud de un hombre que quiere infundirme miedo sin saber que lo que consigue es que me tiemblen las piernas y me palpite otra parte del cuerpo. Y os garantizo que no queréis saber de qué parte os hablo. June se va a reír en mi cara cuando sepa todo esto. Os lo juro.

—Autumn… —Abro los ojos, presa de la sorpresa, ¿es la primera vez que me llama por mi nombre? Aunque el tono suena exasperado, sin embargo, ¿qué más da? Es mi nombre. En sus labios. Fin—. Jared no va a poder venir en tres días, yo tengo algo de tiempo libre. Eso es todo.

Eso no es todo…

Todavía con los brazos cruzados, lo examino. Y no, no lo hago de forma deshonesta. Aunque podría. Busco algún resquicio que me indique que esto es una encerrona y que tiene trampa, hasta que caigo en la cuenta de algo de lo más relevante: lo hace por él, no por mí.

Lo hace porque quiere que la desconocida e irritante de su vecina deje de dormir en su casa porque le caigo mal. Una carga. Eso es. Eso soy.

Suspiro al haber llegado a la terrible conclusión de que supongo una molestia para él y ha decidido encargarse de mi casa solo para poder ponerle solución.

Asiento sin más y bajo la vista hasta mis pies.

Ni siquiera sé por qué eso me hace sentir tan mal. Pero lo hace.

Me dirijo hacia su casa, tragándome el orgullo y el pequeño dolor que siento. Me gustaría encajar, me gustaría formar parte de esto. Necesitaba esto sin más.

Inspiro y me cuelo dentro, subo las escaleras y me pongo ropa cómoda, dispuesta a hacerle caso a Liam en todas y cada una de las órdenes que me dé.

Cuando paso por delante de la cocina, veo la taza de café sobre la encimera. Una taza que interpreté como un gesto de acercamiento. Su bandera de la paz.

Sin entender que no puedes ni debes intentar ser alguien que no eres porque los demás lo quieran, solo tienes que sentirte bien contigo misma. Y, mientras camino en dirección a mi casa y escucho los martilleos de Liam contra la madera, sonrío, porque si algo he aprendido con los años es que soy quien quiero ser y nunca la versión que los demás quieran de mí.

CAPÍTULO 23
Electrificando el ambiente
Liam



Percibo el cambio en su actitud antes siquiera de que avance en dirección a mi casa. Cabeza gacha, mirada turbia, pose de derrota, y esa Autumn que hay ahora frente a mí no es la misma que esta mañana me dio los buenos días con alegría y desparpajo.

Y me jode saber que he sido yo el que ha provocado ese cambio de humor en ella.

La observo sin perderla de vista mientras entra de nuevo en casa y me llevo la mano a la cara.

—Joder, Liam, es que no sabes una mierda de nada.

Cuando llega de nuevo, hace todo lo posible por mantener las distancias, no saca temas de conversación ridículos y tampoco me formula preguntas personales.

Abro la boca en un par de ocasiones con la intención de entablar una conversación que haga que todo vuelva a ser como esta mañana, cuando sonreía, cuando mostraba una actitud distendida y cuando no me sentía como la mierda que se encuentra en mis botas tras un paseo por la montaña.

Mi don de gentes se ha visto afectado con el paso del tiempo. Podría contaros alguna mentira sobre que antes era el alma de la fiesta y que, con los años y los reveses de la vida, la cosa se agrió. Os estaría mintiendo. Nunca he sido un tipo burlón, siempre he sido reservado y mi sentido del humor ha estado más bien caracterizado por esas bromas de doble rasero que tienes que saber interpretar.

Arianna me aseguraba que mi humor era para inteligentes y que por eso a ella le hacía tanta gracia. Yo, en cambio, creo que lo que realmente soy es patético.

La observo alejarse por la orilla de la casa, se planta frente a la puerta del garaje y lo señala con el dedo de nuevo.

Dejo de martillear solo por el placer de escuchar la perorata que le va a soltar en esta ocasión. Y me doy cuenta de que me fijo en muchas cosas de ella. En demasiadas.

Aparto la mirada dejando que el peso de la culpa se asiente en mi estómago como si hubiera tragado un puñado de cenizas que se niegan a disolverse y me planteo salir corriendo una vez más. Ya veis, lo que me falta de sentido del humor me sobra de cobardía.

—Así que, pórtate bien y no me des más disgustos. Deberías, no sé, estar espléndido para compensar el desastre que es tu otra mitad. —Y señala hacia donde me encuentro. La comisura del labio se me alza de inmediato.

Llevamos muchas horas trabajando bajo el sol y la piel de Autumn comienza a ponerse roja por la falta de costumbre. Alguien debería explicarle que el otoño en Evermere es así: mañanas primaverales y noches invernales. Un clima contradictorio, como lo soy yo.

Extiende la mano y la pasea por la madera hasta que llega a la manecilla de la puerta.

La escuché. Escuché cómo le decía a Jared que si podían echarle un vistazo y él le respondía que sí, solo que tendría que esperar. La cara de Autumn fue como un libro abierto. Siempre lo es, no me cuesta nada leer sus emociones, aunque sí entender sus secretos. No la culpo, todos cargamos mochilas invisibles a nuestras espaldas. Algunas más grandes, algunas más ligeras y otras que te queman cada vez que te rozan la piel. Y en ese instante decidí que sí, que tenía mucho mucho trabajo pendiente, pero que no sucedería nada si le echaba una mano solo por verla sonreír de nuevo con los avances de esta casa.

Me gustaría preguntarle por qué tanto empeño en ella, por qué se aferra a una estructura vieja y se gasta sus ahorros en ponerla a punto. Y luego me percato de que no soy nadie para formular ese

tipo de preguntas y que ni siquiera me merezco que me facilite esas respuestas.

Porque soy un imbécil y no he dejado de comportarme con ella de esa forma sin merecerlo.

Me quito la gorra y bajo del tejado tras comprobar que lo he dejado justo como me gusta. Paso la mano por la madera y me deleito con la suavidad de la misma.

Ya veis. No es más que un trozo de madera, pensarás, sin embargo…, ¿has imaginado la vida que tuvo antes de formar parte de la tuya?

Me pregunto cómo habrá sido la de ella. Despego la mirada una vez más y no la encuentro por fuera del garaje. Salgo al exterior, me quito la gorra y me limpio el sudor con el dorso de la mano. Inspiro profundamente y me encamino hacia allí. No sé si quiero saber cómo tiene que estar eso ahí dentro.

Algo choca contra mi pecho. No. Algo no. Alguien.

Autumn me aparta de un manotazo mientras mueve la cabeza de un lado al otro de forma frenética, su melena rubia se convierte en una cortina de pelo que danza sin cesar y me percato de que estoy tan estupefacto que sus gritos me habían pasado inadvertidos.

—¿Qué cojones? —Lanzo la pregunta al aire, sin entender qué es lo que sucede.

Ella mueve las manos. Tiene las mejillas encendidas y su pecho sobre esa camiseta que se amolda tan bien a su figura… y de lo que no pienso hablar con vosotras porque ya tenéis un concepto bastante pésimo sobre mí como para sumar un adjetivo negativo más a la enorme lista de adjetivos negativos que seguro que me he ganado y me merezco. El caso es que Autumn mueve las manos y da pequeños saltos en el mismo sitio.

—No. No. No. No. No. —Me ha quedado clara su negativa. ¿Hacia qué? Eso no lo sé.

—¿Qué pasa, Autumn? —Me acerco a ella y apenas nos separan un par de centímetros. Ni siquiera evalúo las consecuencias de mis actos. ¿Para qué? Tampoco el por qué me late el corazón tan acelerado—. ¿Estás bien? —Paso las manos por sus brazos

intentando encontrar algo. Lo que sea. Trago con fuerza. No veo sangre. Respiro aliviado por eso.

—No, no estoy bien. —Jadea y pasa de dar saltos en el mismo sitio a pasarse las manos por el pelo. Rubio. Lacio. Las malditas ganas que tengo de enredar los dedos entre esos mechones y tirar de él para… ¡No! No. No. No. No—. La suerte no está de mi parte —rumia para sí misma—. Tenía que estar bien, ¿entiendes? ¡Bien! —Y caigo en la cuenta de que se refiere al discurso alentador que se dio antes de entrar. Alentador y utópico.

Sí, ya vuelvo a ser un capullo.

Aparta la mirada de sus manos y entonces las clava en las mías, que siguen rodeándole los brazos. Cuando soy consciente de ello, me alejo como si sus brazos fueran de cristal y yo los hubiera estado a punto de romper.

—Tranquila —expongo.

—Claro, Liam, ¡qué bien! —No sé por qué, pero percibo ironía en su tono y eso me hace sonreír—. Es justo lo que necesitaba. ¡Ya está! —exclama—. Con esas palabras has hecho magia y estoy serena, ¿ves? —Extiende las manos frente a mí y le tiemblan. Carraspeo intentando esconder la sonrisilla—. No puede ser…

—¿El qué no puede ser?

Ella niega de nuevo.

—No puede ser que te estés riendo, Liam.

Me da un golpe en el pecho para apartarme. «Son los nervios», me repito, está demasiado alterada para haberse dado cuenta siquiera de lo que está haciendo o de cómo se está acercando cada vez más.

—No me estoy riendo. —Sí, sí que lo hago y… es liberador, joder.

—Ya, claro. No sé… ¿Me he perdido algo? No lo entiendo. No te entiendo —especifica.

Y quizá sería un buen momento para explicarle que yo tampoco consigo poner mis ideas en claro. Que no debo hacerlo y que hay algo que tira de mí. De mí hacia ella. Intento no odiarme al pensar en esto. Me concentro, más tarde me arrepentiré de todo.

—¿Qué sucede? —pregunto desviando el tema. Si ella puede hacerlo con soltura, yo también soy capaz.

—No te rías. —Alzo una ceja—. Vale, como si eso fuese posible. —Se golpea la frente, le sujeto la mano y la sostengo sobre la mía. Más tarde, ya me arrepentiré más tarde—. Ahí dentro hay algo.

Suelto el aire por la nariz.

—Pecosa —murmuro clavando la vista en ella. De esto también me arrepentiré luego—. Ahí dentro debe de haber muchas cosas.

Ella boquea, no sé qué es lo que quiere decir, pero sí que entiendo que en última instancia cambia de idea.

Niega con efusividad.

Al menos no añade nada sobre mi recién descubierto apelativo.

—Cosas vivas —esclarece para que lo entienda y se estremece entre mis brazos.

Aparto la mirada de su cara, de sus ojos y, por último, de sus pecas y me doy la vuelta para ojear el garaje.

—Haremos esto. —Asiente mucho y muy rápido—. No te he explicado el qué.

—Me da igual el qué. —Asiente de nuevo.

—Haremos esto —repito y contengo la sonrisa. ¿Qué coño me pasa?—. Entraré a ver qué es lo que hay ahí dentro y, cuando salga, nos reiremos de este momento y de tu ataque de pánico.

Chasquea la lengua frente a mí.

—¿Nos reiremos? ¿Es otra de tus bromitas?

Contengo la sonrisa y niego. Joder, qué bien me lo estoy pasando.

—Espera aquí —le pido.

Avanzo y la escucho caminar a mi lado. Me giro y la escruto unos segundos. Quiero intimidarla para que me haga caso, ella rueda los ojos y…, ¿cuántas pecas tiene?

—¿No me has escuchado, pecosa? —le pregunto usando mi tono de «haz caso y punto».

—Por supuesto. —Baja la vista y sonríe—. No me has soltado la mano, Liam, ¿es que tú también tienes miedo de entrar solo?

Provocación. Es eso. Una maldita provocación y… frunzo los labios porque me gusta más de lo que debería y esto es una jodida tortura.

Suelto su mano de inmediato y camino con paso firme. Entro en el garaje y aguardo unos segundos a que mis ojos se acostumbren a la oscuridad del espacio. Me adentro poco a poco y no escucho nada.

—¿Liam? ¿Sigues vivo? ¿Tengo que llamar a alguien?, ¿a un vecino amable, por ejemplo? —No creáis, no penséis, que no he notado el retintín con el que ha soltado lo de «vecino amable». Soy imbécil, pero todavía las pillo.

Gruño a modo de respuesta y escucho su risilla al otro lado.

—Ya veo —apunta con desenfado.

Ha regresado su buen humor y, si meterme en un garaje lleno de humedad y telas de araña es la forma de redimirme por ser tan capullo como he sido con ella, lo haría hoy y mañana.

Me adentro un poco más y aparto un par de cajas vacías. A lo lejos también hay una pila de herramientas de jardín y cubos. Más cajas. Y más cosas inservibles de las que ocuparse. Y entonces algo capta mi atención. Se mueve con rapidez y maldita sea la oscuridad.

—¿Ya estás cagado de miedo? —insiste ella al otro lado—. Solo pedí que no hubiese mosquitos. Ni ratas. Ni animales salvajes. ¿Y qué sucede?

Escucho al otro lado. Un nuevo movimiento capta mi atención y hacia allí me dirijo.

Me percato de que hay un hueco por el que entra algo de luz en una de las esquinas del garaje y entonces entiendo que es posible que algo vivo se haya colado en su cobertizo de veras.

Cuando estoy a menos de un metro del hueco me cruzo con los ojos negros de un mapache. Está evaluándome de la misma forma en la que lo hago yo. Unos segundos en los que ni él ni yo nos movemos. Hasta que doy el primer paso y entonces se escabulle por el hueco y lo pierdo de vista.

Salgo, sacudiendo las manos y me choco de nuevo contra Autumn, que parece haber estado esperando para llamar a los bomberos.

—¿Y bien? —Ladea la cabeza y observa el interior.

Mueve el cuello hacia la derecha y hacia la izquierda en repetidas ocasiones, buscando restos de lo que sea.

—Tengo un veredicto —guarda silencio—. Tienes una mascota.

Chasquea la lengua y se coloca las manos en las caderas.

—Muy gracioso, Liam.

¿Por qué me gusta tanto que pronuncie mi nombre? Pocos en el pueblo me llaman así, casi todos usan mi apellido, salvo Hannah, Max y Samira. Y ahora ella.

Sacudo la cabeza.

—Era un mapache. —Señalo hacia el interior—. Hay un hueco en una esquina y supongo que se resguarda en tu garaje del frío de las noches.

—Nada de mosquitos, nada de ratas ni animales salvajes —repite para sí misma llevándose las manos a las sienes y masajeándolas.

—Son inofensivos.

—Claro… Díselo a los hipopótamos, que resultan tan monos, y… ¡Zas! —sentencia ella llena de convicción.

Me acerco un poco más, y Autumn abre los ojos de nuevo.

—¿Haces yoga con una cabra peluquera, pero le tienes miedo a un mapache?

CAPÍTULO 24
Dejemos las cosas *inclaras*
Autumn



—Estoy del todo desconcertada —pronuncio dándole voz a mis pensamientos. Y te garantizo que de esos tengo y muchos.

«Pecosa».

—¿Con qué exactamente? —pregunta June al otro lado de la línea.

Esta vez lo he hecho bien porque ella está zampándose un paquete de patatas fritas con sabor a vinagre —como su humor—, y yo me he pillado un par de chocolatinas, barritas de cereales azucaradas, galletas y unos cruasanes de chocolate que…, en fin, que vivan los carbohidratos, ¡chúpate esa apocalipsis *fitness*!

Dad gracias a que no he empezado con el vino.

Aún.

—Con Liam.

—Así que Tom Hardy te tiene cachondona, ¿ehh? —bromea ella.

Si supiese que no va muy desencaminada…

—No es eso. —Al menos, no solo eso—. Es que no lo entiendo —concluyo sin más.

—Vale. Me falta información y contexto.

Se mete un puñado de patatas en la boca y la escucho masticar. Estoy segura de que se le escapan trozos por la comisura de los labios.

—A veces creo que le caigo fatal. Otras parece que me tolera. Y en alguna ocasión puntual hasta da la sensación de que esté pendiente de mí. Creo… —susurro.

No me va a escuchar nadie porque me he encerrado en mi coche para poder tener intimidad suficiente para mantener esta conversación, sin embargo, mujer precavida vale por dos. Y, ya que no tengo un plan para mi vida en general, no está de más tenerlo para conversaciones sobre leñadores cachas y sexis en particular.

—¿Crees…?

—Como si se fijase en mí —finalizo.

Imaginaciones mías. Debe de ser eso. Seguro que es eso.

«Pecosa».

—¿Quieres enrollarte con él? —me pregunta ella yendo directa al tema que le interesa.

—¿Qué? ¡No!

¿Cuántas veces he dicho «no» hoy?

—Me lo imaginaba.

—¿El qué?

—¿Que te lo quieres tirar? A ver, que no he visto ninguna foto, pero si has asegurado que es superior a Tom Hardy, cielo, hasta yo me lo tiraría sin conocerlo.

Seguro que sí.

—June, céntrate, no estamos hablando de sexo. Estamos hablando de lo raro que es todo. «Oh, Autumn, aléjate. Oh, Autumn, te hago café». «Oh, Autumn, no me hables. Oh, Autumn, te ayudo en tu casa». «Oh, Autumn, no te lo creas, lo hago porque quiero que te largues de la mía cuanto antes». «Oh, Autumn, te sujeto la mano y me preocupo por ti de forma franca y natural» —canturreo poniendo distintas vocecillas para darle más énfasis a mi narración.

—Joder, qué bien lo haces, podrías dedicarte al teatro. No como otras… —Suspiro con fuerza y, antes de que saque ese tema a colación, June retoma la conversación—. ¿Te ha hecho café?

Sigo adelante con el tema teniendo claro que en nada retomaremos el suyo.

—No exactamente. Hizo café para él y le sobró para mí. Me lo sirvió en una taza rosa.

—¡Qué mono!

—No lo definiría yo así. —¿Leñador cañón? ¿Macho alfa sexi? ¿Papito haz conmigo lo que quieras? Todas son correctas.

—¿Y cómo lo definirías?

Me limito a darle un par de mordiscos al cruasán manchándome los dedos y relamiéndome por la anticipación de la marranada que voy a llevar a cabo a continuación. Al menos en la intimidad de mi coche nadie se va a dar cuenta de que me voy a chuperretear los dedos sin ponerme roja siquiera.

Estoy resarciéndome por todos los años de dieta estricta, que conste en acta.

—Es que ese es el problema. —Primer dedo limpio—. Ni yo misma lo sé. Es extraño. A veces tengo la ligera sensación de que bromea, solo que tiene un sentido del humor negro y no termino de pillar si está de coña o va en serio. —Vamos allá, segundo dedo.

—Ufff, me estoy poniendo cerda —concluye mi amiga sin vergüenza alguna—. Un tío bueno con un sentido del humor pícaro es la fantasía de la June que conoces.

Gruño a modo de respuesta.

—Vale, vale, Autumn la territorial, no te pongas así. Me lo pido cuando te canses de él. —Se carcajea al otro lado y me contagia, porque mi amiga es muchas cosas y espontánea la que más.

No le explico que dudo que alguien pueda cansarse de un hombre como Liam. Y tampoco le explico que no entiendo por qué estoy pensando eso.

—Dejemos de hablar de mí y cuéntame cómo va todo por ahí.

—Hablar de ti es más interesante.

Lo que quiere decir que June quiere evitar un tema porque no se siente bien por algo. Y yo ya he tenido suficiente de mis pensamientos que no llevan a ninguna parte como para seguir centrando la atención en ellos.

Deja para mañana lo que no sepas resolver hoy.

—June…

Me fascina ver que yo también sé adoptar esa pose de cascarrabias que a Liam le sale de forma natural. Y le pega, lo peor es que le pega.

—No hay novedades en el horizonte —sentencia ella sin más. Y, créeme, hay más—. Leon pasa de mí, me he vuelto invisible para él. Antes al menos me buscaba con la mirada, desde que tuvimos ese

pequeño encontronazo en el que me aconsejó que debía practicar más… Hemos pasado a ser invisibles el uno para el otro. O yo para él. Nada nuevo, vaya.

Observo cómo las estrellas comienzan a salir de su escondite y sonrío fascinada ante la belleza del cielo estrellado. Qué bonito es esto. No dejo de repetirme que, cuanto más tiempo paso aquí, más me alegra haber venido. Salvo por el mapache, claro. Y por la ruina que es mi casa. Jared me prometió que regresaría en tres días. Ya han pasado más. Y Liam sigue ayudándome cada mañana. Luego desaparece sin dejar rastro para hacer cosas de leñador sexi, seguro.

Me bajo del coche y me tumbo sobre el capó. Vale la pena hacer esto. Vale la pena no perderse nada, aunque ahora mismo sobre mi cabeza cuelgue un cartel fluorescente que atraiga a todos los mosquitos de la zona. «Sangre fresca» en letras luminosas, eso es lo que reza todo mi cuerpo expuesto.

—¿Por qué no me has mandado un mensaje para contármelo? —cuestiono acomodándome.

—Porque es mucho más divertido hablar sobre inventos absurdos y exitosos si los patentase yo —responde ella como si nada.

Tema del que me habló la última vez hasta que me aseguró que tenía que irse a hacer la colada antes de que la lavandería del señor Chu Mein cerrase.

—No quiero volver a saber nada de eso.

—¿Sabes? Además de la tostadora, que mientras desayunas te lanza frases motivacionales… —Bienvenidas a mi mundo—. También debería inventar una almohada ASMR. La gente paga por eso, Autumn, ¿entiendes? Estoy perdiendo el tiempo intentando ganarme la vida como artista dramática cuando podría estar patentando esos inventos y viviendo la vida loca.

—O bien podrías dejar de esconderme esas cosas, y cómo te hacen sentir, y enfrentarnos a esto juntas.

La escucho suspirar al otro lado con resignación, y yo alzo la vista hacia el cielo una vez más.

—¿Sabes? No echo nada de menos tu mordacidad —me recrimina.

—Sí que lo haces —contrataco.

Otra profunda exhalación y un último dedo limpio y reluciente por mi parte.

—Esto me ha hecho replantearme las cosas, Autumn, ya sabes, ¿valgo para el escenario?, ¿o es solo que me empeño en ello porque es mi sueño?

Entiendo lo que me explica y la amiga empática que hay en mí sabe que las dudas son normales, tienen que existir, es nuestro medio para convertirnos en exigentes con nosotras mismas. Las dudas no son más que una herramienta, es nuestra cuerda floja, la que nos hace querer dar lo mejor de nosotras una y otra y otra vez. Al menos, yo lo veo de esa forma.

—Escucha, June. Yo te he visto subida en más de un escenario. Incluso antes de dejarlo todo por estudiar arte dramático y formarte para ello, y te garantizo que, si creyese que no lo haces bien, que no es lo tuyo, te lo diría. En cambio, estoy segura de que es una etapa más. ¿No has escuchado eso del bloqueo del artista?

—En mi vida. —Yo tampoco. Sin embargo, afianzo mi teoría y me lanzo sin paracaídas a por ella—. Los artistas, los grandes artistas —matizo—, tienen que titubear en algún momento de su vida y, cuando eso ocurre, es cuando mejor lo hacen —concluyo.

Lo he expuesto con tanta seguridad que me lo creo hasta yo.

—Te lo estás inventando, ¿a que sí? —O a ella no se le escapa nada o no lo he hecho tan bien como presuponía.

—Por supuesto que sí —me sincero—. Piénsalo. No es tan descabellado.

—Autumn…

—June —la corto—. Habla con Leon, pídele consejo, es tu profesor. No muerde.

—Más quisiera yo —lloriquea al otro lado, y yo me río de sus ocurrencias. Las marranas, quiero decir.

Guardamos silencio unos segundos.

—Vale —cede al final—. Tienes razón. Soy una persona madura, sensata y me visto por los pies todos los días. Hablaré con él y, de paso…, me lo comeré con los ojos —zanja resuelta.

—¡Eso es! —Aplaudo—. Auuu.

—¿Qué pasa?

—Me he clavado el limpiaparabrisas en las lumbares.

—Solo a ti se te ocurre acomodarte fuera de ese trasto…

—No digas eso —suelto—. No se lo tengas en cuenta, pequeña carraca, ella no te quiere como lo hago yo.

—¿Sabes que estás hablando con un coche?

—Y sin haber bebido…

Nos reímos con complicidad. Es fácil hacerlo, entre nosotras es de lo más natural porque llevamos demasiado tiempo juntas.

—Gracias por ser tú, Autumn —musita mi amiga.

—¿Ahora es cuando nos ponemos tiernas? —pregunto.

—Sí, salvo que quieras que hablemos de tu vecino, ese que tiene un humor ácido y que te pone cachondona.

Me tapo la cara con las manos.

—¿Puedes parar ya? —le pido.

—Nunca. —Y suena tan tan espontánea que es imposible enfadarse con ella.

Todos necesitamos una June en nuestras vidas. Todos.

Y ya pensaré en el motivo por el que no le he contado que me ha llamado pecosa y en lo enfadada que va a estar mi amiga cuando se entere.

CAPÍTULO 25
Autumn, Tenemos un problema
Autumn



Tras colgar la llamada con June, bajo del coche y regreso a casa de Liam. Con tan solo poner un pie en el recibidor sé que está cocinando algo delicioso. Y se me hace la boca agua.

«Encima tiene que saber cocinar».

Chasqueo la lengua y lo encuentro de espaldas a mí y de frente a la pequeña ventana. La cortina vuelve a estar abierta y no seré yo la que le pregunte si se ha convertido en un *voyeur* de las conversaciones ajenas.

—Ya estoy aquí —suelto cruzando el umbral, dejando atrás esos pensamientos impuros por mi parte.

¿Qué le vamos a hacer?, soñar es gratis. Las reformas no.

Liam no se gira para mirarme, ni siquiera por pena, y presiento que va a ser una de esas cenas en silencio. Un silencio al que empiezo a acostumbrarme. Parco en palabras ni siquiera lo define bien. Y no me molesta en absoluto, ¿en qué punto me deja eso?

Se mueve por la cocina con soltura y se acerca a la nevera con paso firme y decidido, momento que aprovecho para acercarme al caldero y destaparlo para ojear el contenido del mismo. Es eso o babear analizando su culo. Seguro que no os sorprende que sea impresionante, ¿a que no?

En fin… Estofado.

—Esto huele delicioso —murmuro.

Que a él le guste el silencio no quiere decir que yo sepa permanecer mucho tiempo callada.

Se acerca de nuevo mientras me planteo la posibilidad de meter un dedo dentro y cómo de grave sería el grado de quemadura que dejaría en mi piel ese acto.

—Tienes la extraña manía de meter los dedos en las cosas, ¿no?

Abro la boca con la intención de negarlo, de pedirle explicaciones sobre su juicio de valor gratuito hacia mi persona, sin embargo, no podría estar más en lo cierto. Ni siquiera me defiendo, solo asiento.

Me observo las manos y sonrío porque no hay rastro de chocolate en ellas.

—Debería… —Mis palabras mueren en los labios cuando me encuentro con la mano de Liam extendida en mi dirección y una copa de vino en ella.

Estas son las cosas que pasan cuando te miras los dedos y no los movimientos de tu vecino. Si hubiese estado analizando su culo, no me habría pillado por sorpresa.

—No dejes que se caliente —me aconseja.

Debe de haberse dado cuenta de mi estado de estupefacción.

«No solo sabe cocinar, sino que encima sabe de vino».

—Gracias —susurro avergonzada.

Sí, no lo entiendo, de veras que no.

Liam da un paso hacia la derecha justo cuando voy a hacerlo yo también para rodearlo, lavarme las manos y romper el instante extraño que supone que se haya dado cuenta de que me gusta el vino y de que me lo ofrezca.

Chocamos. Doy un paso a la izquierda, y él también, lo que provoca el mismo efecto. Y entramos en un juego ridículo que me hace sonreír.

—Espera —me pide y percibo cierto deje de guasa en su voz. Tengo que estar alucinando porque borracha todavía no.

Apoya las manos en mis brazos y, mientras me mantiene en el sitio, él es el único que se mueve y se hace a un lado.

Bajo la vista. Sus dedos son enormes en comparación con mi pequeño brazo y se me eriza el vello ante ese contacto tan ínfimo. Lo peor es que me resulta… natural. Familiar. Sencillo. Correcto.

Trago con fuerza.

¿Cómo sería sentir esos dedos recorriéndome el cuerpo?, ¿el costado?, ¿las piernas desnudas?, ¿el pecho?

Sacudo la cabeza, y Liam me observa impasible.

—¿Tienes calor? —me pregunta.

Si él supiera…

—Es la cercanía con el fuego.

Soy la reina de los eufemismos. Y de las mentiras que me puedan ridiculizar y dejar como una libertina de primera.

Él se limita a cabecear afirmando y a dirigirse de nuevo hacia los fogones. Vaya habilidad que tiene este hombre para no darse cuenta de las emociones que me sacuden. O quizá sea que le importan un pimiento.

Decido ocupar mi tiempo en lavarme las manos y sacar cuatro platos de la alacena.

—Esta noche no —me explica—, Samira y Max no vienen —finaliza tras una pausa en la que no deja de mirarme.

Permanezco quieta con los platos en las manos, un poco impactada por su confesión y otro poco expectante porque es la primera vez que vamos a compartir cena juntos. Juntos y solos.

—Ah.

—¿Te importa? —insiste él.

—¿Y a ti? —contrataco.

Niega en repetidas ocasiones y me observa calculador.

Cada mañana me deja café sobre la mesa y, cuando bajo a por mi chute de cafeína, ya está metido de lleno en mi casa. Es probable que ya lleve horas allí. Tiene mucha prisa porque me vaya y de ahí mi pregunta sobre esta cena. Una cena para dos. Solo dos.

—En absoluto.

—Pues a mí tampoco.

Le sonrío con calidez, y aparta la vista de nuevo como si le hubiese molestado mi gesto. No me importa, es más, pienso seguir sonriendo porque me encanta hacerlo.

—¿Sabes algo de Jared? —Coloco los platos, dos vasos y nuestros cubiertos y también la cesta con el pan, que ya está partido y que ha dejado Liam sobre la encimera.

—Por lo que tengo entendido, la cosa se ha complicado un poco. No ha regresado al pueblo. Eso es lo que me ha contado Samira —lo suelta de carrerilla y es la primera vez que Liam formula una frase tan larga, al menos, en mi presencia. Sonrío más—. ¿Qué?

—Samira, ¿ehh?

Ya hablaremos sobre lo centrada que debería estar en el retraso de mi casa y no en el cotilleo vecinal.

Todavía recuerdo esa conversación no-conversación en la que me soltó que no me conocía lo suficiente como para contarme cosas. Cosas lujuriosas y pecaminosas.

—¿Y ese tono?

Alzo los hombros, tomo asiento y gano tiempo dándole un sorbo a mi copa de vino. Me han pedido que no deje que se caliente y pienso llevarlo a raja tabla.

—Gracias por esto. —Es todo un detalle por su parte si no fuese porque solo quiere perderme de vista.

—Autumn… —Suena exasperado.

Le estoy cogiendo el gustillo a eso de sacarlo de sus casillas.

—No es nada.

—Estoy casi seguro de que cuando aseguras que no es nada es porque lo es todo.

—Muy suspicaz, Liam —murmuro sin perder el buen humor. Otro sorbo más y, cuanto más saboreo este vino, más me gusta—. Está genial, ¿dónde lo has comprado?

—Lo tenía guardado para alguna ocasión especial. —Parpadeo al entender que ha abierto esta botella de vino porque…, ¿porque esta cena es especial? Se lleva las manos a la nuca como si se arrepintiese de lo que acaba de soltar, como si no lo hubiese pensado, y me juego mi mejor par de punteras a que Liam no dice cualquier cosa porque sí, sin más. Eso lo dejamos para mí y mis historietas—. Espero que te guste.

¿Esta es su pipa de la paz?, ¿su bandera blanca? ¿Pretende emborracharme para llevarme a la cama? Porque alguien debería contarle que no le va a costar mucho.

—Así que Samira, ¿ehh? —lanzo de nuevo.

Es mejor este tipo de conversación a enfrentarme a una en la que el sonrojo dé demasiadas pistas o resulte muy evidente que me siento atraída por un tío que quiere que desaparezca de su vista.

Liam refunfuña y está tan mono cuando lo hace…

He empezado a entender sus tipos de gruñidos, que lo sepáis. No todos significan lo mismo. Los hay de frustración, los hay que enmascaran un taco, los hay cuando pierde la paciencia y los hay de esos que esconden la incomodidad, ahh, y los que le suelta a Max porque ha cometido algún delito nuevo.

El que me acaba de regalar —ejem, ejem— forma parte del penúltimo grupo.

—No comprendo bien lo que pretendes, estoy oxidado en esto de entender a las mujeres —suelta.

¡Vaya! Así que… ¿Está intentando entenderme? ¿De cuánto tiempo dispone?

—¿Te has bebido una botella de vino tú solo antes de que llegase yo?, ¿es eso? —dudo y es normal que lo haga. Liam no es de los que regala palabras, es de los que cobra por ellas, esta noche tiene la lengua suelta y, aunque no me quejo en absoluto, perdonadme si estoy en *shock*.

—¿Por qué lo dices?

—Liam… —Me levanto, me bebo la copa de vino de un solo trago y me enfrento a la conversación como la mujer valiente y decidida que soy—. Porque tú eres muchas cosas —añado y me acerco—, pero hablador no es una de ellas.

Entonces hace algo que me deja mucho más estupefacta de lo que ya de por sí estoy.

Me llevo las manos a los ojos y los restriego con ellas por si el *shock* anterior ha dado paso a las alucinaciones. Bendita sea mi cordura por haberme lavado las manos al llegar, si no, a ver cómo le explico a este fortachón sexi que tengo enfrente, y, por lo que parece, esta noche regalador de palabras con sentido, que no podré trabajar en esa casa en ruinas mañana porque habré pillado una conjuntivitis de caballo.

Me sonríe.

Sí, sí, tal y como lo lees. Y no una sonrisa cualquiera. Es raro. Aunque no en el mal sentido. Ya había visto atisbos de ella, pequeños y fugaces intentos, sin embargo, esta…, esta sonrisa es deslumbrante. Sus ojos se iluminan en un brillo travieso que contradice su postura, recta e inalterable.

No es una sonrisa amplia ni ruidosa, aun así, tiene algo poderoso, como si en esta ocasión fuese un regalo exclusivo que no cualquiera merece ver y me la está regalando a mí y solo a mí.

Una sonrisa que, cuando aparece, transforma su gesto por completo, como si bajase la guardia. Como si esas cargas de las que os he hablado y que sé que lleva a su espalda le permitiesen respirar unos segundos, dejando entrever a un chico dulce y tierno que se esconde bajo capas y capas de mal humor.

Y que usa ese mismo mal humor para mantener las distancias con todos.

—¿Pecosa? —me pregunta.

Imagino que llevo mucho más tiempo del moralmente adecuado callada. Intentando entender qué ha cambiado. Por qué me sonríe. Y por qué ha decidido que esta noche es especial, tanto como para abrir una botella de vino para mí.

«Pecosa». Y ahí está otra vez ese adjetivo.

—Estoy casi segura de que a Samira le gusta Jared —suelto.

¿Un cambio de tema estratégico utilizado para ocultar el temblor de mis piernas? Es probable.

Es muy probable.

Liam da un paso atrás y me observa unos segundos de más. No me siento incómoda bajo su escrutinio, solo me siento… obnubilada.

¿Desde cuándo me van los bordes? ¡Desde nunca!

Mantiene el espacio entre nosotros mientras sujeta los dos platos que he colocado en la mesa y los lleva hasta el caldero de estofado. Aprovecho para rellenar mi copa de vino y para tomar asiento. Luego me encargaré yo de recoger. Es lo mínimo que puedo hacer para agradecerle su hospitalidad.

Me acaricio la rodilla, esta vez no porque me duela, sino por la inercia y la costumbre, para recordarme que la cicatriz sigue ahí. Al menos, la que se ve.

—Ya lo sabía —responde cuando pensaba que no lo haría.

—¿Te lo ha contado ella?

Niega.

—No es necesario. Hay cosas que resultan demasiado obvias para mí. —Lo que me lleva al siguiente punto: sí que sabe de emociones y las mías no le importan. No sé cómo sentirme al respecto.

«Decepcionada».

—Eso suena muy presuntuoso por tu parte, ¿no crees? —Me tiende el plato lleno y se alza de hombros mientras colma el suyo.

—Yo lo llamo sinceridad.

—Yo, ser un presumido.

Y, como si su sonrisa no fuese poco, la carcajada que suelta lo eclipsa todo.

CAPÍTULO 26
Modus vivendi
Liam



No recuerdo la última vez que me reí con una conversación tan simple. Quizá cuando a Max lo pilló uno de sus clientes y, ya que no podía correr tras él con su pierna derecha escayolada, le pidió a su rottweiler que lo hiciese en su lugar.

Terminó en urgencias sin saber cómo explicar por qué habían acabado los caninos de un perro gigante enganchados en su culo sin que nadie le colgase el cartel de estafador. Que conste en acta que hoy presume de esa hazaña.

«Ningún maestro del engaño es famoso si no lleva marcas en su cuerpo que lo demuestre».

Tuve que reírme, porque tenía el culo lleno de dientes y fingía que no cojeaba cada vez que se cruzaba con un vecino en el pueblo mientras que lloriqueaba cuando nos quedábamos a solas en casa.

Estuve a punto de asfixiarlo con una almohada por ello.

—No lo entiendo —repite Autumn frente a mí.

Es la segunda copa de vino que se sirve y…, joder, no sé cómo sentirme al respecto ante ella, sus malditas sonrisas y su verborrea incesante.

Me siento como una contradicción andante y me perturba.

Dije que me plantearía más tarde ciertas cosas y esas cosas he decidido no plantearlas siquiera. He abierto un archivo en el lado derecho de mi cerebro que se llama: «Cajón del desastre emocional» y en él estoy metiendo las preguntas y dudas que me surgen en relación con mi vecina.

Mi vecina.

—¿Por qué esa casa? —pregunto lanzándome al vacío.

Ya está bien de hacer hipótesis, de imaginar cosas, estamos los dos solos, somos adultos y… quiero saber más de ella.

Me he comportado como un auténtico imbécil en estas dos semanas. Le cerré la puerta en las narices, la he espiado por la ventana, la he llamado loca en varias ocasiones, he gruñido, he huido y la he tratado de una forma que no se merece y, a pesar de todo, aquí está, sonriendo sin parar. De hecho, siempre me ha respondido con una sonrisa cuando yo solo le he hecho desplantes.

Es hora de que me comporte… mejor.

O, al menos, intentarlo. No os prometo nada.

Autumn se levanta de la mesa tras empujar su plato aún lleno. Puede que no sepa mucho de emociones y que me cueste interpretarlas, que esté oxidado en el tema de las mujeres, sin embargo, sé lo que ella hace. Intenta encontrar las palabras, encontrar la fuerza para darles voz a las mismas.

—Esa casa es todo lo que me queda de ellos.

Siento el golpe en el pecho. La presión. Los recuerdos que amenazan con salir a la luz. El miedo. La angustia y, tras el dolor, la soledad.

No hay arma más letal en este mundo que los recuerdos de una persona. Estamos hechos de retazos de ellos, de migajas de lo que pudo ser y no fue. De los sueños que perseguimos y que nunca les dimos alcance porque supieron ir más rápidos que nosotros. De las decepciones. Del vacío que dejan cuando se te escapan de entre los dedos como la fina arena de una playa.

Empujo mi plato a su vez y me acerco a ella. Empatizo con su estado de ánimo sin que lo sepa. Porque yo también me siento roto. Porque todavía no he logrado sanar del todo. Porque no sé siquiera cómo hacerlo. Porque me he rendido y he dejado de intentarlo.

No quiero que se sienta sola e intento que mi cercanía pueda servir de consuelo. Rezo para que así lo sea. Para al menos ser capaz de darle esto a alguien, ese lazo, esa posibilidad. A ella. Solo a ella.

«Y a ti, ¿te gusta lo que haces?».

«Si hablas de una casa que se cae a pedazos, pero que en este momento es todo lo que tengo, sí, me gusta lo que hago».

El recuerdo de esta conversación que quedó a medias, y de todas esas preguntas que quise formular y no pude porque nos interrumpieron, acuden de nuevo a mi mente como oleadas bajo la piel, suaves en apariencia, pero capaces de desgarrarlo todo por dentro.

Entonces, se lo pregunto, esta vez sabiendo que Max no nos va a interrumpir y que… y que quiero saberlo todo.

—¿Quieres contármelo?

Guarda silencio mientras pasea las manos por las cortinas blancas que llevan tantos años en ese mismo sitio que es como si hubiesen estado ahí siempre. De hecho, han estado ahí siempre.

—Era de mis padres.

Me llevo la mano a la cara y me tapo los ojos con ella.

Joder, he sido más gilipollas de lo que pensaba. Hice una puta apuesta con Samira sobre cuánto tardaría en largarse. Hice hipótesis sobre sus padres multimillonarios y su fondo fiduciario. Hice un juicio de valor innecesario de una persona que solo quería recuperar un trozo de su pasado. Y no se lo merecía.

Joder, ¿se puede ser más capullo de lo que he sido?

—Se conocieron aquí. Mis abuelos vivían aquí. Murieron hace mucho —aclara—, dudo que los conocieras, puede que seas mayor, pero siento decirte que no tanto.

Admiro que haga bromas en este instante, que intente restarle importancia a esta conversación, que pretenda romper la tensión. Me acerco hasta su copa de vino y hasta la botella que hay colocada a su lado. La sitúo delante de nosotros. Autumn ladea la cabeza, me observa curiosa y me quedo embobado ahí. Ahí. Sin más. Cautivado. Preso de esos ojos color miel. Son de un tono tan claro que no parecen del todo reales. Y, aun así, tengo la sensación de que esa mirada me perseguirá en sueños. Y no solo eso, será la protagonista de los mismos.

Cierro los párpados para…, para no hacerlo. Para no pensar. Para darme unos segundos para enviarlo a la famosa carpeta de mi desastre emocional.

Autumn deja la copa a un lado y se lleva la botella a los labios. Le da un sorbo y me la tiende como si fuésemos dos amigos, dos personas que se conocen desde hace mucho tiempo y que comparten confidencias. Y no dos vecinos que quieren conocerse.

—Vamos, Liam —me anima—, no me dejes beber sola, no hay nada más patético que eso —intenta hacer una broma con esto, volver a destensar el ambiente.

Ella jamás podría ser patética. Quiero hacerlo, quiero decírselo y, sin embargo, vuelvo a ser incapaz.

No respondo, acepto su ofrecimiento y bebo sin tener en cuenta que este instante es mucho más íntimo que el que comparten otras personas en una cita. Aquí estamos, bebiendo de una botella de vino que compré para ella, porque quería hacerla sentir bien, porque es mi forma de disculparme, ya que las palabras últimamente no suelen ser mi mejor forma de hacerlo. Me han abandonado.

«Como todo. Todas las personas que me importan se marchan tarde o temprano».

Le dije que la tenía guardada para una ocasión especial, cuando la realidad es que pensé en ella cuando la vi. En la mirada que le regaló a Samira cuando le sirvió una copa la misma noche en que esta conversación que mantenemos ahora quedó… a medias y porque el egoísta que habita en mí quería que me mirase de esa forma también.

Permitírmelo por un segundo.

Ser humano de nuevo por un instante.

No hay nada especial en beber a morro, lo que realmente es especial es la persona con quien lo haces.

Ella.

—¿Los conociste? —Me tiembla la voz al pronunciarlo porque…, porque mis pensamientos me producen escalofríos.

¿Hasta qué punto la pérdida puede haberle roto el corazón?

Es cobarde por mi parte, lo sé antes siquiera de contároslo, pero, en ocasiones, pienso…, pienso… que quizá no dolería tanto si no hubieses experimentado lo que es tenerlo y luego perderlo.

¿En qué me convierte eso? ¿En qué clase de persona me convierte eso? Tal vez sí que sea un hombre de hielo como sé que se rumorea

en el pueblo. Como asegura Max.

—Tuve la suerte de compartir muchos años con ellos. Me hicieron la niña más feliz del mundo. Fui la jovencita más querida y la mujer más orgullosa de los padres que tuve. Hasta que se marcharon. Sin despedida. Esa mañana estaban ahí, sonriéndome, abriendo los brazos para que me colase entre ellos y me cobijase y, esa misma noche, no. Ya no. Fue un accidente. Hubo un desprendimiento mientras regresaban a casa. No estaban haciendo nada mal, solo vivían su vida hasta que la vida acabó con ellos.

Otro golpe en el pecho. Otra herida. Una tirita que ya no me cubre el corte. Me pregunto si cubrirá el suyo o habrá decidido dejarla al aire para que se cure con el paso de los días. De los meses. De los años.

Me pregunto si somos eso: dos almas rotas que están hechas de retazos de lo que fuimos y del miedo por lo que seremos.

—¿Por eso has venido? ¿Por eso tu empeño en reformar la casa? —Carraspeo y observo el exterior unos segundos de más.

Porque es lo único que le queda.

Asiente y bebe a morro de la botella antes de volver a tendérmela. La acepto de buen grado, sin rechistar y trago.

Me sabe a hierro.

—Mi madre estaba convencida de que todo tiene alma, la de las personas que han pasado por ella. Que dejamos estelas a nuestro paso y que las energías que desprendemos llenan el universo de nuestra esencia. Y, de esa forma, jamás de los jamases desaparecemos. Solo tenemos que buscarnos en esos fragmentos de lo que dejamos atrás. Y sí, es una mierda —suelta poniéndole un nombre y apellidos. Uno contundente, uno que hace que casi me ponga de rodillas ante ella—, sin embargo, estoy de acuerdo. —Señala hacia la casa, apenas se ve porque ha comenzado a llover de nuevo, como si el cielo estuviese empatizando con nuestro estado de ánimo, como si Evermere también llorase por nuestros corazones rotos—. Esa casa es todo lo que me queda y todo lo que no sabía que necesitaba. Hasta ahora. Por eso quiero hacerla mía, porque un día fue de ellos. Porque en ese salón bailaban, porque en esa cama dormían uno en brazos del otro, porque yo pasé algunos veranos en

ese lago, aunque no me acuerde de ello, y porque soñé a lo grande gracias a los sueños que vi en ellos.

»Quiero dejar mi alma en las cosas. Para empezar, en esa casita en la que los mapaches han decidido hacer suya. Que conste que la compartiría, lo que sucede es que no soy tan buena persona.

Sí que lo es. Sí que es buena persona porque mi trato hacia ella deja mucho que desear y siempre ha tenido un gesto cordial para devolverme cuando no me lo he merecido. Porque ha puesto la otra mejilla cada vez que ha recibido un golpe por mi parte. Y porque Hannah la adora, Michelle la adora y hasta Andy la elige antes que a mí. Cosa que entiendo.

Inspiro con fuerza cuando termina y antes de pasarle la botella le doy un largo sorbo a la suya.

Guardamos silencio unos segundos de más; ella, procesando todo lo que acaba de confesar, y yo, guardando bajo llave todo lo que quiero contarle y no me permito hacerlo. Porque tengo miedo a abrir ese cajón, esa carpeta, lo que queda de mi corazón herido.

Porque puede que sea el más cobarde del universo y me encuentre frente a una chica que es la más valiente del mundo.

Bajo la vista hacia su rodilla con ganas de indagar sobre ella, de saber qué es eso que le sucede. Me retracto en última instancia porque no puedes pedir y pedir sin dar nada a cambio.

Y no me siento preparado para entregar algo que no tengo.

Carraspeo y me giro para señalar nuestros platos. Autumn parpadea en un par de ocasiones, pero entiende lo que le estoy explicando sin abrir la boca.

No sé qué decir. No sé cómo ofrecerle consuelo porque no hubo nada que me lo proporcionase a mí.

—He cerrado el hueco del garaje —le cuento sujetando el tenedor —. No habrá más mapaches.

Autumn me observa con esa mirada que expresa más de lo que es consciente.

—¿Y ahora? ¿Qué pasará con el mapache? —pregunta.

Alzo los hombros y parto una patata antes de llevármela a la boca.

—Tendrá que buscar otro hogar.

Mira por la ventana, con los ojos perdidos en la tormenta, y hace un puchero de lo más… Un puchero adorable, maldita sea.

Comemos en silencio; ella, perdida en sus recuerdos, y yo, buceando en los suyos.

Cuando acabamos de cenar, recoge.

—Yo me encargo —suelto sin más.

Niega.

—Es lo mínimo que puedo hacer.

Permanezco en la cocina, a su lado, secando los platos mientras ellas los lava. Me siento cómodo en esta dinámica y me la imagino aquí. Imagino que es su lugar y que cada noche podría ser así.

Hasta que siento esa punzada en lo más hondo. Traición. Lo estoy haciendo. Estoy haciendo eso que me dije que no haría.

—Buenas noches, Liam —susurra mientras sale de la cocina.

No respondo porque no quiero pedirle que se quede.

CAPÍTULO 27
Avispada viene de abeja
Autumn



Las cosas han cambiado entre Liam y yo. Puede que no sea la persona más perspicaz, ni la más intuitiva o aguda del mundo, pero hasta yo sé que no somos los mismos de hace dos semanas. Ni siquiera yo me siento del todo la misma y esto que os confieso nada tiene que ver con él, sino con la Autumn que se siente en calma y en paz estando aquí.

Sigo sin entender a mi vecino y menos aún por qué me sentí tan cómoda hablando con Liam sobre mis padres, por qué sentí que me quitaba cierto peso de encima al contárselo cuando ni siquiera tenemos ese tipo de relación. Es más, sabéis que anoche fue la primera vez que mantuvimos una conversación sin que saliese huyendo o gruñese a modo de respuesta y, sin embargo, lo noté más cerca que nunca. Y me reconfortó esa sensación, esa calidez que me subía por el pecho cuando bebía a morro de una botella que compartimos porque era una ocasión especial. Y vaya si lo fue.

Se colocó a mi lado en el instante en el que me puse de pie sacando fuerzas de dentro para explicárselo a alguien que no fuese June. Ni siquiera con Pippa me entretuve hablando mucho de ello, solo le dije que se habían ido y que me había quedado sola. Y Pippa ha sido una constante en mi vida desde que tengo uso de razón.

«Más sola que nunca».

Paseo por la calle principal —y única— del pueblo en dirección al bar de Beth. Esta mañana, cuando me levanté, junto a mi taza de

café había una nota con una letra regia y recta, en la que Liam me contaba que tenía que pasar la mañana en el pueblo de al lado y que regresaría por la tarde. También me pedía que no hiciese nada en la casa sin él porque había quitado varias paredes y era peligroso.

Mi corazón comenzó a bailar en el centro del pecho como una chispa que prende en medio de un campo seco, desatada e imparable, al interpretar esa preocupación como algo más que prevención de riesgos laborales, el muy canalla lo tradujo como un interés que iba más allá de su responsabilidad. Hasta que mi cerebro le dio el guantazo que necesitaba para poner los pies de nuevo en tierra firme.

«Todavía quiere que te vayas, Autumn. Compartir un momento malo de tu vida y una botella de vino increíble no cambia el hecho de que seas una molestia para él».

Lo que nos lleva al siguiente punto…, puede que sea una ingenua en cuanto a entender a Liam se refiere, pero sigo siendo astuta para leer entre líneas y la palabra «peligro» sigue produciéndome escalofríos.

Así que sí, puedo decir que me he tomado la mañana libre, la primera en quince días, y no me siento culpable por ello.

Empujo la pesada puerta del local y me adentro en él. Beth me saluda con entusiasmo cuando me ve, y yo le devuelvo el gesto con alegría.

Planto el culo en la misma butaca del otro día y aguardo a que se acerque para pedir el mismo desayuno. Chica de gustos sencillos, ¿recordáis? Me relamo solo de pensar en lo mucho que me hace falta eso y en lo mucho que necesito una distracción, aunque sea en forma de comida para dejar de pensar en Liam.

Porque últimamente pienso más en él de lo que debería.

—Buenos días, querida —saluda cuando llega, con ese delantal lleno de flores a las que ya les falta color y un paño reposando en su hombro—. Hace días que no te veo. Max me ha contado cómo avanzan las reformas.

Le regalo una de mis mejores sonrisas, y ella me la devuelve.

—Y ahí está, la periodista del pueblo.

Moses se ha acercado de nuevo.

—¿Vienes a cotillear? —le pregunta su mujer.

—Sí, porque te tengo demasiado vista como para querer disfrutar de tu compañía. —Le guiña el ojo y me quedo atontada mirándolos, haciendo cálculos mentales de cuántos años deben de llevar juntos y de que el secreto de su relación es ese rifi rafe que se traen de forma constante.

—Sois de lo más divertidos.

Beth chasquea la lengua sin perder el buen humor y se marcha por donde vino. Todavía no he pedido y, aun así, dejo que se vaya y me quedo allí charlando con su marido.

—Esa mujer me tiene completamente enamorado —suelta sin apartar la vista de ella—. Eso sí, no se lo digas —susurra como si estuviese compartiendo un secreto conmigo.

—Mis labios están sellados —agrego con desenfado, porque contarle que es probable que Beth lo sepa y que sea recíproco no está contemplado. Y porque me gusta esta camaradería que se ha formado entre nosotros.

—Y, cuéntame, ¿cómo van las cosas en tu casa?

Me muevo en mi butaca y me coloco frente a él. Lo primero que veo es su bigote y me lo imagino con otra forma o sin él, hasta que llego a la conclusión de que Moses sin ese mostacho que lleva no sería el mismo.

—Liam está en ello. Hoy he venido a desayunar porque no es seguro estar sola allí dentro. Ha tirado un par de paredes abajo y podría pasar algo. El tejado ya está perfecto y confío en que en una semana sea habitable y pueda dormir allí —le explico emocionada—. Ah, y había un mapache en el garaje. Un mapache que no me asusta. —Me adelanto antes de quedar en ridículo.

Todavía recuerdo la forma en la que grité y es algo que no pienso contar, ni siquiera a June.

—¿Hunter? ¿Hablas de Hunter? —De todas las cosas que le he explicado, ¿lo importante es mi vecino?

—Sí, ¿por qué?

—Porque no trabaja en casa de nadie. De hecho, apenas aparece por el pueblo, solo para hacer la compra y visitar a Max. —Señala

hacia el exterior—. A veces a Samira—. Pobre chico —murmura para sí.

—¿Por qué dices eso? —pregunto.

No puede tirar la piedra y esconder la mano.

—¡Y aquí está! —El desayuno de los campeones—. Moses, ¿estás intentando que nuestra nueva vecina huya del pueblo? Eso no es bueno para el negocio.

—Hunter la está ayudando en la casa.

Beth gira la cabeza hacia mí y pasea su mirada por mi cara y mi cuerpo, como si estuviese buscando algún motivo de peso para que eso sea cierto.

—¿De verdad? —Asiento—. Qué raro…

Me cae bien Beth y me cae mucho mejor cuando bajo la vista y veo el plato a rebosar de comida grasienta y apetitosa a partes iguales, pero habría preferido que me dejase preguntarle a Moses a qué se refiere con lo de Liam y permitirle responder.

No estoy acostumbrada a ingerir este tipo de cosas. La dieta de una bailarina es bastante estricta, así que… en ese asunto también me estoy tomando unas vacaciones, solo que bastante más largas.

Desvío mis pensamientos y la negatividad que se intenta colar entre ellos porque…, porque puede ser que todo haya acabado de verdad.

—Ese chico…

—Moses… —lo advierte Beth. Es un regaño en toda regla.

Niega, y él la entiende sin palabras.

—¿Pasa algo? —indago.

Beth me regala una sonrisa amplia y la puerta suena de nuevo.

—¡Oh, Samira! —la saluda. Pone tanto entusiasmo en su grito que todos se giran para verla—. Ven, te prepararé algo de desayunar.

Samira aplaude cuando toma asiento a mi lado y me aprieta la pierna. La pierna sana.

Bajo la vista y la miro, es un gesto bonito por su parte, un gesto que denota cercanía, así que se lo devuelvo en forma de abrazo.

—Vaya, te alegras de verme, ¿ehh?

—Por supuesto. —Me llevo a la boca un par de patatas fritas y, cuando las trago, hago lo mismo con una loncha de beicon bien

crujiente.

—Beth cocina el beicon como nadie.

—No encuentro fallos en tu lógica —murmuro sacándole una sonrisa—. Y, cuéntame, ¿qué has estado haciendo? No te he visto desde hace días.

—Me he estado encargando de esconder a Max —me explica llevándose las manos a las sienes y masajeándolas—. Se ha metido en una buena con esa mierda que le ha dado por vender ahora del agua.

—Vender…

—Ya —me corta antes de que siga—. Max es un buen tipo, pero un mal estafador.

Me gustaría preguntarle si en realidad algún estafador puede ser bueno en lo que hace. Seguro que los hay.

—Apuesto a que te diría que no tienes razón y enmascararía su profesión usando otro término más elocuente.

Samira suelta una carcajada y me roba una patata frita. Le tiendo el plato para que lo compartamos. Ella lo acepta de buen grado.

—Veo que te has dado cuenta.

—Soy muy perspicaz. —Cuando no se trata de Liam, claro—. Oye… —Me adelanto, la curiosa que hay en mí toma el poder—. ¿Cuánto tiempo hace que conoces a Liam?

Samira ladea la cabeza y su pelo moreno y ondulado cae hacia un lado. Es una auténtica belleza. Tiene unos rasgos bonitos y definidos, una cara en forma de corazón y unos preciosos ojos negros a juego con su melena. Jared sería tonto si no quisiese nada con esta mujer.

—Mucho. —Es la respuesta que me da—. ¿Por qué?

Me roba una loncha de beicon.

—Es que… es un tío raro. Me tiene desconcertada, no lo entiendo.

Lo de que me pone cantidad lo dejamos para otro momento mejor. Porque yo tampoco sé si estoy en ese punto con ella.

Y, cuando pienso que la chica que hay frente a mí se lo va a tomar a mal y estoy buscando una excusa por ser tan bocazas, Samira se carcajea, llevándose las manos a la barriga y todo.

—Sí que lo es. Siempre ha sido raro, eso sí, en el fondo es muy buen tío. De veras, lo que pasa es que marca distancias con todos. Desde siempre, solo que, en estos últimos años, mucho más.

Quiero preguntar por qué, me muero por hacerlo, sin embargo, hay una parte de mí, una parte racional e inesperada, que me indica que Samira no es la persona con la que debería estar hablando de esto. Es como si invadiese la intimidad de alguien que comienza a abrirse a mí de alguna forma y con esas preguntas cortase de pronto la confianza, la poca confianza, que Liam ha depositado en alguien como yo. Y no es que Samira me caiga mal, pero estoy segura de que entre ellos no hay secretos y se lo contaría. Porque, si fuese yo, lo haría sin dudar.

—A mí también me pasa —suelto a modo de respuesta y la confesión me pilla desprevenida.

—¿A ti? ¿A la persona más parlanchina y cabezota que he conocido en toda mi vida?

No ha conocido a June…

—¿Debería estar pateándote el culo o dándote besos por esa pregunta? —Porque no sé cómo tomármelo.

—La segunda opción, sin duda —bromea ella.

Beth se acerca y posa justo delante de nosotras otro plato. Humea frente a nuestros ojos y lo compartimos también. Y me gusta esto. Me gusta sentir que empiezo a encajar de nuevo. Que lo hago cuando hace mucho que no lo conseguía. Era habitante de muchos lados y perteneciente a ninguno de ellos.

Salvo a June. A ella le pertenece todo lo que soy. Y parte de que no me haya quedado por el camino es gracias a mi amiga.

—Puede que sea parlanchina y cabezota, pero también me siento muy sola.

CAPÍTULO 28
Seres extraordinarios
Autumn



Samira formula muchas preguntas, ¿qué pensabais?, ¿que me iba a ir de rositas? Si hubiese sido al revés, me habría vuelto loca y le habría hecho un interrogatorio de primera.

Establecemos una dinámica chula, ella me pregunta, y yo respondo de forma honesta y sincera porque no me apetece nada esconderme. Digamos que estoy tendiendo la mano hacia donde quiera llevarnos esta relación que se abre paso frente a mis ojos. Y a los suyos.

Le cuento lo de mis padres, le explico que ya no están y le hablo un poco de June. Se ríe a carcajada limpia cuando le digo lo de sus intentos de patentar cosas que no tienen sentido alguno, y Samira me asegura que le compraría la tostadora y la almohada y, que si decide fabricar alguna cosa para asfixiar a estafadores que se meten en líos, que le ponga cinco de esos para llevar. Pagaría lo que fuese.

—Te lo digo en serio, Autumn, Max me saca de mis casillas, es imposible e insoportable, ¿cómo puede ser tan cansino?

Tras no dejarme pagar la cuenta, salimos de la cafetería y nos dirigimos calle abajo vete a saber para qué.

—¿Podemos pasar por el supermercado? Tengo un par de cosas que comprar.

—¿Chocolate? —pregunta ella.

—Vaya, soy un libro abierto, ¿ehh?

—Me he fijado en que fue tu postre en la cena del otro día y en que siempre que te encierras en ese coche es lo primero que sacas, antes incluso que tu teléfono.

Ser bailarina y golosa no cazan bien y, en fin, aquí me tenéis.

—¿Tú también me espías? —contrataco sin perder la sonrisa.

—¿También? —espeta ella ladeando de nuevo la cabeza.

Bajo la vista porque sé que he soltado algo que no debería haber dicho. No quiero poner a Liam en una encrucijada y que Samira, por muy bien que me caiga, le diga esto.

Ella suspira.

—Escucha. —Se adelanta y se planta frente a mí, me posa las manos sobre los hombros y me mira con cautela—. No voy a largar por ahí todo lo que tú y yo hablemos —me cuenta, ¿está leyendo mis pensamientos o qué?—. Me caes bien, Autumn, y quiero que formes parte de esto. Me viene bien, necesito una amiga, estoy demasiado tiempo rodeada de chicos, de chicos que son unos capullos. —Se me escapa una risilla poco comedida, y ella me la devuelve. Sí, Jared es imbécil si la deja escapar—. Beth es una buena mujer y es mi amiga, ¿no te parece muy triste que mi mejor amiga en este pueblo sea una señora que tiene la edad de mi madre? Porque a mí me resulta patético. —Suspira—. Y no se lo cuentes porque empezará a servirme el beicon crudo y no queremos eso, ¿a que no?

Niego.

—No lo queremos.

—Bien. —Da un par de pasos hacia atrás y entonces se coloca una vez más a mi lado, entrelazando nuestros brazos a la altura del codo —. Comenzaremos de nuevo y seremos buenas amigas, ¿trato hecho?

Ni siquiera me voy a detener a contaros la ilusión tan grande que me hace eso, ¿vale? Pero debéis saber que es mucha.

—Trato hecho.

—Y, como ofrenda a esta nueva amistad de la que te hablo, te daré algo, una confesión de amigas —propone.

Se lleva la mano al mentón y está pensando en vete a saber qué.

Las puertas abatibles del supermercado se abren y pasamos dentro. El mismo chico del otro día vuelve a estar tras el mostrador, concentrado en su móvil, y, para sorpresa de nadie, ni siquiera alza la vista cuando cojo una de las cestas del mismo color verde horripilante del otro día y me aventuro con ligereza al pasillo de las cosas que no se deben comer porque no son nada saludables. ¿Por qué todo lo rico tiene que estar prohibido? Hasta Liam. Pro. Hi. Bi. Do.

—Vale, ¡ya sé! —grita entusiasmada—. Una vez me corté el flequillo utilizando un tutorial de YouTube. Uno de esos en los que te enrollas el pelo y comienzas a cortar de forma tranquila.

Ella usa un tutorial, y yo no encuentro el mío… Qué asco todo.

—¿Salió mal?

—Peor que mal. Nunca le hagas caso a un vídeo de esos. Tampoco lo intentes en casa.

—Espera. —Freno mis pasos, y Samira choca contra mí. Un paquete de patatas fritas con sabor a ajo que llevaba en las manos cae al suelo.

—Ese no me lo pienso llevar —acota.

Se agacha, lo recoge y saca otro antes de dejarlo en su sitio.

Está mal que haga eso, sin embargo, no la juzgo porque yo también soy de esas. Y de las que revisan si el detergente viene muy vacío o no. Por eso compro cápsulas, porque les falta un tercio de detergente, joder.

Ahora ahora no. Cuando puedo usar la lavadora y no ser una cara dura de mucho cuidado.

—Espera —retomo—, ¿tu secreto inconfesable es que un corte de flequillo salió mal? —Suena horrible, lo sé.

—Me quedé traumatizada durante años. Casi dejo mi ciclo de Peluquería. —Mueve el pelo hacia atrás y le cae en cascada por la espalda. La odio por tener un pelo tan bonito—. Tuve que salir a la calle con gorra durante meses. Es una catástrofe estética, ¿lo entiendes? —lo cuenta como si le hubiese afectado mucho muchísimo, que no lo dudo, no obstante…

—Samira…

—No se te escapa una, ¿ehh? Eres como Liam, un hueso duro de roer.

Me gusta la comparativa, que conste.

—June es así, sincera a más no poder, pero si puede evitar una conversación incómoda, lo hace.

—¿Incómoda para quién? —tantea Samira.

—Para las dos, supongo. —Alzo los hombros a modo de respuesta y lleno la cesta de galletas de diferentes tipos. Y de chocolate. Y de bebidas azucaradas y con gas—. Y, ya que no sacas el tema, lo haré yo —propongo.

Samira frunce el ceño y se abraza a su nuevo paquete de patatas. No pienso ser yo la que le diga que, si sigue haciendo eso, va a tener que volver a cambiarlo.

—¿Por qué tengo la ligera sospecha de que no me va a gustar lo que vas a soltar? —Sonrío de medio lado.

—Estás pillada por Jared —lanzo sin más.

Me encantan los diferentes estados por los que pasa la expresión de la chica que tengo frente a mí: terror, pánico, asombro, terror una vez más y, al final, resignación y aceptación.

Sin embargo, no responde, sino que me tira de la mano y me lleva a la carrera hasta una nevera llena de helados. Oh, joder, ¿no podía haberme arrastrado hasta el pasillo de los pepinillos y la remolacha? Pippa me va a matar cuando regrese.

—Shhh —suelta. Se acerca hasta mí y sí, os confirmo que ese paquete de patatas ha tenido días mejores. Cuando no era un carbohidrato y todavía estaba bajo tierra—. Nos van a escuchar.

Observo todo a mi alrededor y perdonadme que ironice con el asunto.

—Claro, las neveras cotillas hablan entre ellas cada noche para airear los sucios secretos vecinales.

—¿Estás usando el sarcasmo conmigo?

—¿Puede?

Rueda los ojos y finalmente sonríe.

—Me caes bien, ¿lo sabías?

Niego y dejo escapar el aire por la nariz. Me gusta sentirme así.

—No quiero responder a eso —finaliza bajando la vista.

—Bueno, a ver, digamos que soy una persona intuitiva y perspicaz. —Olvidaos de que hace nada dije que no era esto, porque sí que lo soy y punto—. Y digamos que he sabido leer las señales. —Menudo farol me estoy tirando—. Pero, corrígeme si me equivoco, babeas cada vez que te encuentras con el vikingo.

Samira parpadea y el rubor que le tiñe las mejillas es toda la respuesta que necesito.

—Vale, sí, me pone. Me gusta. Y no se lo digas a Liam porque usará eso para burlarse de mí —agrega amenazándome con un dedo.

—Creo que no hablamos de la misma persona —avanzamos hacia la caja.

—Créeme, ese hombre sabe reírse de los demás, es solo que… Bueno… —Alza los hombros—. Le cuesta abrirse.

Le cuesta abrirse puede que sea un eufemismo de los míos para explicar que odia a la humanidad. O a la humanidad que no es su amiga. ¿Por qué tengo la ligera sospecha de que hay cosas que no sé y que hacen que no llegue a entender todo lo que lo rodea?

Me limito a asentir mientras me dirijo hacia la caja. Samira sigue mis pasos y sucede lo mismo del otro día. Ni una mirada.

Cuando salimos de nuevo a la calle, ella se me adelanta una vez más e impide que siga avanzando.

—Oye, Autumn, puede que no te lo haya dicho porque no soy muy buena en estas cosas y… me cuesta, a veces me cuesta. Solo quiero que sepas que… no estás sola.

Abro la boca con la intención de soltar alguna frase que rompa el momento de tensión, sin embargo, me doy cuenta, más pronto que tarde, de que el nudo que tengo en la garganta me impide hacerlo. Así que, simplemente, nos cogemos de la mano y caminamos en dirección a su casa.

A esa en la que quizá me sienta mejor que bien. Y no tan sola como parece.

CAPÍTULO 29
Especial
Liam



Observo por la ventana cómo Samira y Autumn se acercan por la carretera, cogidas de la mano y hablando sin parar, y hay algo que se me clava, una vez más, en el centro del pecho.

Recuerdos.

Esos que tienen el poder de conectar nuestro pasado, nuestro presente y condicionar nuestro futuro. Pueden ser cadenas o alas, pueden convertirse en refugios o fantasmas, pueden arrojarte al fondo del abismo o hacerte rozar el cielo y, sin embargo, esos mismos recuerdos, sean de la índole que sean, son los que nos convierten en humanos.

Me aparto de la ventana porque algo me dice que Autumn se ha dado cuenta de que la observo a través de ella. Escondido, síntoma del cobarde en el que me he convertido.

La puerta golpea contra la madera de la entrada y el hacha cae con pesadez hacia el suelo.

—Upsss —suelta Samira sin más.

Se cuela dentro de casa y se acerca hasta el salón. He cerrado las cortinas y apenas pasa un poco de luz a través de ellas.

—¿Te lo has pasado bien? —formulo la pregunta de forma individual, pero lo que realmente quiero saber es si ha pasado la mañana con Autumn.

—¿Por qué quieres saberlo?

Toma asiento en el sofá y sube de nuevo las pesadas botas sobre mi mesa de centro. Gruño en respuesta, y ella sonríe como si eso

fuese justo lo que quisiese conseguir: sacarme de mis casillas.

—Samira…

Siente la advertencia en mi tono y las baja de inmediato.

—Vale, vale… Cómo te pones cuando te mosqueas, joder.

La melena le envuelve el rostro y por un segundo tardo en reaccionar y en recordarme a mí mismo que es Samira… Que no hay nadie más.

Recuerdos.

En ocasiones, basta un olor, el color de un cabello, el movimiento del mismo, un sonido o una risa para que el recuerdo vuelva con toda su fuerza. Y entonces te das cuenta de que lo vivido nunca se fue, solo se ha quedado dormido en algún rincón del alma, esperando el momento para volver a hacerte sangrar.

—¿Me estás escuchando?

Me coloco las gafas de nuevo intentando ganar algo de tiempo. Samira es como un sabueso, es capaz de detectar mis estados de ánimo e interpretarlos.

—Perdona, estaba pensando.

—¿En Autumn?

Alzo la vista cuando pronuncia su nombre y encuentro su mirada calculadora puesta sobre mí.

—En Arianna —respondo con honestidad.

Samira ladea la cabeza de nuevo y se acerca, descalza, con un calcetín roto del que, en esta ocasión, no hago broma alguna.

—Liam…

Doy un paso atrás y choco contra la chimenea. No quiero hablar de ello. No quiero volver a tocar el tema porque nunca me consuela, nada de lo que se diga va a conseguirlo.

—No, Samira. Ahora no…

Ella asiente, aunque soy consciente de que mi respuesta también le ha hecho daño y me siento egoísta de inmediato por mi reacción.

—¿Dónde está Autumn?

Alza la mirada y la clava en la ventana. Se acerca hasta allí y abre la cortina.

—No tengo ni idea. Solo me explicó que tenía algo que hacer y que nos veríamos en un rato.

Nos sumimos de nuevo en un silencio incómodo mientras observamos el exterior. No hay rastro de mi vecina.

—¿Y Max?

—Vendrá a cenar de un momento a otro.

—Pediremos unas *pizzas*. Tal vez Jared las pueda traer. Me ha escrito. Ya vuelve al pueblo.

—Autumn me ha contado que la estás ayudando con la casa. —Cabeceo afirmando y siento la mirada de Samira evaluándome de nuevo como una linterna que busca grietas en una pared recién pintada—. No pasa nada, Liam.

Me agarra la mano, y bajo la vista hacia donde se unen. No hay nada romántico en ese gesto, no tiene nada que ver con la forma en la que quiero tocar a Autumn o con las preguntas que le quiero formular para saberlo todo de ella. No tiene nada que ver, aquí hay complicidad y cariño.

Y dolor compartido.

—Ella… —tantea mi amiga y mueve la cabeza hacia la puerta de la entrada, como si la estuviese invocando— se siente sola, Liam.

Me aparto una vez más como si ese comentario no me afectase. Lo hace. No sé por qué, pero lo hace.

—¿Cómo lo sabes?

—Le prometí que no te contaría nada. —Hace una breve pausa en la que mide sus palabras antes de escoger cuidadosamente cuál será el golpe que duela menos—. Creo que deberías ser menos capullo con ella.

—Ya soy menos capullo con ella —confieso.

Samira asiente como si entendiese que es cierto y que las cosas han cambiado entre nosotros. Porque lo han hecho. Porque anoche me contó lo de esa casa, lo de sus padres, el alma que le pone todo y, aunque sé que hay muchos secretos todavía por descubrir, quiero conocerlos todos.

Samira me agarra la mano y la aprieta con cariño, es un gesto lleno de una carga emocional, de la de dos personas que se entienden, que se quieren, que son familia. Me deshago de su agarre justo cuando la puerta se abre.

Mi amiga se adelanta y le sonríe a la recién llegada como si no hubiese habido un momento de tensión entre ambos, una confesión, un desgarro más en el pecho, mientras se dan un abrazo como si se conociesen de toda la vida.

«Se siente sola, Liam».

—¿Estás lista? —le pregunta trayéndome de nuevo al presente.

Alzo una ceja al final de la habitación. Nuestras miradas se encuentran y ella me sonríe. Y cuando lo hace, algo se prende en mi pecho, como si ese hielo que recubre todo, se resquebrajase.

—Estoy lista —apunta ella.

—¿Para qué?

—¿Quieres averiguarlo? —Me provoca con sus palabras.

Me adelanto y cuando se da cuenta de que es mi forma de afirmar, salen y se dirigen hacia el lago. Las sigo sin dudar. Y, cuando llegan al borde, Michelle corre hacia ellas agitando los brazos.

—Guauuuu —grita cuando se colocan las tres al borde del lago—. Samira, ¿te vas a animar?

Me percato más pronto que tarde de lo que van a hacer. Me dejo caer en el suelo, alargo las piernas y apoyo la espalda en el enorme tronco de una secuoya.

—Les he contado a todos mis compañeros que estoy aprendiendo *ballet*.

Alzo la vista, y Autumn ladea la cabeza hasta que me observa. Me regala otra sonrisa. Así que es eso… Por eso hace esos estiramientos y por eso cada día viene hasta aquí. Cada día sin excepción. Le da igual lo cansada que esté, lo mucho que haya trabajado en la casa y las maderas que haya cargado.

—¿Eres bailarina de *ballet*? —le pregunto.

No se gira del todo y no es necesario que lo haga porque su mirada brilla cuando pronuncio esas palabras.

—Lo intento.

—Es de las mejores —cuenta Michelle—. Lo sé.

—Si lo dices así, tendré que creérmelo —responde Autumn sin perder el buen humor.

Y, sin embargo, sé que hay algo ahí que a ella también la hace sangrar.

Puede que sea porque su sonrisa no es del todo sincera, porque no le llega a los ojos o por la rigidez de su postura. O porque sé cuándo alguien está roto. Como lo estoy yo.

Se sumen en los mismos movimientos que he visto en estas últimas semanas. Estiramientos, pequeños pasos, y me río cuando Samira tropieza y está a punto de caer al agua.

Por el rabillo del ojo veo a Finn, que se acerca, medio agazapado entre la maleza, hasta que se sitúa en la parte trasera de la secuoya en la que me he sentado.

Cuando llevo mi mirada hasta el porche de Hannah, la veo allí, con una sonrisa enorme en los labios sin poder apartar la vista de las tres chicas que hay en el borde del lago.

—Mañana podríamos meternos —propone Michelle, que se balancea sobre las puntas tal y como le pide Autumn que haga.

Es hipnótico y me corta la respiración. No me sorprende este último hecho y debería hacerlo.

Por eso sus movimientos me resultaban tan delicados y elegantes, porque lo lleva en la sangre.

Me miro las manos y no puedo dejar de pensar en lo rudo que parezco yo y en lo exquisita que me resulta ella.

Somos polos opuestos. Somos el día y la noche. Somos la pausa y el impulso. Somos el ruido y el silencio. Ella tan valiente y yo tan cobarde. Ella tan sencilla y yo tan esquivo. Y, sin embargo, hay algo en ella que me desarma de una forma que no logro entender y, por encima de todo, que me hace sentir…, me hace sentir que no debería sentirlo.

Contradictorio, ¿verdad?

—Haremos lo que quieras —le promete a Michelle, que la mira embelesada.

Hannah sigue en la entrada de su casa, con Andy apoyado en la cadera, me levanto y me sacudo los pantalones, sabiendo que si permanezco más tiempo aquí…, sabiendo que no puedo permitírmelo.

—Oye, Finn —grita Autumn—, ¿por qué no te acercas?

Y Finn corre hasta su casa. Huye.

Como lo hago yo.

CAPÍTULO 30
Lo difícil es no fijarse en él
Autumn



—¡Y aquí está mi futura mujer! —exclama Max cuando entra en la cocina con cinco cajas de *pizza*. Jared es el encargado de darle el empujón y de cerrar la puerta tras el pequeño tropiezo del portador de nuestra cena.

A Dios doy gracias porque no haya terminado en el suelo.

Hoy me lo he pasado genial. De verdad. Tenéis que saberlo. La mañana en la cafetería, el desayuno compartido con Samira, la tarde en el lago haciendo estiramientos y enseñando a Michelle a adoptar posturas, y Samira… se lo tomó muy en serio. Pensé… Pensé que se reiría o bromearía con ello y, sin embargo, asentía con cada corrección e intentaba mejorar, es más, me aseguró que procuraría venir todos los días porque quería aprender. Mi corazoncito rebosaba alegría cuando me quedé a solas unos minutos antes de ponerme en marcha.

Liam se fue a casa de Hannah, y Finn corrió tras él, hasta que volvió y se escondió de nuevo tras la secuoya enorme en la que se apoyó mi vecino. Alzo la vista y lo observo. Me está sonriendo. Un poco, no os vayáis a pensar que es todo dientes. No obstante, lo hace.

Y eso es un tanto que me anoto.

—Vaya, ¡si aquí está mi estafador favorito! —le respondo tirando de ironía y ganándome un par de risillas por ello.

Max no parece pillarlo porque me mira embelesado.

—Has creado a un monstruo —suelta Liam cuando pasa por su lado para ayudarlo con la cena. O para salvarla. No lo tengo claro del todo—. Bienvenido a casa. —Le da un par de palmadas a Jared y luego hacen esas cosas tan varoniles que nos hacen suspirar a las mujeres, chocan cada uno un lado del pecho mientras se dan un par de palmadas en el omóplato y se separan como si nada.

Vale. Es oficial: eso me ha puesto.

Estoy entrando en pánico, es hora de que lo asumáis. Porque no puedo apartar los ojos de ese hombre. Porque esta tarde me miraba de una forma diferente a la manera en la que lo ha hecho en estas últimas semanas, como si se debatiese en acercarse y secuestrarme o como si se sintiese arrepentido de ello.

Ojalá sucediese lo primero.

Sacudo la cabeza en un intento —que queda en eso— de que mis pensamientos no vayan más allá porque encima, señoras y señores, se ha puesto esas gafas y lo imagino con ellas. Solo con ellas.

Sin nada más, para que nos entendamos.

Liam vuelve a pasar por mi lado, en esta ocasión su brazo roza el mío y… me estremezco ante algo tan nimio como eso.

June se reiría de mí. Mucho.

—Que sepas —suelta Max cuando se coloca frente a mí— que te perdono por llamarme estafador cuando todos sabemos que soy un excelente narrador de verdades a medias.

Samira se ríe en voz alta, y yo también, porque de eso justo hablamos esta tarde. La elocuencia de Max no tiene límites.

—¿Qué me he perdido? —pregunta Max mirándonos de forma alternativa—. ¿Os habéis hecho íntimas y os dedicáis a hablar de chicos manteniéndome al margen de dicho cotilleo insano? —pregunta él dirigiéndose a las dos a la vez. Probando a ver quién es la que responde primero.

—Puede ser —suelta Samira. Y le dirige una mirada críptica a Jared.

—¿Qué tal todo por aquí, Hunter? —El vikingo es más tonto de lo que pensaba. Será un hacha en el trabajo, pero lo que son las emociones…, está suspendido.

—He trabajado en la casa de Autumn estos últimos días —le cuenta.

Veo que Beth y Moses no son los únicos estupefactos con cierto tema que me atañe.

—¿Gratis? —pregunta.

Y me quedo perpleja ante la forma en la que lo formula. ¿Habrán hablado de eso? ¿Me habré perdido algo?

—Quise hacerlo y ya está, no sé por qué te sorprende tanto.

—Bueno, pues porque, para empezar, nunca haces ese tipo de cosas. Sin dinero de por medio. Dios sabe que te lo he pedido cientos de veces, es más, Dios sabe que te pedí que me ayudases y me aseguraste que no lo harías.

Me señala como si no estuviese presente y, ojito, que lo estoy y no solo eso, sino que estoy recopilando información y tengo preguntas. Muchas preguntas.

—Esto se pone interesante. —Esa es una respuesta que se me pasa por la cabeza, sí.

—No veo que sea para tanto.

A ver… Claro, porque quiere que me largue de aquí, y ellos, que tienen un corazón bueno y empático, no entienden ese razonamiento como lo entiendo yo.

Me acerco a Samira y los dejo allí hablando y susurrando, actúan como si yo no estuviese y tengo claro que esto no va a quedar así.

—¿Sabes lo que les pasa? —pregunta ella, que se está encargando de cortar bien los trozos de *pizza* para que podamos servirnos sin problema.

—Algo sobre trabajar en mi casa gratis cuando nunca lo hace.

Samira ya lo sabía, así que, para ella, al menos, no supone ningún tipo de *shock*.

—Entonces… ¿Me has echado de menos, Autumn? —pregunta Max, que se sitúa a mi lado.

—Tanto como a un grano en el culo —respondo yo.

Samira suelta una risilla mientras saca los platos. Aparto la vista, y Jared le está dando un par de palmadas en la espalda a Liam y sé que con eso han puesto fin a la conversación.

—Eres la mujer más impresionante que he conocido —suelta él como si le hubiese comprado todos los aparatos de osmosis en mal estado sin poner pega alguna y pagándole el doble. Cosa que no va a suceder. Nunca.

—No has conocido a muchas mujeres —ironizo yo.

Liam se ríe al pasar por mi lado, y Samira aparta la vista de los platos que estaba colocando para cruzarla con mi vecino. Hay un lenguaje extraño entre ellos, un idioma fruto de la confianza, y de la relación tan estrecha que tienen y me hace sentir… fuera de lugar. Al final, le guiña un ojo, y Liam solo aparta la mirada sin más, avergonzado.

Esa debe de ser una de las mejores habilidades que tiene Samira, porque ya te digo yo que abochornar a un tipo tan grande como él…, uno que me cerró la puerta en las narices sin dudar, no tiene que ser tarea fácil.

—¿Max? Nadie en su sano juicio tendría una relación con un chico como él —salta Jared sin dudar, escucho cómo se rompe el corazón del estafador desde aquí.

—A ver —intervengo—, no sé si es muy apropiado por tu parte hacer ese tipo de comentarios cuando no te darías cuenta de lo que pierdes ni aunque tuviese un cartel colgado diciéndotelo.

El silencio denso y amargo se abre paso entre nosotros. La primera mirada que me encuentro es la de Liam, que da la sensación de que se divierte con todo este asunto. Y también parece estar recordando nuestra conversación sobre este asuntillo de nada.

Estoy enfadada, así que no le devuelvo el gesto. Samira, por el contrario, está blanca como el papel. Max pestañea de forma incesante y mueve la cabeza en busca de la reacción de cada uno de los presentes intentando entender a qué ha venido todo esto.

Jared frunce tanto el ceño que la frente se le ha mimetizado con las mejillas. He perdido oficialmente, gracias a mi lengua larga, a mi contratista y salvador.

—¿De qué hablas? —pregunta sin más.

Me adelanto y me coloco a su altura. Mi cabeza le llega a la mitad del pecho porque es un tío corpulento y debería intimidarme cantidad porque estoy segura de que sabe partir maderas con los

brazos, sin embargo, no me achanto porque soy una kamikaze de la vida.

—Hablo de que deberías prestar atención a los que te rodean… —Hago una pausa—. Porque te estás perdiendo cosas por ser un imbécil.

No tengo nada más que añadir y no voy a joder mi relación con Samira ahora que parece que nos hemos hecho… ¿amigas?

Cruzo una mirada con ella y le guiño un ojo. El rubor le cubre las mejillas y se le encienden hasta la punta de las orejas, está tan mona así.

—Vale, mejor dejar de hablar y empecemos a comer porque la *pizza* ya tiene que estar fría. —Que sea Liam el que rompe el momento de tensión se las trae. Podría dar hachazos a diestro y siniestro, eso también lo rompería.

Max toma asiento a mi lado, y Jared, al lado de Samira. Liam es el único que permanece en un lateral, a mi derecha y a la izquierda de su amiga.

—Entonces…, ¿me darás una cita?

—¿Dejarás de meterte en líos? —le respondo a Max, que sigue erre que erre. Todo hay que decirlo, este hombre es persistente.

—Yo nunca me meto en líos. —Samira se atraganta.

—Claro, por eso llevas una semana encerrado en mi casa sin pisar la tuya.

—Es por seguridad. Y para que te sientas menos sola, no creas que no me he dado cuenta de que estás a nada y menos de adoptar cinco gatitos —suelta él—. Ni siquiera tienes citas, ¿es que estás esperando por mí? Porque ya estoy pillado. —Y me señala con un trozo de *pizza* a la que se le está cayendo el queso por la punta.

Liam refunfuña, y entonces me giro y le propino una colleja.

—Auuu. ¿Y esa por qué?

—Por imbécil. Por estafador. Y porque me apetecía.

Max suspira y me pone ojitos. Tal vez mis collejas sean su fetiche…

—Estoy loco por esta chica. —Sí, lo es.

Liam le da otra, y Jared se ríe justo antes de intercambiar una mirada con Samira. Le guiña un ojo, y ella…, ella sonríe

abiertamente antes de mirarme a mí y asentir.

Le devuelvo el gesto.

Roma no se construyó en un día. Ni en dos.

CAPÍTULO 31
La soledad de dos corazones rotos
Liam



—Estás enfadada. —No es una pregunta, es una afirmación y de lo más contundente.

—Ah, ¿sí? ¿La *pizza* te concedió el poder de la astucia? —ironiza ella.

Me quedo embelesado observándola unos segundos de más. Sus pómulos altos y marcados, las pecas que le surcan la nariz y aterrizan en las mejillas como estelas en el mar. La claridad y honestidad que encuentro siempre en su mirada, teñida ahora por el desafío que emana de ella. La postura firme y, a su vez, cómoda. Los brazos, que se mueven sin cesar mientras termina de colocar los cubiertos en el cajón que tiene a su derecha. Las piernas largas enfundadas en esas mallas que se amoldan y marcan cada curva de su delicada figura. Y la sinuosidad de la misma.

Imagino lo que debería sentir si esas piernas me envolviesen las caderas sobre esta misma encimera. En esta misma cocina.

Sería como desenvolver un puto regalo de Navidad.

Chasqueo la lengua y doy un paso atrás. Pretendo acomodarme sobre la mesa. Autumn niega a su vez.

—Oh, no, esta vez no vas a escaparte de esto —sentencia con la voz firme.

Le brillan tanto los ojos que me permito bucear en ellos.

La comisura de los labios se me eleva. Siento la mirada de Autumn paseando por mi cara, por mi cuerpo y me deleito con ese sencillo

gesto.

Fantaseo con cómo serían las cosas si la culpa no me persiguiese con cada paso que doy. Me permito hacerlo y sé que todo sería muy diferente y también soy consciente de que debería salir de esta habitación antes de que cometa alguna locura de la que luego me arrepienta y, aun así, aquí estoy, frente a ella, intentando encontrar motivos para irme cuando solo los encuentro para quedarme.

—¿Te sientes sola, Autumn?

No he dejado de pensar en esto. La forma en la que Samira me lo contó, la tristeza que teñían sus palabras, la manera en la que me miró cuando entró, intentando enseñarme el lado bonito de las cosas, el que no lleva un peso, el que no la ahoga. Porque hacemos eso, ¿sabes? Jugamos a escondernos, planeamos la manera en la que evitar que los demás nos conozcan y sepan lo que nos hace vulnerables, protegemos nuestras emociones de posibles daños cuando ya no hay nada que pueda destrozarnos más de lo que lo estamos.

—Yo… —titubea y no es capaz de acabar la frase.

Me adelanto y me sitúo frente a la chica que me desconcierta. La que me llama como la luz a las polillas. Como la luna provoca las mareas. Como las flores a las mariposas en plena primavera.

—No pasa nada, Autumn. No pasa nada —repito.

Y alargo la mano hacia ese mechón rebelde que busca su mejilla de forma constante. Quiero proporcionarle el consuelo que yo no logro encontrar.

Llevo los dedos hacia él, sin saber lo que voy a sentir cuando lo haga. Sin entender esa chispa que se prende y lo enciende todo a nuestro alrededor. Sin analizar la corriente que me sale de los dedos, ese magnetismo que me impide huir y que, a su vez, me pide avanzar.

Es suave y delicado, como lo es todo en ella.

Me observa desde su altura, pestañeando sin cesar, intentando averiguar cuál será mi siguiente paso sin comprender que ni yo mismo lo sé. No me reconozco en este gesto, en este cuerpo. En el deseo que me sacude las entrañas.

En el ardor que susurra su nombre.

—No pude despedirme. —Ahoga un resuello y mira por la ventana en busca de la casa, de lo único que le queda de ellos—. No pude hacerlo, Liam, y los echo mucho de menos.

Sé de lo que habla, entiendo por qué se siente así.

—Nunca se supera una pérdida, pecosa, simplemente aprendes a convivir con ese dolor el resto de tu vida.

—¿Por qué? ¿Por qué tiene que ser así?

—Porque, si fuese justo, no sería la vida.

Se aparta y se apoya en la encimera de la cocina. Mira hacia el suelo, hacia su rodilla, hacia sus piernas. Me apoyo a su lado, observando la pared de enfrente. Vacía. Sin vida. Casi como nosotros.

—Todavía me cuesta.

—Lo estás haciendo bien. —Es todo lo que sé.

—¿Por qué estás tan seguro? —Tiene su mirada clavada en la mía y, en vez de ocultarme tras una máscara imperturbable, dejo que me lea. Permito que lo haga.

—Porque decidiste tomar el camino de la alegría en vez del camino de la tristeza, Autumn. ¿Acaso no te ves? Iluminas todo a tu paso. Tu risa podría cambiar el estado de ánimo de cualquiera. ¿Un día de mierda? —La observo—. Eres capaz de cambiar eso.

—Liam… —susurra sin más.

Su voz cada vez más perdida en las profundidades del abismo y allí es donde muchas veces me encuentro yo.

Inspiro profundamente.

—No dejes que nadie te quite todo lo bonito que tienes. No dejes que la vida te arrebate más de lo que ya has entregado. Ojalá existiesen más personas con esa fortaleza que llevas por bandera. Con esa empatía, con esas ganas de comerte el mundo a pesar de que el mundo ya te ha comido a ti. —Asiento y a su mirada acuden algunas lágrimas. Parpadea y aparta sus ojos de los míos, escondiéndose—. Llorar también sana. —«Aunque yo no haya sido capaz de hacerlo», me recuerdo.

—¿Por qué te comportas así? —me pregunta—. ¿Por qué a veces no te entiendo?

Suelto una risa nasal de lo más ridícula.

—Ni siquiera yo mismo lo hago, pecosa.

No entiendo qué me llama tanto de ella. No entiendo por qué quiero enterrarle el resto de mis dedos en el pelo. No entiendo por qué cuando la tengo cerca se me olvida el dolor del pasado.

—¿Por qué me llamas así?

Ladeo la cabeza y reparo una vez más en la cantidad de pecas que cubren su piel.

—Creo que lo sabes.

Se lleva las manos a las mejillas y me coloco de lado, ella también. Ambos cerca, con nuestras caderas apoyadas en la encimera.

Me muero por tocarla. Por tocarla más. Por sentir esa piel bajo la yema de los dedos. Descubrir si cerrará los ojos cuando lo haga; si se morderá el labio, traviesa; si gemirá si muerdo su boca. El sabor de su lengua.

En cambio, me guardo las manos en los bolsillos, marcando distancia, alzando una vez más la barrera que aparta a Liam de todo.

No puedo tocarla. No me puedo permitir hacer eso.

Ella es como una estrella fugaz en medio del firmamento, son raras de ver, pero, cuando lo haces, se quedan en tu memoria para siempre.

—¿Por qué estás enfadada?

Traga con fuerza y sacude la cabeza, está entendiendo el cambio de tema y aceptándolo. Tampoco quiere sentirse vulnerable, al final, ella y yo nos parecemos demasiado.

—Porque eres un imbécil —susurra. Guerrera. Fiera. Testaruda.

Y maravillosa.

—¿Es un halago? —bromeo destensando el ambiente.

Deja pasar la broma y se aferra a lo importante con uñas y dientes. La admiración que siento por ella crece por momentos.

Y no debería. Joder. No debería.

—¿Qué fue eso de ahí? —Señala hacia la entrada de la casa—. Lo que pasó con Jared.

—¿El qué?

Suspira exasperada.

—¿Por qué me ayudas? ¿Quieres que me vaya?, ¿es eso? ¿Supongo una molestia para ti?

Inhalo profundamente y cierro los ojos. Sí, soy un completo imbécil si es lo que ella ha sacado en claro de todo esto. Niego con efusividad.

—No es eso.

No quiero que se vaya. No quiero confesarle que he pensado en ella en esta cocina cada día. Y en el sabor amargo que me produce imaginarlo. En que salgo a correr para huir de esos pensamientos y, aun así, me dan alcance. Siempre lo hacen.

—Explícamelo —me ruega—. Liam, explícamelo.

Ni siquiera sé por dónde empezar.

Avanzo un par de pasos, y Autumn me sujeta por la muñeca.

—No me voy a ir —le confieso.

Me permite avanzar no sin mirar una vez más ese pequeño contacto que nos mantiene unidos, anclados. Abro la nevera y saco de ella una botella de vino. La compré de camino a casa, pensando en compartirla con ella cuando nos quedásemos a solas.

—¿Pretendes emborracharme? —Sonríe ladina.

—Pretendo emborracharme —concluyo.

La descorcho y se la tiendo sin dudar.

—Sin copas ni nada. Esto sí que es glamuroso. No hay nada que una más a dos personas que compartir una botella de vino a morro, di que sí, Liam. —Y brinda en mi honor antes de tragar y tragar sin elegancia alguna—. Está delicioso.

«Como tú».

Sacudo la cabeza y le robo la botella intentando obviar el hecho de que sus labios también han estado ahí mismo, donde ahora están los míos.

—No lo hago porque quiera que te vayas —me sincero—, lo hago porque, si alguien merece disfrutar de sus recuerdos, esa eres tú —puntualizo.

Me analiza el rostro. Los ojos, los labios, las manos y de nuevo, la boca.

—Me prestaste tu ayuda antes de que te contase lo de mis padres. —Chica lista.

Me alzo de hombros en un vano intento de restarle importancia al asunto.

—Tengo que hacer una obra de caridad al año o Samira se enfada conmigo —bromeo destensando el ambiente.

—Ya, claro. —Chasquea la lengua.

—No le des tanta importancia, Autumn, es solo una persona echándole una mano a otra.

«No, no es solo eso y lo sabes bien».

Otra cosa que guardar en el cajón del desastre emocional.

Ella asiente antes de volver a beber y tenderme la botella. Cuando clava su mirada en la mía, siento el huracán antes de que toque tierra.

—Solo que tú y yo sabemos que no es solo eso, Liam, ¿verdad? No solo es una persona ayudando a otra.

Extiende la mano y sujeta la mía. El contacto es suave y decidido. Y caldea todo a su paso. A mí.

—Gracias —susurra.

Entonces, ocurre. Se pone de puntillas y me da un beso en la mejilla. Me quedo de piedra ante algo tan ridículo como esto.

Un beso.

Un beso en la mejilla.

Y, sin embargo, es como si esa estrella fugaz me hubiese concedido un deseo; el de soñar.

Esta noche fantasearé con ese beso. Y con esos ojos que se cuelan en ellos para asegurarme que hay salvación. Solo que todavía no soy capaz de aferrarme a ella.

CAPÍTULO 32
Lo que no es mentira es verdad
Autumn



—Espera, ¿qué?

Me llevo las manos a la cara en un gesto de lo más ridículo, como si taparme los ojos fuese a borrar lo que pasó anoche en la cocina de esta misma casa.

—Tampoco es para tanto.

Quizá si la persuado a ella con mi discurso podré convencerme a mí misma también, porque sí, es para tanto. De hecho, es para mucho.

—Autumn, por favor, no puedes frivolizar con algo tan serio como esto. —No, no la he convencido en absoluto.

«Solo que tú y yo sabemos que no es solo eso, Liam, ¿verdad? No solo es una persona ayudando a otra».

—Vale, es para mucho —cedo utilizando mis mismos pensamientos y algo en mi interior se retuerce.

—¿Estás gritando?

Por lo visto, ella se ha dado cuenta de que no es solo una frase expuesta sin más.

—¿Cómo puedo ser tan bocazas?

—Siempre has sido una kamikaze de las palabras. Ahora solo falta que te lances a su yugular y pruebes eso que tiene para darte.

Otro gritito, esta vez algo más neurótico.

—No pienso hacer eso. —Aunque me muero de ganas.

—Pero te mueres de ganas, ¿a que sí?

—¿Estás leyendo mis pensamientos, June?

—Estoy acertando en todo, ¿ehh? Tal vez podría inventar un aparato para eso —medita al otro lado—. ¡Ya sé! El Pensadetectómetro Tres Mil, sería ideal. Lo visualizo, un casco lleno de antenas de colores, una bola de cristal en miniatura y una *app* que te dice si has fallado o has acertado. Por control remoto, como las nuevas tecnologías, ¿crees que debería patentarlo? Antes de que se me adelante ese estafador que vive en el pueblo contigo.

—Claro, y nada de hacer pruebas en animales —le propongo.

—¿Ya has conseguido alimentar al mapache?

—No —confieso—. Le dejé galletas ayer por la noche esperando a que se las llevase. Me siento culpable por haberle robado su hogar.

—Pues es muy sencillo, quita lo que hizo el macho ese que tienes por leñador y deja que vuelva a colarse en tu garaje.

Llamar a eso garaje tiene delito.

—No puedo hacer eso.

—¿Te das cuenta de que eres una contradicción andante, Autumn? «Oh, quiero averiguar si Liam sabe dónde tengo el clítoris». «Oh, no puedo permitir que lo haga». «Oh, me sincero y le cuento lo de mis padres». «Oh, no puedo robarles la casa a los mapaches». ¿Ha sido suficiente?

Sí, está usando el sarcasmo del otro día en mi contra, es justo lo que piensas.

—Vale, lo he pillado y…

—¿Qué? ¿Qué me estás ocultando?

—Usa el pensadetectómetro tres mil —le propongo.

Si June estuviese frente a mí, me estaría haciendo una peineta. Dudo que no la esté haciendo y para eso no me hace falta ningún trasto averiguador de pensamientos, que lo sepáis.

—Ja. Ja. Ja. Muy chistosa.

—Gracias.

—Desembucha, Autumn.

Titubeo porque me parece tan íntimo lo que voy a contarle que es como si estuviese profanando eso que se abre ante nosotros.

—Me ha llamado pecosa.

Otra vez me tapo la cara con las manos, a pesar de que mi amiga no pueda verme a través del teléfono.

—¿Pecosa? Ah, claro, por tus pecas —sentencia ella—. Es muy mono, Autumn. Es muy mono. Espera… —Hace una pausa—. ¿Me lo has estado pintando como un imbécil de campeonato estas semanas y resulta que es terriblemente encantador?

Niego.

—¿Puede una persona ser las dos cosas?

—Solo si es bipolar.

—Liam no parece bipolar —aclaro recordando nuestras conversaciones de estas últimas noches y las miradas que nos hemos ido robando a escondidas.

—Entonces, solo si tiene algún problema mental.

—La bipolaridad es un problema mental, June.

—Eso ya lo sabía, solo quería ponerte a prueba. —Se ríe al otro lado.

—Es solo que… hemos cambiado. Él lo ha hecho porque yo sigo siendo la misma.

—Solo que más sincera. Con él —especifica.

Inspiro y exhalo con profundidad.

—No sé qué decir —matizo al final y me reprendo por no tener chocolate para ahogar las penas.

—Vale, voy a ser la amiga que normalmente soy, solo que esta vez no podrás ver mis caras y sí imaginarlas. Tal vez pueda patentar algún trasto sobre esto y ya disertaré más adelante sobre ello, ahora me voy a centrar en ti y solo en ti. Te gusta —suelta de carrerilla y no puedo evitar que una sensación de calidez se me extienda por el pecho y me suba por las mejillas, como cuando te pillan robando algo y no sabes cómo justificar el delito.

Suspiro de nuevo, un tanto abrumada.

—¿Sabes? No sé qué responder a eso tampoco.

—No es necesario que lo hagas, ¿cuánto tiempo hace que nos conocemos, Autumn?, ¿quince años?, ¿veinte años?

—Veintitrés.

—Bien, te estaba poniendo a prueba y has aprobado. Hace veintitrés putos años que somos hermanas, Autumn, y te conozco

casi mejor de lo que te conoces a ti misma. Y me siento orgullosa de poder decir eso. Y sé cuándo un tío te gusta porque me escondes cosas, pecosa.

¿Sentís ese calorcillo recorriendo vuestras mejillas?, ¿no? Ah, claro, porque son las mías las que se han encendido.

—Ese ha sido un golpe bajo.

—Tíratelo —me propone, así, sin más. Porque esa es June, la inventora y la bocazas. No sabría aseguraros qué característica de las dos la define más.

—Claro, por supuesto, y entonces me echará de su casa y acabaré viviendo en el coche desde el que te llamo varias veces a la semana. Todo mal.

—Yo solo veo ventajas en ese plan porque, si te lo tiras, sabremos si es capaz de encontrar el clítoris, muchos hombres no saben dónde está y algunos creen que es un mito. Un invento de las mujeres o algo así —sentencia ella sin perder el buen humor. Me lo contagia, claro—. Y si te echa, pues tendrás que volver a casa conmigo. Dime exactamente dónde está el problema en eso.

—Ya sabes por qué estoy aquí y también sabes que me gusta más de lo que esperaba.

—Maldita sea, vas a hacer que me mude a un pueblo en las montañas en el que no hay ni un cine para estar contigo y disfrutar de las vistas.

—Las montañas son preciosas. —Las observo.

—No hablo de esas vistas. —Carraspea.

—Eres insufrible.

—Señorita Insufrible —me corrige como hace siempre.

June me regala una carcajada y apoyo la cabeza en el volante intentando que esta vez no suene.

—¿Y tú? ¿Qué hay de ti? ¿Has hablado con Leon?

June guarda silencio al otro lado y aparto la frente del volante, como si al hacerlo fuese a tenerla justo enfrente.

—He quedado con él en un rato. En el teatro. No sé…, estoy nerviosa.

—¿Por verlo? Puede ser que Leon tampoco sepa dónde está el clítoris. —Le devuelvo la pelota.

—Créeme, estoy segura de que ese hombre sabe dónde está el clítoris y también el punto G.

—¿Ese no era otro mito?

—No lo sé, ¿me lo vas a contar cuando el leñador sexi te meta su tronco?

—¿Puedes ser más ordinaria, por favor?

—¿Me lo vas a contar cuando tu leñador sexi te rellene como a un pavo?

—Voy a colgar —la amenazo, y June se limita a carcajearse al otro lado.

—Tengo que dejarte, señorita Estrecha. Ya sabes, tengo una cita con mi baja de la plantilla.

—No seas dramática —le pido—. Y llámame para contármelo todo.

—Puede que me guarde cosas, pecosa.

Maldita, por eso no quería contárselo.

—Te quiero, June.

—Y yo a ti, Autumn.

Cuelgo con la intención de recuperarme de la conversación justo cuando unos golpes me hacen dar un bote en el asiento del coche.

Michelle me saluda con las manos mientras pega la pequeña nariz al cristal y deja restos de vaho en ella.

Sí, me gusta esto. Y me gusta mucho.

CAPÍTULO 33
La lengua muy larga
Autumn



—Oye, Samira, ¿duele mucho cuando alguien te rellena como a un pavo?

Samira, que está observando el lago mientras hace sus calentamientos previos, se gira como si tuviese dos cables eléctricos en los pezones y le hubiesen dado caña sin esperarlo.

—¿Cómo dices? —pregunta aturdida. O desconcertada. O asustada que te cagas.

Yo estoy en este último punto, que lo sepáis.

—Es que Autumn estaba hablando por teléfono con una chica y le ha preguntado si le contará cuando el leñador sexi la rellene como a un pavo.

Y sí, ya no es solo el miedo el que recorre mi cuerpo, es oficial, tengo que huir de Evermere, fue bonito mientras duró.

—No ha sido exactamente así. —Los ojos inquisitivos de Samira me evalúan de arriba abajo y siento el rubor tiñéndome las mejillas —. Además, Michelle, ¿nadie te ha enseñado que no está bien escuchar conversaciones ajenas?

¿Y nadie me ha enseñado a mí que los cristales de mi coche no aíslan en absoluto?

—Claro. No estaba escuchando nada, es solo que me he acercado porque tardabas mucho. Llevaba tiempo esperando y me aburría — concluye como si su argumento fuese de lo más lógico.

Samira se coloca las manos en las caderas y se acerca con esa pose de mujer fatal. En este instante me da miedo.

—Michelle, ¿puedes ir a buscarnos algo de beber? Mucho me temo que Autumn tiene la boca seca. —La pequeñaja corretea sin pensárselo dos veces y me arrepiento de no haberlo hecho yo también. En dirección a mi coche, a ser posible, y de ahí seis horas hasta la ciudad—. Aunque creo que es lo único que tienes seco.

Qué broma más asquerosa.

E ingeniosa.

Sonrío a pesar de que no debería hacerlo. Ya sabemos, kamikaze hasta la muerte.

—No fue así —intento excusarme, de una forma un tanto pésima, todo hay que decirlo. Todo en mí delata que fue de esa manera. La postura tensa, el tono titubeante y las mejillas encendidas—. Vale, sí que fue de esa manera. En mi defensa diré que June es mucha June.

Alza una de sus perfectas cejas. Claro, es normal que las tenga tan bonitas cuando es peluquera. La envidio, que lo sepáis, porque, además de un cutis y un pelo de diez, no tiene una amiga que hasta en la distancia la mete en líos. Y en líos de los gordos.

—Así que… ¿Habéis hablado de Liam? —¡Eufemismo va!

Ella se acerca todavía más y no tengo claro del todo si va a darme un guantazo por guarrilla o un par de palmadas para que termine de contarle el cotilleo.

«Por favor, que sea la segunda opción. Que elija la segunda opción».

—Claro que hablamos de él, porque es el que me ayuda en casa.

—Y porque te pone cerdaca, ¿ehh?

Es oficial, June y ella son almas gemelas. Dejad que se lo cuente a mi amiga.

—Un poco. Pero es una atracción platónica, de esas que sabes que no es correspondida en absoluto.

—¿Estás segura de eso?

—Mucho —afirmo sin dudar.

Samira aparta los ojos de mi rostro y mira detrás de mí. Siento sus pasos acercándose. Es una sensación de lo más extraña, es como…, como si mi cuerpo supiese dónde está, cuándo se acerca y no solo eso, sino que le encante que así sea.

Estoy fatal de lo mío.

—Te doy mi bendición —susurra antes de dar un par de pasos atrás y acercarse de nuevo a la orilla, dejándome sola ante el peligro —. ¡Hola, Liam! —grita de espaldas.

Se supone que esta tenía que ser una especie de reunión de amigas, vecinas y colegas, nada más allá de Samira, Michelle y yo, para quedar en este lago y darnos ese baño que me pidió que nos diésemos y al que, por supuesto, no podía negarme, porque cada vez empiezo a tener más claro que no hay nada que pueda negarle a ese bichillo que espía conversaciones ajenas.

Me adelanto unos pasos yo también solo para estar al lado de Samira. No quiero que queden conversaciones a medias entre nosotras. Si ahora vamos a ser amigas, quiero empezar con buen pie y la base de una buena amistad es la sinceridad. No hay nada mejor que ir de frente.

—¿No te molesta?

—¿Por qué debería molestarme? —Tantea el agua metiendo los dedos de los pies y se estremece.

—¿Está muy fría? —Ya me estoy arrepintiendo.

—No tanto. Y no, no me molesta. —Gira la cabeza sin mover del todo el cuerpo, sin darse la vuelta, y se toma unos segundos para mirar atrás. Ni siquiera necesito hacer lo mismo para saber a quién observa. Y os confieso que soy de carne débil porque yo también lo hago. Liam se encuentra apoyado en la misma secuoya del otro día. Se está deshaciendo de las botas y colocándolas a un lado de forma meticulosa. Lleva puesta esa maldita gorra y, aunque no lleva las gafas, está igual de bueno. Maldita sean mis hormonas y los pensamientos que June me mete en la cabeza. Como si necesitase que alimente el deseo, joder. Soy mujer hormonalmente muerta—. Creo que ya iba siendo hora —rumia.

Tengo la ligera sospecha de que ese comentario ha sido pronunciado en voz alta cuando era un pensamiento interno que no quería compartir conmigo.

Liam alza la vista y me dedica una sonrisa de medio lado. Es… arrebatador.

A pesar de que vuelve a llevar una de sus camisetas de siempre, con esos vaqueros bajos que tan bien le sientan.

—Hay una cosa que no entiendo… —Me acerco más mientras Samira comienza a desprenderse de la ropa y a lanzarla sin ton ni son. Comienza a caer sobre los arbustos más cercanos y no le importa una mierda que así sea—. ¿Por qué sigue soltero?

Samira resopla y se gira una vez más para mirarlo. Deja escapar un suspiro, está… ¿abatida?

—Eso tendrá que explicártelo él, Autumn. Yo no soy quién. Solo sé que Liam contigo… es diferente al que era. —Y me regala una sonrisa de agradecimiento—. Por favor —suplica—, no te rindas con él —me pide.

Esas palabras me golpean el pecho.

—Yo no… Ni siquiera… Yo no…

—Lo sé, lo sé, te asusta, es eso. Y te intimida y es normal, pero… ¿no has notado el cambio? Entre vosotros. —Y esto no es una pregunta como tal, es más una afirmación.

—Sí —confirmo y lo acompaño de un asentimiento con la cabeza para darle más énfasis. Porque se lo he contado a June y confío en Samira.

—Yo también me he percatado. —Posa las manos sobre las mías y sé que la mirada de Liam está clavada en nosotras dos—. Y estoy muy feliz porque se lo merece. Y perdona que hable de él porque quiero que nuestra relación sea estrecha y eso que te dije de que quería que fuésemos amigas es cierto, sin embargo…

—Sin embargo —la interrumpo—, Liam ha sido una constante en tu vida y está antes que yo —finalizo por ella y no lo expreso con un tono recriminatorio ni mucho menos, estoy poniéndole nombre y apellidos a la relación que ambos mantienen. Y a la realidad de las circunstancias.

—Exacto. —Desliza una mano desde mi hombro hasta mi mano y me aprieta los dedos a su paso—. Ten paciencia con él —me ruega —. Porque, aunque él no lo crea, en el centro del pecho sí que le late el corazón.

Me limito a asentir sin saber bien por qué me pide eso y por qué me recuerda algo que yo ya sé. Liam puede ser un gruñón y marcar

distancia, sí, y también lo he visto cuidar de los suyos…, hasta de mí.

Entonces camina hacia atrás, apoya las manos en los muslos, coge carrerilla y se lanza gritando.

Salpica tanto que abro la boca cuando el agua me empapa el pelo.

Escucho la carcajada de Samira en cuanto saca la cabeza del agua, pero la que de veras me llama la atención es la de Liam.

Me giro para observarlo unos segundos y la sonrisa sigue bailando en sus labios. Es guapísimo y… ¿y su camiseta?

Por favor, he muerto y estoy en el cielo de los leñadores cachas.

Y no me siento para nada culpable con lo que hago a continuación. Paseo la mirada por su torso desnudo. Por sus músculos definidos de una forma sexi, no hay ni rastro de grasa en ese cuerpo que me muero por recorrer. Una fina línea de vello castaño le cubre los pectorales y baja peligrosamente hasta la zona prohibida.

«Sí, esa es la zona que me rellenaría como un pavo».

Perdón, he dejado que salga de paseo la descarada que habita en mí. Cosa de que se te cortocircuiten las neuronas y eso.

Y doy gracias a Michelle por llegar y lanzarse a los brazos de él porque estaba a nada y menos de hacerlo yo.

¿Le habría gustado que lo hiciese o me habría rechazado con un gruñido de los suyos? No me queda del todo claro, no.

Lo peor es que puede que sea Michelle la que está entre sus brazos, que le esté haciendo cosquillas y que ella se retuerza como una serpiente, sin embargo, la mirada de Liam, verde y juguetona, está clavada en mí y solo en mí.

Le devuelvo la sonrisilla mientras me despojo de la camiseta y continúo con los *leggins* negros que llevo. Me he puesto un bikini de lo más normal, deportivo y cómodo, y, aun así, bajo su escrutinio es como si no llevase nada. Más desnuda que nunca.

La temperatura sube unos grados o quizá sea yo la que esté perdiendo el poco juicio que me queda.

Recorre mis curvas y me doy el lujo de recrearme en la forma en la que lo hace. En cómo comienza por los labios, el cuello, el pecho,

el abdomen y las piernas. Hasta que llega a la rodilla y este es el instante en el que más vulnerable me siento.

Porque está viendo mis luces y también mis sombras.

Porque ese es el recordatorio de lo que un día pude ser y de eso en lo que me he convertido y, aun así, alzo la barbilla, desafiante, porque esta soy yo: la que tiene heridas y de nada sirve esconderlas porque eso es lo que sucede con las cicatrices; que te acompañan allá a donde te dirijas.

CAPÍTULO 34
Cicatrices
Liam



No he visto un cuerpo más delicado y elegante en toda mi vida. Todo en ella lo es y todo en ella me llama, me atrae, me pide que me acerque y que lo haga mío.

Michelle ya está en el agua. Autumn estaba tan concentrada en mí que ni siquiera sintió cómo la salpicaba cuando se lanzó tras Samira.

Concentrada en mí…

Y aquí seguimos, ella con la barbilla alzada, y yo venerando cada curva y cada cicatriz. Cada peca y cada parte de su cuerpo porque toda ella sigue pareciéndome preciosa. No, no sigue pareciéndome preciosa. Es preciosa. Y lo ha sido así desde que se cruzó en mi camino sin siquiera entrar en mis planes.

«Por eso se tocaba la rodilla».

¿Cuál será su historia?

Aparto la mirada porque no quiero incomodarla con ese minucioso escrutinio que le estoy dedicando y que deja más que patente que me gusta lo que veo. Joder, me encanta lo que veo.

Y no debería, sé que no debería. Así que aquí estoy, luchando contra mí mismo, contra lo que comienza a florecer cuando pensé que jamás podría volver a crecer nada dentro de mi pecho.

Me incorporo justo cuando Hannah llega con un mantel de lo más típico y una cesta llena a rebosar de cosas que va colocando de forma minuciosa sobre el mismo. Finn y Cole la siguen y comienzan a lanzar la ropa de cualquier manera cuanto más se acercan al agua, desesperados por zambullirse.

Andy, por el contrario, se queda quieto en el lugar en el que su madre lo ha colocado mientras devora un par de galletas sin apartar la vista de su tesoro comestible.

—También he traído pan —me cuenta sonriente señalando al pequeñajo de catorce meses.

—¿Te apetece darte un chapuzón? —Señalo a Andy, indicándole que me quedaré con él para que ella pueda disfrutar del agua sin preocupaciones, al menos, sin más preocupaciones de las que ya carga sobre su espalda.

—¿Qué? ¡No! —se apresura a añadir ella—. Tiene que estar helada. —Se señala la barriga—. Y no quiero ponerme de parto aún. Faltan cinco semanas. Este pequeñajo o pequeñaja tiene que aguantar ahí hasta que venga su papá —me cuenta. Asiento entendiendo lo que me explica—. Ve tú.

—Le echaré un vistazo a los enanos.

—Y a las adultas, ¿verdad?

Ladeo la cabeza, y Hannah me regala una sonrisilla condescendiente.

—No —niego.

«Sí», dice mi mirada.

Ella chasquea la lengua y me sonríe con más amplitud todavía porque se ha dado cuenta del lenguaje no verbal y de que me comía a Autumn con los ojos.

—Lo que tú digas, Liam Hunter.

—Suenas como una madre —bromeo y me acerco para darle un tironcito en su pelo lacio y rubio.

—Es que soy una madre y me preocupo por todos.

Por todos. Por mí. Por nuestra familia, aunque no lo seamos de sangre.

—¿Y Finn?

—Luego hablamos de ello. Autumn es genial, de verdad, se ofreció para echarme una mano con él e incluirlo en sus clases de danza y… —Miro hacia atrás solo para comprobar que sigue allí y que no son alucinaciones mías. Esa chica me tiene confundido de muchas maneras. Y, de paso…, ¿qué coño hace?—. Ve con ella. Creo que necesita ayuda en el concurso de llegar al tronco caído.

Me deshago de los pantalones vaqueros y los dejo doblados junto a las botas y a la camiseta que traía puestos. La ropa de Autumn, en cambio, está tirada de cualquier forma junto con la de Samira. No me extraña que se lleven tan bien esas dos. Y que cuchicheen a mis espaldas.

Se pensarán que no me he dado cuenta.

Me acerco y mentiría si no os contase que estoy nervioso. La conozco, es decir, todas estas personas que estamos aquí reunidas tenemos trato, más o menos cercano, pero trato, al fin y al cabo y, sin embargo, mientras doy pasos en su dirección es como si caminara hacia un espejo cubierto de niebla: veo su forma, intuyo su presencia, pero nunca llego a tocar realmente lo que hay detrás. Es una sensación extraña, una que no revivo desde…, desde hace mucho mucho tiempo.

—¡Sigue así, Finn! ¡Vas a ganar! Eres un campeón. —Algo se me retuerce dentro al escucharla gritar así, animarlo de esa manera y sé que tiene que ver con lo que Hannah le ha contado y que ella no ha compartido porque le es leal.

Leal…

—¡Oye! —protesta Samira trayéndome de vuelta—. Deja de animarlo a él, joder, que me vengo abajo en nada.

Mi vecina se carcajea y su risa resuena de una forma que me condena a mirarla. Autumn es como el sol después de la tormenta, la primavera después del invierno, el primer sorbo de café en una mañana difícil, la risa que no sabía que necesitabas, el abrazo que hace que todo vuelva a encajar.

Y lo peor es que sigo sintiéndome culpable por no poder disfrutar de ello, por no ser capaz de dejar el pasado atrás y sencillamente vivir del presente, vivirlo como ella merece que lo haga y, quizá, darle lo que ella necesite.

—No seas celosa, Samira, aquí hay Autumn para todos —contrataca colocándose las manos en la boca para acentuar el grito que se cuela en las montañas.

—Ah, ¿sí? ¿Para todos? —le suelto colocándome a su altura y bajando la cabeza para poder susurrarle esas palabras en el oído.

Da un pequeño bote en el sitio y entonces me mira. Sus ojos rebosan diversión y me alegro de haber venido y de no haberme perdido este rato, a pesar de que me dije que no lo haría, que permanecería en casa, leyendo. O espiando tras la cortina.

—Bueno, para unos más que para otros.

—¿Quién encabeza tu lista? —le pregunto juguetón.

Mi cajón del desastre emocional tiene que estar tirándose del pelo por esto. Ser una contradicción andante no es nada divertido. Quiero y no puedo. Ese soy yo.

—Veamos… Michelle, Finn, Andy, Cole, Samira y Hannah comparten puesto. Luego está Max, Moses, Beth, ah, y Sir Mapachington.

—¿Sir Mapachington?

—Mi mapache. Le he puesto nombre.

Abro los ojos sin entender bien a lo que se refiere y doy un paso atrás, turbado.

—¿Le has puesto nombre a un mapache? —Esas cosas solo se le ocurren a ella.

—Y he abierto de nuevo el garaje porque me sentía mal por haberle robado su casa. Hay espacio para todos y no necesito ese espacio. Al menos, no de momento. Ya pensaré en cómo compensarlo. Primero lo primero.

—Así que… ¿Hasta un mapache está antes que yo?

¿Esto es el coqueteo? Pues sí que estoy oxidado. Ya no recordaba lo que se sentía.

Bajo la vista y observo de cerca su rodilla. No la esconde, sino que me la muestra con valentía y entereza, está dejándome ver lo peor de ella. Sus padres y su pérdida. ¿Es por esto por lo que vino? ¿Una causa más que la hizo huir hasta aquí? ¿Se irá cuando todo vuelva a su cauce?

Sacudo la cabeza.

—Liam, Sir Mapachington es más divertido que tú. Tus intentos de broma son de lo más extraños. —Me cruzo de brazos y gruño—. Gruñir, en cambio, se te da de lujo.

Y lo hago de nuevo, solo que esta vez sonrío, y ella lo hace también, y hay algo, joder, despierta algo a su paso. Algo que me

abrasa por dentro, que me quema, que me pide que sea mejor persona solo porque ella necesita eso.

Autumn merece alguien que la quiera al completo y no que le entregue trozos y muchos de ellos ya inservibles.

Doy un paso atrás sintiéndome como la mayor mierda que pisa la tierra porque estoy confundido y porque estoy arrastrándola hacia mi oscuridad cuando ella es todo luz y brillo. Cuando ella es la estrella polar en un mundo lleno de personas que necesitan que las guíe.

Entonces me sujeta de la mano, es un contacto ínfimo, pero lo percibo como algo familiar, y me hace sentir más vulnerable que nunca.

—No te vayas —me pide.

Sabe que mi reacción innata es huir, ha tenido más que tiempo suficiente para comprenderlo. Me conoce y se preocupa por mí. Sin soltarme la mano, asiento y me acerco, escondiendo eso también en mi cajón mental.

Disfruto de estos instantes porque no sabes cuándo la vida te los arrebatará, como hace con todo lo que toco. Me preparo para que se la lleve también a ella y quizá es por eso por lo que quiero seguir manteniendo las distancias. Porque permitirme soñar es síntoma de dolor venidero.

—¡Liam! Métete en el agua —grita Michelle—. No seas tan cobarde como Autumn.

—¿Cobarde ha dicho la niña esa? —grita Autumn para que la escuchen todos.

Hannah se carcajea a nuestra espalda, entonces cargo a Autumn al hombro y doy pasos certeros hasta llegar a la orilla.

Joder, pues sí que está fría.

No me dejo amedrentar y continúo hacia adelante sin entender que es justo lo que estoy haciendo con ella también.

—Ni se te ocurra, Hunter, ¿quieres conservar ese bonito pelo que tienes en la cabeza?

—Conque bonito, ¿ehh?

—Maldita sea —farfulla algún insulto que no pienso repetir.

—Eres una bailarina con la boca muy sucia. —Le pellizco un costado y se retuerce. Ya llevo medio muslo dentro y no, la cosa no mejora—. Eso me gusta, no te preocupes —le confirmo en voz baja.

—Ah, ¿sí? —Suena curiosa e interesada.

—Ajá —agrego. Me muero por saber si se ha puesto roja como un tomate maduro—. Volvamos a lo de mi pelo. No, a lo de mi bonito pelo —especifico.

—¿Pretendes sacarme los colores?

—Por supuesto.

—¿Estás bromeando? —La pellizco de nuevo.

—Yo no bromeo, ya lo sabes —lo pronuncio con ese tono de indiferencia que le pongo a todo siempre, cuando la realidad es que las cosas me afectan más de lo que todo el mundo cree.

Solo unos pocos son capaces de entender que hay barreras y máscaras que se utilizan para protegerse y sé que Autumn comienza a entenderlo también. Porque empieza a conocerme.

—Muy bien, Liam, soy el rey de la doble personalidad. Sí tú quieres sacarme los colores, debes saber que yo también puedo hacerlo.

Me encanta esa chispa, esa garra que tiene, esa tozudez que no supe ver al principio y que ahora me tiene obnubilado.

—Estoy esperando.

Mi pecho está casi dentro del agua y sus piernas se mojan y entonces… patalea y me golpea a su paso.

—Joder, esto está muy frío. Sácame de aquí —me grita.

Michelle y Samira aplauden. Finn no deja de salir, saltar, zambullirse y comenzar de nuevo sin dedicarnos ni un solo segundo de su atención.

—Pues sí que sabes sacarme los colores, pecosa.

Entonces me sumerjo y me llevo a Autumn conmigo. Y no siento el frío, porque solo la siento a ella…

CAPÍTULO 35
Insumergibles
Autumn



De todas las cosas que podrían haber salido mal en esta última hora, acabar con el culo —literalmente— dentro del agua, era una de ellas, ahora bien, si tiramos de positividad, podría haber sido peor, y tú dirás: «¿Peor? ¿Segura?». ¡Sí!

Michelle podría haberle preguntado a Liam si pensaba ser él el que me rellenase como un pavo, cosa que habría hecho que me tirase por la ladera más cercana o que dejase que Sir Mapachington —y sus posibles secuaces— me cenase esta noche. También podría haberle hecho un —merecido— traje de saliva a Liam porque, chicas, ese hombre no tiene desperdicio, si hasta empiezo a pillarle el punto a esas bromas que asegura que no lo son en absoluto. Y, para terminar, podría haber salido del agua con el pelo arrebujado y más cerca de ser una lunática que grita y corre hasta la orilla tropezando con todo a su paso…, cosa que no ha sucedido ni por asomo.

Sí, ha sucedido y lo tengo grabado a fuego en la mente y os garantizo que todos los presentes tardarán en olvidar lo patética que he resultado ser.

La suerte no está de mi parte y mi rodilla tampoco es que pusiese de la suya.

—No seas cagona, Autumn, el agua fría ayuda con las arrugas —me suelta Samira mientras estira el cuerpo y deja que el agua la mueva a su antojo.

¿Creéis que ahogarla en el lago me convertiría en mala amiga?

Y luego está Liam, que nada y bracea como un auténtico experto. ¿Puede dársele mal algo a este chico, por favor y gracias?

—Eso, Autumn, si nadas se activa la circulación y eso hace que entres en calor —grita Liam, que para no bromear, parece estar pasándoselo en grande.

Así que actúo y luego pienso. Por eso de que ser una kamikaze me corre por las venas.

—Pues digamos que alguien necesita un rejuvenecimiento facial mucho más que yo. —Y me acerco con sutilidad, solo me falta silbar a modo de disimulo.

—¿Me estás llamando viejo?

—El que se pica…

Y me lanzo a por él. Da igual que tenga el pelo todo lleno de nudos imposibles de desenredar, no importa que sea más alto que yo y que me cueste mucho más mantenerme a flote y tampoco es que importe que casi —casi, ¡Dios mío!— se me salga una lola por el camino.

Menudo espectáculo hubiese dado. Por menos han pasado algunas chicas varias noches en un calabozo.

—¡Oye! Esto es ilegal. —Samira se lanza a su vez a por él, no sé si porque le he dado pena o porque se aburre—. Dos contra uno, ¿habéis visto esto, chicos? —pregunta Liam en tono jocoso. Un tono que, por cierto, me encanta. ¿A que ya lo sospechabais? Soy un libro abierto, ¿ehh?

Michelle tampoco pierde la oportunidad.

—Yo le hago cosquillas, y vosotras lo hundís. Eso siempre funciona —grita para hacerse oír entre el chapoteo.

Y aquí está Liam para demostrarnos que más vale fuerza que maña y no al revés porque nos lanza a las dos sin suponerle ningún tipo de problema y entonces se ceba con Michelle, que grita riéndose muy fuerte.

Cole acude en su ayuda, cómo no, el hermano sobreprotector que toda mujer quiere, ainsss. A. Do. Ro. Y Liam se deja vencer por él sin oponer resistencia alguna.

Mis ovarios están pidiendo auxilio ahora mismo porque… Sí, Hannah me preguntó si quería tener hijos, y yo, que con poco me

basta para lanzarme de cabeza, entre esta escena, sus gafas de pasta y la gorra que se empeña en ponerse hacia atrás…, sí, sí que quiero.

Me permito sonreír como una auténtica estúpida mientras me fijo en cómo ese fortachón que se empeña en esconder sus emociones y mantenerlas bajo llave está siendo más él que nunca, y esa versión…, esta versión me vuelve loca.

Y esa voz dentro de mi cabeza me recuerda que no es solo este lago y esos niños a los que adora por encima de todas las cosas, es cómo cuida de Samira y de Max, cómo se preocupa por ellos, cómo recorría mi cuerpo el día que encontré a Sir Mapachington dentro del garaje y repasó cada trozo de piel que quedaba a la vista buscando alguna herida o cómo me ofreció una copa de vino que guardaba para una ocasión única, decidiendo que yo era lo suficientemente especial para compartirla conmigo. Y luego… me escuchó, se colocó a mi lado y me reconfortó de alguna manera porque sí, las palabras están bien, pero ¿los hechos? Esos son los que dejan huella dentro del pecho, los que establecen el baremo de las próximas interacciones, los que nunca se van a borrar porque permanecen estáticos dentro de ti para siempre.

—¿Estás bien? —me pregunta recortando la distancia que nos separa.

He debido de quedarme mirándolo demasiado perdida en mi mundo si se ha percatado de mi cambio de ánimo. Ni siquiera noto el frío. Solo lo siento a él. Cerca y, a su vez, lejos. Demasiado lejos.

Es bonito ver cómo todo se desvanece a nuestro alrededor, cómo se desdibujan las personas, cómo las montañas se hacen más grandes y el verde se acentúa.

Recuerdo la primera impresión que tuve de su mirada, recuerdo que percibí la tristeza tras ese verde tan bonito con el que me observa. Y ahora…, aquí, frente a mí, hay un chico que quizá siga cargando esa mochila a sus espaldas, pero que hoy la ha dejado en tierra para jugar con esos niños que lo adoran y con una chica que empieza a entender que la atracción va un paso más allá y que no es solo un leñador sexi, es una persona increíble que esconde secretos y al que le duelen.

—¿Y tú? ¿Estás bien tú?

Fijaos cómo son las cosas porque las tornas han cambiado. Hace alguna que otra semana era yo la que formulaba la pregunta que hoy él me ha hecho a mí y me la devolvía para no responderla y aquí estamos en el punto de partida, dándonos la opción de redimirnos. De empezar de nuevo. De cero.

Una caricia. Dos. Tres. Su brazo y el mío se tocan, su pecho y el mío se acarician, y es…, una vez más, es inesperado.

—No recuerdo la última vez que me sentí tan bien —murmuro y dejo que mis dedos campen a sus anchas y vayan en busca de su pelo, rebelde como él solo, indomable como su dueño.

—¿Es ahora cuando me vas a contar otra historieta ridícula sobre una cabra comepelo?

«O quizá sea el momento en el que te beso».

Evalúa mi silencio porque me ha sorprendido la forma en la que me he visualizado llevando mis labios hasta los suyos. La manera en la que se acoplarían, si sería suave y tierno o demandante y exigente. Si gemirá o, por el contrario, será comedido.

—Tienes las mejillas encendidas, pecosa —murmura y pasea los dedos por ellas.

Me sobresalta ese sencillo contacto y tiemblo en sus brazos.

—Volvamos a la orilla.

Tira de mí al interpretar ese estremecimiento como algo que no es, porque, seamos sinceras, imaginar a Liam en situaciones ardientes es suficiente para que mi cuerpo se caldee y mucho.

Con delicadeza me ayuda a salir y me lleva, de la mano, hasta donde se encuentra sentada Hannah. Andy está entretenido con unos cubos de colores y, cuando alza la mirada y me ve, alarga los brazos en mi dirección y gatea hacia mí.

—Colega, Autumn tiene frío, vas a tener que esperar un poco para acosarla —le dice Liam entre bromas.

Sonrío, es que es imposible no hacerlo, y entonces busco la mirada de mi vecina, que me guiña el ojo mientras pasea su mano por la barriga.

Y rompo el silencio.

—¿Cómo vas? ¿Sigue dándote patadas?

Hannah suspira profundamente.

—Sí, además de que empiezo a tener ya ciertas contracciones.

¿Contracciones? ¡¿Contracciones?! Esto también puedes leerlo como una neurótica.

—¿Y tu toalla? —me pregunta Liam, que parece no darle importancia a que mi vecina vaya a ponerse de parto en un pispás.

Me hago caquita encima.

—Espera —le advierto—. ¿Estás de parto?

Hannah se ríe por mi comentario o eso espero, me dolería en el alma que se estuviese riendo de mí en mi cara, la verdad.

—No, Autumn, respira, no es eso. Es de lo más normal —me asegura ella.

Permitidme que no lo tenga yo tan claro.

—Es su cuerpo, se está preparando para el nacimiento —añade Liam.

—¿Acaso eres médico? ¿No te das cuenta de que las contracciones son para que esa cabeza enorme salga por ese agujero tan pequeño?

Liam se carcajea. Me alegro de que mi taquicardia le resulte tan divertida, permitidme que a mí no.

—Me quedan cinco semanas, para ese entonces, Neal estará aquí y todo será perfecto.

Asiento, porque tengo que creer a Hannah. Aunque me recorre cierta pena porque yo me perderé ese nacimiento…

Liam me coloca su toalla encima de los hombros y me rodea con ella sin dudar, tras eso, se sitúa a mi espalda y me frota los brazos con sus manazas.

Vuelvo a sentir calor y no uno cualquiera. El suyo envolviéndome de una forma que no abriga solo el cuerpo, sino también todo lo que soy. Como si, por un instante, el mundo se redujera a ese gesto sencillo y absoluto. No hay dudas, no hay miedo. Solo la certeza de estar justo donde debo estar.

—¿Y tú? —pregunto entendiendo que me ha ofrecido la suya.

Yo ni siquiera sé si metí una toalla de playa en esa maleta que sigue abierta y tirada en el suelo de la habitación de invitados.

—Estoy bien —es la respuesta que me da. Aunque me hubiese encantado escucharle pronunciar mi nombre en forma de gruñido.

«Autumn, no tengo frío si te tengo a ti cerca». Qué bonito es soñar despierta.

Entonces, hace algo mucho mejor que eso, mucho mejor que unir palabras.

Me da un beso en el pelo y me estrecha contra su cuerpo.

Los hechos, eso es lo que de verdad importa. Las palabras pueden mentir, los gestos confundirse, pero lo que hacemos, eso que permanece inalterable cuando todo lo demás se borra, es lo que nos define. Y, en este instante, él me sostiene. Y yo, por fin, me dejo llevar.

CAPÍTULO 36
Al agua patos
Autumn



—No entiendo cómo Samira puede seguir dentro del agua —murmuro observándolos lanzarse.

Finn sigue estando algo más alejado de todos ellos, Michelle no deja de colgarse de los hombros de la peluquera, y Cole está tan pendiente de lo que les rodea y de lo que pueda suceder que siento cierto pinchazo al entender que no está pasándoselo como debería.

Hannah parece haber llegado a la misma conclusión porque suspira con fuerza y aparta la vista del grupo para mirar a Andy.

—¿Cómo va todo? —pregunta Liam persiguiendo con la mirada a los bañistas.

—Igual. O peor —finaliza.

Aparto la mirada y tomo asiento sobre el mantel. Está lleno de flores de muchos colores y no podría parecerme más acertado para la personalidad de nuestra vecina.

—¿Peor en qué sentido? —añado interesándome por ella y apartando de mi cabeza los pensamientos lascivos que me persiguen cuando miro a mi vecino. Sin camiseta. Descalzo. Con el pelo mojado y la barba de varios días ofreciéndole un puntito malote.

¿Por qué me castigas con estas vistas, Señor?

—Finn sigue disperso.

Me adelanto y me acerco a ella. No he sacado el tema delante de Liam, a pesar de que hemos hablado y de que nuestra relación se ha estrechado de alguna manera. No he querido hacerlo porque de una

forma u otra siento que si lo hago estaré quebrantando un código invisible de hermandad que se ha establecido entre nosotras.

—A ver… —Se adelanta—. Finn siempre ha sido un niño inquieto, revoltoso, nada que ver con Cole ni con Andy, ellos dos se parecen mucho en ese sentido. —Observo al renacuajo que hay sentado al lado de mi vecina, lleva jugando con un cubo con letras desde hace mucho tiempo. No llora, no patalea y tampoco se quiere comer las hormigas—. Michelle es una niña libre, alocada, espontánea y aventurera. Parlanchina hasta decir basta.

—Ah, ¿sí? —Tiro de sarcasmo.

Liam me da otro apretón tierno en el costado. Yo sigo envuelta en la toalla y me maravilla que nadie haya hecho ninguna pregunta sobre la cicatriz que me cruza la rodilla, de hecho, no le han dirigido más que una mirada de soslayo y han seguido como si no existiese. Como si no importase.

Quiero llorar por eso, que lo sepáis.

—Es como tú —asegura Hannah frente a nosotros.

—Es un gran piropo —afirmo.

Porque adoro a esa renacuaja con todo mi ser. Es lo más cercano que tengo a una familia en este momento y la he encontrado aquí, en Evermere.

Hannah extiende una mano y palmea la mía, que está apoyada sobre la hierba verde.

—El caso es que noto que cada vez le cuesta más seguir órdenes concretas, mantenerse quieto y relacionarse. En el colegio no le va mucho mejor, el profesor me ha explicado que tiene dificultades para entender lo que lee y, en fin, ha perdido algunos amigos por todo eso —cita bajando la voz. Hay tristeza en ella. Empatizo con su estado de ánimo de inmediato—. No sé qué sucede, pero sí sé que pasa algo —matiza. Conclusión a la que hemos llegado todos.

—Finn es un niño increíble —intercede Liam, que se acerca a mí más y más. Se ha puesto la camiseta, aunque sigue llevando esos pantalones cortos que le sientan de lujo y descalzo—. Que le den a los que no sepan valorarlo tal y como es —agrega sin más y el tono vuelve a ser brusco, tiene ese punto de enfado que ya he detectado en alguna que otra ocasión, sobre todo, cuando nos conocimos y

nuestras interacciones se basaban en mi parloteo incesante y su «me importa una mierda todo lo que me estás contando». Romanticismo en estado puro.

—Ya… Estaría bien eso si no fuese un niño, si yo no fuese una madre a la que le importa que lo dejen de lado y que rechacen las invitaciones de cumpleaños que he entregado en el colegio.

¿Rechazado? ¿A quién tengo que matar?

—¿Estás hablando en serio? —Liam se tensa a mi lado.

—¿Dónde está el colegio? Porque en la calle principal no he visto ninguno.

—En el pueblo de al lado —responde Liam por Hannah—. Al ser tan pequeño, nos movemos a los otros pueblos. Pasa un autobús y los recoge y luego los trae. —Eso sí que lo sabía y asiento sin más.

—¿Y cuándo es el cumple de Finn?

—El próximo fin de semana. Cumple ocho años y… —Hannah se lleva las manos a los ojos y comienza a sacudirse de forma involuntaria. Liam ya no solo está tenso, ahora está tan rígido que no sé si le ha dado una apoplejía o qué. Y yo soy la peor enfermera del mundo, ¿entiendes? Me desmayo como vea sangre y puede que también me desmaye si no la veo—. Lo estoy haciendo todo mal.

La toalla me resbala del cuerpo cuando me lanzo hacia adelante. Ignoro el dolor de rodilla cuando apoyo el peso en ella, no valoro como opción que se me pueda ver el culo en la postura en la que me encuentro e ignoro que estoy mojada y que empapar a Hannah no es una buena idea. No pienso, solo actúo, porque ya me conocéis y esas cosas.

En menos de un suspiro la envuelvo entre mis brazos y la acuno con ellos.

—Llora lo que necesites porque eso sana el corazón y la mente, ayuda. Las lágrimas derramadas solo dejan espacio para que entre aire nuevo y para que se cuele un rayo de sol —suelto sin pensar.

Porque estoy harta de que no se nos permita demostrar nuestras emociones cuando lo necesitamos. ¿Quieres llorar? Joder, estás en todo tu derecho de hacerlo. ¿Quieres gritar con los brazos abiertos en un pueblo perdido de la mano de Dios mientras los gorriones sobrevuelan encima de ti? Hazlo porque te salga de la punta de la

nariz. ¿Quieres reír a carcajadas en la ducha de un vecino que ahora sí que te soporta y antes no? ¿Quiénes somos nosotros para impedirlo? Así que dejo que lo haga. Me limito a moverla entre mis brazos, a acunarla como si fuese un bebé porque nosotros también necesitamos que nos cuiden de vez en cuando.

Liam me dedica una sonrisa cálida, una llena de empatía y de algo más que no sé identificar porque no es el único oxidado en cuanto a relaciones humanas se refiere.

—Ya sé lo que haremos. —Me adelanto. Hannah sigue entre mis brazos. Al menos ya no se estremece de esa forma que me parte el alma—. Organizaremos un cumple para Finn —propongo—. Colgaremos guirnaldas en los árboles, pondremos globos, invitaremos a nuestros amigos, y Liam hará una tarta enorme y riquísima. —Lo señalo.

—¿Liam? —pregunta estupefacta Hannah.

—A ver, ¿has probado su estofado?

Sonrío al recordar que no pude disfrutarlo como debería, pero sé que lo haré en otra ocasión.

¿Estoy haciendo planes? Joder, ¡estoy haciendo planes!

June me va a matar.

—Yo haré esa tarta —se ofrece él sin dudar.

Y me lanzaría a sus brazos solo por eso.

Es mentira, me lanzaría a sus brazos porque me encantaría hacerlo en cualquier situación.

Me sitúo frente a Hannah de nuevo, y ella parpadea un par de veces.

—¿Haríais…? ¿Haríais eso? —indaga ella.

—Por favor, si hay comida y vino, soy toda tuya, nena. —Destenso el ambiente con una broma de las mías.

—Yo…

—Además, tengo mucho tiempo libre. Mi casa sigue estando hecha un desastre, Jared sigue perdido vete a saber dónde. —Liam carraspea y me giro para constatar que aparta los ojos de los míos cuando lo hago. Ya pensaré en eso y en interrogarlo más tarde, cuando no esté saltando por la emoción de preparar un cumpleaños y no solo eso, sino de ayudar a Hannah porque se lo merece, porque

nadie se lo ha ganado tanto como ella—. Una fiesta de cumpleaños es lo que necesito para destensarme.

Y puede que besar a mi vecino también. Si queréis, hablaremos de eso con más calma en otro momento.

—Gracias —susurra cogiéndome las manos y envolviéndolas entre las suyas—. Gracias, Autumn. Gracias —repite e insiste.

—No me las des, cobro por hora.

Hannah se queda patidifusa y entonces rompo a reír a carcajadas.

—Deberías haberte visto la cara, eres la monda cuando te acojonas —suelto—. Andy, no repitas nada de esto. —Con una hermana cotilla ya tenemos más que suficiente.

—¡Oye! —grita Samira a nuestra espalda—. A esos niños no hay quien los saque del agua. —Los señala.

Se acerca con una sonrisilla malvada dibujada en los labios y me espero lo peor. Cuando se coloca donde está Liam, se escurre la larga melena sobre la cabeza de él mojándole la camiseta a su paso.

Liam se mueve, y Samira grita. Hannah se ríe a carcajadas, y Andy abre los ojos, asustado.

—¡Al agua con él! —grita Michelle, que no para de reírse y de aplaudir.

Cole también se permite el lujo de burlarse, y Finn centra su atención en nosotros y nos muestra la diversión que le baila en la cara antes de lanzarse al lago una vez más.

Liam carga a Samira sobre el hombro sin importarle que vaya vestido, como hizo antes con él, y me maravillo de este instante. De lo bien que me siento rodeada de esta gente, de lo mucho que he encontrado en este pueblo sin esperarlo siquiera. Está siendo un viaje maravilloso.

Cierro los ojos y respiro. Solo respiro, sin más.

Sin menos.

—Oye, Autumn. —Entreabro un ojo, todavía con el otro cerrado—. Gracias por eso también. —Señala hacia el agua y la escena es tronchante.

Samira le da golpes en la espalda a mi vecino, que parece inmune a ellos. Michelle está con Finn. Se están lanzando de la mano, y Cole los puntúa cuando salen a la superficie.

—No sé de qué hablas.

—De Liam, hablo de Liam. Creo…, creo que llevaba mucho tiempo sin abrirse a nadie. Mucho tiempo sin ser él.

«Apenas aparece por el pueblo, solo para hacer la compra y visitar a Max. A veces a Samira. Pobre chico».

«Ten paciencia con él».

Sonrío abiertamente sin contenerme.

—Hannah, lo que más tengo en esta vida es tiempo. —Lo miro unos segundos de más y, como si sintiese mis ojos clavados en él, me observa de vuelta—. Y Liam vale la pena.

Hannah me coloca una mano sobre la rodilla. Sí, sobre esa rodilla.

—Tú también vales la pena, Autumn. Tú también vales la pena.

CAPÍTULO 37
El principio de todo
Liam



Escucho el agua correr en la ducha desde el salón. Hoy no hay carcajadas, tampoco hay ninguna cena en grupo prevista, lo que sí hay es una tormenta fuera. La que nos obligó, de improviso, a recoger todo y salir huyendo.

Acompañé a Hannah hasta su casa, junto con la cesta de comida y con Andy en mis brazos y, cuando salí, allí estaba Autumn, bajo la lluvia, balanceando el cuerpo y haciendo alguno de esos movimientos delicados que la he visto hacer en la orilla del lago durante estas semanas.

Permanecí quieto, a la intemperie, disfrutando de la libertad de poder observarla a mi antojo sin tener que esconderme tras una cortina como un cobarde y sin sentir esa necesidad de salir corriendo como otras veces cuando la culpa me asola, cuando me persigue y me da alcance. Solo…, solo estaba bien.

Sintió mi presencia, lo sé, porque hubo un instante de duda y vacilación por su parte y, aun así, siguió adelante, moviéndose. Hasta que intentó sostener el peso con la punta de los dedos y no lo consiguió. Tropezó y cayó al suelo.

Me acerqué deprisa con la intención de ayudarla y lo único que hizo fue extender la mano y rogarme sin palabras que la dejase hacerlo a ella sola. La presión que sentí en el pecho casi me consume las entrañas.

Hice lo que me pidió sin dudar, le dejé su espacio y la acompañé a la ducha sin decir nada sobre lo que acababa de suceder. Saqué

toallas limpias y las dejé por fuera de la puerta para que las encontrase cuando terminase.

Y, mientras ella hace uso del baño, yo me quito la ropa empapada, la dejo dentro de la lavadora y enciendo la chimenea.

Me dirijo a la cocina y preparo una botella de vino. Ahora que sé lo que le gusta, me encargaré de que haya siempre de eso aquí. También preparo varias cosas de picar: queso de untar, pan, frutos secos y un trozo de tarta de queso que queda de ayer.

Dejo dos copas sobre la mesa del salón y dispongo todo a nuestro alrededor.

La puerta del baño se abre, y una tímida Autumn se acerca descalza. Lleva puesta una camiseta enorme y es la primera vez que deja las piernas al aire.

—Espero que no te moleste —murmura.

Lo único que me fastidia es que no se haya sentido cómoda durante este tiempo para enseñarlas si es lo que quería hacer.

—¿Por qué debería hacerlo? Eres preciosa —susurro.

Las palabras se escapan sin pensar, sin pasar por el control de daños, sin medir las consecuencias futuras, y ella se da cuenta de todo. Su mirada se dulcifica y las comisuras de los labios se le alzan regalándome un esbozo de sonrisa que me sabe a poco. Porque quiero que me sonría con ganas. Que me sonría a mí y solo a mí.

—Tú tampoco estás nada mal, abuelete —bromea. Me quedo plantado en el sitio asumiendo la broma y el tono distendido que se ha establecido entre nosotros—. Veamos… —tercia de nuevo ladeando la cabeza. Se acerca y toma asiento frente a la chimenea, justo delante del calor que emana de ella, sobre la alfombra—. Por tu aspecto… —continúa, y alzo una ceja—, ese humor de perros que te gastas y esas pequeñas canas que comienzan a salirte en las sienes… ¿Cuarenta y tres? —se aventura.

Niego y bajo la vista. A lo que hemos llegado.

—¿Canas? —Me llevo los dedos hacia donde ella dice que las hay y entonces se carcajea. A mi costa, obvio.

—Cuarenta y cinco. —Esta vez no es una pregunta, sino una afirmación y rotunda.

—¿Estás loca?

—Me gustan los maduritos sexis. Los leñadores sexis. A todas estas… —agrega con desenfado—, ¿dónde quedó eso de que los leñadores deben llevar camisas de franela a cuadros rojos y negros?

—Esas las reservo para las ocasiones especiales. Ya sabes, bodas y bautizos. Están en el primer cajón de la derecha de mi armario.

—¿En serio?

—No —suelto una risotada—. Pero es sumamente adorable que creas que sí.

—Entonces, ¿es un topicazo?

—No lo sé. —Me alzo de hombros y me acerco hasta rellenar la copa de vino y tendérsela. Me he sentado en el suelo—. No he tenido la oportunidad de hablar de ello con otros leñadores de la zona.

—Normal, si no hablas, solo gruñes —me tira la pulla, y la acepto de buen grado.

Autumn cambia de posición, se acerca hasta que la espalda descansa sobre el sofá, ese mismo en el que normalmente Samira se tumba ocupándolo al completo por el placer de joder la marrana. O, lo que es lo mismo, a mí.

Alarga la mano, sujeta de nuevo la copa y se la lleva a los labios. Ambos tenemos la chimenea enfrente.

—Sí que hablo.

—Vale, entonces eres socialmente selectivo —apunta ella. Como si así fuese a sonar mejor.

Se coloca de lado, con el brazo apoyado en el asiento y de frente a mí. Yo, por el contrario, sigo observando la chimenea porque tengo miedo a lo que pueda suceder si la miro. Y eso es justo lo que quiero hacer: perderme en sus ojos, en su cuerpo.

—Algo de eso se rumorea por ahí.

Ella suelta una risilla y me contagia.

—Por ahí cuentan que eres un témpano de hielo —confiesa ella.

No es la primera vez que lo escucho. Esas fueron justo las palabras de Max no hace tantas noches.

—¿Y qué piensas tú?

Ahora sí que me doy el lujo de girarme y quedarme frente a ella. Apoyo la mano en el asiento y me dedico a contar parte de sus

pecas.

Una. Dos. Tres. Cuatro. Cinco…

Lleva una mano hasta mi barbilla y ahí finaliza todo.

—Se equivocan —sentencia clavando sus ojos color miel en los míos. Usa un tono neutro, como si fuese una profesora enseñando una lección a una clase llena de alumnos con ansias de aprender. El recuerdo de hace semanas, en esa cocina que tengo al lado mientras preparaba *pizza* para mis amigos, llega sin más. «Creo que en el fondo sí que lo tiene, solo que prefiero reservarlo para esos que de verdad lo merezcan»—. Solo a las personas que tienen corazón les duele lo que les sucede. ¿No te hace eso más humano que a nadie?

—¿Y qué hay de las personas que huyen? —tanteo.

Ella me sonríe, no con suficiencia y tampoco con altanería, es una risa cálida, amigable y llena de empatía. También de ese cariño que solo comparten dos personas que saben lo que es buscar refugio en algún lugar sin saber siquiera dónde se encuentra.

Porque el refugio no está en un espacio, en ocasiones, está en una persona.

Baja la vista unos segundos y la clava en su rodilla. Lleva los dedos hasta ella y la recorre con calma y pereza, rememorando lo sucedido.

—Lo malo de huir es que nunca se llega a escapar de todo, especialmente, cuando el dolor lo tienes dentro —murmura sin más.

Asiento para confirmar que eso que me dice es cierto. Llevo años huyendo de un dolor que me alcanza, a pesar de que corra por el bosque, lo escucho entre los árboles que dejo atrás, lo siento en las piedras que piso mientras doy grandes zancadas y, al llegar al acantilado, se sitúa a mi lado y me da una palmada en la espalda que no es más que un recordatorio de que seguirá conmigo allá donde yo vaya.

—Solo tenemos que aprender a vivir con él. Nos guste o no, forma parte de lo que somos y, más que eso, en lo que nos hemos convertido.

Guardamos silencio. Uno cómodo y familiar. Innecesario de llenar con palabras vacías o comentarios que no vienen a cuento. Es lo que

más me gusta de Autumn: que sabe cuándo hablar y respeta los silencios. También me encanta cuando esquiva preguntas con historietas ridículas. O cuando respeta que sea yo el que las sortee.

—Treinta y nueve. —Levanto la voz, y ella parpadea sin entender lo que le estoy ofreciendo—. Tengo treinta y nueve años —le respondo.

—Vaya, vaya, vaya, si eres todo un madurito resultón.

Alza las cejas en repetidas ocasiones.

—¿Estás coqueteando conmigo? —lanzo sin más.

Ella niega.

—Nop —suelta y es imposible permanecer impasible ante ella. Se acerca más a mí y me toca la punta de la nariz con los dedos. Con esos mismos dedos que recorrieron su cicatriz y de la que no he preguntado nada porque esta noche no es para eso—. Yo no coqueteo.

—Qué pena.

Me mira a los ojos y me evalúa. Su pelo rubio cae a un lado y roza el sofá. Las ganas de enredarlo entre mis dedos y tirar me abrasan por dentro. Me consumen. Me perturban.

Puede que esté oxidado en esto de las emociones, del coqueteo, pero sé lo que me suplican sus ojos porque tiene que estar leyendo la misma petición en los míos.

Niego.

—No pienso tocarte, Autumn —verbalizo.

No puedo hacerlo, es demasiado buena para mí. Podría tener a cualquier hombre, uno que no se sienta paralizado por los sentimientos. Uno que no se sienta vacío de ellos.

Chasquea la lengua, me sonríe con suficiencia y entonces habla.

—Pues es una suerte que yo esté deseando tocarte a ti.

CAPÍTULO 38
Por si había alguna duda
Autumn



No escucho el gruñido que sale de sus labios cuando me coloco a horcajadas sobre Liam. Sobre Liam Hunter, el leñador que de vejestorio tiene poco y de atractivo tiene mucho.

Sus manos se sitúan a ambos lados de mis caderas, tentativo, incitante y excitante. Y el calor que siento con un gesto como ese nada tiene que ver con el fuego que hay prendido en la chimenea que está situada a nuestras espaldas y sí con todo el deseo que me sacude desde lo más profundo de mi ser.

—Autumn —balbuce.

Parece nervioso, ansioso y desesperado.

¿Querrá salir huyendo esta vez? ¿Querrá evitar lo inevitable?

Todo ha cambiado entre nosotros. Este Liam que empieza a dejarse ver es el que hace que la poca cordura que me queda se vaya a tomar viento fresco.

No, no voy a permitir que se marche y a cabezota no me gana nadie.

—Primera norma, Liam —le advierto. Su aliento se mezcla con el mío, huele a vino y a especias. A deseo contenido—. Si no tienes nada que decir, es mejor no decir nada —resuelvo.

Sopesa mis palabras y cuando pienso que me va a tratar como a una princesa, como a una chica que tiene una cicatriz en la rodilla, hace justo todo lo contrario.

Me coloca una mano en el cuello y aprieta con suavidad. Mi sexo palpita y el corazón se me revoluciona.

—¿Es eso lo que quieres?, ¿un hombre de pocas palabras? —murmura con sus labios pegados a los míos. Tan tan cerca que solo necesito inclinarme un poco para saborearlo.

Solo un poco.

Un poco.

—Y de hechos —lo provoco.

No añade nada. Se dedica a acariciarme la mejilla, a tocarme el pelo, a colocármelo detrás de la oreja. Todos movimientos tiernos que me indican que Liam no es de esos hombres que se conforman con follar, es de los que saborean el instante antes de hacerlo.

—Deberías irte a la cama, Autumn. —Debería hacer muchas cosas, sí, pero irme a la cama no es una de ellas. Al menos, no sola—. Y yo debería dejarte hacerlo, sin embargo, soy egoísta y me gusta tenerte aquí, a mi merced. Deshaciéndote frente a mí. —Gimo cuando aprieta un poco más la mano alrededor de mi cuello. Cuando la separa y me sujeta el pelo, lo enreda en su puño y tira de él dejando el cuello dispuesto a su antojo—. ¿Es eso lo que te gusta? ¿Es eso lo que te pone cachonda, Autumn? —Asiento, aunque ni siquiera sepa qué le estoy confirmando.

Alza las caderas y siento su polla en mi centro. La siento dura, grande y gorda, y esa leve fricción me sabe a gloria. Me sabe a poco.

—¿Vas a seguir así?, ¿esperando?, ¿o vas a besarme de una vez?

Ladea la cabeza y me tira del pelo con más fuerza. Echo la cabeza hacia atrás y me huele el cuello, se deleita en él.

Permanece inalterable. Contenido. Se aparta unos segundos y me contempla.

—Mmmmm —susurra esquivando mi provocación. Me retuerzo en sus brazos de puro anhelo.

Y disfruto de esto, de lo que sea esto, porque no sé lo que hacemos.

—Aunque —murmuro con la cabeza alzada, mirando el techo, estudiando las motas de polvo que danzan a nuestro alrededor— no ibas a tocarme, ¿no?

Deslizo una mano por encima de su camiseta y me dispongo a llevar a cabo eso que le expliqué que haría, porque puede que Liam

diga que no quiere tocarme, pero todo su cuerpo está en contra de esas palabras.

—Joder —farfulla cuando mi dedo llega a la parte baja de la prenda.

Paseo la mano por encima de su pantalón de chándal negro y lo recorro de derecha a izquierda una y otra y otra vez. Lo vuelvo loco.

Me tira del pelo todavía más.

—No hagas eso, pecosa.

—No suele gustarme que me digan lo que tengo que hacer —medito en voz alta y sigo tocándolo a mi antojo.

—Y a mí me encanta dar órdenes —susurra mordiéndome la oreja.

Gimo y, cuando aparto la vista, tiene los ojos en llamas. Su cuerpo entero vibra de puro deseo. Yo misma estoy a nada de morir por combustión espontánea.

Lo deseo. Lo deseo. Joder si lo deseo.

Me lanzo a por sus labios como una buena chica desesperada que soy, y él gira la cara y se aparta. Me quedo desconcertada durante un segundo.

Chasquea la lengua justo cuando volvemos a mirarnos, y yo cada vez lo entiendo menos. ¿He malinterpretado las señales? Porque eso que presiona contra mi sexo no puede ser imaginario.

—Abre la boca, Autumn —me pide. Me ordena. Me exige.

Ese tono… Podría correrme si pronuncia de nuevo mi nombre en ese tono.

Me calmo cuando volvemos a jugar a este juego.

Hago justo lo que me pide y entonces desliza un dedo por mi cuerpo. Comienza a ascender desde el abdomen, pasa por en medio de las tetas, sube por el cuello y llega a los labios. Lo desliza entre ellos.

—Chupa. —Cierro los ojos y eso es lo que hago. Juego con el dedo como si fuese su polla—. No cierres los ojos, quiero que me mires a mí.

Sigo esa orden sin rechistar.

Lo acepto sin más. Cuando me atrevo a posar mis ojos en los suyos, no hay ni rastro de esa tristeza de los primeros días; hay desesperación, hay deseo y hay fuego.

Por mí.

Es por mí.

Soy yo la que ha despertado eso en él.

Y esa satisfacción es la que provoca que me mueva sobre su polla y la cabalgue como si estuviese dentro de mi cuerpo.

—Autumn… —Suena realmente desesperado y me encanta que sea de esa forma. Me gusta saber que los dos estamos en el mismo punto.

No me aparta. Saca el dedo de la boca, lleva esas manazas enormes hasta mis caderas y las empuja, creando más fricción. Estoy muy muy cachonda y ni siquiera nos hemos besado.

¿Cómo será follar con Liam?

—Y yo que pensaba que eras un cachorrito —murmuro sin dejar de moverme.

—Y yo que pensaba que eras una loca de manual —me la devuelve.

Ahogo una carcajada cuando me aprieta de nuevo contra su polla. Joder, es enorme. Me ha tocado el premio gordo.

—Sí que lo soy —admito.

Sus manos me suben por el costado, me alza la barbilla, tal y como hice yo antes, y nos observamos sin más. Y sin menos.

—Perdona por eso.

—¿De qué hablas? —No entiendo nada.

—Te llamé loca en un par de ocasiones, ya sabes, cuando te conocí —confiesa y leo la vergüenza en su semblante.

—¿Estás pidiéndome disculpas en este instante por haberme llamado loca cuando apenas nos conocíamos?

Bajo el dedo y señalo nuestros centros unidos, aunque no tanto como a mí me gustaría.

—Quiero hacer las cosas bien, pecosa —murmura y me aparta de nuevo el pelo que se ha soltado y que me tapa parte de la cara.

Es tan tierno cuando quiere… Es como un bombón de caramelo salado. Duro por fuera y sorprendente por dentro. Es mi sabor favorito y lo sabes.

—Pues haz las cosas bien… después —le propongo.

¿Sueno desesperada? Siento no sentirme culpable en absoluto.

Escucho el gruñido antes de entender sus palabras y todo sucede. Explota. El suelo se sacude bajo mis piernas, y Liam… ¡Madre mía con Liam!

—A la mierda. Joder. A la mierda.

Se lanza a por mis labios y estoy a nada y menos de levantarme y ovacionarlo por ello. Salvo porque no quiero levantarme y ovacionarlo de ninguna de las maneras, al contrario, lo que me apetece está aquí, frente a mí, debajo de mí, con su boca pegada a la mía y su lengua abriéndose paso entre mis labios. Los separo para él y entonces se desata el caos más absoluto. Pego mi boca a la suya con más fuerza y nuestros dientes chocan. Su lengua se cuela dentro y me permito saborearlo con frenesí.

No hay calma. No hay dulzura. Es el deseo arrebatador el que se impone entre ambos y el que dejamos que fluya sin más. Que nos consuma.

Sus manos bajan hacia mi culo y lo aprieta. Eso también me sabe a poco.

—Todo para mí —murmura como si yo fuese la última galleta del paquete—. Eres toda para mí —repite convenciéndose de ello.

—Joder, Liam, no pares.

—Autumn —susurra llevando de nuevo la mano a mi nuca y empujando nuestras bocas.

Me desato. Muevo las caderas al ritmo de nuestras lenguas y omito el pinchazo de dolor que siento cuando la rodilla me saluda desde abajo. «Toc-toc».

Liam debe de sentirlo porque algo cambia. Se separa. Me separa. Y se levanta. Me quedo desmadejada en el suelo, si este es el momento en el que piensa salir huyendo, lo perseguiré sin ponerme siquiera colorada.

Más allá de eso, me da la mano y me sonríe con presunción.

Cuando aparto la vista de ella, recorro su cuerpo y el bulto que encuentro en su pantalón de chándal es acojonante.

Se recoloca la polla en un gesto masculino que me pone cantidad. La gorra, las gafas y su polla. ¿Algo más, señor?

Cuando estoy de pie, se acerca, lleva las manos a mi culo y envuelvo las piernas en sus caderas. La fricción vuelve a ser

deliciosa.

—¿Esto es lo que quieres? —Asiento—. Con palabras, pecosa. Con palabras.

—Sí, esto es lo que quiero.

Ruge cuando me empotra contra la pared que separa el salón de la cocina y ese sonido queda amortiguado por nuestras lenguas, que se encuentran una vez más. ¿Recordáis cuando os conté que todavía no teníamos la suficiente confianza para saber si la barba me haría cosquillas en ciertas zonas? Pues confirmamos que me encanta sentirla mientras nos besamos. Mientras me besa de esta manera tan primitiva.

—No pares —le ruego y no me importa en absoluto hacerlo—. No pares, joder.

—Esa boquita tan sucia… —Mete de nuevo un dedo y lo chupo con avidez. Aprieta la polla contra mi centro y sí, estoy oficialmente cerca de volver a la adolescencia, cuando te corrías sobre la ropa a base de restregones. ¿Se puede ser más patética?

»Estás deseando tenerla dentro, ¿a que sí, pecosa? —Acompaña esas palabras por una embestida que me eriza el vello—. Porque yo no dejo de pensar en cómo será meterte la polla. No dejo de pensar en cómo será follarte esa boquita insolente y mordaz que tienes. —Pasea los dedos por mis labios y lo muerdo con ganas. Su mirada brilla de puro anhelo. Se acerca, me mordisquea la oreja una vez más, me aprieto todavía más contra él—. Y pienso hacerlo.

Empuja fuerte contra mi centro y nos movemos en busca de más contacto, de más cercanía, de culminar eso que empezamos, de seguir.

Más. Más. Más.

Más. Más. Más.

—¿Vas a correrte, pecosa? ¿Vas a correrte así?

Jadeo.

Y entonces lo hago.

Me abandono al vacío y grito su nombre cuando el orgasmo me sacude de los pies a la cabeza.

El pecho me sube y me baja en una danza que apenas recuerda. ¿Cuándo fue la última vez que hice esto?

Entonces… Entonces simplemente me carcajeo, en voz alta, y no me contengo, no intento ser comedida en absoluto.

—Puede que no te lo tenga en cuenta si me llamas loca en este instante. Porque, desde luego, creo que lo estoy.

Por él. Loca por él.

Busco a Liam con miedo a no saber qué versión de este hombre me voy a encontrar.

No se aparta, solo baja la vista y se toca la polla con la mano. Todavía noto su bulto gordo y enorme y solo de pensarlo me enciendo una vez más.

—Al menos no he sido la única que se ha corrido en su ropa interior. —Lo señalo y me río de nuevo.

Liam gruñe.

—¿Crees que es un buen momento para que te cuente cómo me robaron un par de zapatos en una clase de zumba?

Liam baja la vista y esboza una sonrisa.

Y yo solo puedo pensar que esto…, si esto ha sido tan perfecto, ¿cómo será el resto?

CAPÍTULO 39
La mañana siguiente
Autumn



Ahora es cuando llega el famoso… ¿Y a la mañana siguiente?

—Es que no lo entiendo —farfulla June al otro lado—. Ni siquiera le has visto la polla, Autumn, ¿me entiendes? ¿Podrías sacarle una foto cuando se la veas? Y enviármela.

Gruño como suele hacer Liam. Tal vez sea cierto eso de que todo se pega, ¿no?

—No pienso hacer esas cosas.

—Eres una egoísta. Las amigas comparten todo. Al menos, sabemos a ciencia cierta que tiene claro dónde está el clítoris —zanja sin perder el buen humor.

—Yo ya tenía claro que lo sabía —bromeo llevándome mi taza de color rosa a los labios. Sí, esa taza que sabéis.

—¿Y bien? ¿Piensas repetir?

Por supuesto que pienso repetir.

—No tengo ni idea. Cuando me he levantado, ya no estaba.

—Como siempre.

—Había dejado café hecho y mi taza justo delante. Hoy no había nota. Así que supongo que habrá salido a correr.

—Correr es primo hermano de correrse.

—Eres una marrana —la reprendo entre risillas.

Una de las ventajas de tener techo es el acceso a wifi y batería ilimitada en el teléfono.

—Anda, lo dice la que tiene cara de recién follada.

—No fue exactamente así.

Y sí, podemos hacer videollamadas, eso también.

—El restregón es el antecesor del folladón.

—¿Te estás inventando una rima, June?

—¿Puede? ¿A que ha quedado bien? —Me río. ¿Qué le vamos a hacer? Estoy de buen humor, es lo que tiene un orgasmo cojonudo.

»¿Dormisteis juntos? —pregunta—. Quiero saber el lado de la cama que ocupa y esas cosas.

Niego.

Me acompañó hasta la puerta de mi habitación, no lo invité a pasar, y él tampoco me dijo que quisiera hacerlo. Nos despedimos y sí, me dejé caer por la puerta, extasiada a causa de lo que acababa de suceder en la planta de abajo. Toda una jovencita con las hormonas revolucionadas me he vuelto.

—No quiero forzarlo a nada, June. Liam es de los que necesita asimilar las cosas y lo de anoche fue…

—¿Guarro que te cagas?

—Una pasada de intenso.

—Eso, eso es justo lo que quería decir yo, solo que con palabras más coloquiales.

Me río de nuevo, y June le da un bocado a un cruasán. Mastica como las cabras, con la boca abierta, y es adorable.

—Te echo mucho de menos —suelto.

Ella aparta la mirada de la comida y centra su atención en mí. Dulcifica el semblante. La adoro.

—Y yo, Autumn. Esto no es lo mismo sin ti. Es extraña la forma en la que te acostumbras a una rutina y cuando todo cambia te sientes fuera de lugar. —Empatizo con las palabras de mi amiga porque tiene razón en todo—. ¿Quieres volver ya?

Inspiro en profundidad y miro por la ventana. Mi casa sigue ahí, todavía da aspecto de estar cayéndose a pedazos, eso sí, las energías renovadas con las que la miro son totalmente diferentes. Ahora mismo siento esperanza porque sé que va a quedar genial. No es que tuviese dudas. Algunas sí que tuve, sin embargo, estoy más que convencida de que todo saldrá bien.

—Sabes que tengo que regresar en poco más de una semana por mi rodilla. —Ella chasquea la lengua—. Al final, tengo que enfrentarme a eso y saber qué va a ser de mí. Somos conscientes de que no queda tanto para que mi carrera profesional termine, quizá esto solo ha acelerado el proceso.

—¿Te ha preguntado por tu rodilla? ¿Ha querido saber lo que te pasa? —Se refiere a Liam. Niego.

Y se lo agradezco. No sé si quiero enfrentarme a eso también y ponerle voz al miedo por perder el sueño de mi vida. Porque la vida me arrebate algo más.

«¿Por qué debería hacerlo? Eres preciosa».

—Ya estás sonriendo de nuevo.

—Estaba recordando.

—¿Algo marrano?

Cabeceo negando y se me escapa una risilla. Dejo la taza vacía en el fregadero y me apoyo en la encimera.

—Algo dulce y tierno.

—Eso no me interesa tanto —zanja ella—. Ainsss, mi amiga enamorada, ¿eh? ¿Cómo te quedas? —pregunta.

—No es eso.

Aparto la mirada.

—Sí que es eso. Y está bien, Autumn, está cojonudamente bien. ¿Sabes? Me has dado una idea. Si es que soy una *genia*. «Amorímetro Catorce». Lo visualizo… —Mueve las manos y las extiende en el aire como si estuviese desplegando una pancarta con el nombre del producto a promocionar—. Analiza las ondas románticas de las personas. Tendrá un *semaforómetro* incluido: luz verde, solo amistad; luz amarilla: *crush* leve; luz naranja: amor total, acojónate porque llega, y luz roja: declaración de amor a la vista y ahorra para el traje de dama de honor.

»Me voy a forrar con este invento porque es una puta pasada. Todos los solteros y solteras del mundo lo querrán tener en el bolso o en la mochila o lo que use la gente para ir por ahí.

—Asegúrate de que quepa en un bolsillo, por si lo necesitan en una casa en obras —bromeo.

—Hecho. Anotado en la memoria interna de futuros proyectos que me sacarán de pobre.

Me carcajeo ante su entusiasmo.

—Bueno, ¿qué? ¿Vas a contarme cómo te fue con Leon? —Ya he dejado que me interrogue. Ha llegado mi turno.

—¿No?

—¿Te estás haciendo de rogar?

—Suplícame un poquito porque veo que es lo que te gusta.

—Eres lo peor.

—Señorita Soy lo Peor.

Me tapo la cara, muerta de vergüenza, y ella se ríe a mi costa. Por supuesto, ¿podría ser de otra forma? Una amiga que no se ríe de las cochinadas de sus amigas no es una buena amiga.

Es la mejor.

—¿Por favor?

—Ya entiendo que Liam quiera meterse bajo tus bragas.

—Calla —le pido ruborizándome.

Y agradeciendo que no esté por aquí porque es obvio que tendría que huir del pueblo.

Quizá ese sea el plan inicial de esta mujer: dejarme en vergüenza cada vez que pueda para obligarme a abandonar este lugar y no mirar atrás.

June exhala y se acerca a la pantalla sin más.

—Le he comido todos los morros a Leon.

Se me escapa una carcajada. O no. Se me escapa algo que no sé si es una carcajada: un suspiro, una queja o una mezcla de todas las anteriores.

—¿Perdona? ¿Y has esperado tanto para contármelo?

Ella alza los hombros sin más.

—En realidad, me lo he estado pasando de lujo escuchándote decir que ese leñador es un marrano de mucho cuidado y que a mi mejor amiga le gusta que le den órdenes y que la empotren contra paredes. Me he puesto cerda y todo.

—No te has puesto. Nadie puede ponerse si ya lo es.

Le brillan los ojos ante mi pulla.

—Gracias por el cumplido —musita.

Decidme que no la tengo que querer.

—¿Y bien?

—Autumn, no sé, se me fue la pinza, ¿vale? Estaba diciéndome cosas preciosas. Lo mucho que valgo para esto, lo mucho que me esfuerzo, que él es consciente de ello y que solo me presiona porque sabe que puedo dar más y ¿qué quieres que te diga? Me lancé a por sus labios.

A eso lo llamo yo dar el primer paso.

—¿Y?

—Patinazo —suelta mi amiga—. Primero me devolvió el beso y te prometo que me aplaudían hasta las orejas. Entonces se separó de mí y se marchó. Sin más. Dos días hace de eso. —Y me enseña dos dedos a través de la pantalla—. Dos días —repite como una autómata—. Ni un mensaje ni una llamada, y esta tarde tenemos ensayo.

Vale. Es oficial: la cosa se está poniendo fea.

—¿Qué piensas hacer? —tanteo.

—Pues lo que tu amiga June haría.

—¿Ponérselo difícil?

—No voy a ir detrás de un tío que se acojona y huye. Si es de esos, es que no es para mí, ¿lo entiendes?

—¿Y si no es tan sencillo como eso? ¿Y si tiene miedo?

—Pues ya sabes la respuesta a eso también, Autumn.

Asiento porque sí que la sé. Si tienes miedo, hazlo con miedo.

Y no tengo nada que objetar al respecto.

CAPÍTULO 40
Si cierro los ojos, la veo
Liam



He decidido, después de correr lo que me han parecido mil kilómetros, que no voy a huir porque sí. Samira estaría orgullosa de mí si tuviese las agallas de contarle lo que ha sucedido.

No las tengo.

Y sí, he decidido acercarme al pueblo para no cruzarme con la chica que no logro sacarme de la cabeza porque no sé cómo reaccionar a una mañana después. Así que hice lo de siempre…, nada nuevo, ya sabéis.

—¿Qué se supone que haces aquí, Liam? —pregunta ella yendo al grano.

Me quito la gorra y la dejo sobre la mesa de madera en la que descansan tantos peines y cepillos que paro de contar cuando llego a la docena. Ni siquiera sé para qué quiere todo eso, ¿acaso piensa peinar a una jauría de monos o qué?

—Necesito un corte. —Me señalo. Y una pistola.

—Vale —concluye ella un tanto escéptica—. No has cogido cita —bromea.

—Pensaba que tenía algún tipo de ventaja, ya sabes, por eso de que somos amigos.

Samira me tira del pelo y me obliga a sentarme.

Imagino mis manos tirando de otra melena. La de una chica muy rubia, muy sexi y muy tozuda. Me revuelvo en el asiento porque no es bueno dejar que mis pensamientos tomen esa dirección.

«Vale, Liam, piensa en algo que no sea Autumn ni en sus gemidos ni en lo receptiva que estaba anoche mientras sus piernas te envolvían la cintura. Piensa. Piensa. Piensa, maldita sea».

—¿Y Max?

Sí, mucho mejor. Nada como pensar en tu amigo el estafador para que se te baje la erección de golpe y porrazo.

—Metiéndose en algún lío. Como suele hacer —me responde mientras me evalúa las puntas del pelo y luego me pasa la mano por la barba—. ¿Te la recorto? —Le gustaba cómo le raspaba las mejillas, imagínate cómo sería enterrar la cara entre sus muslos.

—No, gracias.

—Vale. Ayer nos lo pasamos genial, ¿no crees? En el lago, quiero decir —agrega como si no fuese obvio.

—Sí. —Sonrío ladino.

—¿Y qué tal después? —tantea.

«Lamió mis dedos. Quise sustituirlos por mi polla. Me moría de ganas de hacerlo».

—Bien —respondo escueto.

—Nunca has sido muy parlanchín, Liam, pero hoy estás que te sales, ¿no crees?

Eso parece.

Me separo de la silla y me echo hacia adelante. Ya no puedo más.

—Anoche besé a Autumn.

Ni siquiera me atrevo a mirar a Samira a la cara cuando pronuncio esas palabras.

Y besar se queda bastante corto para lo que sucedió entre nosotros. Muy corto.

—Max te va a matar.

Aparto la vista de mis manos y escruto a mi amiga con la mirada. Abro la boca sin saber bien qué decirle.

—¿Eso es todo? —pregunto.

Samira niega, me tiende la gorra y me la coloco sin más. Ahora es cuando llega el momento en el que me echa de esta peluquería y de su vida. Y me quedo solo de nuevo…

Porque todo lo que quiero se marcha. Esa es la crónica de mi vida.

—Nos merecemos una copa. Y un brindis.

—Son las diez de la mañana.

—Dos copas —se corrige—. Moses estará encantado de acompañarnos, ese hombre tiene un hígado inhumano. Míralo, bebe cerveza desde que se levanta y sigue vivo.

—La cirrosis lo persigue.

—Y él va más rápido —concluye Samira, que me tira de la mano.

Aguardo a su lado mientras escribe en un folio unas cuantas palabras al azar. Abre la puerta y lo pega con cinta adhesiva. Así son las cosas en Evermere, a la antigua usanza, y funcionan.

«Estaré en el Bar de Beth pimplando como una campeona. Solo urgencias». Y el teléfono que pone es el de Max.

—¿Es coña?

—Ya que él me molesta a mí con su presencia, no está de más que se la devuelva, ¿no crees? Además, nadie lo va a llamar y lo sabes.

Asiento y sonrío. Samira entrelaza un brazo con el mío y cruzamos la calle a grandes zancadas. O yo a grandes zancadas y ella dando pequeños saltitos para seguirme el paso.

La campanilla del bar anuncia nuestra llegada y cuando varias miradas se posan sobre nosotros sé que están sorprendidos porque el hombre de hielo acaba de hacer acto de presencia cuando hace mucho mucho tiempo que no viene por aquí.

—¡Buenos días! —saluda con voz cantarina mi acompañante.

—¡Samira! —Le devuelve el gesto Beth, que la llama dando un par de golpes en una parte de la barra que está libre.

Lleva el mismo delantal de siempre y la nostalgia por los momentos compartidos años atrás, cuando éramos cuatro bebiendo y riendo en este bar, me sacude los cimientos.

—Vamos. —Samira tira de mí cuando nota mi reticencia.

Tomamos asiento sin dudar; ella sin dudar y yo ciertamente cohibido. Beth actúa como mi presencia aquí fuese de lo más normal. Se acerca, me guiña un ojo y me da un par de palmadas fuertes en ambos brazos. Se apoya sobre la barra para hacerlo.

—Ya era hora de verte el pelo, muchacho.

—Sí. —Me rasco la nuca, nervioso—. Gracias —susurro sin saber qué más añadir.

Moses está un par de pasos más allá y se levanta con la intención de acercarse. Beth niega con la cabeza y vuelve a sentarse sin rechistar.

—Este hombre no sabe estar sin mí, ¿qué le vamos a hacer? Soy una fiera en la cama —sentencia dejándonos anonadados.

—No necesitaba esta información. Ahora tendré que beber todavía más para olvidarme de lo que acaba de decir —ironiza a mi lado Samira.

Las comisuras de los labios se me alzan y entonces Samira se gira en mi dirección.

—Quiero saberlo todo.

Exhalo con fuerza, con tanta que todo el aire abandona mis pulmones y me arden cuando los siento vacíos.

—No sé qué me pasó. Estábamos en casa. Hablando. Y de pronto…

Me llevo la mano a la cara y la paso de arriba abajo en repetidas ocasiones.

—Liam. —Posa la suya sobre mi muslo—. Mírame —me pide. Su voz está cargada de ternura, una que no me merezco—. No hagas eso —me ruega—. No lo hagas. Ya está bien, ¿entiendes?

Podría decirle que sí, que está bien, que tiene razón y que no lo haré y, sin embargo, solo bajo la vista porque le estaría mintiendo.

—No va a volver a pasar. —Es la respuesta que le doy.

Ella chasquea la lengua con reprobación.

—Me parece bien siempre y cuando no pase porque no quieras que pase. Suena un poco redundante, ¿no? ¡Bah! Da igual. —Mueve las manos ante mí—. El caso es que me parece bien que sea de esa forma si es lo que quieres, sin embargo, si ella te gusta, si hay algo ahí, tienes que explorar esa posibilidad.

—No sé qué es lo que me pasa.

—Yo sí que lo sé. —Alza la mano y le enseña a Beth dos dedos y luego se lleva el pulgar a la boca—. Fuertito —grita al final para que no haya duda. No me giro para comprobar la respuesta de la dueña del local—. Lo que sucede es que te gusta. Y a mí también me gusta. Y, si llego a saber que iba a ser de esa forma, habría apostado más dinero para desplumarte porque esa chica nos está

robando el corazón a todos. Y Max se va a enfadar contigo. —Me palmea el muslo intentando romper el instante de tensión con una broma. Beth deja dos vasos medio llenos de algo que bien podría ser aguarrás y nos lo beberíamos igual—. Ya es hora de que dejes de huir, Liam.

—No puedo hacerlo. —Soy incapaz de hacerlo.

—Tienes que intentarlo. No puedes echar a perder todo lo bonito que te pase, no puedes seguir castigándote cada vez que algo vaya bien. No te lo voy a permitir.

Aparto la vista de mis manos y cojo la copa que Beth ha dejado frente a nosotros. Me la bebo de un trago. El calor del licor al bajar por mi garganta me demuestra que todavía estoy vivo.

—Casi…, anoche casi…

Samira me coloca un dedo índice sobre los labios.

—No te lo voy a permitir —repite una vez más.

Se me hincha el pecho de nuevo porque soy realmente afortunado de tenerla cerca. Imagino que estas son las contradicciones de la vida, ¿no? Te quita algo que quieres mucho y te da otra cosa que no es que lo sustituya, pero sí que hace que no quieras darte por vencido así como así.

Y Samira, hasta ahora, ha sido mi salvavidas.

—En fin, bébete la mía también. No puedo cortar el pelo estando borracha.

—¿Este era tu plan desde el principio? —pregunto.

—Lo gracioso es que nada de esto entraba en mis planes. Ni en los tuyos.

Sí, esa es la realidad, nada de lo que me sucede estaba programado y por eso está siendo tan inesperado.

Y tan esperanzador.

CAPÍTULO 41
Ojos que no ven, vecinos que te lo cuentan
Autumn



—¿Qué haces ahí tumbada?

Abro los ojos cuando siento que una sombra me cubre la cara. El cielo está azul, la sensación del sol sobre la piel es maravillosa y el sonido del agua en el lago es embriagador.

Muevo la mano y le doy un par de golpes a mi lado para que Liam se acueste conmigo. A mi derecha, quiero decir.

—Ven, pruébalo.

Cierro de nuevo los ojos aguardando a que rechace mi ofrecimiento como hizo la otra vez que se lo propuse. El sol me vuelve a cubrir las facciones y me preparo para sumergirme de nuevo en los sonidos de la naturaleza y en la soledad que me ha acompañado desde que colgué la llamada con June hace una hora aproximadamente.

Entonces sucede. Se tumba a mi lado y su brazo y el mío se rozan con tanta sutilidad que dudo si ha sido por culpa de mi imaginación. Ladeo la cabeza para comprobar que no estoy soñando, que es real.

Ahí está él. Con el pelo enmarañado, con esa barba que tan bien le sienta y de la que guardo buenos recuerdos. Con esos labios carnosos y apetecibles y con ese cuerpo rígido...

Me río al verlo.

—Relájate.

Él suelta una risilla que me recorre la piel como un cable eléctrico.

—Con esa palabra has hecho magia y estoy relajado, ¿ves? —Mueve los brazos como si estuviese disfrutando de esto.

No puede ser.

—¿Estás usando mi propia broma en mi contra?

—No sé por qué dices eso.

—Y, lo que es peor, ¿eso ha sido una broma?

Liam se ríe sin mesura y ese sonido me caldea el pecho casi más que el sol que se sitúa en lo alto del cielo.

—Ya sabes que yo no bromeo, pecosa —me recuerda como otras tantas veces.

Me gusta esa sensación, la calidez de sus palabras, lo bien que me sientan cuando las pronuncia, el hecho de que haya sido capaz de incluirme en su vida y dejarme entrever al chico que me gusta. Al chico por el que siento algo más que atracción.

Liam Hunter es todo un tesoro por descubrir.

Cierro los ojos de nuevo, concentrándome en lo que me rodea, a pesar de que sé que toda mi atención está puesta en la persona que está tumbada a mi lado. En su cuerpo, ese que ya no parece tan tieso, en la comodidad del silencio que se establece entre nosotros y en que empiezo a acostumbrarme a esto.

—¿Te he contado alguna vez cómo fue mi primer beso?

Abro los ojos y aparto la mirada del cielo. Clavo los ojos en Liam, que parece haber hecho lo mismo porque me encuentro en sus pupilas.

El verde de sus iris es más bonito de cerca, que lo sepáis. Me dan ganas de meterle el dedo en el ojo solo para comprobar que es real.

Yo también sé ser romántica…

—Por supuesto que no te lo he contado —suelto una risilla.

—Ahora es cuando llega el desastre en forma de historieta, ¿verdad?

Me coloco de lado, con la cabeza apoyada en el codo y lo observo a mi antojo. Él sigue boca arriba. Hoy lleva una camiseta que para nada se ajusta perfectamente a su torso y que para nada tengo ganas de arrancarle a mordiscos. Y unos vaqueros que le aprietan allá por donde mis ojos pasan. Es decir, en todos lados.

Me tomo mi tiempo saboreando su cuerpo y no me siento para nada culpable por ello.

—Fue en una fiesta de disfraces. Iba de vampiresa seductora.

Se pasa la mano por la cara y ese gesto que hasta hace nada me producía escalofríos en este instante me resulta adorable. Ha debido de ser el café y la taza en la que me lo he servido. Ya sabemos el efecto que provoca el rosa en la mente humana.

¿Me lo estoy inventando? Puede ser.

—¿Por qué será que no me sorprende?

—En realidad, lo intenté, ¿vale? Porque eso de ser sexi se lo dejo a June, mi mejor amiga —le cuento—, es una tía increíble y, además, es guapísima. Tengo que presentártela. Eso sí, es demasiado directa y es probable que quiera saber cosas que no te guste contar. Tiende a hablar y después pensar.

—Madre mía. —Se ríe con el brazo encima de los ojos. Me encantaría ver el brillo de diversión bailando en su mirada—. ¿Es más parlanchina que tú? —Solo asiento, y él niega sin perder el buen humor.

—El caso es que era una mezcla extraña entre Morticia y una azafata de una aerolínea gótica.

—Esto se pone cada vez más interesante —rumia él, que sigue con la vista clavada en el cielo y en los gorriones que hacen carreras entre ellos. He llegado a esa conclusión, sí.

Llevo una mano hasta su mejilla y la paseo por ella. Liam no se tensa. No se aparta y no huye. Y eso es un gran paso para mí. Y quizá también para él.

—Jugamos a la botella. —Bufa, y le golpeo el pecho—. Éramos unos renacuajos —me defiendo.

—¿La botella? ¿En serio?

—¿Crees que a Finn le gustará que incluyamos ese juego en su cumpleaños sorpresa?

—Estoy seguro de que le encantará salir huyendo cuando la botella lo señale a él —bromea.

Para que digan que este hombre no sabe soltar chascarrillos. Me encanta ese humor ácido que tiene. Y no pienso contárselo a June porque ya sabemos lo que piensa sobre ese tema en concreto.

Intento apartar la mano del pecho, y Liam la sujeta sobre él y la deja ahí y, en fin, ¿qué queréis que os diga?, ¿que me derrito? Porque lo hago y no a causa del sol.

—Me tocó besar al guaperas de turno, ya sabes. Alto, fuerte, con un poco de barba, una gorra hacia atrás y unas gafas de pasta que… Mmmmm. —Me deleito mirándolo y describiéndolo a él.

—¿Seguro? ¿Y era simpático?

—Aseguraba que no hacía bromas, pero era todo pura fachada, en el fondo, es un oso amoroso y achuchable.

—Seguro que sí.

Le recorro el pecho con las uñas. Uñas que, por cierto, han tenido épocas mejores. Es lo que tiene poner a punto una casa que se cae a pedazos.

—Era todo muy de película —retomo—. Hasta que le planté el beso y uno de mis colmillos postizos se le quedó pegado a la boca. —Hago una pausa dramática para evaluar a mi vecino—. No es coña si te digo que se lo tragó.

—¿Qué? —pregunta Liam. Comienza a movérsele el pecho bajo mi mano. Al principio son solo unas tenues sacudidas y me arrepiento de no haber estado muy atenta en las clases de primeros auxilios. Porque, si le está dando una embolia, no me lo perdonaré—. ¡No puede ser!

—No me lo contó. Al día siguiente en clase de Biología levantó la mano y preguntó si era normal que algo blanco y curvo le hubiese salido en la caca.

—No me jodas —sigue riéndose.

—El profesor le dijo que podría estar evolucionando a tiburón.

—¿Qué? ¡Te lo estás inventando!

Me río y me dejo caer de nuevo al suelo.

—Puede que lo de la caca y lo del tiburón sí. Quería ver tu cara. —Me río sin parar—. Y ha sido de lo mejorcito de todo. Fue June la que me explicó que se lo había tragado, lo escuchó por fuera del lavabo. Nunca más supe de él y la verdad es que no pudo importarme menos —suelto rememorando la escena—. Todas las chicas estaban locas por ese chico, hasta June, claro.

—¿Y tú? —Es el turno de Liam de colocarse de lado y observarme.

—Yo siempre he sido rara, nunca suelen irme los tíos que les gustan a todas. —Me muevo y compartimos una mirada.

—¿Y qué clase de chicos te gustan a ti? —tantea—. Es pura curiosidad —añade—. Puede que Max necesite esta información para ligar contigo.

—Claro, Max, justo el hombre que me vuelve loca. —Cierro los ojos cuando me doy cuenta de lo que acabo de decir y continúo para llenar el silencio con algo que haga que se olvide de la tontería tan grande que he soltado. Para no querer asustarlo, lo estoy haciendo cojonudamente mal—. Pues… —Pienso y me llevo los dedos a los labios—. Me gustan más altos que yo. Me gusta que tengan el pelo rebelde, la mirada profunda, no soy nada exquisita con el color de los ojos. —Cabeceo para acompañar esa afirmación—. Que sean dulces y tiernos y que en la intimidad sean salvajes. —Se me escapa una risilla nerviosa.

No sé si se ha dado cuenta de que lo estoy describiendo a él y de que no me importa admitirlo.

Me estoy aprovechando de que no ha salido huyendo.

—¿Y los ojos verdes? ¿Qué piensas de los ojos verdes? —Liam se incorpora y se coloca de rodillas frente a mí.

Yo apoyo el cuerpo sobre los codos y me levanto un pelín para verlo mejor.

—Es mi color favorito —susurro.

Solo hay que ver el paraje que nos rodea y lo majestuoso que es.

Liam me abre las piernas con delicadeza. Pasea una mano por mi rodilla, esa en la que se ve la cicatriz porque ya no quiero esconderla más. Me he puesto un vestido vaporoso de color rosa que me encanta. A juego con mi nueva taza.

Puede que quisiera que me viese guapa con él. Y que no se arrepienta de lo que hicimos anoche.

Quizá quiero repetirlo.

No pienso en que es probable que me esté viendo las bragas. Y, si lo hace, es tan educado que no abre la boca para hacer mención alguna a mi exhibicionismo.

Una vez las separa, se coloca entre ellas y se deja caer sin apoyar el peso de su cuerpo sobre el mío. Sus dedos me recorren las

facciones. De nuevo los pasea por mis mejillas y mi nariz.

—Mi color favorito eres tú, pecosa.

Y, cuando siento sus labios de nuevo sobre los míos, sé lo que es tocar el cielo. Así que alargo la mano hacia arriba, saboreo el aire que me eriza el vello y le devuelvo el beso.

Estoy perdida en él, y ya no hay vuelta atrás.

CAPÍTULO 42
La margarita dijo sí
Autumn



—¿Se puede saber dónde está Jared? —pregunto cuando ya he sacado cinco cubos de madera y todavía no he empezado con los cables que hay desperdigados por el suelo. Cubos que, por cierto, Liam no me ha reclamado siendo suyos. No sé a quién pretende engañar, es todo un galán de la albañilería…

A lo que vamos, por fin tengo paredes nuevas, y Liam está colocando la instalación eléctrica y la fontanería por el suelo. Parece ser que no solo no ha sido suficiente con quitar las paredes carcomidas por las termitas —sí, ese es el nivel en mi cabaña—, el suelo tampoco tenía salvación alguna.

Y tú dirás: «¿Crees que me importan mucho las reformas que estás haciendo?». Lo que realmente me interesa es el chico que las lleva a cabo y hasta ahí quería llegar yo también, claro. Son sus manos las que están llevando a cabo todos los cambios y mejoras de mi casa. A estas alturas debería sorprenderme que sepa hacerlo, sin embargo, no lo hace. Puede que sea porque empiezo a acostumbrarme y a disfrutar del tiempo que pasamos juntos en esta casa y a la cantidad de horas que nos ha llevado alcanzar el punto en el que estamos.

Es una fantasía hecha realidad, el manitas al que beso todos los días y que no da un paso más allá me está poniendo a punto la casa. ¿Quién lo iba a decir?

Algo más de una semana hace de nuestro primer beso. Y todos los días hacemos lo mismo. Nos besamos antes de darnos las buenas

noches y luego se marcha dejándome… caliente. Sí. No hay otra forma de definirlo.

Muy a mi pesar, ni siquiera ha habido un restregón como el de la otra noche. Esa que no dejo de rememorar una y otra vez y cuanto más lo hago más me arrepiento de no haberme lanzado a su yugular. Sin dentadura postiza ni nada. No queremos que se la trague.

—¡Está despedido! —grita mientras tira de unos cables que mete por otros cables y ya está, hasta ahí llega mi conocimiento sobre eso.

Tampoco he encontrado un vídeo en YouTube para resolver esas dudas, que lo sepáis.

—¿Qué? —pregunto estupefacta—. ¿Cómo que despedido?

Me acerco a Liam con paso firme y decidido y lo señalo con el dedo índice.

—¿Tengo que sentirme acobardado por ese dedo tan mono? —Hace el intento de morderlo.

Lo aparto y le doy un manotazo en el pecho. No sirve de mucho.

—¿Cómo que despedido?

Liam se quita la gorra, se limpia el sudor y se la coloca de nuevo. No pienso caer rendida ante el sexapil de este hombre cuando estoy intentando reprenderlo por algo que todavía no comprendo.

—Autumn, yo puedo hacer este trabajo gratis, ¿lo entiendes?

Y volvemos a retomar ese tema que había dejado apartado porque Liam nunca trabaja gratis. O eso es lo que no deja de decir todo el mundo.

Doy un paso atrás y bajo el dedo. Me tiemblan las piernas y en esta ocasión no tiene nada que ver con la cicatriz que me recorre la rodilla.

Puede que me esté anticipando y me esté emocionando cuando todavía no me ha dado un motivo exacto para ello.

—¿Por qué? —pregunto—. ¿Por qué tendrías que hacer este trabajo gratis? ¿No se supone que nunca lo haces? Eres algo así como… un tiburón de la madera. —Camino dando vueltas de un lado a otro, esto tampoco me deja en una posición cabal. Seguro que me está llamando loca mentalmente—. Tal vez seas de esos que tiene

una cuenta bancaria llena de ceros y finjas que eres pobre como una rata. No sé… —Me alzo de hombros—. Eso da igual, lo que me importa es el motivo por el que me estás ayudando de forma desinteresada.

Me planto frente a él de nuevo y aguardo su respuesta antes de dejarme llevar por algún arrebato que de verdad me avergüence, como lanzarme a sus brazos y lloriquear, lo que implicaría que le manchase la camisa de mocos y no queremos eso.

Liam da un paso hacia mí y luego otro. Sé que han sido pisadas cortas porque con una sola zancada me hubiese alcanzado, lo ha hecho para respetar mi espacio y para que pudiese elegir apartarme cuando llegase a mi altura.

Lo observo desde abajo.

No pienso apartarme. Eso no va conmigo.

—Autumn —susurra colocándome un mechón de pelo detrás de la oreja. No sé cómo es posible que estuviese dando tirones a esos cables como un *machomen* y, de pronto, ser tan delicado conmigo—. Es evidente, ¿no crees?

Para mí no hay nada evidente en cuanto a todo esto se refiere.

Niego.

—Quiero escucharlo.

Me sonríe de forma delicada. Cada vez le cuesta menos mostrarme ese lado tierno y blandito que tiene.

—Estamos dejando nuestra estela en esta casa. Estamos dándole forma a lo único que te queda de ellos, y no me perdería por nada del mundo esto. No dejaría que lo hicieses sola y tampoco me gusta la idea de que Jared deje su aura por aquí.

Sonrío un poquito. Muy muy poquito.

Y me tiemblan cada vez más las piernas. Esto es mejor que la ofrenda de paz en forma de vino. Lo siento. No hay punto de comparación.

—¿Estás celoso? —pregunto.

Liam gruñe, ya sabes, porque no quiere perder la costumbre y esas cosas.

—No —niega.

Sus ojos me dicen que sí y con eso me basta.

Por ahora.

Quiero que se sienta lo suficientemente cómodo como para contarme su historia. Le estoy dando tiempo para que lo haga. De la misma manera en la que él no me ha preguntado por la mía.

—Pues yo diría que sí. Ya sabes, ese vikingo es de lo más atractivo, con esa barba que se peina… —Finjo llevar yo una y alisármela—. Y con esa melena al viento tan rubia que…

Liam se lanza a por mí y me estrecha contra sus brazos. Yo me dejo arropar por ellos y apoyo la mejilla en su pecho, cierro los ojos y el latir acelerado de su corazón es la música que me envuelve en ese instante. Gimoteo entre ellos y no me aterroriza en absoluto, porque entre sus brazos me siento protegida, me siento especial. Me siento…, me siento en casa.

Y aquí estamos, dentro de una cabaña a medio construir, con paredes sin terminar y sin nada de decoración y con una ventana que nos muestra el exterior, el lago, los inmensos árboles que lo envuelven y los pájaros que sé que están surcando el cielo como hacen cada mañana.

—Ay, mi celosón —lo provoco.

Me pellizca el costado como hizo el otro día y entonces se aparta.

—Tengo que enseñarte algo.

Con lo bien que estaba yo acurrucada en ese pecho…

Me lleva de la mano hasta la parte trasera de la casa. Desde aquí no parece que esté tan mal y me recuerdo que tengo que limpiar los hierbajos y dejar el camino libre. Tal vez ir al pueblo de al lado y comprar algunas flores que pueda plantar y que le den color. Quizá esta tarde, cuando vaya con Samira para comprar todas las cosas para el cumple de Finn.

Me gustan las flores que tiene Hannah en su camino y hasta allí dirijo mi mirada. Observo cómo tiende ropa en su lado del jardín y mueve la mano para saludarme mientras Andy camina, se levanta y cae a la hierba una y otra vez sin perder los nervios.

Cuando centro la atención de nuevo en mi vecino, ya nos hemos parado frente a…

Grito cuando veo a Sir Mapachington salir de «eso» y echarse a correr hasta perderse en el bosque.

—¡Sir Mapachington! —le grito. Como si fuese mi amigo de toda la vida. Ya ves, es probable que haya ido a buscar algo que compartir con la humana que le deja galletas en un plato y que devora en la soledad del bosque. Tal vez las comparta con los que le caen mejor que yo—. Lo has asustado con esa cara de pocos amigos —lo increpo.

Liam no se lo toma a mal.

—Parece que le gusta.

Liam no me ha soltado de la mano todavía, y yo…, en fin, esto es mucho para mí.

—Dime que no le has construido una casa a Sir Mapachington —le digo alzando la mirada y centrándome en él.

Vale, no llores. Nada de gimoteos, nada de lloriqueos, nada de nada. Piensa en algo que te distraiga, algo como el bigote de Moses.

—No le he construido una casa a ese mapache al que te empeñas en ponerle nombre y darle de comer.

Me río, pero no tanto como me gustaría.

—Le he construido una casa a Sir Mapachington. —Parece que mastica clavos cuando pronuncia su nombre—. Porque me di cuenta de que te quedaste preocupada por haberle robado su hogar. Ahora tú podrás recuperar tu garaje, y Sir Mapachington —repite mientras pone los ojos en blanco— tendrá un sitio en el que refugiarse.

—¿Cuándo…?

Doy un par de zancadas hacia adelante y paso las manos por la casa sin siquiera terminar la frase. Sí, me gusta tocar todo, ya eso ha quedado más que claro, y Liam es consciente de que he repasado cada superficie de su casa y mis dedazos han hecho de las suyas.

Es perfecta. Es pequeña, circular, tiene una puerta minúscula y redonda y cuando me agacho compruebo que está llena de las hojas que han caído de los pinos. Tiene piñas dentro, lo que la hace más rústica y adorable.

No llores. Es una casa y ni siquiera es la tuya. La tuya no está lista. Ha despedido a Jared. Lo ha hecho porque quiere dejar su alma en tu casa.

Maldita sea, sí que quiero llorar.

—Me levanto muy temprano.

—¿No ibas a correr? —No estaba huyendo. No. Estaba. Huyendo.

—Llevo una semana construyéndola —me explica evaluando cada una de mis reacciones.

Y no necesito que me diga más. Me lanzo a sus brazos y ya está.

—Vale. No necesitamos a Jared. Ni de coña necesitamos a Jared.

Siento la risa de mi vecino vibrar contra mi pecho y entonces llego a la temida conclusión… Estoy oficialmente bien jodida porque Liam Hunter se ha colado bien adentro, a ver cómo voy a conseguir sacarlo.

No, no quiero sacarlo.

El problema está en descubrir si es recíproco.

CAPÍTULO 43
Tarde de chicas
Autumn



—¿Cómo está mi futura esposa?

Me cruzo de brazos al percatarme de que la tarde de chicas implica cargar con Max.

—¿Se puede saber qué hace él aquí?

—¿Desde cuándo soy tan solo «él»? Me gusta más que uses otros motes mucho más cariñosos. —Parece realmente dolido con el pronombre usado.

—¿Estafador?

Rueda los ojos, ese tampoco le convence.

—¿Amor de tu vida? —contrataca.

Sí, sigo con los brazos cruzados.

—¿Samira?

—¿Qué? Me lo estoy pasando bien con vuestro momento de ternura no correspondida. Liam se va a reír de esto.

—Liam no se ríe —concluye Max.

—Porque tú lo digas —rebato yo.

El único que dispone de un miembro colgante en este grupo abre los ojos, perplejo, ante la forma tan severa en la que he hecho esa afirmación. ¿Y sabéis qué? Que no me siento para nada culpable.

—¿Qué me he perdido? —pregunta él.

—Pues no sé… ¿Muchas cosas?

Ladeo la cabeza analizando la situación. No sé hasta qué punto Samira sabe algo de lo que hay entre Liam y yo, si es que lo que hay

entre nosotros puede catalogarse de alguna manera. Y no voy a preguntar porque la lealtad es algo demasiado importante para mí como para indagar sobre ello. De la misma forma en la que me gusta que ella guarde mis secretos me alegra que conserve a buen recaudo los de él.

Le sonrío, y ella me guiña un ojo como si supiese lo que estoy pensando.

Me ruborizo al imaginar que sepa alguna que otra cosa… marrana.

En fin, a lo hecho, pecho, ¿no? Pues adelante.

Cojo un carro enorme y lo guío a través de los pasillos. Hemos venido al pueblo de al lado porque estaba claro que en el pequeño supermercado de Evermere no había nada para una fiesta de cumpleaños especial como la que Samira, June y yo hemos organizado.

Y sí, mi amiga ha participado desde la distancia, cosa que me pone triste y me alegra a su vez. Lo de ser una contradicción andante es cosa de estudio.

June hizo varias aportaciones cuando se cansó de pedirme motivos por los que no me he colado en la habitación de mi vecino, también quiso saber por qué no lo he arrinconado y amordazado y luego preguntó por las drogas. Le colgué el teléfono.

Tras darse cuenta de que se le estaba yendo de las manos, decidió tenderme la mano y participar en la fiesta.

La he puesto al día con los problemas de Finn y me aseguró que le preguntaría a alguna de sus amigas, esas que según palabras de June: «Son más listas que todas nosotras juntas, que para eso han estudiado». Gracias por eso de llamarme tonta. Amigas para esto…

Independientemente de que me haya intentado ofender y no lo haya conseguido porque ya nos conocemos, el globo enorme con el número ocho, las guirnaldas de colores, el mantel de extraterrestres y los globos para llenar de agua y lanzarnos, fueron propuestas que no pude rechazar.

—Veo complicado que encontremos ese mantel —concluye Max echando por tierra mis ilusiones.

—Que me lo diga un ladronzuelo tiene delito —se la devuelvo—, porque se supone que tú deberías poder vender cualquier cosa que

necesitemos, ¿no?

Los ojos le hacen chiribitas cuando uso los verbos «vender» y la uno a «necesitar», porque en su mente uno más uno es igual a dinero contante y sonante.

—Es probable que pueda hacer algo con eso, solo tengo una condición.

—Desembucha.

—No quieras saberlo —suelta Samira adelantándome por la derecha para coger vasos, platos, cubiertos plásticos y tres rollos enormes de bolsas de basura.

—¿Para qué necesitamos tantas?

—Por si hay que lanzar un cadáver al lago. —Señala a Max, que parece ajeno a sus provocaciones.

Me río, por supuesto, soy de broma fácil.

—Dos cosas —insiste él—. Primero, llámame pillo de buen ver —me corrige, ruedo los ojos, y Samira le da una palmada en la espalda—, y segundo… Una cita. Tú, yo y la noche, que es joven.

Samira tose. Mucho. Y suelta algo sobre que Liam lo va a matar y va a necesitar más bolsas para eso, solo que esto último puede que sean imaginaciones mías, porque sí, fantaseo con ese leñador sexi. Y cada vez lo hago más con él sin ropa.

Freno el carro y me acerco a Max. Le brilla la mirada y la verdad es que me siento un poco culpable con lo que le voy a soltar.

—Lo siento, Max, pero no eres mi tipo.

—¿Guapo y encantador? —Oye, tiene un pase cómo se ha tomado mi rechazo.

Niego.

—Pesado y de oído selectivo.

Samira ha dejado un par de paquetes de patatas fritas en el carro y anoto en mi memoria interna cambiarlos cuando ella no esté por si los ha apretujado y escachado. Cosa que no me sorprendería. Ha decidido que lo mejor es reírse a costa de su amigo.

—No entiendo por qué dices eso, sin embargo, me gusta de todas formas. Soy fácil de contentar. Al fin y al cabo, siguen siendo piropos —sentencia él.

—Te he rechazado con educación un par de veces, Max. ¿No crees que es momento de dejarlo estar?

Asiente mirándome a mí y, cuando avanzo con el carro un par de pasos, veo por el rabillo del ojo cómo niega.

—Es la mujer de mi vida, solo que ella todavía no lo sabe —le susurra a Samira.

Y, tras eso, escucho un sonoro «auuuu» que interpreto como una colleja bien merecida.

Sacudo la cabeza porque la verdad es que me lo estoy pasando bomba. Me divierto con las locuras de ese chico.

—¿Y bien? —le pregunto a mi amiga, que se sitúa a mi lado—. ¿Qué tal con el vikingo?

—¿Y tú? —Me la devuelve—. ¿Qué tal con el gruñón?

Vale.

—Empate —concluyo.

Ella asiente y entrelaza su codo con el mío. Freno unos segundos cuando noto un pinchazo en la rodilla y me llevo la mano hasta allí.

—¿Estás bien?

—Sí —confirmo—, es solo que no me estoy tomando los antiinflamatorios.

—¿Y eso por qué? —pregunta.

Me alzo de hombros. La verdad es que ni siquiera sé qué responder a eso. ¿Cabezonería? ¿Estupidez? ¿Una combinación de ambas?

—Creo… —Bajo la vista—. Creo que quiero demostrarme que soy capaz de superarlo yo sola, sin ayuda.

Samira chasquea la lengua.

—¿Cuánto tiempo hace? —indaga.

No pregunta cómo fue, qué sucedió o cómo acabé así.

No necesito hacer cálculos mentales porque lo tengo todo bastante fresco.

—Hace tres meses. —Un par de días hospitalizada y luego la recuperación en casa.

—Escucha, Autumn, has estado trabajando duro en tu cabaña, has estado ayudando a Hannah, haciendo estiramientos cada día, te estás esforzando al máximo y te adoramos por ello. —Adoramos, en

plural, ¿vale? Lloro de nuevo—. Y ahora te hablo como tu recién descubierta amiga que pretende serlo de por vida. —Es oficial: lloro —. Tienes que tomarte la medicación o le diré a Liam que te ate a la cama y te la meteremos en la boca.

Abro los ojos. Parpadeo. Abro la boca. Parpadeo y entonces estallo en carcajadas.

—Joder —gimoteo.

—Joder, me cago en todo —responde ella a su vez—. No es eso a lo que me refiero, ¿vale? Hablo de la pastilla.

—Claro, claro, de la pastilla.

Sigo riéndome, sobre todo, cuando su cara pasa de un tono rosa a un rojo escarlata. Es adorable y le diría que no pasa nada si pudiese hablar y no reírme en su cara.

—Eres de lo peor que hay —me amenaza.

—Cuidado, no vaya a tener que atarte a la cama y pedirle al vikingo que te la meta en la boca.

—Eres… Eres…

Me señala y entonces me acompaña. Comienza como una risilla nasal y termina doblándose por la mitad hasta que casi se parte la frente contra una estantería. Lo que nos hace reírnos todavía más y más fuerte y atrae las miradas de los desconocidos, que no entienden qué pueden hacer dos chicas armando un escándalo en medio del pasillo del papel higiénico y los jabones íntimos.

Cosa que nos viene que ni pintado.

—Dios, hacía mucho tiempo que no me reía tanto.

—Eso es porque no has hablado con June, de verdad, seríais las mejores amigas porque no hay nada que le guste más que hablar de cosas marranas. Sí, sí que lo hay, le gusta inventarse cosas que pueda patentar y vender.

—¿Vender? ¿Qué hay que vender? ¿Dónde está esa chica de la que hablas? —pregunta Max, que parece tener oído selectivo.

Y me limito a alargar la mano, darle una colleja y seguir riendo.

¿Lo notáis? La felicidad está en el aire.

CAPÍTULO 44
Nada más dulce que ella
Liam



—¿En qué puedo ayudar?

Samira y Max hace nada que se han marchado. Trajeron a Autumn a casa, se tomaron una taza de té y, a pesar de las protestas de Max porque quería interrogar a Autumn sobre su amiga June y esos inventos de los que no tengo ni la menor idea, salió por la puerta con la promesa de que nada de esto quedaba así.

—Pues… —La observo moverse por la cocina a su antojo. Pasar un dedo por todas y cada una de las superficies habidas y por haber y, cuando ya se siente del todo satisfecha o eso creo, regresa a mi lado y se coloca un paño de cocina sobre el hombro. Parece toda una experta culinaria—. Necesito que me alcances todos los ingredientes.

Me centro en los moldes que he dejado frente a la mesa porque, si sigo mirándola, no voy a acabar la tarta para ese enano y se merece una gran fiesta de cumpleaños.

—Ajá… ¿Y esos ingredientes son?

—¿Qué sabes de repostería?

—Que los huevos se usan para todo. —Reprimo una carcajada y veo cómo se pone cada vez más roja, hasta las orejas le terminan de ese tono cereza tan encantador—. No es lo que piensas.

Aparto la mirada una vez más. Es sencillamente adorable y ni siquiera creo que sea consciente de ello.

—Yo no pienso en nada, pecosa —respondo intentando sonar lo más neutral posible. Cada vez me cuesta más con ella. Recuerdo que

al principio era sencillo mantener las distancias y comportarme solo como un capullo integral. Ahora no es tan fácil porque Autumn hace que quiera ser mejor de lo que era. Mejor de lo que soy.

—Se te da fatal mentir.

—¿También te has dado cuenta?

—Soy muy perspicaz. —Me regala una amplia sonrisa y se me olvida la tarta, el cumpleaños, los huevos y todo a nuestro alrededor.

—Entre otras tantas cosas —matizo.

—Ah, ¿sí? ¿Cómo qué?

—¿Quieres que te regale el oído? ¿Es eso? —Se pone roja de inmediato y me muero de ganas de saber qué es lo que se le pasa por la cabeza.

—¿Puede?

No hago pregunta alguna porque temo la respuesta que pueda darme y las consecuencias que provoque esa respuesta en mí. No soy de piedra a pesar de que esta semana he estado conteniéndome. Porque no quiero precipitarme, porque no he sido capaz de cruzar esa línea, porque no he dejado de darle vueltas a la conversación que tuve con Samira y, aun así, sigo sintiendo la culpa en lo más hondo de mi ser.

—Vale. Tenemos una tarea por delante. Los huevos están en la nevera. La harina, en el armario. La nata… —La observo mover los dedos de uno en uno sobre la encimera y el sonido de las uñas sobre ella me hace perder la concentración—. ¿Me estás escuchando?

Se limita a negar sin más. Al menos es honesta.

—Estoy pensando.

—¿Quiero siquiera saberlo?

—Deberías querer saberlo porque te incluye a ti.

Me incluye a mí.

—Me das miedo. —Autumn se acerca—. Me das miedo de veras.

Apoya el peso del cuerpo en la pierna buena y descansa la otra. Samira me contó que no se estaba tomando los antiinflamatorios y nada más. Con eso me basta.

—¿Estás bien?

Autumn niega en repetidas ocasiones y de nuevo ese rubor le cubre las mejillas. Sea lo que sea que se le está pasando por la cabeza no pinta bien.

—¿Por qué…? —titubea y cada vez me resulta más complicado no acercarme a ella y consolarla de la forma en que lo necesite. Miradla, ahí está, frente a mí, frente a todos, con esa herida que le recorre la rodilla y trabajando en una casa sin descanso, sin quejarse y sin protestar, cumpliendo con cada tarea que se le encomienda y regalando sonrisas y comentarios mordaces que lo hacen todo más divertido si cabe—. ¿Por qué no has vuelto a intentar nada conmigo? ¿Por qué no…? ¿He hecho…? —Vacila—. ¿Es por algo en concreto?

Jo. Der.

Me acerco más a ella e intento contenerme. ¿Por qué? Porque lo primero en lo que pienso es en enterrar la cara entre sus muslos y demostrarle que no hay nada malo en ella, al contrario, todo es perfecto. El problema lo tengo yo y las voces que no se callan nunca.

Entonces me doy cuenta de algo. Y no sé si reírme o si llorar.

Y es que cuando estoy con Autumn no hay rastro de eso, el problema es cuando se aleja. En el famoso «día después».

«Tienes que intentarlo. No puedes echar a perder todo lo bonito que te pase, no puedes seguir castigándote cada vez que algo vaya bien».

Y eso es justo lo que estoy haciendo, permitiendo que sea de esa forma, que suceda. Estoy dejando que todo se escape entre mis dedos y no solo eso, estoy provocando que Autumn se sienta inquieta por mi culpa, dejando que mis fantasmas la opaquen a ella también cuando no se lo merece.

—Ven aquí —le exijo. No hay rastro de ternura en mi voz cuando la llamo. Alza la vista, sorprendida, sin entender qué es lo que ha hecho para que use este tono severo con ella—. Te estoy pidiendo que te acerques —repito con más contundencia.

—¿Qué? —Mira en todas las direcciones, como si buscase la cámara oculta o el payaso que va a saltar de una caja de un segundo a otro con un matasuegras en la boca y un montón de globos que explotan.

—Aquí —le repito y le señalo un punto exacto cerca de mí. Tan cerca que podré tocarla.

Ella hace lo que le he pedido sin entender el fin de esto.

Mejor, porque de esa forma podré saborearlo más.

Cuando soy capaz de aspirar su olor, muevo una mano y le alzo la barbilla.

—No hay ni un solo centímetro de ti que no me guste. Ni un solo centímetro de ti que no me vuelva loco, Autumn. Ahora, repítelo.

—¿Qué? —titubea.

Me encanta esto de ella, me gusta que sea una fiera y que, a su vez, también sea dócil y mansa.

—Repite mis palabras, Autumn.

Resopla frustrada e intenta dar un paso atrás. Paso que es evidente que no le dejo dar.

—No hay un solo centímetro de mí que no te guste. Ni un solo centímetro de mí que no te vuelva loco. —Entonces baja la vista y se mira la rodilla.

Esa rodilla.

—Ni un puto solo centímetro —repito mientras me agacho frente a ella.

Ni siquiera sé por qué no me tomo mi tiempo cuando, en realidad, es lo que debería hacer. Supongo que estoy cansado de huir de esto también. Y agotado de luchar contra mí mismo, contra ese hilo invisible que me lleva hasta ella, es como una pequeña cuerda que se me enreda en el cuerpo y en la mente y hace que no deje de llamarme una y otra y otra vez, y es del todo agotador intentar escapar. Estoy al borde de la extenuación a causa de eso.

Así que, sí, imagino que mandar esta mierda al cajón del desastre emocional es la decisión que tomo y me parece cojonuda.

Le bajo los pantalones y me llevo la ropa interior de paso. Autumn ahoga un gemido cuando lo hago, sin embargo, no opone resistencia alguna. La polla me aprieta contra la cremallera del pantalón y quiero llevar una mano hasta ella y apretarla con ganas, meneármela y quizá disfrutar de la fantasía de que Autumn vea cómo me masturbo ante sus ojos. Que vea por fin cómo lo hago

frente a ella, ya que todas estas semanas lo he hecho en la intimidad de mi habitación.

Quiero gritar su nombre cuando me corra en mi mano de la misma forma en la que ella va a gritar mi nombre cuando sea mi lengua la que la lleve al orgasmo. Porque eso es justo lo que va a suceder.

La sujeto por las nalgas y la subo sobre la encimera.

Los moldes caen al suelo y no me puede parecer una decisión más acertada. Ya me preocuparé de la tarta luego porque lo que está claro es que tengo ciertas prioridades. Sus gemidos. Su sabor.

Ella.

Y me lo tomo al pie de la letra.

—Abre las piernas y enséñame ese coño que tienes.

—Joder, Liam, qué boca más sucia —murmura. Sí, lo hace, y también abre las piernas tal y como le pido.

—Apuesto a que, si te toco, estarás mojada, ¿verdad? Mojadita para mí —susurro.

Autumn baja la vista y la posa sobre el bulto que esconde mi pantalón. Niego para que entienda que no es momento para eso, aunque me muera de ganas de que me toque.

—Compruébalo por ti mismo —me reta.

Un desafío. Una petición y un ruego. Todo en uno.

A pesar de que es a mí al que le gusta dar las órdenes, esta la sigo al pie de la letra porque obtendré un beneficio de ello. Y uno que me tienta demasiado.

—Chupa. —Abre los labios permitiendo que cuele mi dedo índice entre ellos—. No eres tú la única a la que le gusta meter el dedo en todo.

Me muerde en respuesta a la pulla, y se me escapa un gimoteo ansioso.

Joder, no puede ser que me vaya a correr de nuevo en los pantalones. No. Puede. Ser.

—Solo tú podrías hacer una broma en un instante como este.

Niego sin cerrar los ojos. Si este fuese mi último día en la tierra, no querría pasarlo en ningún otro lugar.

—Yo no bromeo, pecosa. Y, ahora, chupa —le exijo una vez más.

Lo hace. Con avidez. Con desespero. Ahuecando los mofletes.

—Te la imaginas dentro de la boca, ¿verdad? Te imaginas que es mi polla la que saboreas, ¿a que sí?

Ella asiente sin soltarme el dedo, así que… se lo arrebato. Suena un «plop» que me sacude los cimientos y no me detengo a pensar en nada más allá.

Bajo la mano y la paseo por su sexo.

—Mmmm. Mojadita, justo como a mí me gusta.

Me acerco sin apartarlo, jugueteando con su centro. Y le beso la rodilla.

—Ni un puto centímetro de ti que no me guste. Ni un puto centímetro de ti que no me vuelva loco, pecosa.

Otro beso más en la rodilla y, cuando alzo la vista, veo ese brillo en sus ojos que es capaz de romperme en dos.

Y dejo que lo haga.

Solo que antes…

CAPÍTULO 45
La boca muy sucia
Autumn



Se me eriza el vello cada vez que Liam me da un nuevo beso. La pantorrilla, mi rodilla izquierda y, cuando llega a la derecha, la cosa se complica porque está siendo tierno. Demasiado tierno.

A ver, a estas alturas creo que todas somos más que conscientes de que Liam tiene la boca más sucia que —casi— he tenido el placer de disfrutar, pero también sabe ser sensible, atento y cariñoso. Cercano. Y son todas esas versiones, todos esos retazos, los que me tienen hiperventilando.

También puede que tenga algo que ver con que sus labios se aproximan peligrosamente a mi sexo y, en fin, chao. Adiós a la cordura.

—¿Sigo? —No me puedo creer que a estas alturas me esté pidiendo permiso.

—Salvo que quieras que acabe contigo, más te vale continuar, Hunter —lo amenazo usando su apellido, a ver si de esa forma surte más efecto.

Parece que lo consigo. Porque avanza con decisión y a mí se me hace eterno el rastro de besos que va dejando hasta que llega a la zona que yo quiero. Y es aquí donde debo contaros que su barba… ¡Joder con esa maldita barba!

Más allá de ese pequeño inciso, el contacto es embriagador. Es la primera vez que me ve sin ropa. Sin tanta ropa y, a su vez, es como si esto fuese de lo más natural entre nosotros. Cabe la posibilidad de

que sea de esta forma porque lo he imaginado tantas y tantas veces que es como si el sueño se convirtiese en realidad.

Me siento como Cenicienta cuando el Hada Madrina le concedió su deseo. Y, seamos honestas, ha dado en el clavo la muy astuta.

Ni siquiera me ha quitado la camiseta cuando entierra la boca en mi sexo. Y si fuese solo eso… Lo hace de una manera que casi bizqueo porque… ¡Madre del amor hermoso!

—Joder, Liam —murmuro acercándome cada vez más a él.

—¿Acabamos de empezar y ya estás desesperada?

Se me pasa por la mente la idea de darle un copón, pero todo eso se reduce a nada cuando centra su atención en mi clítoris.

«Sí, June, sabe dónde está el clítoris». Joder si sabe.

Sacudo la cabeza porque este momento no es para eso.

—¿Estás poniendo los ojos en blanco, pecosa?

—Y da gracias a que no me desmaye aquí mismo, menudas explicaciones vas a tener que dar en urgencias.

Se ríe contra mi coño y eso solo intensifica las sensaciones.

—Ahora, pecosa, túmbate y rodéame con esas preciosas piernas que tienes mientras te saboreo por completo.

Es que lo sabía, sabía que Liam era de esta forma, sabía que era una caja de sorpresas. Mucho gruñido y muchas frases concisas y miradlo.

Hago justo lo que me pide y entonces, simplemente, la espicho.

Tiene que ser eso lo que ha sucedido porque no le encuentro otra explicación a la forma tan exquisita en la que usa la lengua para devorarme. Lame, succiona y muerde a su antojo, y yo me convierto en un despojo, ¿qué otra cosa puedo hacer si no?

Y por si eso fuese poco, alarga la mano y mete dos dedos dentro de mi boca sin previo aviso.

—Chupa —me pide de nuevo.

Yo, que no estoy para nada centrada, entendamos el motivo de ello, lo hago. Porque se me da bien seguir órdenes si vienen de él.

Y, tal y como los mete, los saca y los sitúa en la entrada de mi sexo y me penetra con ellos.

—Mira lo bien que entran. Autumn. —Los mueve hacia afuera y hacia adentro sin apartar la boca del todo de mi sexo—. Mira lo bien

que entran —susurra sin más. Y vuelve a lamerme como si esta fuese su última cena.

Incrementa la presión de su lengua sobre mi clítoris y comienza a bombear con más fuerza. La sensación de su barba entre mis muslos es exquisita y me hace jadear de anticipación.

—Esto es lo que quieres, ¿verdad?

Niego. Me lame y me muerde. Suelto un quejido.

—En realidad, quiero que me folles —me sincero.

—Mira qué boca más sucia tienes, pecosa —susurra antes de morderme de nuevo y meterme los dedos hasta el fondo.

Creo que voy a perder el sentido. Sí, es lo que creo.

Estoy a punto de confesarle que somos tal para cual cuando rota la lengua y empuja los dedos, curvándolos de una manera que me hace levitar provocando que el clímax me sacuda y me recorra cada parte del cuerpo. Me nace en los dedos de los pies, sube de forma acelerada cruzándome las piernas, me sacude la barriga, me duelen los pezones de lo duros que están, separo la espalda de la madera de la encimera y aprieto más las piernas contra su cabeza.

—¡Liam! —grito.

Puede ser, no descarto, que lo esté asfixiando con ellas.

Entonces siento que ríe. Ríe, joder, y me las abre y las deja caer a ambos lados. Laxas. Relajadas. Más inertes que nunca jamás.

—Ni un puto centímetro de ti que no me guste. Ni un puto centímetro de ti que no me vuelva loco, pecosa.

Ladeo la cabeza mientras se aparta y da un par de pasos atrás. Se lleva las manos a la cinturilla del pantalón sin mediar palabra alguna. Botón a botón, se deshace del cierre y de un tirón lo abre sin más, dejando a la vista un bóxer negro que me pone a cien de nuevo.

Intento incorporarme para ayudarlo. Para demostrarle que yo también lo deseo y mucho. Para «devolverle el favor», y me empuja de nuevo sobre la encimera.

Quiero lloriquear por lo que me está impidiendo hacer, pero se me olvida todo cuando se baja la ropa y se aprieta la polla con el puño.

Contengo el aliento cuando comienza a moverla frente a mis ojos.

—Esto te gusta, ¿verdad? Te gusta mirar cómo me la sacudo frente a ti, cómo pienso en ti cuando lo hago. Lo cachondo que me

pones con tan solo mirarme, pecosa. Pues debes saber una cosa… —No soy capaz de preguntar, ni siquiera soy capaz de apartar los ojos de su miembro. Joder, es perfecto. Gordo, enorme y quiero que sea todo mío. Quiero que me llene con él. Lo necesito dentro—. Debes saber que, cada vez que me toco, pienso en ti. En lo apretado que tienes que tenerlo, en las ganas que tengo de ponerte encima de mí y pedirte que me montes. En eso es en lo que pienso mientras me masturbo. En ti, Autumn. En ti.

Alzo las piernas de nuevo en una invitación silenciosa. Las comisuras de la boca se le levantan unos milímetros. No se acerca, no se mueve. Al final sí que va a ser el hombre de hielo y no por culpa de sus emociones o de esos gruñidos que profiere siempre que puede, sino porque es firme y, cuando toma una decisión, la lleva a cabo hasta el final. Y está decidido a negarme esto.

Y ya sabemos lo que pasa: cuanto más te niegan algo, más lo deseas.

—Liam, por favor.

—Mírate, rogando porque te la meta —susurra acercándose.

Me incorporo sobre los codos para tener mejores vistas. Liam bombea cada vez con más fuerza, con más ansia y con más ganas. Está cerca, sé que lo está porque comienza a temblar. Las venas se le marcan en los antebrazos y se me acelera la respiración. Nunca pensé que algo así me resultase tan sexi.

Otro paso más y queda casi a mi altura.

—¿Te vas a correr? —le pregunto.

No responde. Baja la mirada y la centra en mi sexo. Me llevo los dedos hasta ahí en un arranque de valentía y los muevo.

—Autumn —grita y, entonces, me mancha.

Se derrama sobre mi sexo empapándome aún más. Siento el calor del semen en la mano y en el coño, y esto…, esto no voy a olvidarlo nunca.

Cuando aparta la vista y mira al techo, me levanto y me coloco frente a él. Baja la vista y me lamo la mano, saboreándolo en ella.

—Mmmm. Ni un puto centímetro de ti que no me guste. Ni un puto centímetro de ti que no me vuelva loca.

Alarga una mano, tira de mi cuerpo y me abraza.

«Ni un puto centímetro de ti del que no me haya enamorado».

CAPÍTULO 46
El día después
Liam



—Háblame de June —le pido.

Autumn se ha dado una ducha tras nuestro encuentro sexual. Sí, llamarlo así suena tan ridículo como en mi cabeza. Quería follármela hasta que no pudiese caminar y me felicito por haber sido capaz de contenerme.

Por ahora.

Ella balancea las piernas hacia adelante y hacia atrás mientras observa la tormenta que comienza a arreciar fuera. Se la ve calmada, tranquila, a gusto, como si se sintiese en paz. Y es tremendamente reconfortante tenerla aquí conmigo.

—Espero que Sir Mapachington esté bien, le he dejado galletas en su nuevo hogar.

—Tal vez prefiera el chocolate.

Niega en un par de ocasiones y me concentro en su rodilla. Ella sigue observando el exterior, ajena a mi escrutinio.

—¿Qué quieres saber de ella? —Todo. Quiero saberlo todo de ti.

—¿Qué puedes contarme? —le pregunto en cambio.

Aparta la vista de la ventana, coge el teléfono que está a su lado y teclea con celeridad en él. Sonríe mientras lo hace y le vibra el teléfono cada vez que recibe un nuevo mensaje.

—June dice que puedes saber lo que quieras, hasta las cosas más escabrosas.

Me enseña el teléfono y abro los ojos cuando lo leo…

«¿Ya te lo has follado? ¿Soy tu conversación del día después?».

Y luego añade un montón de emoticonos traviesos. Retira el teléfono cuando ve mi cara de espanto y se pone colorada de inmediato. Es ciertamente adorable.

—Esto… Mmmm. —Se muerde el labio—. Te advertí que es muy intensa. —Sacudo la cabeza y me río bajito—. Quizá la palabra intensa se queda corta.

El teléfono sigue vibrando sobre la encimera, y Autumn no le hace ni caso, solo centra su atención en mí.

—June es mi persona vitamina —me cuenta mientras coloco todos los ingredientes en la encimera en orden preciso. Una tarta de limón con una cobertura de frutas. La favorita de Hannah y de Finn. Michelle llorará porque quiere chocolate, aunque sé que Autumn y Samira han comprado de eso también—. Es la persona que me ha acompañado siempre, en las buenas y en las malas. Cuando mis padres murieron, estuvo ahí y me ofreció su hombro para que llorase sobre él.

Aparto la vista de los ingredientes y me tiemblan las manos al escucharla decir eso.

—Es…, es bonito contar con alguien.

Sí que lo es, salvo que quieras que todos desaparezcan y no permitas su cercanía.

—Sí. La compañía no borra lo sucedido. —Hace una leve pausa—. Pero alivia el malestar, te reconforta de alguna forma que no es fácil de explicar. Aunque no haya palabras de por medio y te acompañe el silencio. Lo que alivia es la compañía. Como hiciste tú cuando te lo conté —confiesa—. No creas que no me di cuenta, estabas ahí. —Señala la encimera que hay enfrente.

Os prometo que no hace tanto de esa noche y con todo lo que ha cambiado nuestra relación es como si hubiesen pasado meses.

Es muy extraño esto del concepto del tiempo, ¿no crees?

—Solo quería estar a tu lado. Estar para ti —le explico.

Y rezo para que sepa leer la certeza de lo que le estoy confesando.

—Lo sé. Y tienes que entender que es recíproco.

Ahí está. El puente que nos une, la mano tendida para que le cuente quién se esconde tras estos gruñidos, para que le enseñe mis

fantasmas y mis cargas invisibles, es mi oportunidad y, a pesar de todo, soy incapaz de abrir la boca. Me paraliza hablar de ello.

Autumn chasquea la lengua y aparta la mirada, observando cómo la lluvia choca contra el cristal de la cocina.

—Mañana será un día primaveral, no te preocupes por eso.

«Bonita forma de cambiar de tema, estás hecho todo un orador, Liam».

Ella solo asiente sin mirarme.

—Cuando tuve el accidente… Fue June la primera cara que quise ver en el hospital. No abrí los ojos hasta que llegó ella, hasta que me sujetó la mano. La olí, ¿sabes? Te puede parecer una tontería, lo sé, sin embargo, supe identificar su olor entre tanto antiséptico y desinfectante, fue…, fue como sentirme en casa.

Se baja de la encimera apoyando el peso sobre la rodilla izquierda. Mi primer impulso es tenderle de nuevo la mano, aunque sé que ella preferiría valerse por sí misma. Lo ha demostrado todas estas semanas. Es tan valiente, tan fuerte, tan decidida que me pondría de rodillas ante ella si me lo pidiese.

—¿Qué pasó? ¿Quieres…?

Niega y, aun así, habla.

—Me caí. *El Cascanueces* pudo conmigo. Meses y meses de ensayos, de correcciones, de Pippa siendo Pippa. —Alzo una ceja porque es la primera vez que la nombra—. Mi profesora de *ballet.* —Extiende la mano, sujeta el rallador y los limones y se pone a ello—. Y me caí en el primer acto. El Cascanueces todavía no había librado la batalla con el Rey Ratón, y yo tropecé y me caí. Hice una torsión brusca de la rodilla en uno de los saltos, al caer… lo sentí de inmediato. No me pude tener en pie y me fui al suelo. Recuerdo con total nitidez los gritos ahogados del público que se entremezclaron con los míos. —Hace una breve pausa como si estuviese reviviendo el instante exacto, el dolor—. Ahí supe que ya no había marcha atrás. Y cuando llegué al hospital me dijeron que tenían que operarme de urgencia…

»Lo leí en su cara. En la de June —me cuenta mientras lleva a cabo su labor y yo la mía—. Supe que era algo malo. Chungo, como dice ella. —Y se ríe, aunque no es una de esas risas que le lleguen a

los ojos, de esas a las que me tiene acostumbrado y de las que me muero por ver una y otra y otra vez—. No quise preguntar, fui una cobarde…

Extiendo la mano y le impido que se dirija a ella de esa forma.

—Puedes ser mil cosas en esta vida, pecosa, y cobarde no es una de ellas. —Lo sé, porque yo sí que arrastro con ese estigma.

Lo estoy haciendo incluso con ella en este momento.

Me aprieta la mano.

—Estuve un par de días ingresada. Me dieron el alta y regresé a casa. June cuidó de mí mientras se preparaba para actuar…

—¿Baila?

Autumn se ríe, esta vez sí que es más sincera en el gesto.

—Estudia Arte Dramático y hace varios pinitos. Créeme, el escenario es lo suyo. Y ligarse a su profesor también.

—Menudo cliché ese —bufo, y ella me empuja con la cadera.

La sujeto y la atraigo hacia mi pecho.

Tiene razón en eso de los olores, no hay nada que me guste más que el suyo. Huele a vida. A promesas por cumplir. A esperanza.

—Y no hay nada que le guste menos a June que los clichés —me cuenta.

Se separa y siento de pronto su ausencia.

Nos centramos en la tarta porque mañana es el cumple de Finn y porque sé que a todos les hace una ilusión enorme celebrarlo. Incluida a ella. Le ha puesto el corazón a esto, como a todo. Autumn le pone corazón a cada cosa que hace.

—¿Y le funciona?

—¿El qué? —Mezclo la harina y los huevos con el aceite, luego añado el azúcar y remuevo—. ¿La historia con el profesor? —Asiento —. Parece que está huyendo. No sé si es que se lo quiere poner difícil…

—O si tiene miedo —suelto como si yo fuese el propio protagonista de esa historia.

Autumn deja de rallar el limón que tiene en las manos y me observa con atención.

—Eso es justo lo que yo le he dicho a ella —confiesa.

—Ah, ¿sí? ¿Y qué te respondió?

—Pues… —Medita, aunque estoy casi convencido de cuál es la respuesta—. Si tiene miedo, tiene que hacerlo con miedo.

Aparto la mirada con rapidez porque no quiero que entienda el impacto que ha causado esa afirmación en el centro de mi pecho. Intento contener el suspiro que aprieta con intención de salir y también esquivo las ganas que me sacuden de salir huyendo, correr bajo la tormenta, fundirme con ella.

—No pasa nada —susurra ella—. Estoy segura de que todo va a salir bien. —No sé si habla de June y su profesor o de nosotros dos. De mí—. Leon se va a dar cuenta de que June es la mejor mujer del mundo. Eso sí, June se lo va a poner difícil. Le gusta que se arrastren y lo va a disfrutar, estoy segura.

—No la conozco, pero yo también lo estoy. —Señalo su móvil y recuerdo el desparpajo.

El rubor vuelve a cubrirle las mejillas. Es preciosa.

—¿Y ahora? ¿Qué va a suceder ahora? —le pregunto.

Exhala y deja el limón sin cáscara sobre la mesa antes de coger otro nuevo y empezar de cero.

—Tengo que volver. Se supone que me dirán si puedo continuar bailando o si… —Traga con fuerza y no termina la frase, no es necesario que lo haga.

Volver. Regresar a su casa. Dejar Evermere.

Dejarme a mí.

Quiero preguntarle de cuánto tiempo disponemos y, sin embargo, no lo hago, porque no quiero sentir esa presión, la del tiempo persiguiéndome también. El tic-tac de un reloj que se pone en marcha y que tal vez sea el principio del final.

O quizá es que nosotros dos siempre hemos tenido fecha de caducidad.

Autumn tampoco habla. Guardamos silencio y dejamos que la tormenta sea la que hable. La que cada uno lleva en su interior.

CAPÍTULO 47
Disfrutar del momento
Autumn



Tal y como predijo Liam, el día no podría ser más espectacular. Las nubes de anoche han dado paso a un sol primaveral, no sé si es que el clima está de nuestra parte y es por eso por lo que se ha animado y nos ha dado una tregua porque últimamente las noches están siendo más y más invernales.

—¿Y bien? ¿No tienes nada que contarme?

Hoy me he despertado antes que Liam y puede que tenga mucho que ver con la conversación de anoche. Le conté… todo. Le abrí mi corazón, y él mantuvo el suyo cerrado a cal y canto.

—Estoy haciendo café, June, no soy persona todavía.

—Pues saca esa taza de color rosa chicle que tanto te gusta porque Liam la escogió para ti y cuéntame las cosas más marranas y sucias que hayas hecho con el leñador sexi. Y no me mientas. —Alza un dedo y me señala con él—. Porque tienes cara de eso.

—¿De buena chica?

—De recién follada.

Niego con la cabeza en repetidas ocasiones.

—¿Qué tal si te explico cómo le conté lo de mi caída, que tengo que volver y la forma en la que no abrió la boca?

June boquea unos segundos, la he dejado descolocada. Ea, ya estamos igual las dos. Se lleva la mano a la frente y se la golpea con la palma de la mano.

—Los tíos son imbéciles, te lo juro.

—¿Por qué tenía que pillarme de esta forma, June?

Ella suspira y siento cómo empatiza con mi estado de ánimo. Me gusta no encontrar lástima en su mirada, sino una sensación profunda de comprensión.

—¿Y yo?, ¿crees que quería pillarme de un cobarde de mucho cuidado? Porque te garantizo que a mí no me van esa clase de tíos, me van los decididos, los que le echan agallas a la vida, los que tienen el valor de expresar las cosas y los que empotran contra las paredes, ¿lo pillas?

Y tanto que sí.

—Lo pillo.

—¿Qué vas a hacer?

Por lo pronto, servirme una taza de café tan grande que pueda ahogar las penas en ella. Podría hacerme un Moses y beberme una botella de vino para desayunar, por supuesto, sin embargo, sería de esas otras chicas: borrachas, pero buenas muchachas, sí, esas mismas.

—Celebrar el cumpleaños de Finn, disfrutar del día, no pensar en lo que vendrá y guardar las cosas que he traído para recorrer las seis horas de regreso a casa, ir a esa cita en el hospital y enfrentarme a mi futuro, ¿qué otra cosa puedo hacer?

—Esa es mi chica, la que no huye de nada y, a pesar de los reveses de la vida, se agarra a la parte buena porque ya sabemos que de mierda estamos hasta el cuello.

Me alzo de hombros y me bebo media taza de café de un sorbo.

—¿Y tú?, ¿qué vas a hacer tú? —Se la devuelvo.

—Beberme esta taza de café, ir a los ensayos de hoy, hacer como si Leon no existiese, aunque todos sabemos que existe y mucho, puede que mi dignidad y yo nos tomemos un copazo luego, hacer limpieza antes de que mi amiga regrese a casa y comprar mucho vino para pillarnos una cogorza para celebrar lo que diga el médico.

—¿Y si no hay nada que celebrar?

Contengo la respiración porque es bastante obvio que cabe la posibilidad de que lo que me digan no sea bueno y, si es así…, ¿qué será de mí? ¿Qué me quedará?

—Siempre hay algo que celebrar, ¿no crees? Respiramos, sale el sol todos los días, nos tenemos la una a la otra, una ventana se cierra y una puerta se abre, algún invento nuevo que patentar y alguna historia de mierda de esas que siempre cuentas cuando quieres destensar el ambiente. —Me carcajeo por estos dos últimos puntos—. Ver el vaso medio lleno y no medio vacío…, ¿te parece poco?

En absoluto.

—¿Sabes? —Me cuadro de hombros—. Tienes razón, no hay nada como hablar contigo para darme cuenta de que podría ser peor.

—Por supuesto que podría ser peor. Siempre puede serlo —asegura y tiene razón.

Cuando le conté a Liam que June es mi persona vitamina hablaba en serio.

—Nos vemos en unos días, June.

—Nos vemos en unos días, pecosa.

Me cuelga el teléfono antes de que pueda insultarla y me termino de tomar el café. Le sirvo una taza a Liam y subo las escaleras en dirección a su habitación. No he estado en ella, no me ha invitado, y yo tampoco he querido invadir su espacio. Es cierto que anoche intenté que compartiese conmigo sus inquietudes y decidió que no quería hacerlo. Lo respeté y decidí hacerlo yo con las mías porque quería que entendiese que confiaba en él más allá del sexo. Más allá de esa atracción física y de esa comodidad que se ha instalado entre nosotros y que no quiero perder.

Más allá del amor que siento por él.

También le dije que me iba. Sopesé todas y cada una de las reacciones, pero sabe cómo esconderlas bajo llave porque no encontré nada ahí. Nada de nada. Solo un vacío.

Uno que me da ciertas pistas, que me demuestra que los sentimientos no son correspondidos y que quizá nunca lo sean.

¿Podría conformarme con ello? Pues claro. ¿Hará que la situación sea menos dolorosa? No lo creo. Porque sí, ha llegado la hora de afirmar que prefiero disfrutar de lo que tengo antes de no hacerlo. Sin embargo, eso no asegura que cuando deje este pueblo sin saber

qué será de mí después de ese momento… no lo eche de menos. Y no hablo de Evermere. No solo de Evermere.

Toco a la puerta de su habitación y aguardo a que abra. He tomado la decisión de ir paso a paso. Con tiento. Disfrutar de lo que tenemos y ¿mañana?, en fin, supongo que mañana Dios dirá. Y pasado también.

Una persona no puede enfrentarse sola al destino, porque él ya ha hecho sus planes, jugado sus cartas y, cuanto antes entendamos que somos meras piezas en un tablero, más fácil será recuperarnos de cada embiste que recibamos.

La vida se basa en eso: caerse, sacudirse, levantarse y desafiar al siguiente reto. No sirve de nada llorar por algo que no sabes qué será. Es mejor luchar cada batalla según se presente.

Y yo estoy dispuesta a pelear cada una que venga en mi busca.

Cuando estoy decidida a dar la vuelta, Liam abre, sin camiseta y con el pelo tan despeinado que mi primera opción es enterrar los dedos en él.

—¡Buenos días! —saludo con energías renovadas.

Paso a paso.

Él, por el contrario, gruñe.

—Vaya, veo que hemos vuelto a la casilla de salida —bromeo y le tiendo la taza—. Negra, como tu humor —vacilo.

La sujeta, se la bebe y, cuando pienso en darme la vuelta e irme por donde he venido, me tira de la mano y me besa.

Me besa.

Sabe a café y es absolutamente delicioso.

—Conque negra, ¿eh?

Me pellizca el costado y me revuelvo entre sus brazos. Intento deshacerme de su agarre y correr escaleras abajo, pero me puede la curiosidad y las ganas de ver cómo es la guarida del lobo. Así que muevo la cabeza y observo su espacio.

La madera está en perfecto estado, las cortinas son blancas, un poco más opacas que las de la cocina y las del salón. No veo fotografías de él desnudo, tampoco hay rastro de cuadros ni figuritas sobre los muebles. Hay una cama sencilla, amplia y grande, y está revuelta. Una alfombra que puede que tenga tantos años como mi

casa y un armario de doble puerta donde guardará la ropa por colores y estación del año, como ya os dije.

—Pensaba que tendrías la cama llena de muñecas de porcelana —bromeo—. Ya sabes, tu fetiche oculto y esas cosas. Los secretos inconfesables de Liam Hunter.

De nuevo, siento esa risilla que hace que el pecho se le mueva y me anoto esa victoria y la disfruto con regocijo.

—Me va más robar ropa interior y masturbarme con ella —me responde.

Como es obvio, me deja con la boca abierta, porque Liam tiene muchas facetas, pero la marrana…, esa es la que más me descoloca. En el buen sentido, claro.

—Yo…, esto…, ¿debería comprobar si me falta algo? —pregunto.

Él niega.

—No me ha dado por rebuscar en tu ropa interior. Aún —matiza—. Aunque se me ocurre algo mejor que eso…

Se agacha, sin camiseta, me siento la fantasía hecha persona y coloca las manos en mis piernas. Las dos manos. Me envuelve los muslos con ellas y los aprieta. No me importaría que me dejase marca.

Sus dedos suben con delicadeza, dejando un rastro de calor a su paso hasta que llega a la cinturilla de mi ropa interior.

No se lo piensa, no duda, no le tiembla el pulso —como a alguien que yo me sé— cuando desliza las bragas y caen a mis pies.

Levanta cada uno de ellos y, cuando las alza con un dedo, se las lleva a la nariz.

¿Estoy hiperventilando? Pues…

—Va a ser un cumpleaños muy muy interesante —susurra a mi paso. Y deja la puerta de la habitación abierta cuando desciende por las escaleras silbando—. ¿Vienes, pecosa?

CAPÍTULO 48
¡Japiberdey!
Autumn



No llevar bragas es una experiencia religiosa. Una de esas que hay que vivir, al menos, una vez en la vida.

Y Liam sabe lo que «no escondo».

No ha dejado de cruzarse conmigo, de rozarme de forma que parece casual y que yo sé que no lo es en absoluto. Y también sé que me muero de ganas de que sus dedos me rocen la piel desnuda bajo el vaporoso vestido de verano que he elegido para la ocasión. Michelle me ha dado el visto bueno con su famoso: «Guauuuu» y, tras eso, bajó la vista, observó mis piernas y se echó a correr intentando pillar a Cole con un globo lleno de agua.

He dejado de esconder mi cicatriz. En realidad, nunca ha sido mi intención hacerlo, pero reformar una casa con faldas cortas y pantalones que dejan mucha carne a la vista, carne que puede ser magullada, pues tampoco entraba en mis planes.

Como Liam, él nunca entró en ellos y aquí estamos, jugando al gato y al ratón en el cumpleaños del pequeño Finn.

—Esta noche va a llover —musita cuando pasa por mi lado una vez más—. Y me muero de ganas de quitarte ese vestido. Con la boca.

Sigue adelante, dejándome plantada como si no hubiese sucedido nada, como si la conversación no hubiese tenido nada que ver con las promesas sexuales que te hace un leñador sexi que te pone cantidad.

«Y del que estás perdidamente enamorada».

Me he prometido no regocijarme en la mierda y eso es justo lo que voy a hacer. Porque a cabezota no me gana nadie.

—Parece que te hubieses tomado veinte ponches y ya se te hubiese subido a la cabeza.

—Me he tomado veinte ponches. —Casi.

—Sin alcohol —apunta Samira, que está situada a mi derecha, apoyada en una secuoya enorme, disfrutando del día y, por lo que parece, brindando con ella misma.

—¿Por qué no estás bailando? —le pregunto colocándome a su altura y apoyando el cuerpo en el mismo árbol.

—Porque quería saber cómo estaba mi recién estrenada amiga. —Sé que persigue con la mirada a Liam y que ese interés que puede resultar fortuito y aleatorio no lo es tanto—. ¿Te has tomado los antinflamatorios?

Niego. Y bebo para hacer algo de tiempo.

—Estoy bien —concluyo al final. Y no es mentira. Me siento bien, al menos, por esa parte.

—Tendré que creerte —susurra ella.

Observamos a Finn, que corretea por las mesas cercanas detrás de una Michelle que lleva en las manos una muñeca a la que le falta el pelo y unas punteras que le he comprado en el mismo supermercado en el que había manteles de extraterrestres y de cacas con ojos. Porque ahora quiere ser una peluquera bailarina de *ballet*, no sé si existe, pero a mí me suena cojonudo.

—Me voy en dos días —le cuento.

Mejor que se entere por mí. No quiero ser de esa clase de chicas que desaparece sin más y a las que luego se les guarda rencor por ello. Pase lo que pase, quiero tener un buen recuerdo de este lugar y quiero que ellos tengan un buen recuerdo de mí.

«Y poder volver».

—¿Qué? —El ponche se le derrama y le mancha los pantalones cortos vaqueros.

—Tengo que regresar. Tenía una cita con el traumatólogo programada desde antes de venir. Esto fue una escapada de un mes. Más que eso, una necesidad. —Suspiro, Samira sigue tiesa como un

palo a mi lado—. Es el que me dirá si puedo seguir bailando o no —finalizo con un tono algo más bajo.

La música está alta. Beth y Moses se encuentran en la pista de baile moviendo el esqueleto, de hecho, llevan haciéndolo desde que llegaron hace unas dos horas. Samira, Max y yo estábamos colocando las guirnaldas, las mesas y las luces cuando ellos llegaron con una pila de discos antiguos y se los tendieron a Liam, que supo qué hacer con ellos.

Por supuesto, cómo no, también tenía que saber conectar la música por unos altavoces que salieron de su garaje. Quizá Sir Mapachington esté echándose la siesta en el bosque y no pueda dormir con este escándalo.

No han venido muchos niños del cole. Hannah torció el gesto cuando se dio cuenta de que habían rechazado su invitación y el calor me subió por el pecho al percatarme de que eso significaba, de verdad de la buena, que estaban dando de lado al niño. Un niño que no hay más que ver que es bueno hasta decir basta.

—¿Vas a volver? —tantea ella.

Yo no respondo porque la verdad es que no tengo ni la menor idea.

Puede que sí o puede que no.

—Depende.

Tal vez de vacaciones. Tal vez no.

—¿De qué depende? —me pregunta yendo directa al grano.

No quiero explicarle que la pelota está en el tejado de Liam porque sería estar cargándole con un peso invisible que no le corresponde. Aunque es cierto que quiero que me pida que lo haga, que regrese. Confío en que sea capaz de decirlo llegado el momento.

Así que esquivo la respuesta, porque eso se me da de lujo.

—¿Te he contado la vez en que maté un mosquito enorme? —Samira me observa unos segundos sin entender a qué viene este cambio de tema tan radical—. En la cara de una de mis citas —le explico.

—¿Qué?

—Esa fue la reacción de June cuando llegué a casa antes de tiempo. Estábamos hablando, era guapo y encantador, una cita perfecta con un compañero de la coreografía que estaba ensayando en esa época.

»Escuchaba el zumbido constante y no quería dar manotazos a diestro y siniestro porque iba a quedar muy raro. Y porque no me gustan los mosquitos, es una suerte que por aquí no haya de eso.

Susurra algo así como «espera a que llegue el verano», pero puede que lo haya malinterpretado por culpa de la música.

—Seguro que no quedaste para nada rara. —Se ríe ella y me alegra haber conseguido que se distraiga.

—Le solté un tortazo. ¡Pafff! En toda la mejilla. No pude controlarlo, fue puro instinto, era el mosquito o yo.

—Ni siquiera se estaba posando en ti.

—Todavía. No se estaba posando en mí todavía —matizo.

Samira suelta una carcajada que atrae la atención de varios invitados. Hannah entorna los ojos y se ríe al vernos.

—¿Y?

Sacudo la cabeza.

—Me temo que le golpeé demasiado fuerte. No hubo segunda cita. Tampoco primera.

Cuando hago este último matiz, Samira no aguanta más y vuelve a caérsele el ponche manchándole las piernas.

—Joder.

—Maldices como un hombre —susurra Jared, que se ha acercado a nosotras. Cotilla…

Sonrío de medio lado porque…

Empujo a Samira a sus brazos, y ella cae en ellos. Ahoga un grito cuando se da cuenta de lo que he hecho y de las intenciones que encierra ese gesto. Y del ponche que los ha manchado a los dos. Aunque Jared no parece haberse dado cuenta. Está centrado en Samira.

¡Aleluya!

Le guiño un ojo.

—Como buen caballero que sé que eres, Jared, deberías pedirle un baile a esta chica porque puede que te estés perdiendo cosas —

verbalizo un «imbécil» que queda entre él y yo y sé que me ha leído los labios. Lo sé.

Y también sé que se ha dado cuenta de que la frase que le dediqué la noche de las *pizzas* puede, y solo puede, que tuviese que ver con la chica preciosa que ahora mismo está entre sus brazos.

—No me perdería este baile por nada del mundo.

Me ha seguido el juego, así que el vikingo no es tan estúpido como pensábamos. Les doy un último empujón, y ellos toman el impulso y se unen a Beth y a Moses, que, para estar todo el día como el perro y el gato, parece que no pueden quitarse las manos de encima.

Me acerco a Hannah, que está repartiendo platos porque en breve partiremos la tarta que Liam hizo, y tomo asiento en el banco.

—Ven. —Palmeo la madera y se sienta a mi lado, todavía con los platos y cubiertos entre los dedos—. Esto no se va a mover de aquí.

Cruzo una mirada con Liam, que está bailando con Michelle. Finn los rodea mientras dan vueltas y vueltas por la pista.

—Son adorables.

—Sí que lo son —le confieso porque lo pienso de verdad—. ¿Cómo estás?

Ella suspira.

—Agotada. Hoy me pesa más que nunca. —Sonrío mirándole la curva que cada vez parece más grande. Lo siento, pero no quiero pasar el dedo por si se pincha y la liamos gorda—. Y todavía me quedan cuatro semanas más.

—Deberías dejar que nos encarguemos de todo y simplemente disfrutar.

Hannah desvía la vista y observa a todos los invitados. Cole está un par de pasos más allá analizando a cada uno de los presentes, Michelle se ha soltado de la mano de Liam y empuja a su hermano mayor, que casi cae, y entonces corre tras ella a lo que se suma Finn. Y Liam no se lo piensa y viene hacia nosotras dos.

—¿Bailas?

Hannah se levanta con la intención de seguir repartiendo platos porque está claro que no es de las que dejan que los demás hagan todo.

Entonces Liam me guiña un ojo, y yo le arrebato los platos y se la lleva a la pista de baile.

—¿Qué? ¡No! —protesta, eso sí, se ríe con tantas ganas que solo por eso ya ha valido la pena.

Bailan una. Dos. Tres piezas, hasta que llega el momento de cantarle al cumpleañero y de repartir tarta. Repetimos y volvemos a bailar. Cole saca a la pista a su madre, y ella no protesta, a pesar de que, siempre que puede, vuelve a sentarse y a masajearse la espalda.

—Pecosa —me llama Liam con el dedo. Hace unos movimientos de lo más extraños con las piernas—. ¿No piensas bailar conmigo? —Me señala de arriba abajo—. Prometo no levantarte la falda. Todavía.

Me derrito por el tono juguetón que utiliza y, por supuesto, no lo rechazo, tampoco lo acepto.

—Suplícamelo —le pido, a lo que me responde con una carcajada.

Me olvido de todo a nuestro alrededor cuando Liam me pasa la mano por la nuca, baja por mi brazo y entrelaza los dedos con los míos.

—¿Quieres bailar conmigo, por favor, Autumn? —Y sí que suena a súplica.

Me adelanto y le doy un golpecito en la nariz.

—Si me lo pides de esa forma…

Me lleva a la pista de baile y la noche nos encuentra. No me importa lo mucho que me duelen los pies, tampoco lo cansada que estoy ni la tormenta que se está formando de nuevo en el cielo. Solo disfruto del aquí y del ahora, porque en Evermere me siento más yo que nunca.

Y quizá he encontrado mi hogar en estas montañas.

CAPÍTULO 49
Implora
Liam



—Suplícamelo.

Utilizo las mismas palabras que ha usado ella esta misma tarde antes de sacarla a bailar.

Max me hizo cientos de preguntas y, cuando le dije que se metiese en sus propios asuntos, me dio un par de palmadas en la espalda y solo añadió: «Ya era hora, Liam. Ya era hora». Esa frase también la envié al cajón del desastre emocional.

Me limité a centrarme en ella, en cómo reía con Samira, en cómo ayudaba a Hannah y en lo protectora que se ha vuelto con todos nosotros.

Incluido yo.

Y aquí estoy, acabamos de cruzar la puerta de mi casa y ya he pegado su perfecta espalda contra la pared, he sacado del bolsillo las bragas que le quité esta mañana y las he balanceado frente a sus ojos en una insinuación bastante clara de lo que viene a continuación.

—Suplícame que te folle, Autumn —le repito, esta vez con un tono más exigente que el primero.

Puede ser que en este instante no me corra sangre por las venas y solo lava. O puede ser que toda esa sangre haya ido a parar al hemisferio sur.

—Fóllame, Liam. Por favor.

Joder, ya era hora.

—Si me lo pides de esa forma…

He seguido el mismo juego que nos traíamos hace un par de horas en la fiesta. Una que, por cierto, se convirtió en una tortura, porque saber que esta preciosa chica que está ahora frente a mí, con ojos suplicantes y mejillas sonrosadas, llevaba un vestido lleno de margaritas y nada más debajo… Eso sí que es un maldito suplicio. Así que, sí, es toda mía y pienso disfrutarla como si fuese mi regalo de Navidad. El más esperado.

—¿Estás…? ¿Estás haciendo una broma? ¿En este momento?

Niego, como siempre hago, solo porque me encanta la cara de desconcierto que pone cada vez que le hago una de esas bromas y la forma en la que frunce el ceño evaluándome. Es un juego casi tan divertido como el que me traigo entre manos.

Manos que, por cierto, llevo hasta el borde de esa falda.

—¿Te haces una idea de lo que ha supuesto para mi cordura saber que no llevabas nada debajo y no poder tocarlo siquiera? ¿Te haces una maldita idea?

Autumn niega con la cabeza, aunque luego…, luego asiente.

—Quizá sea la misma sensación que he sentido yo viéndote moverte a tu antojo, con esas gafas de pasta que me vuelven loca y no poder quitártelas —confiesa.

Algo se me hincha dentro del pecho.

Le gusto. Le gusto de veras.

Y ella a…

Sacudo la cabeza porque no quiero terminar esa frase. No estoy preparado para terminar esa puta frase.

Así que me centro en mis dedos, en cómo ascienden por sus piernas, en cómo disfruto de la piel suave, del vello erizado, hasta que llego a su coño.

—Mojadita… Estás mojadita. —Autumn suelta un gemido y le doy una palmada en su sexo. Da un pequeño bote y choca contra la puerta. Ni siquiera he sido capaz de dejarla entrar y llevarla hasta la cama—. Estás así porque quieres que te folle, ¿verdad? Quieres que te destroce, ¿verdad?

Me responde que sí. A todo, sí. Y el energúmeno que llevo dentro se relame como la fiera que ha encontrado a su presa.

Me acerco a sus labios y ella me recibe sin protestar. Cuelo la lengua dentro de la misma forma en la que meto dos dedos en su coño prieto. Me muero de ganas de saber lo que se siente cuando le meta la polla.

Gime y se mueve en busca de más. Entonces me separo, alargando el instante, jugando con ella. Sufriendo yo las consecuencias.

—Abre. —Ella lo hace y cuelo esos mismos dos dedos que estaban dentro de ella en su boca—. ¿Te gusta tu sabor? ¿Te gusta el sabor de tu sexo, Autumn?

Asiente mientras los devora con fruición sin apartar esos ojos de color miel de los míos.

Me dejo caer de rodillas ante ella y le levanto la pierna derecha y la apoyo en mi hombro para que el peso de su cuerpo recaiga sobre la pierna buena. Sé que se da cuenta de mi gesto, pero no es capaz de hablar porque antes de que diga una sola palabra entierro la cara en su sexo y lamo como un puto sediento.

Balancea las caderas y me tira del pelo y, cuanto más lo hace, más cachondo me pongo.

—Joder, esa barba, Liam. Esa lengua. Esos dedos.

Me río y el aire hace que tiemble todavía más.

—No puedo —me asegura.

—Sí, sí que puedes, pecosa.

Sigo lamiendo, y ella continúa moviéndose, su cabeza choca de nuevo contra la puerta y sé que se va a correr, lo noto en la presión que ejerce en mis dedos, en cómo los encierra entre ellos, en cómo los dedos de sus pies se enroscan en mi hombro.

Me aparto, me levanto y la beso otra vez. Nuestras lenguas se enredan y nos deleitamos en el sabor que encontramos en el otro. Me trago su protesta.

—Date la vuelta y abre las piernas.

Mientras hace lo que le pido, me dirijo al cajón del mueble de la entrada y saco un preservativo. He tenido que ir al pueblo de al lado a comprarlos.

Me deshago de la ropa. Intenta observar cómo lo hago. Le giro la cabeza cada vez que lo hace y su quejido es sumamente adorable.

Me la pone más dura.

—No es momento de mirar, pecosa.

—¿Y de qué es momento?

Guardo silencio porque las palabras se las lleva el viento, pero los hechos, esos sí que se quedan grabados a fuego.

—De follarte.

Se la meto de una sola embestida. Se pone de puntillas para acogerme mejor. Recoloco su cuerpo para que no tenga que estar haciendo fuerza y le sea más cómodo.

Subo el maldito vestidito de margaritas y no me muevo, intentando calmarme. Me concentro en la lluvia, en los truenos, en los relámpagos que iluminan la habitación y todo eso se queda en un segundo plano porque el sonido de mi corazón es tan acuciante que soy incapaz de escuchar otra cosa.

Lo intento. Juro que lo intento, pero soy incapaz.

La melena le cae alborotada a la espalda. Ese pelo rubio que me obnubila, esas pecas que me muero por contar, esos labios que me muero por ver rodeándome la polla. Todo en ella. Todo en ella es perfecto de una forma difícil de explicar y más difícil de comprender todavía.

—Liam… —susurra cuando me muevo un poco hacia afuera—. Más.

—Suplícamelo —le recuerdo.

Ella deja escapar el aire, frustrada, y entonces se la meto de golpe.

Dejo una mano apoyada en la cadera y la otra en la espalda para que no se mueva, para controlar la intensidad de las acometidas, para ser el que tenga el control de su orgasmo.

—Te vas a correr cuando yo quiera que te corras, ¿me has escuchado?

—Joder, Liam, qué puta pasada.

No lo sabe ella bien. Y, como ha dicho las palabras mágicas, la recompenso metiéndosela de nuevo. Lleva el culo hacia atrás intentando buscar más fricción, intentando que me mueva con más ganas.

No lo consigue. Me duelen los huevos de mantenerme en mis trece, porque lo que de verdad quiero… Lo que de verdad quiero…

—Algún día, pecosa, algún día te follaré y me correré dentro de ti. Te llenaré con mi semen y cada vez que te muevas, cada vez que camines, manchará tus piernas, y ese será el recordatorio que necesites para saber quién te ha follado. Para saber que he sido yo. Y que ese coño es mío.

—Joder, sí. —Embestida.

—Te lo daré todo. ¿Y sabes qué más haré?

—¿Qué?

Vuelve a moverse, vuelve a ir a mi encuentro. Vuelvo a darle lo que ella quiere y lo que yo también deseo.

—Llenaré esa boquita que tienes, pecosa. Cerrarás esos labios que me vuelven loco alrededor de mi polla y no podrás contar ninguna de tus historias porque estarás muy ocupada atragantándote.

—Sí que podré —me reta.

Y no hay nada que me guste más que un reto. No, que Autumn me desafíe.

La inclino hacia adelante y le enredo el pelo entre mis dedos. Salgo de su interior solo para metérsela de nuevo.

—Liam.

—Así, así es cómo vas a suplicar por mi polla. Así vas a suplicar que me corra en tu boca. —Y pierdo los papeles—. Tócate. Tócate ese precioso coño que tienes, Autumn. Hazlo para mí.

No duda. Solo hay una resolución exquisita y excitante en su decisión de llevar a cabo mi orden. Y me centro en darle lo que quiere. En entregarle lo que yo tengo. En demostrar con hechos lo que no soy capaz de asumir.

—Liam…

Cuando pronuncia mi nombre de esa forma, le tiro del pelo con más fuerza y echa la cabeza hacia atrás.

—Autumn…

—Joder, Liam, no pares. Por favor, no pares.

—Puedes correrte, pecosa.

Y eso es lo que hago. Y eso es lo que hace.

Me la follo hasta que los dos nos corremos, hasta que ella se deshace a mi alrededor, y yo me hago pedazos en su interior.

Todavía con la respiración acelerada, salgo de ella. Me quito el preservativo y lo dejo en el mueble, le bajo el vestido y la envuelvo entre mis brazos.

—Qué buena chica eres, pecosa.

—Qué boca tan sucia tienes, Hunter.

Y sé que a ambos esto, lo que sea esto, nos encanta.

Aunque…, ¿es suficiente?

CAPÍTULO 50
¿Eso de ahí es sangre?
Autumn



Sigo colorada.

Sigo sintiéndome la mujer más indecente del mundo.

Y no tengo remordimiento alguno por ello.

De hecho, creo que empiezo a cogerle el gustillo —ejem, ejem— a todas las versiones que Liam me enseña. Y las facetas de la Autumn que soy estando con él. Hasta las más desvergonzadas.

Sobre todo, las desvergonzadas.

Se ha puesto esos malditos pantalones que le quedan tan abajo que resulta hasta obsceno mirarlo. Y nada más. Ni camiseta ni zapatillas ni la gorra que tanto me pone —gracias a Dios—. Tampoco hay rastro de las gafas de leñador intelectual.

Una sensación cálida me recorre el pecho cuando lo observo caminar con parsimonia hacia mí y tenderme una taza de té recién hecho.

—Pues se ha quedado la noche buena para una charla frente a la chimenea —le digo. Por romper el momento más que por otra cosa —. ¿Sabes? El primer día, cuando te vi y me cerraste la puerta en las narices…

Chasquea la lengua.

—Lo siento —se disculpa por eso.

—No pasa nada. —Envuelvo la taza con las manos y me reconforto con ella—. Ese día… —Bajo la vista y le miro los pies—. Pensé que te comportabas como un capullo porque habías pisado un

martillo y tenías un dedo *salchichil*. Estaba intentando buscar algo que justificase lo que habías hecho.

Liam toma asiento a mi espalda y apoyo la cabeza en su pecho.

—No hay dedo *salchichil*. —Mueve los pies, tan masculinos como lo es él—. Es algo más sencillo, soy un imbécil redomado, pecosa.

Me carcajeo y deslizo la cabeza por su pecho para mirarlo de soslayo.

—Bueno…, las cosas han cambiado. Ya no somos esos dos desconocidos. Estamos en otro punto…

—Lo estamos.

Sigue siendo parco en palabras, y yo sigo dándole su tiempo.

—Me voy en unos días, Liam. En dos días.

En esta ocasión, no lo miro, sino que centro mi atención en la pared que hay enfrente. Fuera sigue lloviendo, con fuerza, tal y como sucede cada noche desde que he llegado, pero el frío se ha colado por debajo de la puerta y la temperatura de la habitación ha caído en picado. Y ese frío al que hago referencia nada tiene que ver con el clima, sino con la sensación de dos personas que no saben qué decir o cómo despedirse… O no hacerlo.

—Lo sé.

«Pídeme que me quede». «Pídeme que vuelva». «Pídeme que regrese contigo».

Me dispongo a abrir la boca y, no sé, ¿contarle alguna de mis historias más ridículas? Por ejemplo, esa en la que me enamoré de un leñador gruñón que mantiene sus sentimientos encerrados en lo más profundo de su ser. Ese que no quiere compartir sus fantasmas conmigo cuando yo he compartido todos los míos con él… He dejado que me vea tal y como soy. Con mis imperfecciones y, creedme, tengo muchas. He sido paciente, le he dado su espacio y margen para que confíe en mí y, aun así, no ha sido suficiente.

De pronto, siento que esta cercanía no debería darse entre nosotros. Me dispongo a apartarme, subir con mi taza de té a la habitación y lamerme las heridas en la soledad de la misma cuando la puerta de casa de Liam suena. No es un golpe suave y comedido, es una sucesión de impactos que me ponen en alerta de inmediato.

Y a él le sucede lo mismo porque siento la tensión que emana de él a mi espalda.

—Quédate aquí —me pide.

El hacha sigue estando en la puerta, al lado de la misma, como siempre.

Liam no la coge entre las manos, pero sé que está calculando lo que tardaría en poder hacer uso de ella en caso de que fuese necesario. Se pone la camiseta, aunque no los zapatos, y yo me llevo las rodillas hasta la barbilla y me hago un ovillo.

Otra vez resuenan los golpes y ahora parecen más fuertes que antes. Un trueno rompe el cielo en el mismo instante en el que Liam abre. Me estremezco.

—¿Cole? Cole, ¿estás bien? —La voz de Liam sale entrecortada y tira del muchacho hacia dentro.

Empapa el suelo a su paso. Me incorporo y me acerco, el miedo compartido es menos miedo.

Una sensación de pavor me invade.

—¿Cole? —pregunto yo también.

Alza la vista y distingo el brillo en sus ojos. No sé si está llorando o si es por culpa de la lluvia que le empapa la cara, pero sí que percibo el terror y el pánico en ellos.

—Es mamá. —Señala hacia la casa que está más cerca del lago—. No quería que viniese a molestar. —Chasqueo la lengua—. Algo pasa. Algo le pasa —matiza—. He salido a pesar de que me ha rogado que no lo hiciese.

Antes siquiera de que continúe, voy en busca de mi ropa. Me la pongo tan rápido como puedo. El mismo vestido de margaritas que llevaba y no me importa que se me moje. No me importa nada. Solo Hannah.

—¿Vamos?

Liam abre un pequeño armario que tiene en la entrada y saca una chaqueta gigante. Me la tiende.

—¿Y tú?

—Yo estoy bien si tú estás bien.

Ya me pararé a pensar en eso en otro instante, en uno en el que no esté acojonada.

Nos dirigimos al exterior. Liam se ha puesto las botas, y yo me he puesto las mismas zapatillas que tenía en la fiesta. El agua nos empapa, parece que hace mucho viento y apenas me da tiempo de procesar todo.

Cole corre y lo veo tropezar con algo y caer al suelo, me parece verlo aterrizar con las manos.

Me acerco con rapidez y lo ayudo a levantarse.

—¿Estás bien, colega? —pronuncia Liam.

El pequeño solo asiente y echa a correr de nuevo. Veo la caja de herramientas tirada en el suelo y me maldigo por no haberla recogido antes. Ya es tarde para lamentarse por el desastre con patas que soy.

Avanzamos de la mano, ya sé que dije que necesitaba espacio y no me he olvidado de eso, pero, en este momento, estoy tan aterrorizada que necesito su cercanía. Necesito sentir que todo va a salir bien. Liam, como si entendiese mi nerviosismo, me aprieta la mano y vuelve a acompañarme solo con su presencia, como ha hecho otras tantas veces.

Nos colamos en la casa de Hannah. Está en la cocina, caminando de un lado al otro con las manos apoyadas a ambos lados de la enorme barriga mientras Andy se come una galleta gigante y tiene delante varias más.

Corro hasta llegar a su altura.

—¿Estás bien? ¿Es el cansancio? Te advertí que tenías que descansar y que yo me encargaba de todo.

Apoya las manos en la encimera y las aprieta tanto que los nudillos se le ponen blancos.

—Joder —suelta Liam.

Alzo la mirada y tiene la vista clavada en la barriga de Hannah.

Cole se acerca con un vaso de agua que le tiende a su madre, y ella, a pesar de todo, suelta la encimera de madera, compone el rostro y le sonríe.

—¿Te has caído? —le pregunta preocupada. Menuda madraza está hecha.

—No es nada. —Señala la pierna y entonces bajo la vista.

Hay sangre. ¡Hay sangre! Sí, en mi cabeza suena el mismo tono neurótico de siempre.

—¿Pecosa? —Me tambaleo y esta vez soy yo la que se sujeta a la encimera.

—Hay sangre —repito a modo de mantra.

—¿Esto? —señala Cole—. No es más que un rasguño. —Y se pasa la mano por encima extendiéndola para que la vea bien. Empieza a nublárseme la vista.

—Puede que me vaya a…

—Pero si no es nada. —Me la enseña.

De hecho, me acerca la mano y sí, estoy oficialmente cerca de comerme el suelo.

—Cole, vete a lavarte las manos y trae tiritas, agua oxigenada y gasas —ordena Liam.

—Vas a ser un padre genial. —Y tendrá unos hijos guapísimos que lleven gafas de pasta y gorras hacia atrás y los tendrá con otra chica que no sea yo.

—Calla, pecosa. —Me da un golecito en la nariz y me sienta en una de las sillas que hay al lado de Andy, que mueve las manos llenas de restos de galletas y me las enseña—. Hannah, tienes contracciones, ¿verdad?

Alzo la vista en silencio y aguardo su respuesta.

—Sí.

—Lo sabía. —La señalo—. Por eso tenías tan mala cara hoy.

—Vaya, gracias por el piropo —suelta ella. Ahora no le duele, está claro, porque puede bromear y todo—. Mejor no hablemos de tu cara, Autumn.

Ignoro la pulla y me centro en ella, que es quien de verdad importa.

—No, no es eso. —Me levanto y me sacudo las piernas. Piernas que tengo mojadas, no hablemos de las zapatillas. Me las quito antes de estar dejando barro por todos lados—. Desde el otro día sabía que sucedía algo. Y me aseguraste que era pronto.

—Pues no lo es. Estas cosas funcionan así, Autumn, cuando seas madre, me darás la razón. —No es una reprimenda, que conste en

acta, está señalando lo obvio. Se tensa de nuevo y se agarra a la encimera. Yo lo hago por pura empatía.

Cole regresa con todo lo que le ha pedido Liam y —por fin— con la mano limpia.

Vamos al salón un segundo.

Le agradezco el gesto cuando sale y se marcha con el pequeñajo, lo que me lleva a mi siguiente pregunta y a obviar eso de «cuando seas madre…».

—¿Y Michelle y Finn?

—Dur… Durmiendo.

—¿Has llamado a Neal? —Ella asiente—. No va a llegar.

—¿Y a Rhett? —Niega.

—Vale. ¿Y a la matrona? ¿Das a luz en casa normalmente? —Asiente y entonces extiende la mano y sujeta la mía.

—No he podido llamarla.

Tomo las riendas de la situación, porque esto es lo que necesita Hannah y no una niña pequeña más.

—Tú puedes con esto y con más, Hannah —la animo mientras le acaricio la espalda y dejo que me rompa los huesos de la mano—. Porque eres una mujer maravillosa y no te voy a dejar sola.

CAPÍTULO 51
Escatológicamente incorrecto
Autumn



Salgo de la cocina cuando la última contracción nos ha dado una tregua.

Ni siquiera sé qué se hace en estos casos, pero las dudas no tienen cabida en este instante. En las películas se utiliza agua caliente, toallas y *whisky*. No creo que esto último vaya a ayudar a Hannah. O sí, ¿quién sabe?

Cole ya tiene un apósito colocado en mitad de la pierna cuando me acerco a ellos. Menos mal, porque no me quiero desmayar. Que sea yo la que lo haga y no esa mujer de ahí dentro dice más de mí que de ella, ojo a eso.

—Liam… —Me acerco, y alza la vista. Cole corre de nuevo a la cocina—. Tienes que ir a por la matrona, Hannah me ha contado que vive en el pueblo de al lado.

—Lo sé. Tuve que ir a buscarla en el parto de Michelle.

—¿Esto ya ha pasado más veces? —Señalo hacia atrás.

—Esto pasa siempre que tienes que dar a luz. —Me sonríe—. Salvo por los desmayos y esas cosas.

—Ja, ja. Te mataré si cuentas esto en algún momento. Y, créeme, tengo martillos y cosas afiladas por ahí. Y no querrás un dedo *salchichil* ni una nariz de coliflor —lo amenazo.

Me sonríe con más ganas.

—Me gustaría verte intentarlo. —Se aproxima.

Le palmeo el pecho.

—Nada de jueguecitos sexis y sensuales, leñador —le advierto señalándolo con el dedo. No entiendo cómo puede tomárselo con esta calma cuando esa mujer va a tener un bebé de un segundo a otro—. Vete a por la matrona y llama a Rhett.

—¿Rhett? —pregunta.

—Es su padre, esa mujer nos necesita a todos. Hasta al dueño de la ferretería —lo increpo y no dejo que dude de mi orden—. Puedes usar mi camioneta.

—¿Esa que se cae a pedazos? No, gracias.

Otro golpe y me giro para regresar con mi amiga.

Liam me sujeta de las manos y me besa la frente.

—No tardaré nada.

Tres palabras que me reconfortan porque confío en él.

Con los labios fruncidos, asiento y escucho la puerta cerrarse y sé que Liam se va a poner manos a la obra y que lo va a hacer lo más rápido que pueda a pesar de la tormenta.

Cuando entro, Cole está al lado de su madre y me parece tan tierno y bonito por su parte… No puedes lloriquear, Autumn, te necesitan fuerte y valiente.

Me adelanto y la sujeto por las manos.

—¿Puedes llevarme a mi habitación? Tiene baño y allí será todo más cómodo.

La dirijo hacia donde me pide y la sigo. Subimos las escaleras despacio, porque cada escalón parece costarle demasiado y es normal, no me jodas, no es solo subir con un bebé dentro de ti, es que ese bebé está empujando porque quiere salir por donde tú y yo sabemos.

Cole entra detrás de nosotras y, antes de que continúe avanzando, lo detengo.

—Vete a la cama y descansa —le pido agachándome y situándome a su altura.

Hannah se está tumbando en la cama.

—No puedo dejar a mamá sola.

Chasqueo la lengua.

—Mamá no está sola, está conmigo y alguien tiene que hacerse cargo de Andy, que está en tus brazos. —Cambio de estrategia

porque empiezo a conocer a este niño tan reservado—. Eres el hermano mayor y el protector. Asegúrate de que Michelle y Finn duermen y de que Andy también lo hace. Yo estaré pendiente y, si necesito tu ayuda, te llamaré.

Se está debatiendo entre el deber y el querer. Entre seguir mi orden y sentarse con su madre y con Andy. Eso solo va a complicarlo todo más.

—¿Lo prometes?

—Lo prometo. —Le tiendo el meñique, y él encierra el suyo con el mío, haciendo un nudo que nos une por una promesa—. No te voy a engañar, Cole. Y tampoco dejaré que le pase nada malo.

—¿Aunque haya sangre? —Joder. No había pensado en eso. Aun así…

—Sobre todo si hay sangre.

Mi determinación parece contentarlo porque se marcha de allí y nos deja a solas.

—Vale, no tengo ni la más remota idea de lo que hay que hacer, tú solo dímelo. Soy buena siguiendo órdenes. —¿Creéis que hay un tutorial en YouTube sobre qué hacer en caso de partos en medio de la tormenta? En este caso sí que es para una amiga.

—No hay que hacer nada, Autumn, solo esperar a que llegue la matrona. Tal vez podrías traer toallas por si se moja la cama, aunque tiene un forro.

—Puedo ponerle dos forros si es necesario.

Hannah me sonríe y niega.

—Voy a por agua, a por alguna toalla fresquita que te reconforte y a por vino.

—No puedo beber vino.

—Eso es para mí.

Ella se carcajea y escucho su risilla antes de bajar las escaleras. ¿Cuánto tiempo hace que se ha ido Liam? ¿No debería estar aquí? Han pasado cinco minutos, ya debería haber llegado, joder.

Cojo lo que necesito y, de paso, subo el teléfono de Hannah, que se había quedado en la cocina. Al entrar, sé que mi amiga está teniendo otra contracción. Cuando eso pasa, aprieta la mandíbula,

cierra los ojos y exhala con fuerza. Además, para esto no necesito vídeo, quiere asesinar las sábanas sin piedad alguna.

Me sitúo a su lado y le tiendo la mano.

—No tienes vino —le suelto haciendo un puchero. Ella niega.

—De aquí en adelante, tendré vino siempre solo para ti. —Me mira y en sus ojos leo el agradecimiento por lo que estoy haciendo y la verdad es que no me supone ningún esfuerzo.

—Me parece bien.

—Si me lo hubieses dicho, lo habría comprado.

—Si tú me lo hubieses dicho —le digo mientras le señalo la barriga y repito sus palabras—, lo habría comprado yo.

Se ríe de nuevo y se tensa una vez más. Me aprieta la mano y la observo apenada porque sé que es la naturaleza, sin embargo, no puedo evitar sentir que quiero que pase pronto y, por encima de todo, que salga bien.

—No van a tardar mucho. Ya verás.

¿Notará mi tensión?

—¿Te he contado alguna vez cómo me quedé encerrada en un baño en una tienda de muebles? —suelto al azar. Hannah abre los ojos sin dejar de apretarme la mano.

»Claro que no te lo he contado —le respondo tal y como hago siempre que largo alguna de las mías—. En fin, el caso es que… era urgente, ya me entiendes. —Ella asiente, es la mejor porque no me pide ciertas explicaciones que nadie quiere escuchar—. Urgencia fisiológica nivel Dios. Encontré el baño y me encerré en él, hice lo mío y pude respirar aliviada una vez más y, cuando me disponía a salir…, la puerta no abría.

»Empujé. Tiré. Golpes y nada de nada. Estaba encerrada en un baño.

—No puede ser.

Me aprieta de nuevo la mano, y yo sigo explicándole, intentando que pase el tiempo, distraerla si es que puedo hacerlo.

—Empecé a sudar. Miré mi teléfono e iba a llamar a June. No tenía cobertura. ¿Sabes eso de que, cuando algo sale mal, todo puede ir a peor? Pues sí, doy fe de que es real y sucede.

»Grité. Nadie me respondía. Pensé que moriría allí dentro abandonada, pero, si eso sucedía, al menos tendría un baño.

—Tú sí que sabes ver la parte positiva de todo —suelta y me guiña un ojo.

Le limpio la frente con el paño. Le pesan los párpados. Dar a luz tiene que ser agotador, joder.

Y yo solo quiero que Hannah se sienta mejor.

—Me había metido en uno de los baños de exposición —le explico.

—¡No!

Asiento.

—Sí. Y eso no fue lo peor.

—No puede ser. —Me suelta la mano y se tapa la cara.

—Las tuberías no funcionaban, así que…

—No quiero que me des la mano —bromea y me la suelta limpiándosela en la camiseta.

—Un niño de cinco años abrió, quería esconderse, estaba jugando con su hermano. No miré atrás, hui de la tienda y no he vuelto.

—¿Dejaste…? —Cabeceo afirmando—. Puaggg. Pero puedes cogerme de la mano otra vez.

En esta ocasión, soy yo la que sonríe.

Hannah comienza a tener otra contracción y pasamos media hora así. Cronometrando, porque me explica que es algo que hay que hacer.

Escuchamos la puerta de la entrada y os prometo que respiro con calma, casi más que cuando el niño me sacó del baño de exposición.

—Vale, ya estamos aquí.

Liam accede a la habitación el primero, cosa que no me extraña porque sus zancadas son enormes. La que entiendo que es la matrona lo sigue y, tras saludarnos, comienza a sacar cosas que no quiero ver. Va a haber sangre y no es que me apetezca en especial tener el gusto de disfrutar de ella.

—¿Estáis bien? —pregunta.

Asentimos.

—Autumn me ha contado una historia de lo más divertida.

Liam frunce el ceño.

—Seguro que sí.

—Es de cacas —insiste Hannah.

—No quiero saber más.

Rhett es el último en acceder, y a Hannah le brilla la mirada cuando lo hace. Se acerca, me da un par de palmadas en el hombro y le besa la frente a su hija.

—Estás preciosa, mi pequeña.

Qué bonito es esto. Mientras no haya sangre.

—Vale —intercede la matrona—, es hora de dejarnos trabajar.

Vaya humor que tiene. Nos levantamos con la intención de salir, entonces Hannah me sujeta de la mano.

—¿Podrías…? ¿Te importaría…? —No termina la frase y no quiero que sienta que tiene que hacerlo.

Me giro para despedir a Liam y a Rhett.

—Va a haber sangre —susurro.

«Pudiste con una cabra comepelo y alimentas a un mapache, esto está chupado».

Le sonrío, porque…, porque es bonito que te animen.

—Hannah, vamos a tener ese precioso bebé porque eres la mujer más valiente que conozco.

Sí, lo es y no pienso dejarla sola por nada del mundo.

Ni siquiera porque haya sangre.

CAPÍTULO 52
Bienvenida, Autumn
Autumn



Resguardo entre mis brazos a la pequeña. Hace apenas media hora que ha nacido y, mientras ayudaban a Hannah a terminar la labor de parto, me han encomendado la enorme tarea de ser su cuidadora.

Y es perfecta. La tarea y la pequeñaja.

—Pensaba que los niños nacían con poco pelo. —Le señalo la cabeza llena de una mata de pelo castaño cobrizo muy similar al de su madre y al de Michelle.

—No todos —explica Marie, que así es como se llama la matrona.

Al final no resultó ser tan antipática, solo daba órdenes porque estaba concentrada en lo que tenía que hacer y en que nada saliese mal.

No aparto la vista de la recién nacida porque no quiero encontrarme con nada que pueda hacer que me desmaye. Es una responsabilidad muy grande la que me han delegado y que Hannah confíe en mí lo suficiente como para que crea que puedo ocuparme de su pequeña… es halagador y enternecedor a partes iguales. Ha empujado, ha sudado la gota gorda y ha seguido al pie de la letra cada petición de Marie sin venirse abajo. No sé si yo sería capaz de eso.

—A la mayoría se les cae luego —cuenta Marie—. ¿Te acuerdas del pelo que tenía Finn al nacer?

Hannah se ríe y asiente.

—Y luego acabó siendo una bola de billar.

—¿En serio? —inquiero.

—Tal cual.

Paseo la mano por el entrecejo, por la nariz diminuta como un garbanzo y esta preciosura mueve los labios buscando comida.

—Por aquí todo está, ya sabes, mucho descanso, mucho mimo y que esos bichejos te dejen recuperarte. Ah, y dile a Neal que mantenga las manos lejos de ti, Hannah, que ya van cinco.

Ella asiente y le dedica una sonrisa de mujer orgullosa y, cuando Marie sale de la habitación tras indicarle que vendrá esta semana un par de veces a verla, habla.

—El problema es que pueda yo mantener las manos alejadas de él.

Me carcajeo, porque Hannah parece dulce y tierna y no es que no lo sea, pero también esconde esa parte gamberra que no te ves venir. Lo que está claro es que las apariencias engañan. Y, si no, que me lo digan a mí.

El dueño de mis pensamientos pecaminosos abre la puerta tras tocar con suavidad y asoma un pelín la cabeza.

—Puedes pasar —lo invita Hannah.

Se queda plantado ahí, apoyado en la pared que hay al lado de la entrada, como si estuviese debatiéndose entre salir huyendo o acercarse. Al final, hace esto último.

La mirada que me dedica mientras se aproxima hace que me tiemble hasta la raíz del pelo.

—¿Cómo estáis? —pregunta dirigiéndose a la mamá reciente y a la niña.

—Bien, ya sabes, nada nuevo —le cuenta.

—¿Y… ella? —titubea.

—Autumn está perfecta.

Suspiro.

—Oh, claro, me he perdido el espectáculo de la sangre y le he contado una historia sobre una persecución de un pato con sombrero que, por cierto, Marie y ella —digo mientras la señalo— no se han creído.

Liam esboza una sonrisa tierna.

—Esa Autumn —dice al mismo tiempo que me señala a mí— está perfecta, pero hablo de mi bebé. Mi Autumn —remarca cada sílaba.

Aparto la vista de la recién nacida, que parece sentir mi turbación.

—¿Qué?

Me lo estoy imaginando. Es el sueño, los nervios y la falta de vino.

—Ese es el nombre que he elegido. Lo consulté con Neal hace algunos días y —titubea— le pareció bien, porque es un nombre precioso, porque es la estación del año en la que ha nacido y porque eres mi amiga —añade ella.

En fin, ¿estoy llorando? No tengo pruebas, pero tampoco dudas.

—Hannah… Yo… —Las palabras se me atragantan. Nunca nadie había tenido un gesto tan tan bonito conmigo—. Gracias —consigo balbucir, no sin que me tiemble la voz, por supuesto.

Ella me sonríe y extiende una mano. La sujeto y la aprieto. No me ha roto ningún dedo, aunque el corazón sí que se me podría desintegrar en este instante por todo lo bonito que estoy viviendo.

—Bienvenida al mundo, Autumn —susurra Liam, que le pasa la mano por el pelo con delicadeza.

Nuestras miradas se cruzan unos instantes y me levanto para tendérsela. Cuando la coge entre sus brazos, mis ovarios explotan, y no es coña. Me limpio las lágrimas y me recompongo.

Esto es lo que sucede, la naturaleza nos engaña para que procreemos, porque tienes frente a tus ojos a un hombre guapo, sexi, tierno y bueno hasta decir basta, con un bebé perfecto entre sus brazos, y quieres guardar en tu memoria interna esa instantánea para repetirla una y otra y otra vez y tener más y más bebés. Ya entiendo a Hannah.

—Voy a ir a por Cole, le prometí que lo haría —me excuso para salir de aquí antes de que le pida algo que no debo pronunciar.

—Está con Rhett —me asegura Liam, que se sienta al borde de la cama junto a nuestra vecina.

Me giro, con la mano apoyada en el marco de la puerta, y me embebo de esta imagen porque mañana no estaré aquí. En cierto modo, me alegra que Hannah se haya puesto de parto y haber podido acompañarla, que me haya elegido a mí para eso y haber conocido a la pequeña con la que ahora comparto nombre.

Me iré con el corazón a rebosar de cosas bonitas y de momentos que para nada son fugaces.

Y agradecida, por todo lo que he vivido y por lo que he encontrado en Evermere.

El olor del café hace que mis pasos sean certeros y firmes y que deje de lado todos los pensamientos, porque mañana será otro día y ya pensaremos en eso cuando llegue. Hay que librar las batallas de una en una.

Cole está sentado frente a su abuelo. Finn corretea por la cocina como siempre hace, y Michelle está entretenida pintando en la mesa. Todos alzan la vista cuando me ven, los saludo, eso sí, centro mi atención en el mayor de los enanos.

—¿Vienes? —le pregunto.

Estoy convencida de que esperaba esto. Salta sin dudar y… me coge la mano. A mí… A la persona a la que el primer día quiso echar a patadas. Ninguna novedad, ya veis.

Ascendemos en silencio y, cuando entramos en la habitación, Liam está sentado al lado de su madre, pero el bebé ya no está en sus brazos. Se levanta y se acerca a mí. Damos un par de pasos hacia atrás con la intención de dejarlos a solas y, justo cuando voy a salir, Cole me llama.

—Autumn… —Lo miro unos instantes de más. El porte serio, los brazos caídos a ambos lados, la mirada brillante y llena de emoción y la sonrisa que le baila en la cara. Tan mayor y a la vez tan jovencito—. Gracias.

Asiento y le regalo una sonrisa radiante y sincera.

—No puedo incumplir una promesa de meñique. Eso jamás.

Los dejamos solos.

El resto del día es un caos. Atendemos a los pequeños, Rhett ayuda en la cocina y, al final de la tarde, llega Neal, al que no había conocido. Y al que casi no conozco porque, cuando entra, me saluda con rapidez y sube las escaleras sin dudar.

Lo siguen todos los niños.

—No se lo tengas en cuenta —murmura Liam tirándome de la mano y atrayéndome contra su pecho.

—Para nada.

Porque entiendo lo que pasa. Yo actuaría de la misma forma si acabase de perderme el nacimiento de mi hija y llegase después de estar tanto tiempo sin verlos.

—¿Nos vamos? —me pregunta. Asiento.

Tengo cosas que preparar y el agotamiento hace que casi no pueda mantenerme en pie. No es solo la tensión de anoche, el no haber dormido, sino el hecho de que no hemos podido parar en todo el día.

Liam me prepara algo de cenar, nos damos una ducha y me dirijo a mi habitación para recoger las pocas pertenencias que tengo por ahí.

—Estás recogiendo —murmura invadiendo mi espacio, aunque, en realidad, es el suyo.

—Tengo que salir mañana, no puedo detenerme y me gustaría pasar a ver a Hannah antes de irme y despedirme y eso.

Liam me tira de la mano y me lleva hasta la cocina. Delante de mí pone un plato de pasta. El silencio que se instala entre nosotros es denso e incómodo y me recuerda a los primeros días, a cuando llegué.

No soy capaz de añadir nada para hacerlo más ameno y menos inquietante. Ni siquiera una historieta de las mías.

—Oye, Autumn… —Aparto la vista del plato, porque no tengo tanto apetito como pensaba y me estoy dedicando a jugar con la comida más que a dar buena cuenta de ella.

Tal vez este sea el momento en el que me va a pedir que me quede. En el que me va a pedir que regrese. En el que me va a prometer que, cuando lo haga, él seguirá aquí. Esperándome. O en el que se abra en canal y me deje ver todo lo que encierra en lo más hondo de su ser.

—¿Sí? —La timidez nunca ha sido algo por lo que se me caracterice, pero estoy tan nerviosa que mi voz se tiñe de ese sentimiento.

—¿Te apetece dormir conmigo esta noche?

Cierro los ojos unos segundos. Solo unos segundos. Mastico y trago la desilusión.

Y cabeceo afirmando.

Subimos de la mano. Esta noche no hay sexo. Esta noche no hay besos. Esta noche dormimos uno en los brazos del otro.

Esta noche sabe a despedida.

—Cuida de Sir Mapachington. Cuida de Hannah y de los niños. Cuida de ti, Liam —susurro cuando sé que se ha dormido—. Sobre todo, cuida de ti.

»Te quiero.

CAPÍTULO 53
El amargo sabor de la despedida
Liam



Quise pedirle que se quedase.

Quise decirle que la necesitaba aquí conmigo.

Quise contarle que la iba a echar tanto de menos que esas voces que susurraban habían comenzado a alejarse gracias a su presencia. A su cercanía.

Quise explicarle que estoy roto, pero que, con ella cerca, hay esperanza de que esas piezas que estaban dispersas y perdidas empezaran a encontrar el lugar en el que encajar de nuevo. No para olvidar, aunque sí para dejar atrás el dolor y darme una oportunidad. Darle una oportunidad a lo nuestro.

Quise confesarle que la quiero. De una forma muy diferente a la que quise con anterioridad.

No fui capaz de hacer nada de eso porque el miedo me paralizó.

A pesar de que vi la esperanza bailando en sus ojos. A pesar de que confiaba en que, si me sinceraba, lo entendería. Porque Autumn es valiente, es fuerte y es tenaz. Y, por encima de todas las cosas, cree en mí cuando ni yo mismo lo hago.

Y la dejé ir.

Hace tres días de eso.

Hace tres días que alimento a Sir Mapachington con las mismas galletas que ella le dejaba, al principio en un plato y luego por fuera de la casa que le construí, en un cuenco lleno de letras.

Hace tres días que no dejo que Samira cruce la puerta de mi casa.

Solo interactúo con Hannah y con Finn, que parece haber encontrado algo de consuelo en la soledad y el silencio que le proporciona estar conmigo. Él lee o pinta o simplemente corre a mi alrededor, mientras yo corto leña sin cesar o trabajo.

Hace tres días que duermo en la cama de invitados, en esa en la que ella durmió mientras compartimos techo, a pesar de que mi cuerpo apenas cabe en ella. Y, aunque siento que su olor se va disipando poco a poco, sé que será imposible que, de alguna forma, ella me abandone. Porque la tengo clavada en el centro de mi pecho.

Hace tres días que Autumn se fue.

Hace tres días que los fantasmas han vuelto y, a pesar de que huyo, siempre terminan por encontrarme.

Corro. Huyo. Corro. Huyo.

Pero me encuentran.

Y todo vuelve a ser oscuro.

Todo vuelve a ser negro.

Hace tres días que Autumn se fue y, desde entonces, todo lo que era fácil se ha vuelto un poco más difícil, incluso respirar.

CAPÍTULO 54
La nostalgia del regreso
Autumn



Observo cómo June descorcha la segunda botella de vino porque, según ella, las penas con alcohol son menos penas. Es obvio que es una afirmación bastante acertada, no porque el vino sea la cura de todos los males, pero sí hace su labor en cuanto al olvido.

Hasta que vuelves a recordar.

Y el peso del recuerdo cae sobre ti como una losa invisible.

—Ten. —Me tiende la copa llena hasta arriba.

—Ahora sí que somos de esa clase de chicas.

—¿Las molonas?

Se tira junto a mí en el sofá, colocándose de lado, con el culo apoyado sobre la pierna para no perderme de vista. Yo ajusto mi posición para hacer lo mismo con ella.

En esto se ha basado mi regreso, mis últimos tres días: en lloriquear por las esquinas. Y en echarlo de menos. Sobre todo, en esto último.

—Las borrachas —concluyo.

No hace mucho, y a su vez hace tanto, esta fue una de nuestras bromas. Apenas había llegado a Evermere y me había dado cuenta del desastre en el que se había convertido todo. No sabía lo que me esperaba, apenas podía definir lo que me había llevado a conducir seis horas para plantarme en un lugar en el que no tenía más que un puñado de recuerdos, eso sí, todos eran felices, además de la voluntad de sentirme en casa.

Y lo encontré.

—No me pidió que me quedase —confirmo una vez más.

No dejo de repetir esta frase. No dejo de recordarla cada vez que me voy a la cama y regresa a mis pensamientos cada vez que me levanto. De hecho, lo hago siempre que el recuerdo de la noche anterior acude a mi cabeza y, creedme, eso sucede más de lo que me gustaría.

Mucho más.

June chasquea la lengua de nuevo.

—Autumn… —Me tiende la mano izquierda mientras que, con la derecha, sujeta su copa. Ha tenido bien en cuenta el llenarla también—. No puedes obligar a nadie a que te elija. Mírame a mí. —Y eso es lo que hago, me centro en mi amiga, esa que todas las mañanas se levanta con una sonrisa en los labios a pesar de que Leon la rechazó. Conflicto de intereses, le dijo o, lo que es lo mismo, conservar su trabajo estaba por encima de todas las cosas. Incluso de ella—. Sigo adelante porque es lo que me toca. ¿Quería que terminase así? —Niega—. Por supuesto que no. ¿El destino me la ha jugado? —Asiente—. Y aquí me tienes, echándole dos ovarios al asunto porque no pienso soltar una lágrima por un tío que no le da una oportunidad a lo nuestro.

Chasqueo la lengua y bebo para que mis siguientes palabras me duelan menos de lo que me gustaría.

—Liam no es así —tercio y lo defiendo cuando de verdad no debería hacerlo.

—Liam es un gilipollas porque tampoco ha sabido ver lo que tiene frente a sus ojos. Y eso que me parece guapo a rabiar y su humor me ponía cerda. Me ponía, en pasado —matiza para que nos entendamos y no haya confusión.

Niego un par de veces más.

—Sé que tienes razón y quizá me gane una colleja por lo que voy a añadir a continuación…

—No lo digas —se aventura y no le hago caso.

—No debería defenderlo, June, aun así, siento que tengo que hacerlo porque Liam es un buen tío. A pesar de que no me haya elegido a mí, lo es. A pesar de que no me haya pedido que me quedase, lo es —reitero.

—Te ha roto el corazón —sentencia y bebe.

Bebe porque estoy casi convencida de que, si pudiese, se plantaría en Evermere y le daría la paliza del siglo, aunque la supere en tamaño y en músculos. En mala hostia no, lo siento por él y eso que es el rey de los cascarrabias.

—En realidad… nunca me prometió nada. No me dio falsas esperanzas, June. Lo nuestro fue cosa del aquí y del ahora. Él no tiene culpa de que yo eligiese tomar un camino diferente y enamorarme. Entregarme. Tenía que haber sabido ver las señales. Tenía que haberme dado cuenta de que era la que entregaba y entregaba mientras él no lo hacía. —Hago una pausa y miro hacia el techo—. Estoy siendo injusta —confieso—, porque Liam sí que entregó, al menos, lo hizo a su manera.

—Nunca te contó nada de su vida pasada, Autumn, joder, que tú le abriste su corazón y ¿qué hizo él?

Sé bien lo que hizo.

—Me acompañó. Me proporcionó su cercanía, me ofreció su hombro para llorar. Me ayudó en la casa de mis padres, le construyó una casa a Sir Mapachington. Me brindó techo y cobijo. A veces hay que mirar más allá, hay que saber encontrar resquicios del amor en detalles que nos pasan desapercibidas porque es muy bonito decir «te quiero» pero es mucho más bonito que te lo demuestren.

—Me cago en la puta. No me digas esas cosas, Autumn, que quiero odiarlo —farfulla mi amiga, que casi se ha bebido la copa.

Yo dejo la mía sobre la mesa y me observa entrecerrando los ojos.

—No lo odies, June. Yo no lo hago y no se lo merece. Liam no se lo merece.

Lo fácil sería eso: sentir rencor por una persona, buscar todas las cosas malas y aferrarte a ellas con uñas y dientes, intentar que tu entorno empatice contigo para que te brinden ese impulso, para ayudarte a marcar distancia, a olvidar, aunque lo cierto es que odiar es una palabra muy corta para la cantidad de connotaciones negativas que encierra. Y no deberíamos agarrarnos a esa idea nunca, al menos, no jugar con ese sentimiento sin entender las implicaciones del mismo.

Evermere me dio mucho, más de lo que pensaba, pero ¿Liam? Él no quiso entregar más de lo que pudo o tal vez no supo hacerlo y es por eso por lo que más valoro lo que recibí, porque fue sincero, siempre lo fue. No puedo reprocharle nada porque nunca me lo prometió. Yo tampoco a él. Así que quizá él esperaba de mí lo mismo, ¿no?

—Vale. No lo odiaré y que conste que lo hago por ti, porque te quiero. Y me alegro de que estés de vuelta, que podamos estar juntas de nuevo, porque me planteé dejar la ciudad e irme contigo, que conste.

Sonrío de medio lado.

—¿Hablas en serio? —Le tiendo la mano y entrelazamos nuestros dedos.

—¿Por ti? Joder, Autumn, por ti haría lo que fuese, incluso mudarme a un pueblo en el que viven menos de cien personas.

Me carcajeo y creo que es la primera vez en tres días que lo hago, de forma sincera al menos.

—Te sobran personas en ese conteo —le recuerdo.

—Bah. —Mueve la mano en la que no tiene la copa—. Minucias.

Nos encontramos a medio camino y nos fundimos en un abrazo tierno. En uno que sabe a casa. Y, aunque eche mucho de menos a Liam, sé que ese es su lugar, sé que será feliz sin mí y no me importa ser yo la que sufra su ausencia.

De verdad que no me importa si con eso sé que él estará bien, tranquilo, y que ya invade su espacio personal.

—Eres la mejor amiga que existe.

—Sí, es cierto, lo soy. —Se retira y me sonríe ladeando la cabeza —. Ahora es cuando puedes contarme la suerte que tienes de haberme encontrado, me encanta cuando nos convertimos en esa clase de chicas.

—¿Las borrachas?

—Las borrachas cariñosas —matiza ella lo obvio.

La puerta suena cuando me dispongo a darle alguna réplica mordaz, no sé, a Samira le encantaría June, estoy convencida.

Entonces caigo en la cuenta de que no solo echo de menos a Liam, sino que el vacío se acentúa todavía más porque todas y cada

una de las personas que dejé allí me importan en mayor o en menor medida.

—Ya voy yo —se ofrece ella.

Me incorporo para llevar las copas a la cocina y meterlas en el lavavajillas. Yo avanzo hacia ese espacio abierto y June se desvía hacia la puerta y entonces abre.

Me encantaría ser testigo directo de la cara que tiene que estar poniendo mi amiga, saber lo que se le está pasando por la cabeza al ver a Leon plantado por fuera de nuestra puerta, porque, si mi cara es un poema, la de ella no debe de quedarse atrás.

—June…

Lo siguiente que escucho es el portazo, seguido de mi «auuuchhh» porque tuvo que haberle dolido, en su nariz o en su dignidad. Más lo segundo que lo primero.

—Sabes que era Leon, ¿no? —June se gira y se acerca. Asiente—. Sabes que es probable que quisiese hablar contigo, ¿verdad? —Sigo formulando preguntas aleatorias. Cabecea afirmando de nuevo—. Y sabes que ha tenido que violar alguna que otra norma para plantarse en tu casa, algo del tipo: «No puedo coger los datos de mis alumnos porque eso iría en contra de las normas de su trabajo», ¿no? —insisto.

—Lo sé.

—¿Y?

Abre la nevera una vez más y saca la botella de vino que había abierto, se la lleva a los labios y los recuerdos de Liam y de mí en otra cabaña bien distinta y en una estancia como esta, aunque más rústica, me sacuden por completo. Trago con fuerza y los hago a un lado.

Tal vez algún día deje de doler.

Puede que algún día lo olvide.

—No es suficiente —sentencia ella.

Bebe y me tiende la botella.

Se nos da de pena el desamor, pero beber se nos da que te cagas.

Y sí, sigo conservando mi riqueza léxica, por si pensabais que no.

CAPÍTULO 55
Las malas noticias
Autumn



Que June se cierre en banda para hablar de Leon no me sorprende, lo que sí lo hace es su silencio prolongado y que no esté intentando calmar mi nerviosismo con algún invento extraño que patentar.

Es probable que se le hayan agotado las ideas.

O quizá la presencia de Leon anoche supuso un antes y un después en su cabecita y no quiera admitirlo, porque aquí donde la veis, con lo deslenguada que es, con esa cháchara incesante con la que nos deleita y con esa pose de «nada me importa», todo le afecta. No os dejéis guiar por la fachada porque muchas veces no es más que un espejismo de lo que de verdad esconde.

—¿Has podido dormir algo? —indaga tendiéndome la mano.

Apenas quedan unas manzanas antes de que lleguemos a la consulta. Esta sí que es una cita ineludible.

—¿Y tú? ¿Has podido dormir algo tú?

June me observa entrecerrando los ojos. Su mirada lo dice todo. O puede que sea que nos conocemos tan tan bien que partimos con ventaja a la hora de empatizar con el estado de ánimo de la otra.

—¿Estás eludiendo mi pregunta?

—¿Y tú?

Mi amiga chasquea la lengua, está perdiendo la paciencia. Aun así, responde con sinceridad. Una que valoro por encima de todas las cosas.

—No. He estado toda la noche pensando en qué hizo que Leon actuase de esa manera para, al par de días, presentarse en casa. En nuestra casa —matiza y alza la voz, enfadada con ella, con él, con el mundo.

Freno nuestros pasos sujetándola por la mano y nos observamos en silencio unos segundos en los que buceamos en los sentimientos de la otra. Eso también se nos ha dado siempre de lujo. Entendernos sin abrir la boca.

—Todo va a salir bien. —Es lo único que se me ocurre. Señalo hacia la puerta de la clínica, mueve el dedo índice entre las dos y termino por guiar el mío señalando el cielo, buscando, no sé, ¿una respuesta mística para cuando no sabes cómo pedirle al destino que deje de putearte?—. No sé qué le trajo hasta casa, June, ahora bien, sí que sé hacer eso tiene implicaciones que no cazan con la versión en palabras que te dio. Y solo tú puedes averiguarlo.

Resopla llena de frustración, sé que está debatiéndose entre lo que quiere hacer y lo que le pide su orgullo de mujer herida que haga.

—¿Entonces qué? ¿Cómo se supone que tengo que actuar, Autumn?, ¿tengo que comportarme como si nada hubiese pasado?, ¿lanzarme a sus brazos por el simple hecho de haberse plantado en nuestra puerta? Quizá estoy malinterpretando las cosas y venía a hacerme una propuesta laboral irrechazable.

Casi me carcajeo. Casi.

—¿Hablas de esas propuestas que te hace por correo electrónico con copia a los demás compañeros de Arte Dramático?, ¿esa clase de propuestas? —¿Resulto irónica? Porque es así justo como quiero sonar.

—No me gusta tu tonito —me recrimina tirándome de la mano una vez más.

La rodilla vuelve a darme un pinchazo, como si quisiese recordarme hacia dónde vamos y lo que ambas nos jugamos con esta visita.

—Lo que de verdad no soportas es que pueda tener razón.

—Eso también.

Se hace el silencio de nuevo entre nosotras y permanecemos así, ahí, sin saber qué añadir, sumidas de nuevo en nuestras mierdas, que, por lo que parece, son demasiadas.

—No se lo voy a poner tan fácil, Autumn —finaliza.

La puerta de cristal comienza a abrirse frente a nuestros ojos. June percibe mi estado de ánimo, el sudor que me cubre las palmas de las manos y quizá el latir acelerado de mi corazón.

—No lo hagas si no quieres, es justo, es tu forma de enfrentarte a esto —le recuerdo—, pero tampoco le niegues una explicación, porque todos merecemos poder darla.

—¿Eso es lo que harías con Liam?, ¿dejar que te explique por qué no te pidió que te quedases?

Alzo la vista y me encuentro con su mirada brillante y llena de desafío. Está tanteándome.

—Por supuesto. —No tengo dudas—. Sabes cómo me siento al respecto y también sabes que no lo culpo…

—Eres demasiado buena persona, Autumn, en serio —me corta riéndose de una forma bastante poco natural.

Niego en un par de ocasiones y le aprieto la mano. No nos hemos soltado, somos como un bloque de hormigón frente a una bola de destrucción, sea lo que sea y pase lo que pase, nos enfrentaremos juntas.

—Lo que soy es honesta con él y conmigo. No me prometió nada, y yo tampoco se lo prometí a él. ¿Quién sabe? Quizá se está haciendo las mismas preguntas que yo, ¿por qué no me eligió?, ¿por qué no quiso quedarse?, ¿por qué decidió marcharse? No estoy en su cabeza, y él tampoco en la mía, por lo que no sabemos lo que piensa el otro y eso nos lleva a hacer suposiciones que, en muchas ocasiones, en la mayoría de esas ocasiones —repito y reitero—, son incorrectas. Por eso creo que debes hablar con Leon, dejar que se explique.

—Lo dejé explicarse —matiza ella retomando el tema—. Y me dijo que no podía ser porque supondría un conflicto de intereses. ¿Qué ha cambiado?

Alzo la mirada hacia el cielo. Un par de nubes negras están tomando forma, sonrío al recordar la cantidad de tormentas que se

forman en Evermere de pronto y sin avisar y entonces caigo en la cuenta de que los sentimientos son como esas nubes. No sabes lo que esperar de ellas, no sabes si pasarán de largo o se quedarán, si decidirán empaparte o te proporcionarán cobijo ante un calor abrasador, si debes huir o quedarte y bailar bajo la lluvia. Lo que sí sabes es que, pase lo que pase, están ahí y no eres dueño de ellas, como tampoco lo eres de los sentimientos.

—Puede que se haya arrepentido.

Damos un paso adelante y la puerta de cristal vuelve a abrirse frente a nosotras. Entramos. El pánico se apodera de mí.

—Autumn…

No sé si mi nombre es un clavo ardiendo para ella o un consuelo para mí. Prosigo. Porque siempre hemos sido honestas la una con la otra y porque alguien tiene que abrirle los ojos a la cabezota de mi amiga.

Que lo es más que yo y ya es decir.

—Tal vez ni siquiera supo qué hacer cuando se lo confesaste, quizá estaba asustado, ¿lo entiendes? Porque las personas tenemos miedo. —Sé que estoy subiendo el tono de voz y que no tiene nada que ver con June y Leon y todo que ver conmigo y con mi futuro. Con lo que me espera una vez pronuncien mi nombre en la sala de espera y camine hacia esa consulta—. Nunca subestimes el poder de los sentimientos. Nunca lo hagas.

Mi amiga no replica, se limita a acompañarme en silencio, a entrar conmigo en la consulta, a sujetarme la mano con fuerza, a hacer las preguntas que yo no soy capaz porque se me atascan en la garganta, a acariciarme la espalda cuando todo se viene abajo y a abrazarme cuando las hipótesis se convierten en una realidad que paraliza.

Me sale una risa carente de humor cuando cruzamos de nuevo las puertas de cristal, esas que se abren y se cierran, como la vida de las personas tras una noticia. Como mi vida a partir de ahora.

—No pasa nada. —Soy yo la que la consuela—. Era una probabilidad y el dolor en la rodilla ya me daba bastantes indicios de lo que se venía, de lo que se avecinaba. Tengo treinta y tres años,

mi vida como bailarina de *ballet* estaba llegando a su fin y esto solo ha acelerado el proceso natural.

No le explico que no sé qué haré a partir de hoy, qué será de mí o qué camino elegiré, porque, cuando todo se desmoronó, Evermere fue mi vía de escape, mi salida, la que me ayudaba a tener un objetivo en mente, pero sin la danza y sin Evermere no soy nada. No soy nadie.

—¿Estás intentando consolarme cuando soy yo la que tiene que hacerlo? —pronuncia June y entonces sucede. Tan rápido que no me lo ve venir.

Me echo a llorar en sus brazos.

Lloro por lo que tuve.

Por lo que fui.

Y por lo que perdí.

Porque las nubes siguen en lo alto del cielo, sin embargo, mi tormenta se les ha adelantado.

CAPÍTULO 56
El cajón del desastre emocional
Liam



—Liam Hunter, es hora de que dejes de cerrarme la puerta en las narices.

Samira se hace eco en mi casa con esas palabras que no despiertan nada en mí. Absolutamente nada.

Y es así desde hace días. Desde hace una semana, tres horas y… cinco minutos, casi seis.

—Es mediodía, deberías estar preparando algo de almorzar. O de cenar, porque Max y yo tenemos hambre.

El susodicho, al que parecen haber estado esperando su turno para hacer una aparición estelar, se sitúa al lado de mi amiga, también con los brazos cruzados y una actitud inquisitiva que no le pega en absoluto.

—He abandonado mi trabajo por ti —me demanda—. Lo mínimo que puedes hacer es alimentarme.

—Que te den.

Max me señala.

—Esa es una respuesta que daría el Liam de siempre —susurra apuntándome con el pulgar sin prestarme la más mínima atención y sin ofenderse por lo que le acabo de soltar.

—¿Qué hacéis aquí? —pregunto.

Samira empuja mis pies sin delicadeza alguna y toma asiento en la mesa de centro que hay frente a la chimenea, apoya los codos en las rodillas y se acerca con actitud intimidatoria a mí.

—¿Tú qué crees? —Suspira—. Estamos hasta las narices de que estés aquí, compadeciéndote porque Autumn se fue y no hayas hecho nada por hacer que regrese.

Me duele el reproche y más me duelen sus palabras.

—¿Se puede?

Hannah pregunta desde la puerta, puerta que parece que estos dos han dejado abierta. Huele a encerrona.

—Te estábamos esperando.

Confirmada la encerrona, sí.

Max se acerca presuroso y le tiende los brazos a un Andy que parece tener ganas de que el estafador de mi amigo le regale algo. Un paquete de galletas como poco.

—¿Quién es el niño más mono del mundo? ¿Quién? —Le pone voces y todo y el enfado disminuye al escucharlo.

Hasta que alza la ceja mirándome y me hace una peineta.

Samira se ha acercado a coger a Autumn y le propina una colleja.

—Gracias —susurro.

Ella me sonríe, y Hannah entra en casa y toma asiento a mi lado. Para ella sí que dejo espacio.

—¿Cómo te encuentras? —me pregunta.

—¿No debería ser yo el que formule esa cuestión? —Alzo una ceja inquisitivo.

—Bah, esto lo he hecho cinco veces ya, está chupado. Lo tuyo es mucho peor…

—Estoy bien —miento como un bellaco.

Samira me da otra colleja, esta bien merecida.

Gruño de pura frustración y me acaricio la nuca para aliviar el picor que ha dejado su mano.

Ojalá fuese tan sencillo con el dolor del resto del cuerpo. De todas las partes de mí que la echan tanto de menos.

—Vale. Ahora que estamos todos… —inicia la conversación Samira —. ¿Qué piensas hacer? —indaga yendo directa a meter los dedos en la herida sangrante.

Cómo le gusta y cómo lo disfruta la muy cabrona.

—Nada —es mi respuesta.

Hannah chasquea la lengua justo antes de ponerme una mano sobre la pierna.

—Sabes que te adoro, Liam, pero eres un completo imbécil —suelta sin ponerse siquiera colorada.

—Secundo la moción. —Alza la mano Samira.

Autumn se revuelve entre sus brazos, buscando el calor con el que la estaba cobijando.

—¿Puedo hacerlo yo también? —pregunta Max, que juega a robarle la nariz a Andy y este no deja de reírse.

—Si te veo vendiendo la nariz de mi hijo en el mercado negro, eres hombre muerto —lo amenaza Hannah.

—¡Qué va! —se defiende Max. Entonces mira hacia el pequeño y le toquetea la nariz—. ¿Cuánto me darían por una así de bonita? —Hannah hace amago de levantarse, y Max se adelanta—. Es broma. ¡Es broma! Lo tuyo no, Liam, lo tuyo va en serio. No me lo puedo creer, esa chica tendría que haberme elegido a mí, habría ido tras ella. O no, no la habría dejado salir por esa puerta jamás.

Gruño de nuevo.

—No iba a hacer eso —matizo—. No soy quién para impedirle a nadie que se vaya si es lo que quiere.

Samira chasquea la lengua.

—¿Eso es lo que te repites para consolarte cuando la echas de menos?

—La echo de menos a todas horas, joder.

La mano de Hannah se posa de nuevo sobre mi muslo y lo aprieta una vez más.

—Eso es lo que queríamos escuchar —sentencia ella.

—Y te hemos dado un margen antes de venir, meternos en tu casa y amenazarte con darte una paliza entre los tres… —comienza a explicar Samira.

—Porque somos conscientes de que uno solo es imposible —intercede Max, que siempre está pendiente de todo.

—Eso también —agrega Samira señalándolo—. Hemos esperado siendo pacientes, no hemos invadido tu espacio y te hemos vigilado. Hasta Jared lo ha hecho.

—Maldito cotilla de mierda —asevero.

—Estamos preocupados por ti, Liam. —El tono de voz con el que Hannah lo dice hace que mi corazón se ablande por completo—. Llevas días trabajando de sol a sol, te he visto. Vienes a vernos, alimentas a ese mapache por ella, vuelves a vernos y luego te encierras aquí.

Y sé lo que viene a continuación.

—Estás actuando de la misma forma —sentencia Samira.

—¡Siento que la estoy traicionando! —grito.

El silencio se abre entre nosotros y es espeso, denso, caliente e incómodo. Y con ellos jamás ha sido de esa forma.

Me tiro del pelo, lleno de frustración, porque ninguno de ellos se merece pagar mi malhumor, ninguno se merece que descargue mi enfado o que se conviertan en el foco de mi hosquedad. Ellos son mi familia, son todo lo que me queda.

—No estás traicionando a nadie.

Samira deja a Autumn en los brazos de su madre y se arrodilla frente a mí. Me aparta las manos de la cara y me alza la barbilla. Y le muestro el dolor que sigue quebrándome, que me arde, que me persigue, que está presente cuando cierro los ojos y también cuando los abro.

Que lo opaca todo, salvo cuando Autumn estaba cerca. Cuando ella estaba a mi lado, revoloteando por la casa, contándome historias ridículas y estúpidas, cuando cargaba madera estropeada y podrida sin rechistar o cuando hacía estiramientos en el lago con esos niños que la adoran casi tanto como yo.

¿Cómo es posible que no la quieran si ella es el amor hecho persona?

—Samira…

—Créeme, Liam, no estás traicionando a nadie —sentencia.

No me había dado cuenta de que había vuelto a cerrar los ojos y me los había cubierto con las palmas de las manos hasta que ella las aparta una vez más, la claridad se cuela por el hueco que dejan y me encuentro con mi familia frente a mí. Max con Andy entre los brazos, Hannah con Autumn entre los suyos y Samira, que me sujeta a mí, sirviéndome de ancla como siempre ha hecho.

—¿Por qué? ¿Por qué siempre haces esto? ¿Por qué no me odias? ¿Por qué nunca me has recriminado nada? ¿Por qué, Samira? ¿Por qué?

Ella reacciona al instante y dulcifica el gesto, me sonríe de forma cálida y de inmediato sé que no me la merezco; ni a mi amiga ni sus sonrisas.

—Porque no eres el culpable de lo sucedido, Liam. Porque nunca lo has sido. Te has empeñado en fustigarte, en aislarte de todo, en cargar con un peso que no te corresponde…

—Pero…

Ella niega y posa el dedo índice sobre mis labios. Max, a su lado, también sacude la cabeza con firmeza.

—No hay peros, Liam. No los hay. Arianna no querría esto, yo no quiero esto, Max no quiere esto, Hannah no quiere esto. —Ella lo acompaña con un cabeceo negando—. Y tú, desde luego, no te mereces eso.

»Y ya va siendo hora de que dejes que la luz se cuele, que abras la cortina y la claridad se filtre por ella, que permitas que el invierno le dé paso a la primavera, que esta, a su vez, le ceda el paso al verano y que por fin llegue el otoño para quedarse.

Su juego de palabras no me pasa desapercibido.

—Te queremos mucho, Liam. Y ya va siendo hora de que tú también te quieras y permitas que los demás lo hagan.

—Estoy… —titubeo y los observo. Saben lo que quiero confesarles, sin embargo, guardan silencio porque entienden lo importante que es para mí hacerlo, ponerle nombre—. Estoy asustado.

—Bien. Tienes que estarlo, porque todo lo que importa en esta vida va a acompañado del miedo.

Entonces recuerdo la conversación con Autumn, mientras hacíamos la tarta para el cumpleaños de Finn, cómo me contó lo de su mejor amiga y hablamos del miedo. Me sentí el protagonista de esa conversación. Todavía me siento de esa manera.

«Si tiene miedo, tiene que hacerlo con miedo».

Esa fue su afirmación. Contundente, inequívoca y real.

Porque el miedo es como una herida que supura, supura y te paraliza. Está en tu mano curarla o dejar que ella acabe contigo y,

créeme, puede conseguirlo.

—Yo… ¿Y si es tarde? ¿Y si no es correspondido?

—¿Tú la has visto? —intercede Max en esta ocasión—. Me rechazó, ¡a mí! Que soy fantástico y divino, un partidazo, por un tío como tú… Eso tiene que ser amor de verdad porque no hay otra explicación.

Las comisuras de los labios se me alzan porque es que Max… es mucho Max.

—Supongo que solo tienes una forma de averiguarlo, ¿no crees? —me pregunta Hannah tendiéndome a la pequeña.

La observo. No se parecen en nada, son dos personas totalmente diferentes, sin embargo, el sentimiento de protección es el mismo.

—¿Sabes, Autumn? —paladeo su nombre—. Algún día te dedicarás a correr por el lago con una chica con la que compartes nombre, a hacer unos movimientos raros con ella y a reírte, porque es maravillosa cuando consigue que sonrías. —Le toco la nariz, y Autumn busca mi dedo.

—¿Y ahora? —me pregunta Samira con una sonrisa radiante.

—Ahora… solo Autumn.

Alzan los hombros y nos acercamos.

Familia.

Esto es lo que somos.

Eso es lo que quiero que ella sea, aquí, con todos nosotros. Conmigo.

Porque no sabía lo que quería hasta que la quise a ella.

CAPÍTULO 57
Buenas noticias
Autumn



—Tengo algo que contarte.

Aparto la vista del televisor en el que están dando una reposición de *Dirty Dancing,* que, por supuesto, estoy viendo por el simple hecho de recrearme en lo bien que bailan esos dos y en cómo su amor, ese que se supone que no iba a tener un final feliz, acaba triunfando. Puede, y solo puede, que me esté regocijando en la mierda. Solo por unas horas al menos.

—¿Ya le has abierto la puerta a Leon?

Señalo las flores que hay sobre la encimera y que no han dejado de llegar. Un ramo por día con una nota en la que le pide a mi amiga que deje que se explique. June es cabezota como ella misma porque todavía no ha aceptado, aunque ha dado pasos en dirección a ello. Ya no lanza las flores a la basura. Hemos cambiado de fase, las huele y cierra los ojos mientras lo hace. Está cediendo y eso me enorgullece.

—Sí, lo he hecho, solo para volver a cerrársela. —Literalmente hablando, no os vayáis a pensar, ha dado pasos, no ha corrido, entendedme—. De eso no es de lo que quiero hablar.

Se tira en el sofá a mi lado, y doy un bote cuando lo hace. Me toca la rodilla y me sonríe cuando me hace cosquillas con esa sencilla caricia.

—Tú dirás.

—He hablado con las chicas sobre Finn, ya sabes. Te dije que no podía prometerte nada, porque ninguna es experta en el tema y

porque cada caso es un mundo, cada persona es diferente y cada trastorno, a pesar de tener rasgos comunes, no se define de una forma tan sencilla.

—¿A dónde quieres llegar? —pregunto tensándome.

—Deberías hablar con Hannah y con su marido y explicarle que es posible que Finn, y cuando digo «es posible» lo hago con todo el tacto del mundo…, puede que tenga TDAH. Ya sabes… Trastorno por déficit de atención e hiperactividad. Hemos hecho hipótesis, ¿vale? No es un diagnóstico ni mucho menos porque para eso lo lógico es que Hannah lo lleve a su pediatra, y él lo derive a algún médico especializado que pueda hacer un estudio exhaustivo de su conducta neuroconductual… No es nada definitivo, sin embargo, es algo por lo que se podría empezar, ¿no crees?

Pienso en Hannah y en lo disgustada que estaba cuando nos contaba que sentía que Finn estaba disperso, que le costaba seguir las órdenes concretas, que no se estaba quieto y que sus amigos estaban dejándolo de lado. Eso, sumado a su dificultad por entender lo que leía y en cómo eso la hacía sentir angustiada, cosa lógica y normal. Si lo que las amigas de June dicen es cierto o existe una remota posibilidad de que lo sea, al menos sabrán cómo ayudarlo y podrán tomar un camino beneficioso para todos, sobre todo, para el pequeño.

—Vamos a llamarla —propongo envalentonada, porque es una buena noticia, al menos, yo lo veo de esa manera.

June aplaude emocionada.

—¡Por fin voy a conocer a esa chica!

Marco el número de teléfono de Hannah sin dudar, sin pensar en que tiene un bebé recién nacido y en que puede estar agobiada con tanto trabajo. Esta última semana hemos intercambiado mensajes. Muchos de ellos, se los he enviado yo, y ella ha respondido a horas intempestivas, mientras le daba el pecho a Autumn o antes de caer en coma y dormir lo poco que pueda. A pesar de ello, siempre me responde de una forma dulce y tierna y me hace sentir que no estoy siendo una molestia.

El tono suena en siete ocasiones y, justo cuando me dispongo a colgar, es Cole el que aparece en la pantalla.

—¿Autumn? —tantea—. ¿Eres tú? —me pregunta de nuevo como si no se lo creyese.

Me acerco más a la pantalla, emocionada.

—¡Cole! ¿Cómo está el chico más guapo del mundo? —Se ruboriza al otro lado. Qué mono es.

—Bien —responde escueto.

—Cuéntame, ¿cómo se porta tu hermanita? ¿Es buena?

—Si preguntas por Michelle —responde y hace una pausa buscándola a su alrededor—. No —niega—, es una lianta. Papá le ha traído una muñeca nueva a la que ya le ha cortado el pelo. —Se ríe, y yo también, porque no me sorprende nada—. Si hablas de Autumn… ¡Deberías ver los mofletes que tiene! Papá asegura que es como una ardilla, te encantaría meterle el dedo en el cachete, Autumn. —Se ríe—. Liam dice que te gusta meter el dedo en todo y que no puedes estarte quieta.

La sola mención de su nombre me hace estremecer. Joder, cuánto lo echo de menos.

—¿Y cómo…? —«Traga, Autumn, traga. Tú puedes»—. ¿Cómo está Liam? —pregunto.

—Ah, pues antes estuvo en casa. Estaba bien, ya sabes, normal, como siempre.

—¿Gruñendo? —pregunto.

June se ríe a mi lado.

—Sí, y también reía. Le contaba a mamá que quiere mucho a Autumn. No me puse nada celoso, porque sé que a mí también me quiere —me cuenta.

Me encantaría haber estado presente en esa declaración, de verdad. Me habría gustado estar allí y no habérmela perdido por nada del mundo.

—¿Y mamá?

—Está en la cocina, ¿quieres que te la pase?

—¿Crees que puede ponerse?

—Mamá puede con todo —es su respuesta y me enorgullece que la vea como una campeona.

Como lo que es, no podéis negármelo con cinco hijos a su cargo.

Corre hasta la cocina y escucho cómo le explica que soy yo. Hannah le pide el teléfono y, antes de entregárselo, vuelvo a ver la cara de Cole.

—Oye, Autumn…

—¿Sí, cielo?

—¿Vas a volver? Porque te echamos mucho de menos.

Aparto la vista unos segundos y clavo la mirada en mi amiga. No es necesario que diga nada porque sé que está emocionada, porque sé que está viendo lo mucho que echo de menos todo eso. A ellos. A la familia que encontré allí.

—Claro que volveré —le aseguro.

—¡Bien! —Aplaude él—. No tardes, mamá hará té y nos lanzaremos al lago antes de que llegue el invierno y se convierta en un bloque de hielo.

Trago una vez más antes de que la cara de Hannah sea la que veo al otro lado de la pantalla. Lo escucho hacer planes mientras se aleja.

—Autumn… —Se lleva la mano a los labios y se emociona.

—No me hagas esto —le pido poniéndome tontorrona yo también.

—Creo que son las hormonas, ni siquiera te echo de menos —intenta bromear.

—Yo a ti tampoco —le sigo la corriente.

June me roba el teléfono, y Hannah pega un gritito.

—Está mintiendo —intercede—, te echa muchísimo de menos, que lo sepas. Da asco lo mucho que te nombra y no hablemos de Liam, al que, por cierto, no odio, aunque debería.

Me levanto y me coloco a su lado, más cerca de mi amiga. June extiende las manos y nos enfoca a las dos. Veo de fondo la cocina y los recuerdos acuden a mí en tromba.

La primera en ofrecerme ayuda, en darme algo de comer más allá de chocolate y barritas de cereales o galletas pilladas en una gasolinera de paso. Su sonrisa, siempre amable, su entereza, su fortaleza y la positividad que la caracteriza.

—Tú debes de ser June, ¿a que sí?

—¿Me precede mi reputación? —señala mi amiga.

Hannah niega y sonríe, es una contradicción de lo más adorable.

—Todo lo que sé es bueno… Es bonito que cuides así de tu amiga.

—Joder —farfulla June llevándose la mano al puente de la nariz—. Ya podías haberme explicado que en ese pueblo son todos adorables. Ya te vale, Autumn —suelta.

La empujo con el hombro, y ella se deja hacer. La puerta de casa vuelve a sonar y alza la mirada y sonríe… Ya sabemos por dónde han ido sus pensamientos y quién cree que está al otro lado.

—Si me disculpáis… —Se levanta tras devolverme el teléfono.

—¿Y esa sonrisilla? —me pregunta Hannah.

—Es pura complicidad —aseguro—. Y una historia larga para contar por teléfono…

—Bueno…, siempre puedes venir a cargar tu móvil a casa. Te haré té —asegura y me guiña un ojo.

Suspiro y aparto la mirada. Escucho a June no muy lejos, al menos, en esta ocasión, no le ha cerrado la puerta en las narices. Me alegra que todo vaya tomando forma.

—Os echo mucho de menos —me sincero.

Hannah chasquea la lengua y me observa con atención. Estoy casi segura de que está evaluándome como la madre que es.

—¿Qué te han dicho? —Me quedo petrificada unos minutos, asimilando su pregunta, y niego.

—No quiero hablar de eso, la verdad.

Hannah es lo suficientemente inteligente como para leer entre líneas y saber lo que le estoy contando sin apenas abrir la boca.

—Vale. Pero estoy aquí para lo que quieras, para lo que necesites, porque para eso están las amigas. Yo también quiero que me preceda mi reputación.

Me sonríe y apuesto a que, si me tuviese enfrente, estaría sujetándome de la mano o entrelazando sus dedos con los míos.

—Créeme, ya te precede tu reputación.

—¡Eso es verdad! —grita June, que ha entrado en casa y sonríe.

—¿Y bien? —le pregunto.

—Esta noche. —Me guiña un ojo. Es todo un paso. Una cita y una oportunidad. Me alegro por ella.

—Bien hecho. —Aplaudo y la animo.

—Lo hago por ti. Porque crees en el amor y en las personas —sentencia ella.

Hannah alza una ceja.

—¿De cuánto tiempo dispones? —le pregunta June, que vuelve a tirarse en el sofá.

Y, entonces, se lo cuenta todo. Todo todo.

CAPÍTULO 58
La magia de las casualidades
Autumn



—¿Y bien? —pregunto.

He esperado a mi amiga despierta, por dos motivos, el primero es que he tomado tanto café que don Insomnio ha decidido hacerme una visita y, aunque ese no fuese un dato relevante, saber lo que ha pasado con June y con Leon es un aliciente de lo más atractivo. El cotilleo siempre tiene un poder abrumador.

—Bueno… —Se balancea sobre las puntas de los pies y se mueve por la casa sin prestarme del todo atención.

—¿Se puede saber qué estás haciendo? —Me incorporo cuando se mete en mi habitación. No en la suya, en la mía…

—Cosas importantes.

Chasqueo la lengua. En vez de café debería haberme pasado al vino.

—June…

Me sonríe cuando se acerca y lleva sus manos hasta las mías. Nuestros dedos se entrelazan en un gesto que me resulta del todo familiar.

—Nos vamos —sentencia ella.

Abro la boca. Estoy intentando procesar sus palabras. Dos. Y vaya el peso que tienen esas dos.

—¿De qué hablas? ¿Y Leon?

Me observa unos segundos antes de buscar la misma maleta que traje de Evermere, esa que está en lo alto de mi armario, y comenzar a llenarla de prendas.

—Ah, eso, todo bien.

¿Todo bien? ¿Es eso lo que me va a responder?

—¿Se puede saber qué te has bebido?

Mi amiga se ríe.

—Es el efecto de la dopamina, esa droga es muy potente, deberías probarla, Autumn, en serio. Es la hostia de molona.

Pongo los ojos en blanco y me acerco a ella.

—June…

—Vale. Me estoy haciendo la interesante. —Tira de mi cuerpo y agradezco que caigamos en el colchón—. Puedo hacerte un resumen si quieres, porque vamos a estar metidas en un coche seis horas. —Ladea la cabeza, y yo hago lo propio para mirarla—. Tiempo más que suficiente para explicarte lo que ha pasado en estas tres horas en las que he estado fuera. Ah, y no ha habido sexo, me estoy haciendo la difícil, ¿ehh? ¿Has visto? ¿Cómo de orgullosa estás de mí?

¿En este instante? Pues con lo críptica que está siendo, tirando a poco.

—Nada —es la respuesta que le ofrezco.

June se la pasa por donde más le gusta, no me hagáis contaros de qué os hablo. Se ríe y mira al techo de nuevo.

—Es un buen tipo —me cuenta y me juego lo que sea a que está rememorando la cita—. No entiendo por qué me tienen que gustar los responsables con lo insensata que soy yo.

—De la misma forma en la que no comprendo cómo te soporto después de todo.

June se ríe a mi lado, levanta las rodillas y las flexiona, dejándolas al borde de la cama. Posa las manos sobre la barriga.

—Hemos decidido darnos una oportunidad. —Ladeo la cabeza y busco su mirada, sigue observando el techo, me pregunto qué habrá de interesante en él—. No tenemos ni idea de lo que sucederá, de lo que pasará en el futuro, pero Leon cree que huir no es el camino para nada en esta vida —cuando dice esas palabras sí que me mira. Y lo hace de una forma demasiado intensa—. Y eso podríamos aplicarlo a cualquier aspecto de la vida.

»¿Sabes? —Se coloca de lado y apoya la cabeza en la palma de la

mano y el cuerpo en el codo—. Cuando soltó esa frase, supe que tenía que hacer algo. Los echas de menos —habla en plural—. Y lo echas de menos a él. —Suena a veredicto. Me trago las palabras que quiero pronunciar—. Y no puedo permitir que la vida te arrebate eso también cuando ya te ha quitado la danza, lo que más te gusta. Así que he pensado: «¡Qué cojones! Conduciremos a Evermere, veré con mis propios ojos ese pueblo, conoceré al amor platónico de mi amiga y ya de paso podré comprobar si está tan cañón como creo que está». Así que… he dejado a Leon allí plantado, con ganas de recorrerme el cuerpo con la lengua, que yo lo sé. —Y se mira de arriba abajo con ojos lascivos, joder, es que June es única—. Y me he marchado a casa para hacer las maletas. Fíjate si te quiero que me subiré en ese coche tuyo y hasta lo conduciré si es necesario.

—Pues sí que me quieres.

—Si es necesario, Autumn, no sé si lo has pillado —bromea ella.

Nos reímos, hasta que esa carcajada se convierte en una sonrisilla de cariño, de lealtad, de amor de familia. Puro y natural, sencillo, como lo es todo con June. Como lo ha sido todo con ella siempre.

—Entonces…, ¿lo has dejado plantado?

Mi amiga vuelve a observarme y el destello malicioso en sus ojos resalta por sí solo.

—Te dije que no se lo iba a poner tan fácil. Él quiere intentarlo, yo quiero intentarlo, estamos en el mismo punto, solo que no tiene por qué saberlo, ¿no? Tendrá que currárselo un poco más. —Me guiña un ojo con picardía.

—¿Sabes que estás como una cabra?

Se deja caer sobre la cama y busca mi mano con la suya. Aquí, sobre este colchón, en esta habitación, regresamos a años atrás, cuando éramos niñas, en otra cama, en otra habitación, con mis padres revoloteando por la casa, con los suyos haciéndose trastadas. Puede que algunas cosas hayan cambiado, pero el vínculo que forjamos…, ese jamás se deteriorará.

—Lo que sé es que te quiero, Autumn. Y que eres mi mejor amiga, mi hermana, aunque no sea de sangre. Que te mereces esas respuestas, que mereces hablar con él y darle una oportunidad para explicarse. ¿Y quién sabe? Tal vez en este instante Liam venga a por

ti porque se haya dado cuenta de que te necesita a su lado para mancillar todas las habitaciones de esa casa. —El tono que utiliza no es para nada el de una amiga sensata, no.

—No queda mucho por mancillar —bromeo.

Y, aunque sí que queda, la sonrisa de satisfacción que me regala June vale la pena.

—¡Lo sabía! ¡Sabía que estabais entregándoos al fornicio como dos descosidos!

Me llevo la mano a la barriga porque me duele de tanto reír. Con June es así de fácil todo.

—¿Y ahora qué?

Se levanta de un salto, mueve las manos frente a mis ojos y le tiendo las mías.

—Ahora vamos a preparar la maleta. Le voy a enviar una foto guarra a Leon para dejarlo calentito esta noche y nos iremos a Evermere.

—¿Juntas?

—Juntas. Como siempre ha sido y como siempre será.

CAPÍTULO 59
Que el miedo no te condicione
Liam



Puede que haya rebasado el límite de velocidad en varias ocasiones.

Es probable que lo esté superando en este instante también. De hecho, no sé si mi corazón va más rápido que esta maldita camioneta, que, para trabajar es perfecta, pero para trayectos de seis horas no lo es tanto.

Samira me garantizó que había conseguido la dirección de Autumn, de hecho, la dejó sobre la mesa el mismo día en el que todos se reunieron en mi casa para…, para darme la mayor lección de mi vida.

Lo estaba haciendo de nuevo, estaba dejando que el miedo tomase el control de mí mismo y me estaba perdiendo en él. La estaba perdiendo a ella.

Intento acallar esas voces, lo prometo, solo que no funciona de esa forma. El miedo no actúa así. No da tregua, no es un interruptor que enciendes y apagas a tu antojo. Es una opresión constante que se instala en el pecho, te consume y controla desde dentro. Lo que sí puedes hacer es dejarla a un lado y hacerlo a pesar de todo.

«Si tiene miedo, tiene que hacerlo con miedo».

Así que aquí estoy, metido dentro de mi coche, luchando contra todo lo que me grita que puede salir mal y aferrándome con uñas y dientes a eso que puede salir bien.

Han pasado muchos días. Ha pasado más de una semana y la inquietud no ha dejado de tocar a la puerta. Es suave al principio, apenas imperceptible, sin embargo, la muy hija de perra no se marcha, aunque cierres, toma asiento en el suelo y aguarda con paciencia. Y, creedme, tiene más que yo.

No sé lo que pensará Autumn cuando me presente en su casa. No sé si será tarde. Si tendrá otros planes. No sé si su visita médica ha salido bien. Si me odia. Si me extraña. Si se arrepiente de lo que sucedió entre nosotros y se ha librado de un peso y una carga. No sé nada. Todo podría salir mal.

«O todo podría salir… bien».

Lo de ver el vaso medio lleno o medio vacío es una putada, sobre todo cuando tiendes a que la balanza se posicione en el lado incorrecto.

A pesar de ello… piso el acelerador.

Me cruzo con varios vehículos, algunos me tocan el claxon, otros me pican las luces, puede que todos ellos me conozcan o que sean tan conscientes como lo soy yo de que, si sigo conduciendo de esta forma, tal vez no llegue de una pieza.

Inspiro, me tranquilizo y sigo avanzando. Dejo atrás una camioneta azul que está parada en el arcén.

Observo la silueta por el retrovisor que se va difuminando cada vez más. No llego a leer la matrícula, pero sí que hay algo que llama mi atención. Y no la chica que tiene los brazos alzados y mira al cielo gritando vete a saber qué, sino el color, el modelo y…

—¿Autumn?

Freno en seco. Se escucha el chirrido de las gomas y eso atrae la atención de la desconocida. Doy la vuelta, saltándome la raya continua por la que es evidente que me puede caer una multa, aunque…, ¿y la de exceso de velocidad?

Me dirijo hacia la camioneta y, cuando más me acerco, más me constriñen los nervios.

¿Existe la posibilidad de que haya más camionetas de este estilo por esta carretera perdida de la mano de Dios?

¿Se la habrán robado a Autumn?

¿La habrá vendido?

Joder.

Me paro en el arcén tras ella y me bajo dando un portazo. La chica en cuestión se acerca.

—Gracias a Dios que alguien se para. ¿Podrías…?

Paso de largo, sin empujarla, que no soy tan imbécil, y sigo avanzando. Se me para el corazón cuando me encuentro una melena rubia, tan rubia como la de mis sueños, que cae a ambos lados de su cara y oculta su figura. Lleva un vestido de verano y unas botas de montaña. La cicatriz le recorre la rodilla derecha.

—Eh, tú, imbécil. Como toques a mi amiga serás comida para los ciervos. Autumn, ¿en este lugar hay ciervos?

Autumn.

Autumn.

Autumn.

Mi corazón se acelera mientras ella aparta la mirada del motor y alza la vista.

Sus ojos y los míos se encuentran y no leo nada en su semblante.

Entonces sucede. Es como en las películas, a cámara lenta, pensaba que era un mito. Primero los ojos se le van entrecerrando poco a poco, las comisuras de los labios se le alzan, se le forman unas arrugas adorables en la frente, los ojos le brillan y las pecas le resplandecen más que nunca.

—Pecosa… —murmuro.

Nos encontramos en un punto intermedio. La envuelvo entre mis brazos y la separo del suelo, le doy vueltas a nuestro alrededor, y ella esconde la cara en mi cuello. Aspira mi olor y yo el suyo.

Huele a casa.

Huele a vida.

Huele a lo mucho que la he echado de menos, joder.

—¡Liam! —susurra con la boca pegada a mi cuello.

Me eriza la piel a su paso. Y no me importa que lo note en absoluto.

—Esperad a que yo me entere —nos interrumpe una voz. Autumn sigue entre mis brazos, sin separarse de ellos, y eso tiene que ser buena señal, ¿no? Debe ser buena señal—. ¿Este es Liam?, ¿el leñador sexi con un humor de perros?, ¿el que abraza a mi amiga

como si la hubiese echado tanto de menos que le duele?, ¿el gruñón de manual?, ¿este es? —Autumn alza la cabeza y suelta una risita nasal—. Pero si parece un cachorrito desvalido. —Me señala.

Autumn se deja caer entre mis brazos hasta que toca el suelo. Le observo la pierna, y ella lleva los ojos hasta allí y niega.

«Estoy bien», quiere decirme, y yo sé que no lo está tanto.

Me yergo y me planto frente a la otra chica.

—Liam. —Le tiendo la mano.

—Joder, sí que es grande. —Le guiña un ojo a Autumn, y esta se ruboriza—. Da hasta un poco de miedo —le comenta—. Un poco solo, no te lo creas tanto. Eso sí, puedo hacerte papilla si la cagas. —Y señala a su amiga.

—Entiendo que eres June —sentencio.

Y eso parece gustarle porque asiente y me tiende la suya.

—Me gusta que me preceda mi reputación —repite como si fuese algo que ya han vivido y de lo que yo no me he enterado.

Aprieta con fuerza y luego se lanza a mis brazos.

—Me da igual que no te guste ser el osito de nadie, tengo que catar un poco antes de convertirme en una mujer comprometida y, créeme, este bizcochito de aquí va a ser una mujer comprometida más pronto que tarde.

—Me encanta tu seguridad —sentencia Autumn tras de mí.

—Lo suponía. —Se ríe ella.

—¿Qué ha pasado? —pregunto señalando el coche.

—¿Quieres la versión larga o la versión corta? —inquiere June.

—¿Corta? —pregunto.

—Bien, la larga entonces. —Bufo—. Sí, ahora parece él —se lo suelta a nadie en particular—. Llevábamos conduciendo cuatro horas cuando esa chatarra salida de una película de *Jurasic Park* empezó a reducir la velocidad. Tras eso, decidió dejarnos tiradas. Nadie se ha querido parar, no entiendo por qué, con lo guapas que somos, y me he puesto a implorar al de ahí arriba a ver si tendía su mano misericordiosa y nos ofrecía un milagro y mírate. Has llegado. Y encima cuando más te necesitábamos, porque justo íbamos en tu busca.

Me giro y observo a Autumn, que se ha apartado, apuesto lo que sea a que se ha ruborizado por culpa de su amiga.

—¿A mí?

La que bufa en este instante es June.

—¿Se lo digo yo o se lo dices tú?

Me pongo nervioso. Este es el momento en el que llega la mala noticia, ¿no? Ya sabes, todo se va al traste y sale mal. Y la pierdo de nuevo. A pesar de que nunca ha sido del todo mía.

—No será necesario —interviene Autumn—. Es algo que mejor hablamos Liam y yo.

—Vale —concede June no muy convencida de ello—. Liam, corazón, ¿crees que podrías sacarnos de aquí? Porque no soy nada miedosa, pero ser devorada por ratas chupasangres, lombrices mutantes o murciélagos transgénicos no entra para nada en mis planes.

Autumn se ríe y, de nuevo, tiene que ser alguna broma entre ellas que no llego a comprender.

Asiento sin más.

—Vamos, mañana regresaré con Jared e intentaremos llevarla de vuelta a Evermere.

Porque allí es donde se va a quedar.

—Me parece bien —responde June.

Saca las maletas y me quedo rezagado. Coloco una mano bajo la barbilla de Autumn y la alzo.

—¿Estás bien, pecosa? —Me muero por darle un beso.

—Sí. Ahora sí.

Y entrelaza sus dedos con los míos. Nos vamos a casa.

CAPÍTULO 60
Seré tu amante bandido
Autumn



¿Puedes sentirte nerviosa con alguien con quien siempre has estado cómoda?

Los dedos de Liam siguen entrelazados con los míos, a pesar de que está conduciendo. June, por el contrario, le está contando toda su vida. Y cuando digo toda no exagero ni un ápice, y él, estoico como es, aguanta la cháchara cuando soy más que consciente de que preferiría tener la cabeza metida bajo tierra en este instante.

No le guardaría rencor por ello. Estoy casi segura de que a June le falta un poco el aire. Un poco bastante.

—Entonces, Liam, ¿crees que he hecho bien en ponérselo complicado a Leon o piensas que ya tendría que haber cruzado la primera base con ese chico?

Con respecto a ese tema…, ha sido bastante más directa que conmigo. Gracias a esta conversación sé que Leon le ha pedido disculpas, que le llevó hortensias a la cita y se las regaló a una niña con la que se encontró porque le recordó a mí cuando era una renacuaja y, además de eso, le dio un beso en la mejilla.

¡En la mejilla! ¡A June! A lo que hemos llegado.

—Creo que tienes que hacer lo que te pida el corazón, June —le suelta Liam.

Se acerca, cuela la cabeza entre los dos asientos delanteros y me mira directamente.

—No me habías contado que fuese tan místico —lo señala—. Pensaba que era un leñador ceñudo y parco en palabras.

—Y lo soy —sentencia él por mí mientras me aprieta la mano con fuerza—. Las personas tienen múltiples facetas y pueden ser muchas cosas, aunque no lo creas.

Doy fe de ello y mi rubor es la respuesta suficiente.

—Mi amiga te está imaginando desnudo. —Me señala.

—¡June! No seas marrana. —Tampoco chivata.

Liam se ríe.

—Para ser alguien que no bromea, me gusta tu risa —concluye mi amiga.

Liam me observa mientras tuerce la esquina antes de llegar a nuestra calle. ¡Nuestra calle!

Sigue siendo de noche y, aunque no llueve, está bastante oscuro como para poder empaparme de todos los detalles.

Del lago que se encuentra un poco más allá. De la casa de Hannah en la que se ve un poco de luz saliendo de la ventana de su habitación. De mi casa, esa que dejé hace tan poco y que me parece tanto. De los árboles que se mueven con la brisa suave del otoño. Y de la casa de Liam, tan sencilla como lo es él.

—Hemos llegado —anuncia.

Se baja de la camioneta y me abre la puerta, tendiéndome de nuevo la mano.

—Muy bien, no me siento nada fuera de lugar —ironiza mi amiga al bajarse ella solita.

—Me alegra, porque necesito que te metas en la habitación de invitados para que Autumn y yo podamos hablar —dictamina utilizando su tono de «aquí mando yo».

En fin, me encanta esa faceta autoritaria, ya sabéis.

Y sí, eso también lo he echado de menos.

—¿Es esta una de tus bromitas? —se lo dice a él, pero mi amiga me mira a mí.

—Me parece que no —concluyo.

—Yo no bromeo. —Es la respuesta que le da.

—Pues donde no se me quiere… —Comienza a caminar arrastrando la maleta y entonces se gira sin previo aviso—. ¿He

actuado bien?, ¿he resultado esa clase de chicas que se ofenden cuando las invitan a irse de forma educada?

Liam le sonríe, y yo asiento.

—Yo te contrataría —le respondo.

—¿Y tú? —lo increpa.

—Por supuesto.

June se marcha sin mirar atrás.

—Ni siquiera le he explicado dónde está la habitación de invitados.

—Tranquilo, pasará primero por la nevera a coger vino —respondo sin perder la sonrisa.

Avanzamos cogidos de la mano, en completo silencio, cada uno sumido en sus pensamientos, los míos aguijoneándome por dentro sin saber qué esperar de él. De mí, de nosotros.

Si es que ese pronombre tiene cabida entre los dos.

Cuando entramos en la cocina, mi amiga se ha puesto los cascos y bebe a morro de una botella. No nos hace ni caso cuando pasamos por delante de la puerta.

—Y esa es June. Un desastre con piernas.

Liam tira de mi cuerpo y me pega a su costado.

Escuchamos cómo mi amiga canturrea mientras subimos por las escaleras dejándola atrás. Él carga mi maleta y no parece que le pese en absoluto. Abre la puerta de su habitación y titubeo unos segundos.

—Vamos, pecosa —me anima.

Los recuerdos de la noche en la que me fui se hacen eco en mi cabeza. No me pidió que me quedase, no lo hizo y, aun así, no le guardo rencor alguno porque yo tampoco se lo dije a él.

Avanzo y me cuelo dentro.

El olor a madera me llena el pecho. Tan familiar para mí, tan natural, tan conocido…

Liam es el primero en tomar asiento. Apoya la espalda en la cama y extiende las piernas, dejando que ocupen casi todo el espacio libre.

—Me alegra que vuelvas a estar aquí, pecosa, conmigo —susurra.

Es un buen comienzo.

Me siento enfrente, con la espalda apoyada en el armario y las piernas en medio de las suyas.

—Te he echado de menos —confieso.

Pensé que tardaría más en decirlo, en sincerarme de esa forma y en exponer mis sentimientos y, a pesar de eso, me alegra poder hacerlo de forma abierta sin tener que medir nada de lo que me salga por la boca.

—No más que yo —me cuenta.

Algo chisporrotea dentro. Algo íntimo, entrañable, algo alentador, algo que te estremece de pies a cabeza.

Volvemos a callar sin apartar la vista del otro. Sé que es una conversación complicada, sobre todo, porque Liam siempre ha sido muy hermético en cuanto a sus sentimientos, así que, una vez más, intento tenderle un puente entre los dos. Una bandera. Una pipa de la paz.

—Liam…

Niega antes de que pueda seguir hablando.

—Estoy cagado de miedo, Autumn, y si no te pedí que te quedases fue porque le tengo pánico a querer a alguien y volverlo a perder. Porque todo lo que amo se marcha, me abandona. Me deja.

Esas palabras suponen un antes y un después en mí. Sé que cierro los ojos, sé que contengo el aliento y sé que me acerco hasta que no queda mucho espacio entre Liam y yo. Sus piernas todavía extendidas y las mías casi entrelazadas con las suyas.

Le coloco las manos en las mejillas, quiero ofrecerle consuelo. Quiero trasmitirle calor, quiero que se sienta más acompañado que nunca. Como cuando él lo hizo conmigo en esa cocina. O en cada momento en el que le abrí mi corazón. Sé lo difícil que puede ser exponerte ante otra persona, sobre todo, cuando lo que dejas entrever son tus fantasmas, tus heridas, tus terrores.

—Hace siete años me casé con Arianna. —Parpadeo en un par de ocasiones asimilando su confesión. No sé si contengo la respiración o si respiro de forma apresurada—. Era la hermana de Samira.

Dudo que me esté llegando oxígeno a los pulmones.

—¿Samira es tu cuñada?

Liam solo asiente.

—Nos conocíamos de toda la vida. Ya sabes, un pueblo pequeño, pocos habitantes, una chica y un chico…, las cosas simplemente surgieron. Max, Samira, Arianna y yo fuimos los mejores amigos, hasta que los sentimientos entre nosotros evolucionaron, cambiamos y ellos también lo hicieron.

»Fue tan natural y tan sencillo que no supuso ninguna diferencia en nuestras vidas. Samira siempre había sido una de mis mejores amigas y, a pesar de que se convirtió en mi cuñada, no dejó de serlo. Y Max…, él es el mismo tocapelotas de toda la vida. Presente siempre, hasta cuando no quieres que esté, revolotea y te da consuelo. —Dejo que hable, sin apartar las manos de su rostro ni mis ojos de los suyos.

»Nos casamos, no porque fuese lo que se esperaba ni mucho menos, solo porque nos apetecía. Era nuestra forma de colgarle la etiqueta a una relación de muchos años. No fue un siguiente paso, fue el paso que quisimos dar. El pueblo no se sorprendió, nosotros no nos sorprendimos, nadie lo hizo. Y entonces empecé a construir esta casa porque nos encantaba ese lago. La de tus padres ya estaba abandonada por aquel entonces y puede que tengas razón y no sea lo bastante viejo como para recordarlos, y lo siento, lo siento mucho, pecosa, ojalá pudiese conservar algo de ellos y poder transmitírtelo a ti, me encantaría. —Ladea la cabeza y, a pesar de que echo de menos sus ojos, ese color verde que me encanta ver en ellos, dejo que tenga su espacio—. Lo siento por eso —repite.

Niego y sonrío. No hay humor en el gesto, hay gratitud.

—No tienes por qué sentirlo, Liam, porque yo los recuerdo. Los tengo aquí. —Me pongo la mano en el pecho, y él lleva la mirada hasta ella—. Están en todo lo que han tocado porque han dejado su alma en ello, ¿recuerdas?

Liam me sonríe y asiente.

Vuelve a apartar la vista y sé que va a llegar el momento en el que lance la flecha que lo va a atravesar, solo que, esta vez, estoy al otro lado para sujetarlo.

Para que entienda que no va a estar solo.

Nunca más.

CAPÍTULO 61
Infinidad de cosas bonitas
Liam



—Ya no está. Arianna murió.

Y, a pesar de que hace tres años de ello, sigue produciéndome el mismo escalofrío hablarlo abiertamente, como si lo dijese con cierta ligereza cuando me supone todo lo contrario. Es una fecha, es un número, sí y eso no impide que sea una ausencia y de proyectar un vacío.

Observo cómo Autumn traga con fuerza. Ella sabe lo que se siente ante una pérdida. Sabe lo que se siente cuando quieres a alguien y de pronto deja de estar. Dejas de verlo, dejas de compartir instantes, pero ese sentimiento sigue ahí, latente, aunque no puedas compartirlo con nadie. Aunque no puedas demostrárselo a ese ser que se ha ido. Al que te ha dado tanto y al que le has entregado tan poco.

Porque el amor no es solo el acto de recibir, es el hecho de entregar y entregar porque solo puedes hacer eso, porque en ti mismo no hay cabida para nada más que no sea ver a la otra persona feliz a tu lado. De hacerla feliz a tu lado y que quiera elegirte cada día cuando abra los ojos.

—Yo… Lo siento, Liam.

Autumn hace por apartarse de mi lado, por darme mi espacio, por dejar que me lama las heridas de nuevo sin llegar a entender que es gracias a ella que la luz se empieza a colar por esos resquicios en los que solo había oscuridad.

Me acerco un poco más a ella y le sujeto las manos. Paseo los pulgares por encima del reverso de las mismas, y ella clava la vista ahí.

—No puedo mentirte, pecosa. —Utilizo ese apelativo, porque cada vez que la miro es lo único que me viene a la mente. Lo primero que pensé cuando la conocí es que estaba loca, que era una chalada de manual sin llegar a comprender que era justo lo que necesitaba en mi vida, alguien que volviese a ponerle color a todo lo que se había convertido en sombras—. Arianna fue una persona muy importante en mi vida y no…

—No pretendo nada de eso —me corta antes de que siga—. No, no quiero que la olvides, no quiero suplantarla…

Coloco el dedo índice sobre sus labios porque ha malinterpretado mis palabras.

—Arianna fue una persona muy importante en mi vida y no quiero perderte a ti también. No voy a perderte a ti también. Y sé… —Me llevo la mano al pelo, alzo la mirada hacia el techo e intento guardar la frustración en lo más profundo de mi ser—. Sé que puedes tener a cualquier hombre, que puedes elegir al que sea y no a alguien que se sienta… roto, marchito o insuficiente. A alguien como yo, Autumn. Pero también sé que necesito que comprendas que me ha costado llegar a entender que no quiero perderte a ti también, al menos, no sin haber luchado. Tal vez eso me convierta en el mayor egoísta del mundo… Y no me importa una mierda serlo. No contigo. No por ti.

El brillo en la mirada de Autumn da pie a un par de lágrimas solitarias que le resbalan por las mejillas y me reprendo por ser yo el que esté provocando eso en ella cuando lo único que quiero es verla reír. Hacerla reír.

—Por eso no te pedí que te quedases —inspiro en profundidad, armándome de valor—. Porque tengo miedo a perder de nuevo. Porque llevo años intentando superar su ausencia y, cuando apareciste en mi vida, no quería que nadie volviese a hacerme sentir vulnerable. Porque el amor es un sentimiento maravilloso, pecosa, pero te convierte en alguien frágil, y yo ya conozco las implicaciones que tiene perder. Porque he entregado y me lo han arrebatado y entonces…, entonces llegaste tú, con esa sonrisa, con ese

desparpajo, con esa fortaleza, con esa valentía. —Le observo la rodilla—. Y me diste la mayor lección de mi vida sin siquiera darte cuenta. —Autumn llora con fuerza, me acerco más a ella y paseo las manos con languidez por sus mejillas. Una, dos, tres, cuatro, cinco…

»Me enseñaste que la vida te da y te quita. Que la vida te entrega y te arrebata. Que la vida te hace frágil y fuerte. Que estamos hechos de todas las cosas que nos rodean y de esa alma que dejamos en cada paso que damos y que está en nuestras manos enfrentarnos a ella con vigor o dejar que la marea nos arrastre y nos sumerja en las profundidades del abismo. Tú elegiste el camino del coraje, yo, por el contrario, elegí el de la cobardía.

—No siempre he sido fuerte. Ni siquiera sé si puedo serlo ahora… —musita apartando la mirada de la mía, como si tuviese miedo a que viese sus heridas sin entender que quiero estar presente más que nunca en ellas, que quiero ser su salvavidas como ella ha sido el mío.

—Todos tenemos derecho a rompernos cuando algo nos duele. Y tenemos más derecho a recomponernos y a luchar por lo que queremos y, antes de ofrecerle nuestro amor a otra persona, tenemos que dárnoslo a nosotros mismos porque nos lo hemos ganado más que nadie.

Para cuando alzo la mirada y me encuentro con Autumn, ella ya ha recortado toda la distancia y ha apoyado la frente en mi pecho. Sé que percibe cómo de acelerado me late el corazón bajo la camiseta. No hay ruido que sea capaz de ocultarlo por más que quiera hacerlo.

—La atropellaron —le explico—. Yo tenía que ir a recogerla. Le había prometido a Samira que lo haría para que ella terminase de trabajar y no tuviese que conducir bajo la lluvia. Cuando llegué, encontré su cuerpo tirado en la carretera. Ya no le latía el pulso.

»El forense nos aseguró que no había sufrido, que había sido inmediato —suelto una risa seca, áspera, que me quema la garganta como las lágrimas que me obligo a contener—. Como si eso nos consolase. No lo hace —reitero—. Nunca lo ha hecho.

—No hay nada que nos consuele cuando pasan ese tipo de cosas. Ninguna palabra, ningún gesto, porque, cuando cierras los ojos, la

pena sigue estando ahí, esperándote para darte la cachetada oportuna.

Asiento para darle la razón porque la tiene.

—He cargado con esa culpa durante tanto tiempo que no lo recuerdo. De hecho… —Inspiro una vez más—. Sigo sin entender que Samira no me odie por ello. Supongo que ya me odio yo lo suficiente por los dos. —Autumn chasquea la lengua y, antes de que diga nada, de que añada nada, prosigo, porque quiero que me conozca, quiero dejar de ser el chico hermético y quiero ser lo que ella necesite, sea lo que sea, quiero serlo—. Era su hermana, mi responsabilidad, y nunca jamás me ha reprochado que no estuviese allí. Tal vez si hubiese ido más rápido, si no me hubiese parado a saludar a Beth y a Moses, si no hubiese acompañado a Max a la peluquería antes de irme o si no hubiese dejado que Arianna viajase sola…

—La culpa es una sombra que no pide permiso para quedarse. Se desliza entre las palabras no dichas y los actos que no se llevaron a cabo. A veces, no proviene del daño que hicimos, sino de esa persona a la que no pudimos proteger. Pero incluso la culpa, con todo su peso, es una prueba de que el corazón aún recuerda, aún siente… y, tal vez, aún espera una segunda oportunidad.

Asimilo sus palabras, las paladeo y las saboreo y, a pesar de que sé que no están dirigidas a mí y solo a mí, siguen haciéndome temblar.

—La culpa tiene múltiples facetas —le explico, y ella asiente—. Y te visita sin ser invitada.

Está en todos lados.

—Junto al rencor por lo que no hicimos, Liam. —Extiende la mano y la sujeto sin dudar, esta es, en cierta manera, nuestra forma de proporcionarnos consuelo porque los dos sabemos lo que es perder a pesar de que ambos nos hayamos enfrentado a la vida de distinta manera.

—Te admiro, ¿sabes? Lo hago desde lo más profundo de mi ser.

—¿A mí? —Abre los ojos tras mi afirmación tan rotunda.

—Sí. —Le doy un suave golpecito en la nariz—. A ti, porque eres una mujer increíble y ni siquiera te das cuenta de ello.

—¿Dónde está el Liam que conozco y qué has hecho con él? —bromea.

Ni siquiera le llega la sonrisa a los ojos como otras tantas veces.

—Supongo que hoy está el Liam más real que nunca aquí, abriéndose en canal ante una chica que vale la pena. Ante una chica con la que quiere tener una segunda oportunidad, la de hacer de verdad bien las cosas, siempre y cuando esa chica me elija a mí. A este hombre que puede ser hosco, cabezota, reservado, huraño y, en ocasiones, puede tener un humor un tanto peculiar.

—¿Humor? ¿Tú? Sí, definitivamente creo que no hablamos de la misma persona.

Le pellizco un costado, y ella se revuelve. Cuando tiro de su cuerpo, se acomoda en el mío, como esas noches en la que nos dábamos cuenta de que todo había empezado a cambiar.

De que ella me estaba haciendo cambiar.

O solo cuando intentaba encontrarme debajo de esas capas y capas de hielo.

—¿Quieres que te cuente una historia?

—Claro, está bien que por una vez en la vida no sea yo la que lo hace. Eso sí, por favor, que tenga un final feliz.

—Tiene el final más feliz del mundo.

La noto sonreír.

—No sé si te he contado esa vez en la que una chica se plantó en la puerta de mi casa. Pensaba que tenía un dedo *salchichil*.

—¡Qué imaginación la de esa chica! Seguro que era la más inteligente del mundo.

—Y la más adorable. —La aprieto contra mi pecho con más fuerza porque, si esto es un sueño, no quiero despertar—. Le cerré la puerta en las narices.

—Qué imbécil.

Me carcajeo.

No sabéis lo bien que se siente al haber podido liberarme de este peso, encontrar en ella un punto de apoyo, un hombro sobre el que llorar y un alma con la que compartir tus fantasmas, alguien que te acepta tal y como eres a pesar de todo.

—Contrató a un chico para que la ayudase a reformar su casa y ese chico con un humor de perros se dio cuenta de que le molestaba. Y también entendió que, poco a poco, iba derribando muros. Sin esperarlo, con sus sonrisas, con sus historias, con esos dedos que se empeñaba en meter en todos lados, se coló dentro. Muy adentro y pensaba en ella. La buscaba con la mirada, anhelaba sus conversaciones hasta que entendió lo que sucedía. —Hago una pausa esperando a que formule la pregunta. No lo hace—. Vamos, pecosa…

—¿Y qué pasó después? —Noto ese punto de emoción manando de ella y el corazón se me acelera todavía más.

La giro, porque quiero que sea bien consciente de lo que voy a confesarle.

Me armo de valor, porque no es sencillo. Las barreras no se rompen de un día a otro, los muros no se destruyen de un solo golpe, pero prometo que trabajaré duro para que todo vuelva a ser, no como antes, porque nada puede ser como antes, sino como Autumn se merece que sea.

Porque ella se lo merece todo.

—Pues resulta que ese chico empezó a sentir mariposas.

—Qué típico. —Rueda los ojos y le doy un golpecito en la nariz que la hace parpadear. Sus ojos de color miel me roban el aliento y ya no me da pánico pensar en eso, porque esto también es sanar.

—Y empezó a entender que esa chica le importaba, que lo hacía más de lo que él pensaba. Hasta que la vio abrirse a él, hasta que le contó su historia y, en ese momento, ese chico quiso ponerse de rodillas y suplicarle que lo dejase quererla.

Autumn extiende la mano y me la posa sobre la mejilla, ansío su contacto por lo que muevo la cara en busca de más.

Siempre en busca de más.

—¿Y cómo sigue esa historia?

Coloco una mano sobre su nariz y la paseo por sus pecas.

Siete, ocho, nueve, diez…

—Todavía no lo sé. —Me alzo de hombros.

—Eres pésimo contando historias, no puedes hacer eso, ¿entiendes? Tienes que darle un final que valga la pena, algo como…

Y fueron felices y comieron perdices. Lo típico. O, no sé, un beso que los haga contener el aliento. Algo chulo.

Sonrío de medio lado.

—Algo chulo —repito.

—Eso es —me recomienda—. O una frase que se convierta en un «*clickbait*»

Rumio.

—Todavía no sé cómo termina esa historia porque ese chico espera que esa chica lo quiera. Reza porque esa chica lo deje quedarse a su lado. Porque ese chico solo quiere que ella lo elija a él. Porque yo quiero que me elijas a mí, porque yo siempre te elegí a ti. Hasta cuando no sabía que te quería ya lo hacía.

Autumn se acerca, su nariz y la mía se tocan, su frente y la mía se unen. La siento más cerca que nunca.

—Liam… —No la dejo terminar.

—Así que, pecosa… Ya sé lo que es estar muerto, ahora, enséñame lo que es estar vivo.

CAPÍTULO 62
Más vivos que nunca
Autumn



—Vale, no me jodas, ¿te dijo eso?, ¿literalmente eso? —me pregunta June mientras Beth nos sirve un plato enorme con lo que he descubierto que es su desayuno, su almuerzo, merienda y cena.

Cómo echaba de menos esto.

—Sí —le confirmo. ¿Para qué darle más vueltas?

—Es que no se podía escuchar bien, hablabais demasiado bajo, esto no me lo hagas para la próxima —me advierte alzando el dedo índice y amonestándome con él.

—¡Espera! —la regaño—. ¿Estabas escuchando detrás de la puerta?

—¿Yo? ¿Por quién me tomas?

Ya, claro.

—Pues, no sé, ¿por mi amiga June la cotilla?

—Al menos sigo siendo tu amiga.

—Eso siempre. —Le sonrío antes de llevarme un trozo de beicon a la boca.

La campana que anuncia la llegada de alguien suena y por la puerta entran Samira y Liam. Cuñados, ¿quién me lo iba a decir? ¿Cómo te has quedado? Espero no haber sido la única que todavía lo está asimilando…

Samira se acerca llamando la atención de cualquiera allá por donde pasa. Saluda a Moses, que alza la cerveza a modo de bienvenida. Beth no dejó que se acercase, eso sí, June se presentó nada más cruzar el umbral, si hubiese tenido unas tarjetas de visita

para entregar, las habría repartido por todo el pueblo, os lo garantizo.

—Por fin has regresado a casa. —Me abraza con fuerza y me dejo hacer—. Gracias por no rendirte con tanta facilidad…

—En realidad…

—No lo hiciste porque estás aquí. Venías de camino o eso es lo que me ha contado Jared. —Y me roba un trozo de beicon, que se come de un bocado.

—Conque Jared, ¿ehh? —Me guiña un ojo con picardía. Sí, necesitamos una noche de chicas con urgencia.

Liam se encuentra unos pasos detrás de ella, con las manos en los bolsillos, esa maldita gorra que se empeña en llevar y adivinad… Sí, las puñeteras gafas engendrahijos están ahí también, saludándome como las bellacas que son.

No hemos hablado de qué haremos, de cómo actuaremos de aquí en adelante, no definimos nada porque tampoco nos centramos en eso, supongo que teníamos cosas más importantes que aclarar. Estuvimos toda la noche charlando sobre él, sobre su historia, su infancia. La mía. De June, de mis padres y de mi accidente. No me preguntó por mi rodilla, aunque lo vi observarla varias veces. Se lo agradecí, porque me cuesta asimilar que ya no voy a poder bailar más. Que esa etapa de mi vida queda atrás y que todo lo que fui ya no será.

No sé si soy tan valiente como él asegura, pero sí sé que tengo que seguir adelante porque, cuando una ventana se cierra, una cortina se abre. Ya me entendéis.

Liam es el primero en dar el paso, recortar la distancia y estrecharme contra sus brazos sin pudor alguno.

Casi escucho a Beth ahogar un gemido al otro lado de la barra y a Moses dar un par de golpes en la madera o quizá se le haya caído la jarra de cerveza y esté gritando por su pérdida. Sea como sea, disfruto del abrazo cálido y de la persona que me lo ofrece.

—¿Vienes conmigo? —susurra contra mi pelo, con su boca pegada a él.

—¿Me vas a contar alguna de esas historias tuyas? —Lo veo negar cuando se aparta unos centímetros, los justos para que nuestras

miradas conecten.

—Te lo prometo. La de las historietas eres tú. —Me pellizca un costado y me revuelvo.

—Yo me comeré esto —explica Samira tomando asiento al lado de una June que la mira ceñuda.

—Bueno…, pues parece que mi amiga y tú sois amigas, lo que nos convierte en amigas por defecto. —Le tiende la mano—. Soy June.

—Samira.

—Encantada.

—Lo veremos. —Samira le regala una sonrisa condescendiente y sí, lo sabemos, ya se adoran.

Nos dirigimos hacia la salida y cuando estamos en la calle, Jared para su camioneta al lado de la de Liam.

—¿Qué pasa, Hunter? —Repara en que vamos unidos de la mano y puede que sea un efecto óptico por culpa de la barba espesa, pero diría que sonríe bajo ella—. Ya era hora, joder…

Suelto una risilla nada comedida, y ellos se estrechan el antebrazo como auténticos vikingos.

—¿Y el coche de Autumn?

—En el taller de Barry —asegura.

Mira hacia dentro del local, y yo aprovecho para acercarme.

—Ahí dentro está la mujer de tu vida, hazme caso. —Le doy un par de golpes en las mejillas y apuesto a que no las siente siquiera. Maldita complexión de *machomen*—. No la jodas, Jared, no la jodas, porque cojeando y todo iré a por ti.

Liam se alza de hombros.

—Yo que tú le haría caso, es tozuda como ella sola.

Jared se mesa la barba y observa la puerta como si pudiese ver a través de ella, cosa que es imposible porque es fuerte, aunque no Superman, entendámonos.

—Haré lo que pueda… —Da un paso adelante—. Ah, ¿tesoro?

—¿Sí?

—Gracias por ese empujón en la fiesta. Era lo que necesitaba.

—Nací para ser una buena casamentera —respondo.

Liam tira de mi cuerpo y, cuando me subo a la camioneta, todavía escucho la risilla de Jared por el camino de entrada a la cafetería.

—Conque casamentera, ¿ehh?

Me alzo de hombros como hizo él hace unos segundos.

—Ya ves, tengo que buscar una nueva profesión porque esta —digo mientras me señalo la rodilla— se acabó.

Liam se recoloca en el asiento, tan grande él y tan pequeño el espacio.

—No he querido preguntar porque esperaba que fueses tú la que me lo contases cuando te sintieses preparada. Hannah me explicó que no querías hablar del tema, y yo lo respeto.

—Lo sé —lo corto y también sé leer entre líneas: «Te respeto a ti, tu tiempo y tu espacio»—. Y no es que me apetezca, pero esto también forma parte de mí, ¿no? De mi nueva realidad.

De mi nueva realidad. Hasta suena bonito y todo. Cuando no lo es en absoluto.

Liam arranca el coche y conduce hasta su casa. O hasta la mía, porque es allí donde aparca. El camino de entrada no tiene ni una sola mala hierba, tampoco tiene flores de colores como me gustaría. De eso puedo encargarme yo.

Observo la casa de Hannah y las ganas de ir a verla me pueden.

—Después —responde Liam leyéndome el pensamiento.

—Empiezo a asustarme si ya eres capaz de eso. —Me señalo la cabeza.

Él me dedica una sonrisa presuntuosa antes de bajarse y abrirme de nuevo la puerta.

—Anda, vamos…

Me tiende la mano, y nos dirigimos hacia mi cabaña. Está diferente a cuando llegué. Ahora que la tengo frente a mí me doy cuenta de que todas las semanas que trabajamos en ella consiguieron que sea la misma y que, a su vez, no lo sea en absoluto.

Liam se adelanta, toma las riendas y abre la puerta. Percibo el nerviosismo bajo su capa de hielo, empiezo a entender todas las vertientes que esconde de la misma manera en la que ya soy capaz de distinguir sus gruñidos. Dadme unos meses y podré hacer una tesis sobre eso.

—¿Qué es esto? —Me adentro en la casa y mi cara debe de pasar por muchas de esas facetas de las que os hablo, lo que sucede es que las mías sí que son fáciles de interpretar—. ¿Qué es esto, Liam?

Me giro y lo encuentro apoyado en el marco de la puerta, con las manos en los bolsillos y las gafas colgadas de la camiseta verde que se ha puesto hoy.

¿Cómo puede ser tan guapo y tan mío?

—He estado trabajando en ella. Ya sabes —titubea y algo…, algo muy fuerte revolotea dentro de mi pecho—, mientras no estabas. Necesitaba… —Suspira—. Necesitaba algo que me recordase a ti. Necesitaba dejar parte de mi alma en ella por si volvías. Porque esta casa era todo lo que tenía de ti mientras no te tuve conmigo.

¿Cómo puedo tener tanta suerte, joder?

Me acerco hasta él con paso rápido y me lanzo a sus brazos sin dudar. Me da igual dónde tiene las manos, que está apoyado en el marco de la puerta o que no se lo espere y se tambalee.

«Lo ha hecho por mí».

Nadie ha hecho nada así por mí nunca.

—Gracias —susurro con la cara enterrada en su pecho.

—Dormí en la habitación de invitados unas cuantas noches —me confiesa, da la sensación de que estuviese pensando en voz alta y no compartiendo sus pensamientos conmigo—, hasta que me di cuenta de que el olor de tu almohada ya comenzaba a desaparecer. Y entonces llegó la frustración y la rabia, porque sabía que te estabas enfrentando a todo sola. —A todo. A mi lesión. A mi futuro, incierto o no, mío—. Porque tenía miedo a que no regresases y también tenía miedo a que lo hicieses y no ser capaz de poder darte consuelo si lo necesitabas, así que me encerré aquí durante días y volqué todos esos sentimientos en esta casa para convertirla en tu hogar, si elegías Evermere. Si me elegías a mí.

¿Es vulnerabilidad lo que percibo?

—¿De cuántas horas hablamos?

—No sé si quieres saberlo.

Aparto la vista de su camiseta y recorro la habitación. Las habitaciones. El techo, todo, la chimenea, la madera que la recubre e imagino a Liam aquí, gruñendo, frunciendo el ceño y maldiciendo.

—La has acabado.
—Bueno…, no. Casi. He estado un poco ocupado…
Me giro y me llevo las manos a las caderas.
—¿Con qué?
Mueve la cabeza hacia afuera.
—Ven conmigo —me pide.
Y sí, lo seguiría hasta el fin del mundo si hiciese falta.

CAPÍTULO 63
¡No entrabas en mis planes!
Autumn



Acompaño a Liam afuera y, como lleva haciendo desde que me encontró tirada en la carretera con la cabeza metida en el motor del coche como si supiese algo de él, me sujeta de la mano. Es como si tuviese miedo a soltarme, por si todo esto se vuelve irreal o, sencillamente, es un sueño. Lo entiendo, porque me siento igual.

Me guía hasta el garaje de la casa y me planto frente a él.

—¿Sir Mapachington está ahí dentro? ¿Se ha mudado con su familia porque resulta que es como Hannah y tiene muchos mapachitos por ahí haciendo de las suyas?

Liam se ríe y el aguijonazo vuelve a latir.

—Podemos hablar de Sir Mapachington después y también podemos hablar de Hannah y de Finn, porque me lo ha contado todo —asegura—. Gracias por eso también.

Me ruborizo, no porque sus palabras de agradecimiento me hagan sentir vergüenza, sino porque piense que he conseguido algo cuando, en realidad, el camino que le espera a Hannah y a Finn será largo, pero estoy segura de que valdrá la pena y estaremos ahí para acompañarlos.

—¿Entonces?

No responde, sino que se acerca a la puerta, lleva la mano al pomo y la abre. Se hace a un lado y me permite que avance.

—Si esta es una de tus…

Las palabras mueren en mis labios cuando me cuelo dentro del que era mi garaje. Porque esto que hay frente a mí os garantizo que no lo es.

—Liam —jadeo y me llevo las manos a la boca. Puede que también me fallen las rodillas.

Puede.

Frente a mí hay un estudio de danza completamente acabado. Las paredes son de un blanco pulcro y el suelo es de madera laminada. Una madera cálida, me recuerda al estudio de Pippa. No hay rastro del agujero por el que Sir Mapachington se coló hace semanas, ahora toda esa pared la ocupa un espejo enorme y, frente a él, hay una barra de acero inoxidable bien anclada al suelo.

—Hannah, Neal, Samira, Max y Jared me ayudaron. Ellos…

—Ellos han dejado su alma en este espacio para que yo pueda luego dejar la mía —suelto dándole sentido a todo.

A todo.

—Sí. —Liam se lleva la mano a la nuca y se la masajea, aparta la mirada unos segundos. Ay, los nervios, cómo de poderosos son cuando quieren hacerse eco—. No sé si lo he hecho bien, la verdad, porque no soy experto en este tipo de espacios. Samira se pasó horas buscando vídeos y fotos, cogimos un poco de aquí y de allá y… este es el resultado. Solo quería que lo tuvieses. Que pudieses bailar en él o no, que pudieses acudir aquí, que pudieses traer a los niños a ensayar cuando llegue el invierno o a hacerlo tú si te apetecía. —O si podía, esas son las palabras que no pronuncia, pero que sobreentiendo.

—No puedo volver a bailar, Liam —le cuento y, a pesar de que debería sentirme frágil ante él, no me siento para nada de esa forma —. Mi rodilla no me lo va a permitir —le explico.

Es una carga que comparto con el hombre del que estoy enamorada. ¡Y qué bien sienta, joder!

—Lo siento —pronuncia acercándose y estrechándome entre sus brazos.

Su cercanía, su compañía, me reconforta.

—Podría decirte que estaba preparada para ello porque era una de las posibilidades… Estaría mintiendo. No estaba preparada y no sé

cuándo lo estaré.

—Necesitas tiempo —murmura besándome el pelo.

—Necesito tiempo —corroboro.

—Y de eso tenemos un montón —me asegura.

Me separo de él y entonces se acerca a un puñado de interruptores.

—Michelle se empeñó en que teníamos que poner luces de colores, ya sabes cómo es. —Sonrío cuando comienza a encender luces que cambian y cambian de tonalidades—. Si hubiese sido por ella, estoy seguro de que habría puesto una bola de discoteca y una peluquería al fondo. —Señala la otra pared.

—A eso lo llamaría yo aprovechar el espacio.

Liam asiente convencido de ello.

Me giro de nuevo y observo nuestro reflejo en el cristal. Somos tan tan diferentes. Él tan alto, y yo tan menuda. Él tan moreno, y yo tan rubia. Su piel tan curtida, y la mía para nada. Nuestros ojos, nuestro ceño, nuestras pestañas y, sin embargo, la sensación de que todo encaja, a pesar de que nada lo hace, es reconfortante.

—¿Qué piensas?

Me hago de rogar.

Paseo un dedo por todas las superficies, y Liam me sigue con la mirada. Lo veo a través del espejo. Atento, expectante, nervioso, impaciente.

—Pues pienso que podría ser mejor. El espacio, digo.

—¿Mejor? ¿En qué sentido? —Aquí está, el hombre preocupado porque todo esté bien, al gusto de todos, el perfeccionista, el que quiere hacer bien su trabajo.

«El que quiere hacerme feliz».

—Pues…

Me planto frente al espejo y me siento más intrépida que nunca. Giro solo la cabeza para comprobar que la puerta del estudio de danza está cerrada y que, pase lo que pase aquí, quedará entre nosotros.

Liam lleva la mirada hasta el mismo lugar que yo, evaluándome, como hace siempre que pretende entenderme.

—¿Qué…?

Siento el primer tirante del vestido descender y posarse sobre el brazo. Tras eso, llevo la mano al siguiente y sigue el mismo camino. Con delicadeza y despacio. Saboreo las reacciones de Liam a través del espejo. Sus labios formando una fina línea, sus ojos estallando en llamas y su pecho, que se hincha con cada movimiento que hago. Esperando el siguiente.

Ansiando el siguiente.

—Tal vez deberías ponerte las gafas, Liam —le propongo—. Sobre todo, si no quieres perderte nada de lo que suceda en este espacio.

Que vamos a mancillar.

Que quiero mancillar con él.

Da un paso adelante, decidido a romper la distancia que nos separa y entonces me giro, extiendo la mano en un claro gesto que le pide que se detenga y lo acompaño de un cabeceo negando.

—Quiero que tengas tantas ganas de tocarme que te duela.

Gruñe en respuesta a mis palabras. Es un lamento cargado de frustración, de codicia, de anhelo.

El vestido cae y se arremolina en mis pies. Liam se quita la camiseta, es como si yo le regalase una prenda, y él lo hiciese conmigo también.

Estamos jugando con fuego y lo mejor es que nos va a encantar quemarnos.

—Este espacio será mejor si tú y yo lo hacemos nuestro. Por primera vez.

—¿Por primera vez? —pregunta dejando caer la gorra al lado de la camiseta.

—La primera vez de muchas.

Planes. Futuro. Él y yo. Nosotros.

—Pecosa… Estás jugando a un juego muy muy peligroso.

El juego de la seducción.

—¿Y? —lo provoco—. ¿Crees que no me gusta eso?

Ladea la cabeza y esboza una sonrisa de suficiencia, una sonrisa taimada y segura, tanto que me hace replantearme hasta qué punto puedo ser yo la presa a pesar de que actúo como el cazador.

—Estoy convencido de que te va a gustar mucho más este juego cuando entierre la cara en ese coño que sé que chorrea por mí.

Joder. Este es el Liam con la boca sucia que tanto me gusta.

Al que quiero.

Y que es mío.

Avanzo con delicadeza. Dando un paso tras otro y siendo plenamente consciente de ello. Lo rodeo y observo la forma en la que persigue cada uno de mis movimientos.

Mi mano se desliza por su brazo, subiendo, hasta que la paseo por el fino vello que le recorre el pecho.

Tiene razón en todo. Estoy empapada por culpa de la anticipación.

—A la mierda —farfulla tirando de mí.

«A la mierda con los jueguecitos».

Enredo las piernas alrededor de su cintura por puro reflejo. Liam posa las manos en mi culo y cuela los dedos bajo la ropa interior, apretándome la carne a su paso. Es probable que deje marca. Y me encantará que así sea.

¿Me estoy convirtiendo en una depravada? Puede ser.

De un segundo a otro, tengo sus labios por todas partes. Por las mejillas, por la oreja, por el cuello, en la clavícula…, hasta que me levanta y muerde mi sujetador, capturándome el pezón. Volviéndome loca.

No puedo más y gimo mientras me sujeto a su cuello como si fuese la única forma de salvarme del infierno.

Avanza un par de pasos más y percibo el frío de la barra en las nalgas, me apoya en ellas y dejo caer la espalda hasta el cristal.

Eso va a dejar huella.

«Y puede que no sea lo único que la deje», me recuerdo.

El frío no me calma.

—Mírate. —Sus ojos me recorren con lascivia—. Toda mía. —Da un paso adelante y extiende el dedo índice paseándolo por mi centro, subiendo por mi abdomen, colándose entre mis pechos, mi barbilla y mi boca.

Se revuelve hasta que abro los labios y lo acojo dentro de ellos.

—Buena chica —murmura acercándose todavía más.

Cuando apenas nos separan unos centímetros, saca el dedo y se desabrocha el pantalón. Botón por botón. Con una exquisita lentitud,

tanta que me muero de ganas de exigirle que sea rápido, que no dude y que no se lo piense.

—Tienes tantas ganas de que te toque que te duele, ¿a que sí? —Se me escapa un gemido ahogado cuando utiliza mi propia frase en mi contra—. Mírame, pecosa.

Se saca la polla en ese mismo momento. Se balancea dura, firme, enhiesta frente a mis ojos, y me muerdo el labio.

—Necesito…

—¿Necesitas que te folle fuerte? ¿Quieres sentirme dentro? ¿Quieres que te llene y que, al salir de este estudio, todo el que te vea sepa lo que hemos estado haciendo aquí dentro?

Jo. Der.

—Sí, eso es lo que quiero.

—Por supuesto que sí. —Se deshace de los pantalones y, por último, se lleva los dedos a las gafas.

—No… —le suplico—. No te las quites.

—Así que… ¿Es tu fantasía? —Me muerdo el labio una vez más—. Quiero escuchártelo decir, pecosa, no me gusta tener que repetir las cosas dos veces. —Me da una palmada en el coño y doy un bote a causa de la sorpresa—. ¿Y bien?

—Sí, joder, sí —casi grito. O, al menos, en mi cabeza resuena de esa forma.

Entonces sus labios chocan contra los míos, con las gafas puestas. Solo con las gafas puestas. Siento de nuevo sus manos por todos lados.

Siento cómo me desabrocha el sujetador, cómo lo lanza hacia atrás, cómo me quita las bragas, cómo me abre las piernas, cómo me mete los dedos preparándome para acogerlo al él al completo.

—Mira qué mojadita estás.

Restriega ese mismo dedo por mis labios y luego pasa la lengua por él, saboreándome.

—Liam… —Lo sujeto por el pelo y nuestras miradas chocan.

Las voluntades de las mismas lo hacen. Lo está disfrutando, está paladeando mi desesperación y le encanta.

—Shhhh. —Me muerde el labio—. Lo sé, pecosa, lo sé.

Nunca me había sentido tan llena de lujuria, nunca me había sentido tan necesitada de algo como de que Liam se cuele en mi interior y cumpla todas y cada una de esas promesas, las más obscenas y las románticas. Porque querer a una persona con todas sus versiones es algo maravillosamente caótico.

Y esos somos nosotros dos.

Cuando se desliza en mi interior, cuando me penetra, sé que estoy justo donde quiero estar.

En casa.

Cuando la saca lo suficiente como para embestirme de nuevo, y sus manos me anclan de nuevo a la barra, sé que esta es la versión del cielo que quiero rozar con los dedos.

Cuando enreda una mano en mi pelo, y me dice lo buena chica que soy al acogerlo al completo sin rechistar, sé que el infierno nos tiene envidia ahora mismo.

Cuando me folla con fuerza, cuando me aprieta el cuello y cuando me pide que mire cómo su polla entra dentro de mí, lo prieta que estoy y lo cachondo que está por mi culpa, sé que esto es lo correcto.

Sé que el destino ha jugado sus cartas y que Liam no entraba en mis planes, y yo con toda probabilidad tampoco entraba en los suyos, porque hay cosas que escapan de nuestro entendimiento y de nuestro alcance. Pero, si la vida está empeñada en sorprenderme, quiero que sea con él. Junto a él.

—Y ahora, pecosa, es cuando me das las gracias por hacer que te corras. Y recuerda que no me gusta repetir las cosas dos veces. —Me tira del pelo y me lame el cuello mientras me penetra sin descanso—. ¿Y bien?

—Joder, Liam. —Se me escapa un jadeo cuando da en el punto exacto y todo el vello se me eriza.

—¿Y bien? —repite tirando con más fuerza—. Gracias, Liam, por hacer que me corra. Quiero escucharte —reitera.

Abro los ojos, sonrío de medio lado y aprieto las piernas alrededor de su cintura. Las aletas de la nariz se le hinchan en respuesta a ese gesto. Él sabe cómo tocarme, sin embargo, yo también sé jugar mis cartas.

—¿Y bien? —le repito provocándolo a su paso. Entrecierra los ojos y me besa. Me besa y me folla como nunca, sin descanso, sin piedad. No puedo evitarlo…—. Liam… Más. Más. Necesito más.

—¿Necesitas que me corra dentro? ¿Es eso lo que necesitas? Por supuesto que sí, porque eres perfecta, pecosa. Estás hecha justo para mí.

Cuela una mano entre los dos y me acaricia el clítoris mientras me folla con tanta crudeza que pierdo el control de mi cuerpo.

Me corro entre jadeos, y Liam hace lo mismo. Todavía con las respiraciones aceleradas, me besa con suavidad y me estrecha contra sus brazos.

—Gracias, Liam, por hacer que me corra.

Se carcajea, todavía dentro de mí, y se aparta para rozar su nariz con la mía.

—¿Qué voy a hacer contigo, pecosa?

Apoyo las manos en su pecho.

—Quererme.

—Eso ya lo hago. Y mucho.

EPÍLOGO

Autumn



—Así no, tienes que colocarte de otra forma. Espera. —Me acerco y lo empujo un par de pasos hacia la derecha siendo consciente de que, si se ha movido, es porque él ha querido hacerlo—. Liam, deja de fruncir el ceño. Y deja de apretar los labios, tienes que usar una pose mucho más natural, menos rígida. —Lo intenta—. Así no…

Tiro el teléfono al suelo y me dejo caer sobre la hierba, apoyando el cuerpo sobre un árbol que está menos agarrotado que mi chico. Sí, ese es el nivel.

—¿Ya te has cansado? ¿Podemos dejarlo?

Gruño, se me están pegando esos gestos tan suyos. Ya sabes lo que se dice: «Dime con quien andas y te diré si te reservo una cena o una cita en terapia». Bueno, tal vez la rima no sea así del todo, pero no importa, creo que nos hemos entendido.

—Me prometiste que lo harías, por mí, por la salud mental de todas las personas que necesitan reformar una casa, porque te lo pagué en carne.

Liam frunce el ceño y entrecierra los ojos, se cruza de brazos y se acerca hasta sentarse a mi lado.

—La verdad es que se me ha olvidado.

—No decías eso anoche mientras me pedías que relajase la garganta —lo pincho.

—Tal vez estoy empezando a recordar algo, un leve rumor, eso es, quizá deberías refrescarme la memoria, la casa no nos queda demasiado lejos y todavía hay luz suficiente para eso. —Señala mi teléfono.

—No pienso morder el anzuelo, leñador sexi.

Liam se carcajea a mi lado. Todavía me resulta de lo más extraño verlo así, de esta forma, ya sabéis, que sonría con tanta naturalidad, que no me cierre la puerta en las narices, que me abrace cuando le apetezca, que compartamos bromas y confidencias, que me diga te quiero y yo poder decírselo a él.

—Tenía que intentarlo —suelta él.

—¿Estás haciendo una de tus famosas bromas?

Se sitúa a mi espalda, me empuja con suavidad hasta que se coloca detrás de mí. Me recuesto sobre su pecho.

—Ya sabes que yo no bromeo, pecosa.

Sí que lo sé. Solo bromea cuando quiere y con quien quiere. ¿Qué le vamos a hacer? Es un leñador socialmente selectivo. No se puede tener todo en esta vida, ¿no?

La camioneta de Jared se acerca por la calle principal y, mientras lo vemos aparcar, permanecemos en silencio.

El vikingo es el primero en bajarse, seguido de Samira, que no duda en dar un salto.

Por otra parte, la puerta de Hannah se abre, y Michelle, Cole y Finn corretean hasta donde nos encontramos nosotros. Hannah tarda un poco más en salir, con Andy subido en una bicicleta pequeñita y Autumn en sus brazos.

Me levanto para ir en su busca, y ella me espera cuando se da cuenta de mi gesto. Samira va tras de mí por lo que acabamos las chicas a un lado y los chicos a otro.

—¿Qué estabas haciendo? —me pregunta Hannah mientras toma asiento al borde del lago.

Apenas han pasado un par de semanas desde que llegué y se comienza a notar el cambio de temperatura. El otoño empieza a cederle terreno al invierno, los días son más cortos y las temperaturas mucho más bajas. Las tormentas no son solo nocturnas, sino que han empezado a ganarle terreno a las mañanas también.

—Os vais a reír —les explico.

Sir Mapachington da un salto frente a nosotras y se queda parado de pie a unos metros.

—¡No me des esos sustos! —lo reprendo—. Ha cogido esa manía el muy bellaco, no sé por qué lo hace.

—Porque es un mapache travieso —bromea Samira.

Le tiende una galleta a Andy, que no duda en cogerla, y yo le lanzo una a Sir Mapachington. Todavía estoy trabajando en eso de que se acerque y no me arranque la mano por el camino. Dadme unos meses y mucha paciencia.

Tal y como vino, desaparece.

—¿Y bien? —indaga Samira, que se lleva una de esas mismas galletas a la boca.

—Estaba intentando grabar un vídeo corto sobre cómo reformar una casa que se cae a pedazos.

No entiendo por qué estas dos chicas que hay frente a mí abren la boca, presas de la sorpresa.

—¿Qué? —inquiero.

—¿Un vídeo? —pregunta Samira por fin—. ¿Con Liam? —Asiento a modo de respuesta y, entonces, ambas estallan en carcajadas.

—¿Qué le has prometido?

—Nada. Es el amor —sentencio llena de convicción. Ambas alzan las cejas, con expectación—. Vale. Puede que lo sobornase con sexo. —Y bajo la vista, abochornada.

—Eso ya me cuadra más —arguye Samira.

—Desde luego que sí.

—No hay forma, no ha servido de mucho. —Entendedme, el sexo mola siempre, pero, sin vídeo en YouTube, puede que haya por ahí algún alma perdida que no tenga ni idea de qué hacer cuando lleguen a una casa que sea más un despojo que una vivienda. Mi idea iba dirigida a ellas—. Yo lo habría necesitado. De hecho, yo lo necesitaba —sentencio.

—Siempre puedes pedírselo a Jared.

—Claro. —La señalo y miro a Hannah—. Ella quiere saltarse lo del vídeo y pasar al sexo.

Samira, nuestra Samira, la misma chica que no tiene pelos en la lengua y sí calcetines llenos de agujeros, se ruboriza y está más mona que nunca.

—Aquí hay novedades —suelta Hannah.

—Las hay.

Y mira hacia allí, hacia donde se encuentra Liam con Jared haciendo vete a saber qué, alguna cosa que tenga relación con el trabajo. Esos hombres no saben hablar de otro tema, es como si estuviesen poseídos por el espíritu del dinero en el banco.

—Llamemos a June —les cuento mientras me levanto y voy a por el teléfono que he dejado tirado tras el tercer intento de que Liam colaborase con mi vídeo, ese que me iba a hacer famosa y que se iba a hacer viral. Y se quedó en un intento. Puede que se lo pida a Jared. A Max no, porque me robaría algo o me vendería cualquier nueva mierda que no sirva para nada, tendría que amenazarlo de muerte y me cae demasiado bien como para eso.

Cuando regreso, y tomo asiento de nuevo, la voz de mi amiga ya resuena al otro lado.

Samira me lo roba, tras eso lo hace Hannah y veo que esto es como la ley del más fuerte en la amistad, todas adoran a June, cosa que no me sorprende, y quieren saber cómo le va la vida.

Y eso que no hace tanto que se fue.

—Vaya, vaya, vaya, si no estás sola —murmura Hannah con ese tono comedido que tanto la caracteriza.

—Ah, ¿no? —Samira se lanza a un lado y, por último, yo.

A ver, ninguna quiere perderse el cotilleo. Por aquí no hay mucho de eso.

—Este es Leon, mi chico. —Alza las manos y nos enseña los dedos entrelazados, la sonrisa que le baila en la cara y que lo dice todo y la mirada deslumbrante.

Asiento, porque de esto sí que me había informado.

Vosotras no lo sabéis, pero cuando regresó a la ciudad y yo me quedé, cosa que no le ha sorprendido a nadie, mi amiga decidió concederle otra cita. Tampoco lo dejó cruzar la primera base, porque, según June, el consejo que le había dado Liam sobre hacer lo que le pedía el cuerpo era bueno de cojones —palabras suyas, que conste— y le apetecía ponérselo un poco más difícil.

Leon, por su parte…, aquí es donde la cosa se pone interesante… Leon dejó el trabajo, porque parece que sí que había un conflicto de intereses real que ambas desconocíamos. Eso de enrollarte con una

alumna daba mala imagen y no era bien recibido en su empresa. Los profesores de Arte Dramático solo imparten Arte Dramático, no practican sexo desenfrenado. Y, creedme, estoy segura de que de eso hay y mucho entre esos dos. Al menos hasta que mi amiga dejó de hacerse la difícil y esas cosas.

Así que sí. No os voy a engañar, estoy feliz de que June tenga a alguien porque yo no puedo estar allí con ella.

—Hola, Leon —lo saludan mis acompañantes.

—He escuchado hablar de vosotras, chicas —las saluda.

Y, de esa forma, las tiene donde quiere.

—¿Qué hacéis? —pregunta Samira.

—Oh, Leon me acompaña a una audición, estoy muy emocionada.

June me observa unos segundos y me guiña un ojo con complicidad. Porque hemos seguido ensayando, como siempre hemos hecho, hasta cuando lo hice metida en un coche en este mismo pueblo. Porque la amistad es como un matrimonio y pienso poner de mi parte para que dure toda la vida.

—Mi chica es toda una experta, lo va a hacer genial. Les va a dar la paliza del siglo.

—No sé si está animando a una actriz o a una jugadora de baloncesto.

—Demasiado edulcorado para mí —sentencia Samira, que se mete dos dedos en la boca con la intención de echar hasta la primera papilla.

Nos reímos, y Andy también lo hace. Ese niño tiene la risa floja, que lo sepáis. Lo amo.

—¿Y Finn? —pregunta June—. ¿Alguna novedad?

Lo buscamos con la mirada y lo encontramos saltando al lago con Cole. Michelle se tira casi detrás y por poco lo aplasta. A él no parece importarle demasiado.

—¡Con cuidado, chicos! —grita Hannah para hacerse oír. Cosa que no sucede o quizá es que sean de escucha selectiva.

—No entiendo cómo pueden hacer eso con el frío que hace —les indico.

Hannah sonríe. Neal regresa hoy, ahora que Autumn ha nacido, le han encomendado unas entregas cercanas, por lo que trabaja de día

y duerme en casa por las noches.

—La pediatra nos ha hecho un informe. Queda un camino largo por recorrer, pero, si no hubiese sido por vosotras, no habría tenido nada de lo que partir.

Extiendo una mano y la poso sobre la suya.

—Habrías seguido tu instinto, estoy segura de que, al final, todo saldrá bien.

June asiente al otro lado, y Samira también lo hace sin perder de vista al vikingo. Cuando aparto la vista para observar a Liam, me cruzo con su mirada. Se acerca a nosotras con paso decidido y la sonrisilla en los labios.

—Me alegra verlo así —susurra Samira.

—A mí también —sentencia Hannah a su lado.

Podría añadir algo, lo que sea, no obstante, prefiero observarlo a mi antojo, ser consciente de cada paso que da, de la manera en la que me mira y de lo mucho que dice sin palabras.

—Te quiero —le susurro moviendo los labios.

Él cabecea asintiendo y su sonrisa se ensancha todavía más.

June se despide y todas le deseamos suerte. Encajo el cuerpo en las piernas de Liam, que se sitúa detrás de mí. Andy extiende los brazos, y Liam le enseña la lengua.

—Luego, colega —le promete.

Entonces actúan a la par. Jared alza a Samira y la carga al hombro, y Liam lo hace conmigo.

—¡Tenía que haberme dado cuenta de que tramabais algo! —la escucho gritar—. Se me ve el culo —protesta—. Aunque el tuyo desde aquí… —El resto de sus palabras mueren en sus labios y casi que lo prefiero por si es algo indecente.

—¿A ti se te ve el culo, pecosa? —Liam me lo palmea.

—Ni se te ocurra, Hunter, ¿quieres conservar ese bonito pelo que tienes en la cabeza? —suelto la misma frase de la otra vez y sé que se ha dado cuenta de ello.

—Conque bonito, ¿ehh? —Sí, se ha dado cuenta porque responde como lo hizo semanas atrás.

—Eres un engreído —lo acuso.

El agua comienza a mojarle los pantalones.

Esto va a ser molesto.

Y divertido.

—Y tú, una pecosa con la boca muy sucia —repite.

A esas alturas, no sabía que era tener ese tipo de intimidad, la verdad.

—¿Quieres escucharme gritar? —lo provoco.

Se me empieza a mojar el pelo. Samira ya está bajo el agua.

—Siempre y cuando grites mi nombre.

Y eso es lo que hago.

En ese lago.

Y esa noche.

Porque Liam me hace feliz. Porque Liam me quiere. Porque es mi hogar. Y yo el suyo. Y, en un mundo caótico como el nuestro, eso…, eso lo es todo.

Porque en sus brazos entendí lo que significa quedarse.

EPÍLOGO

Liam



Tres años después

—Vale, dejad de hacer el tonto, que la tarta no puede estropearse. Beth, Moses, no es el momento de bailar. Todavía no. —Escucho a Autumn dar órdenes a todos los presentes y sonrío mientras sigo apoyado en una secuoya observándola a mi antojo.

Es extraño cómo, a pesar de que comparto mi vida con ella, de que cada día es lo primero que veo cuando abro los ojos y lo último antes de cerrarlos, siento un profundo alivio al darme cuenta de que me sigue eligiendo.

Cada día.

Como si percibiese mi mirada clavada en ella, se gira y esa falda tan ridículamente sexi se mueve.

—No llevo nada debajo —susurra.

Y la sonrisa se me corta al instante.

No hace mucho, apenas unos años, en otra fiesta de estas, no dejaba de pensar en el vestido blanco de margaritas que llevaba puesto y en lo que ese trozo de tela escondía. Todavía, por aquel entonces, no sabía lo que Autumn suponía en mi vida. El caos en el que lo convertiría todo, las charlas incesantes, los silencios que dejarían de serlo y hasta esos pequeños enfados, que no tardan nada en pasársele porque asegura que la vida es muy corta para vivir con el ceño fruncido.

Supongo que eso lo dice por mí, así que me esfuerzo cada día en darle la mejor versión de Liam Hunter. Porque es lo único que ella se merece.

No, no pudo seguir bailando. Todavía hoy le cuesta asumirlo, lo sé, porque hay días en los que se refugia en el estudio de danza y, cuando sale, su mirada está triste y abatida, entonces, busca a Sir Mapachington, con el que ahora parece tener una conexión o con el que la ha tenido siempre, y le da galletas. Galletas que traga y traga. Luego deja otro plato para sus pequeños, porque sí, los mapaches le dan al tema que no veas, por si había alguna duda.

Familia numerosa diría yo.

El caso es que, Autumn, a pesar de todo, es la persona más resiliente que conozco. La vida le ha arrebatado muchas cosas, y ella ha sido capaz de sacar esa fortaleza que guarda dentro, cuadrarse de hombros y plantarles cara a las adversidades.

Solo por eso, la admiro.

«Luego pienso comprobarlo. Con calma».

Ella asiente y le brilla la mirada cuando lo hace.

—Cole, Finn, nada de globos de agua. Nada de… ¡A la mierda! Los globos de agua son un sí —grita sumándose a la travesura.

—Mi amiga te tiene pillado por los huevos, ¿a que sí?

June me tiende una cerveza, raro en ella, que es más de vino. En casa siempre lo hay, no solo por si June aparece de un día para otro, como suele hacer y sin avisar, sino porque nos gusta hablar frente a la chimenea con una copa de vino. Planear nuestro futuro para luego hacer lo que nos da la maldita gana e incumplir todas y cada una de esas ideas que se nos pasan por la cabeza.

—Joder, por supuesto —sentencio.

Ella se ríe a mi lado y me empuja con el hombro.

—¿Quién lo iba a decir? Un tipo solitario como tú comiendo de la mano de una mujer como ella.

Ladeo la cabeza y observo cómo Beth y Moses han empezado a bailar sin hacerle caso. Finn, que, por cierto, va a terapia cada semana y tiene apoyo en el colegio por fin, intenta ayudarla, y Cole pone tanto orden como puede.

Andy ya persigue a su hermana Michelle, que le ha cortado el pelo, y Hannah casi la mata. «Volverá a crecerle, mamá», fue su respuesta y era cierta, porque tiene razón.

—¿Cómo podría no hacerlo? —Es la respuesta que le proporciono.

No hay rastro de Neal y de Hannah. Estos últimos días están algo desaparecidos y rezo para que no estén procreando, porque de esos dos ya me espero cualquier cosa, la verdad.

—Tienes razón, mi amiga es encantadora y única así que… sí, te cortaré en cachitos si no pronuncias «Sí, quiero» —sentencia ella empujándome cuando pasa por mi lado.

Parece que se ha desvelado la sorpresa porque aquí, frente al lago, en vaqueros y un vestido sencillo lleno de mariposas y flores de colores, con nuestros amigos y nuestra familia, con una tarta que hicimos juntos anoche, en pleno otoño y con una tormenta formándose en lo alto del cielo, Liam va a tener la suerte de que esa mujer valiente le dé la oportunidad de quererla toda la vida.

No estaba planeado, de hecho, Autumn jamás ha planteado el tema. Entiendo su reticencia porque no quiere sentir que suplanta a nadie. Yo ya tuve una boda y fue perfecta. Y Arianna… Aparto la vista y observo el cielo… Está aquí también.

Se lo pedí hace un par de semanas, mientras daba clases en su estudio de baile. Mientras le enseñaba a varios niños y a Samira a aguantar su peso sobre la punta de los dedos. Puede que ya no sea esa clase de bailarina que se sube a un escenario, pero es la mejor profesora que existe, hasta Finn va siempre con ella porque le encanta y lo ayuda. Neal lo aplaude como un padre orgulloso, y Autumn hace piruetas, con solo tres años, lo intenta y todos la animamos.

Autumn, mi pecosa, le ha dado vida al pueblo.

Me ha dado vida a mí.

Samira me llama cuando se acerca y me estrecha entre sus brazos. Max la sigue, y Jared aguarda su turno para felicitarme.

—Qué feliz estoy por vosotros, joder —suelta Samira—. Esto es lo que tenía que pasar.

Niego, porque no tenía que ser de esa forma.

—Arianna…

—Ella está aquí, con nosotros y siempre lo va a estar, Liam.

—Lo sé —le explico.

Samira cierra los ojos e inspira.

—Esa chica de ahí te quiere. Yo te quiero. Todos los que estamos aquí hoy te queremos…

—Bueno, a ver, siento romper el momento, pero yo no es que te quiera tanto —apunta Max y se gana una colleja de Jared, que se ríe cuando se la da—. Vale, sí que te quiero, joder.

—Eres nuestro estafador favorito —le susurro, y él niega.

—Artista del embuste, por favor y gracias —me corrige.

Y, en esta ocasión, es Samira la que le da una colleja.

—Así no se puede. Así no se puede.

Nos fundimos en un abrazo y, cuando nos separamos, Samira sigue así.

—Eres mi mejor amigo, mi cuñado. Ahora voy a ser la madrina de tu boda y estoy orgullosa de ti y de esa chica rubia que se ha ganado el corazón de todos y ha sabido derretir el hielo del tuyo.

La busco con la mirada y la encuentro caminando en nuestra dirección.

—¿Me echabais de menos?

Le tiendo una mano y, cuando la acerco, la estrecho contra mi cuerpo. Ella entierra la cara en mi pecho y la siento inhalar mi aroma. Yo hago lo mismo con su pelo. Es el olor de la felicidad.

—Siempre —le respondo y le pellizco un costado. Se revuelve entre mis brazos.

Samira se acerca y la abraza.

—Gracias por no rendirte —le susurra.

No sé si sabe que la he escuchado, sin embargo, lo he hecho. Algo se me encoge en el pecho, dentro de él y me quema por dentro.

Todos creían en mí incluso cuando yo no lo hacía.

Max también la abraza.

—Todavía puedes fugarte conmigo —le propone—. Porque sé que soy irresistible.

Autumn le da un par de palmadas en la mejilla y niega.

—Lo siento, Max, no eres mi tipo.

—Tenía que intentarlo una última vez —agrega.

Jared le da un beso en la mejilla y estrecha mi antebrazo. Se lleva a Samira de la mano y entonces nos quedamos solos, observando cómo nuestra familia toma asiento. June y Leon. Samira y Jared.

Hannah, Neal y los pequeños. Beth, Moses. Max, AJ y Rhett. Hasta Barry ha cerrado el taller para estar aquí hoy.

—¿Lista para convertirte en Autumn Hunter, pecosa? —le pregunto.

—¿Listo para aguantarme el resto de tu vida?

—Más que listo.

—Pues yo también lo estoy.

Autumn me sonríe y nos despedimos con un beso lento, un beso que sabe a poco. Siempre con ella me saben a poco.

—¿Pecosa?

—¿Sí? —Se gira.

—Veintisiete.

—¿Qué?

—Veintisiete pecas.

La sonrisa poco a poco se le amplía, entonces regresa sobre sus pasos y me estrecha entre sus brazos.

Y es que en esto consiste el amor: en dos corazones rotos de distinta forma, quebrados por los reveses de la vida, que se encontraron en el lugar menos pensado.

Yo había perdido la risa, y Autumn había perdido el rumbo.

Y, en este pequeño pueblo casi olvidado por el tiempo, vuelvo a sonreír, y Autumn vuelve a anclarme a la vida.

Y esto…, esto es el amor: no perfecto, pero real.

No fácil, pero nuestro.

Suficiente para quedarse.

Más que suficiente para que sí quiera.

AGRADECIMIENTOS

Este libro no habría sido posible sin el apoyo y el cariño de muchas personas que estuvieron conmigo en cada paso del camino.

A mi marido y a mi hijo, por ser mi refugio y mi inspiración constante. Gracias por su amor incondicional y por entender mis horas robadas al reloj, al sueño y a la rutina para dar vida a esta historia.

A Mireya, por su talento increíble y su paciencia infinita, por transformar bocetos torpes en cubiertas llenas de alma. Gracias por hacer magia con cada proyecto y por sumar luz en cada trazo.

A Bea y a Miri, mis lectoras cero, por leer con ojos generosos, por señalar lo que brilla y también lo que puede brillar más. Gracias por acompañarme desde el otro lado de las páginas, con sinceridad, detalle y corazón.

A Tamara, amiga y compañera de letras, por ser faro en medio del proceso, por compartir dudas, ideas y entusiasmo como solo alguien que escribe también puede hacerlo. Gracias por estar ahí siempre, con voz, ánimo y letra.

A mi amante de las causas perdidas, por su amistad leal y constante. Gracias por ser el tipo de persona que sostiene incluso cuando no se lo pides, por escuchar sin juzgar, por apoyar sin condiciones.

A Sheila, por ser una amiga increíble y una lectora aún más increíble (si es que eso es posible). Gracias por emocionarte con lo que escribo, por leer con el corazón abierto y por demostrarme que las palabras pueden conectar de verdad. Tenerte como lectora es un regalo, pero tenerte como amiga es el premio mayor.

Y a todos los *boosktagrammers*, *tiktokers* y librerías, gracias por ayudar a que estas páginas lleguen más lejos y por abrir puertas que de otro modo serían inaccesibles.

Pero, sobre todo, quiero agradecer de corazón a las lectoras en general. Sin vosotras, sin vuestra pasión, vuestro tiempo y vuestro

amor por las historias, yo no sería nada. Este libro vive gracias a vosotras y cada palabra está escrita pensando en que encontréis en estas páginas un refugio, una emoción o una compañía.

Gracias a todas por formar parte de este sueño hecho realidad.

ENCUENTRA MIS OTRAS NOVELAS



ENCUÉNTRAME EN

www.yaniragarcia.com
Instagram: @yanira_garcia_f
Correo electrónico: info.yaniragarcia@gmail.com